

EDWARD ST AUBYN

Leche materna



Lectulandia

Patrick Melrose es padre de dos hijos, y un marido más o menos amante. Tiene un pasado de angustias y turbulencias que ya ha dejado atrás; ahora es abogado, aunque no trabaja demasiado, y también el único heredero del patrimonio de los Melrose, y de su historia de aristocráticos esplendores y oscuros secretos. Aunque, en la actualidad, a su heredero sólo le queda Saint-Nazaire, una espléndida casa de veraneo en la Provenza. O quizá no le queda nada. Eleanor, su madre, una dama muy caritativa que se ha dedicado a salvar el mundo y a ignorar las desdichas de su hijo, va a dejarle la casa a Seamus Dourke, un enfermero irlandés reconvertido en chamán New Age —o estafador—, que ya ha hecho de Saint-Nazaire un hotel para turistas espirituales y espirituosos.

Lectulandia

Edward St. Aubyn

Leche materna

ePub r1.0

Titivillus 03.12.16

Título original: *Mother's milk*

Edward St. Aubyn, 2006

Traducción: Fernando González Corugedo

Fotografía de cubierta: Nicholas James

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Lucian

Agosto de 2000

¿Por qué pretendían matarlo al nacer? Lo mantuvieron despierto durante días, le golpearon una y otra vez la cabeza contra el cuello del útero cerrado; le retorcieron el cordón umbilical alrededor del cuello, estrangulándolo; mordieron el vientre de la madre con grandes tijeras frías; le sujetaron la cabeza con unas pinzas quirúrgicas y fueron tirándole del cuello de un lado a otro; lo sacaron de su refugio para golpearlo; lo deslumbraron con luces delante de los ojos y haciendo experimentos; lo separaron de la madre mientras ésta yacía medio muerta sobre la mesa. Quizás la idea fuese destruir su nostalgia del viejo mundo. Primero el encierro, para darle hambre de espacio, y después el fingir que lo mataban para que así se sintiese agradecido por cualquier espacio que obtuviera, incluso este desierto ruidoso, sin otra cosa para envolverse que las vendas de los brazos de su madre, ya nunca más la cosa completa, la calidez de la cosa en torno a él, que lo era todo.

Las cortinas respiraban luz en la habitación del hospital. Infladas por el calor de la tarde, caían luego otra vez sobre la puertaventana, mitigando el resplandor de fuera.

Alguien abrió la puerta y las cortinas se levantaron y los bordes flamearon; los papeles sueltos crujieron, la luz de la habitación se hizo más blanca y el traqueteo de las obras de la calle aumentó un poco. Después, la puerta se cerró y las cortinas bajaron con un susurro y la habitación volvió a su penumbra.

—Oh, no, más flores no —dijo la madre.

Lo veía todo a través de las paredes transparentes de la cuna-pecera. Una azucena muy abierta lo vigilaba con su ojo pringoso. A ratos, la corriente de aire expandía el olor a pimienta de las fresias que hubiera querido alejar estornudando. En el camisón de su madre se mezclaban salpicaduras de sangre con rayitas de polen naranja oscuro.

—Son todos tan amables... —Se reía de agotamiento y frustración—. No sé, ¿queda sitio en el cuarto de baño?

—La verdad es que no, ya hemos metido allí las rosas y lo demás.

—Oh, Dios mío, no lo soporto. Han cortado cientos de flores y las han estrujado para meterlas en esos jarrones, y sólo para que estemos contentos. —No podía dejar de reír. Le corrían las lágrimas por la cara—. Tendrían que haberlas dejado donde estaban, en un jardín de alguna parte.

La enfermera miró la gráfica.

—Es la hora del Voltarol —dijo—. Hay que controlar el dolor antes de que se imponga.

Y entonces la enfermera miró a Robert y él clavó sus ojos azules en ella entre la penumbra ambiente.

—Está muy atento. Me está examinando de arriba abajo.

—Supongo que estará perfectamente, ¿verdad? —dijo su madre, súbitamente aterrada.

De pronto también Robert se quedó aterrado. No estaban juntos como antes, pero

todavía tenían en común el mismo desamparo. El mar los había arrojado sobre una costa desierta. Demasiado cansados para arrastrarse playa arriba, sólo podían permanecer tumbados entre los bramidos del mar y el deslumbramiento de estar allí. Sin embargo, tenían que enfrentarse a los hechos: habían sido separados. Comprendió entonces que su madre ya había estado antes en el exterior. Para ella, aquella costa desierta era sólo un nuevo rol, para él, un nuevo mundo.

Lo extraño era que se sentía como si ya hubiera estado allí. Todo el tiempo había sabido que existía un exterior. Por lo general pensaba que allí afuera había un mundo acuoso y apagado y que él vivía en el núcleo mismo de las cosas. Ahora que las paredes se habían derrumbado ya veía el desorden en que había estado metido. ¿Cómo podía evitar meterse en otro embrollo en aquel sitio tan insistentemente luminoso? ¿Cómo iba a dar todas las patadas y vueltas que solía dar en medio de aquella atmósfera cargada en la que el aire le escocía la piel?

El día antes había creído que se moría. Quizás estuviera en lo cierto y eso era lo que pasaba. Todo quedaba sujeto a cuestión, salvo el hecho de estar separado de su madre. Ahora que se había dado cuenta de que entre ambos existía una diferencia, amaba a su madre con nueva agudeza. Antes estaba pegado a ella. Ahora ansiaba estar pegado a ella. El primer sabor de la ansiedad era la cosa más triste del mundo.

—Ay, cariño, ¿qué nos pasa? —dijo la enfermera—. ¿Tenemos hambre o es sólo que queremos mimitos?

La enfermera lo sacó de la pecera, lo pasó por encima del espacio vacío entre la cuna y la cama y lo depositó en los brazos amoratados de la madre.

—Intente darle un ratito el pecho y después procure descansar un poco. Los dos han tenido que pasar mucho este último par de días.

Era una ruina inconsolable. No podía vivir con tanta duda y tanta intensidad. Vomitó calostro encima de su madre y luego, en el difuso momento de vacío que vino a continuación, las cortinas rebosantes de luz captaron su mirada. Mantuvieron su atención. Así funcionaba todo allí. Te embelesaban con cosas para que te olvidases de la separación.

Aun así, no quería exagerar su decadencia. En el viejo mundo estaba cada vez más apretujado. Ya hacia el final se moría por salir, pero se había imaginado dilatándose de regreso al océano sin límites de su juventud, no exiliado en este áspero territorio. Quizás pudiera volver a visitar el océano en sus sueños, si no fuera por el velo de violencia que se interponía entre él y su pasado.

Iba derivando hacia las riberas almibaradas del sueño, sin saber si el sueño le llevaría al mundo flotante o le devolvería a la carnicería del paritorio.

—Pobre Baba, seguramente tenía una pesadilla —dijo la madre, acariciándolo. El llanto empezaba a quebrarse y desvanecerse.

Le dio un beso en la frente y él se dio cuenta de que aunque ya no compartían un solo cuerpo, seguían teniendo los mismos pensamientos y las mismas sensaciones. Se estremeció de alivio y contempló las cortinas, viendo fluir la luz.

Debía de haber dormido un rato porque su padre había llegado y ya estaba enrollándose con algo. No podía parar de hablar.

—Hoy he visto unos cuantos pisos más, y te digo que es realmente deprimente, la verdad. Lo de la vivienda en Londres está completamente fuera de control. Vuelvo a inclinarme por el plan C.

—¿Cuál era el plan C? Se me ha olvidado.

—Quedarnos donde estamos y sacar otro dormitorio de la cocina. Si la dividimos por la mitad, el armario de las escobas se convierte en el armario de los juguetes y la cama se pone donde está la nevera.

—¿Y dónde van las escobas?

—No lo sé. En algún sitio.

—¿Y la nevera?

—Puede ir en el armario que está al lado del lavavajillas.

—No cabe.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé.

—De todos modos... ya nos arreglaremos. Trato de ser práctico. Cuando tienes un hijo, todo cambia. —El padre se acercó más y susurró—: Siempre nos quedará Escocia.

Había venido para ser práctico. Sabía que su mujer y su hijo se ahogaban en una charca de confusión y sensibilidad y él iba a salvarlos. Robert podía percibir lo que él estaba sintiendo.

—Dios, qué manitas tan minúsculas —dijo el padre—. Menos mal, la verdad. —Alzó la mano de Robert con el meñique y la besó—. ¿Puedo cogerlo?

La madre se lo tendió al padre.

—Ten cuidado con el cuello, lo tiene muy blando. Tienes que sujetárselo.

Todos estaban nerviosos.

—¿Así? —La mano del padre ascendió poco a poco por la columna vertebral del bebé, ocupó el lugar de la madre y se deslizó bajo la cabeza. Robert trató de mantener la calma. No quería que sus padres se disgustasen.

—Más o menos. Yo tampoco lo sé del todo bien.

—¡Aah! ¿Cómo es que permiten hacer esto sin sacar una licencia? No se puede tener un perro o una televisión sin licencia. A lo mejor puede enseñarnos la enfermera de la maternidad..., ¿cómo se llama?

—Margaret.

—Por cierto, ¿dónde va a dormir Margaret la noche antes de que nos vayamos a casa de mi madre?

—Dice que dormirá encantada en el sofá.

—No sé si el sofá opinará lo mismo.

—No seas malo, está haciendo una «dieta química».

—Qué emocionante. No lo había visto desde ese ángulo.

—Tiene un montón de experiencia.

—¿Y los demás no?

—Con los recién nacidos.

—¡Oh, con recién nacidos! —El padre rascó la mejilla de Robert con la barba y le hizo sonar un beso junto a la oreja.

—Pero lo adoramos —dijo la madre con los ojos inundados de lágrimas—. ¿No es eso bastante?

—¿Ser adorado por unos aprendices de padres sin una casa decente? Gracias a Dios que tiene el respaldo de una abuela que está de vacaciones permanentes y otra demasiado ocupada salvando al planeta para que esté totalmente a gusto con este esfuerzo adicional a sus recursos. La casa de mi madre ya está demasiado llena de sonajas de chamán y «animales de poder» y «niños interiores» para acoger a una cosa tan adulta como un niño.

—Estaremos perfectamente —dijo la madre—. Nosotros ya no somos niños, somos padres.

—Somos las dos cosas —dijo el padre—, ése es el problema. ¿Sabes lo que me dijo mi madre el otro día? Un niño que nace en un país desarrollado va a consumir doscientas cuarenta veces los recursos que consumirá un niño nacido en Bangladesh. Si hubiéramos tenido suficiente dominio de nosotros mismos y tuviéramos doscientos treinta y nueve niños de Bangladesh, nos daría una bienvenida mucho más cordial, pero este occidental gigantesco va a arrasar hectáreas de cosechas para sus pañales desechables, y muy pronto estará exigiendo un ordenador personal lo bastante potente como para lanzar un vuelo a Marte al mismo tiempo que juega al tres en raya con un colega virtual de Dubrovnik, no creo que obtenga su aprobación. —El padre hizo una pausa—. ¿Qué tal te encuentras? —preguntó.

—Nunca he sido más feliz —dijo la madre secándose el brillo de las mejillas con el dorso de la mano—. Me siento así, tan descargada.

Giró la cabeza del bebé hacia el pezón y el crío se puso a chupar. Un fino hilillo de su hogar anterior le desbordaba de la boca y otra vez estaban juntos. Notaba latir el corazón de su madre. La paz les envolvía como un nuevo útero. Quizás, después de todo, aquél no era un mal sitio donde estar, sólo de difícil acceso.

Esto era aproximadamente todo lo que Robert podía recordar de los primeros días de su vida. Los recuerdos habían vuelto a su memoria hacía un mes, cuando nació su hermano. No estaba seguro de que algunas de aquellas cosas no se hubieran dicho en ese último mes, pero aun así le recordaban a cuando estaba en el hospital; de modo que los recuerdos eran verdaderamente suyos.

Robert estaba obsesionado con su pasado. Ahora tenía cinco años. Cinco años, no era un recién nacido como Thomas. Tenía conciencia de que su infancia se iba desintegrando, y en medio de los bramidos de celebración que acompañaban cada

pasito que daba hacia la ciudadanía plena, oía el murmullo de la pérdida. Algo había empezado a suceder según iba siendo dominado por el habla. Sus recuerdos primeros se iban desprendiendo como las lascas del acantilado naranja a su espalda, y estrellándose contra un mar que todo lo consume y que sólo le devuelve la mirada si él intenta mirarlo. Su infancia estaba siendo eliminada por la niñez. Y quería volver a ella, si no Thomas lo tendría todo para él.

Robert había dejado atrás a sus padres, a su hermanito y a Margaret, y se iba abriendo camino avanzando inseguro a través de las rocas y hacia las piedras tambaleantes de la parte baja de la playa, sujetando en uno de sus brazos estirados un cubo de plástico arañado que tenía unos delfines saltando. Los guijarros brillantes que se ponían mate según iba corriendo para enseñarlos ya no lo motivaban. Lo que andaba buscando ahora era esa especie de judías gelatinosas de cristales sin filo que había enterradas entre los torrentes de fina grava dorada y negra de la orilla. Hasta cuando estaban secas les quedaba un brillo machacado. Su padre le dijo que el cristal se hacía con arena, así que estaban a medio camino de regreso a su lugar de origen.

Robert ya había llegado a la orilla. Dejó el cubo en una roca alta e inició la caza de cristales lamidos por las olas. El agua formaba espuma en torno a sus tobillos y conforme se retiraba la playa abajo iba cribando la arena burbujeante. Para su asombro, bajo la primera ola pudo ver algo, no una de las cuentas verde pálido o blanco sucio de cristal, sino una rara gema amarilla. La sacó de entre la arena, le lavó la tierra pegada en la ola siguiente y la miró contra la luz, un riñoncito de ámbar entre el índice y el pulgar. Miró hacia la playa para compartir su emoción, pero sus padres estaban agachados sobre el bebé y Margaret hurgaba en una bolsa.

Se acordaba muy bien de Margaret ahora que había vuelto. Lo había cuidado a él cuando era pequeño. Pero entonces era distinto porque él era el único hijo de su madre. A Margaret le gustaba decir que era una «charlatana en general», pero en realidad su único tema era ella misma. Su padre decía que era una experta en la «teoría de la dieta». No estaba muy seguro de qué era eso, pero al parecer la había hecho ser muy gorda. Para ahorrar dinero, sus padres esta vez no iban a contratar a una enfermera puericultora, pero justo antes de ir a Francia cambiaron de opinión. Y estuvieron a punto de echarse atrás cuando la agencia les dijo que avisando con tan poco tiempo la única disponible era Margaret. «Bueno, supongo que serán dos manos más para ayudar», había dicho su madre. «Lástima que vengan junto a esa boca más...», dijo su padre.

Robert se había encontrado con Margaret por primera vez cuando volvió del hospital después de nacer. Se despertó en la cocina de sus padres, balanceándose arriba y abajo en sus brazos.

—Le he cambiado el pañal a su majestad para que tenga el culito limpio y seco — dijo.

—Oh —dijo la madre—, gracias.

Él notó inmediatamente que Margaret era distinta de su madre. Las palabras

fluían de ella como de una bañera sin tapón. A su madre no le gustaba tanto hablar, pero cuando hablaba era como si te abrazase.

—¿Le gusta estar en su cunita? —preguntó Margaret.

—La verdad es que no lo sé, la noche pasada estuvo en la cama con nosotros.

Margaret lanzó un gruñido sordo.

—Hum —dijo—, malas costumbres.

—No quería quedarse en la cuna.

—Y nunca querrá, si se lo llevan a la cama.

—«Nunca» es mucho tiempo. Estuvo dentro de mí hasta el miércoles por la noche; el instinto me dice que lo tenga junto a mí durante un tiempo..., que haga las cosas gradualmente.

—Bueno, no es que quiera poner en cuestión sus instintos, querida —dijo Margaret escupiendo la palabra nada más formarse en su boca—, pero en mis cuarenta años de *experiencia* he tenido madres que me daban las gracias una y otra vez por soltar al niño y dejarlo en la cuna. Tuve una madre, una señora árabe, por cierto, amabilísima, que el otro día mismo me llamó a Botley y me dijo: «Ojalá le hubiera hecho caso, Margaret, y no hubiera metido a Yasmin en la cama conmigo. Ahora ya no sé qué hacer con ella». Y quería que volviese, pero yo le dije: «Lo siento, querida, pero empiezo en otro sitio la semana que viene y nos iremos al sur de Francia a pasar todo el mes de julio en casa de la abuela del bebé».

Margaret sacudió la cabeza y se pavoneó por la cocina mientras un chaparrón de migas hacía cosquillas en la cara de Robert. La madre no dijo nada, pero Margaret no se calló.

—No creo que sea justo para la criatura, aparte de todo lo demás..., les gusta tener su propia cunita. Por supuesto que estoy acostumbrada a tenerlo todo a mi cargo. Por lo general soy yo la que lo tiene durante la noche.

El padre entró en el cuarto y besó a Robert en la frente.

—Buenos días, Margaret —dijo—. Espero que haya dormido bien, porque de los demás, ninguno.

—Sí, gracias, su sofá es de lo más cómodo, la verdad; aunque no me quejaré cuando tenga un cuarto para mí en casa de su madre.

—Espero que no —dijo el padre—. ¿Están hechas todas las maletas? ¿Preparados para salir? El taxi llegará de un momento a otro.

—Bueno, la verdad es que no he tenido tiempo de *deshacerlas* de verdad, ¿sabe? Sólo el sombrero para el sol. Lo he sacado por si pega muy fuerte al otro lado.

—Al otro lado siempre pega muy fuerte. Mi madre no se conformaría con nada por debajo de un calentamiento global catastrófico.

—Hum, en Botley nos vendría bien una pizca de calentamiento global.

—Yo no haría ese comentario si aspira a tener una buena habitación en la Fundación.

—¿Qué fundación, querido?

—Oh, mi madre ha hecho una «Fundación Transpersonal».

—¿Entonces la casa no será de ustedes?

—No.

—¿Has oído eso? —dijo Margaret, cerniendo sobre Robert su cerúlea palidez y rociándole la cara de migas de galleta con vigor renovado.

Robert podía sentir la irritación de su padre.

—Es demasiado tranquilo para andar preocupado por esas cosas —dijo la madre.

Todos empezaron a moverse al mismo tiempo. Margaret, con el sombrero de paja puesto, tomó la delantera, y los padres de Robert fueron detrás peleando con el equipaje. Se lo llevaban afuera, de donde venía la luz. Estaba asombrado. El mundo era un paritorio lleno de gritos de vida ambiciosa. Ramas que trepaban, hojas que titilaban, montañas de cúmulo-nimbos flotando con sus bordes cambiantes por el cielo inundado de luz. Podía sentir los pensamientos de su madre, podía sentir los pensamientos de su padre, podía sentir los pensamientos de Margaret.

—Le encantan las nubes —dijo la madre.

—No puede ver las nubes, querida —dijo Margaret—. A esta edad todavía no saben enfocar.

—Pero a pesar de eso puede que las mire sin verlas igual que nosotros —dijo el padre.

Margaret soltó un gruñido mientras entraba en el taxi que esperaba con el motor en marcha.

Robert iba muy quieto en el regazo de su madre, pero el cielo y la tierra se deslizaban por fuera de la ventana. Si se concentraba en el paisaje en movimiento también él se movía. La luz iba destellando en los cristales de las ventanas de las casas que pasaban, las vibraciones le resbalaban por encima desde cualquier dirección y después el desfiladero de los edificios se abrió y un triángulo de sol se le paseó por la cara y le pintó los párpados de rosa anaranjado.

Estaban camino de casa de la abuela, la misma casa en la que ahora se alojaban, una semana después de nacer su hermano.

Robert estaba sentado en el alféizar de la ventana de su habitación jugando con las cuentas que había recogido en la playa. Las había ido colocando en todas las combinaciones posibles. Por detrás de la malla de la mosquitera, con su roto remendado, había una masa de hojas maduras que pertenecían al plátano grande de la terraza. Cuando el viento movía las hojas hacían un ruido como de labios dando un beso. Si se declaraba un incendio, podría salir por la ventana y bajar por aquellas ramas tan cómodas. Por otra parte, también podría subir por ellas un secuestrador. Antes, nunca solía pensar en esa otra parte, pero ahora pensaba en eso todo el tiempo. Su madre le había contado que cuando era pequeño le encantaba dormir en su cuna debajo del plátano. Ahora estaba allí Thomas, encuadrado por sus padres.

Margaret se marchaba al día siguiente; gracias a Dios, como dijo el padre. Sus padres le habían dado un día libre extra, pero ya había vuelto del pueblo, y les estaba machacando con su mortífero parte. Robert se pavoneó por el cuarto fingiendo ser Margaret y dio la vuelta hasta volver a la ventana. Todo el mundo decía que hacía unas imitaciones asombrosas; el director del colegio fue más allá y dijo que «tenía un talento absolutamente siniestro que confío en que aprenda a canalizarlo de manera constructiva». Era cierto que en cuanto alguna situación le intrigaba, como que Margaret estuviese de regreso con su familia, era capaz de absorber todo lo que quería. Apretó la cara contra la mosquitera para poder ver mejor.

—¡Oooh, hace mucho calor...! —dijo Margaret abanicándose con una revista de labores—. Y no encontré queso *cottage* en Bandol. En el supermercado no hablaban ni una palabra de inglés. «*Cottage*», les dije, «queso *cottage*», y les señalaba la casa del otro lado de la calle, «*cottage*, ya saben, como una casita de pueblo, pero más pequeña», pero seguían sin entender ni papa de lo que les estaba diciendo.

—Desde luego, deben ser tontos del todo —dijo el padre—, después de haberles dado tantas pistas.

—Hum. Al final tuve que llevarme un poco de queso francés —dijo Margaret sentándose en el murete con un suspiro—. ¿Cómo está el bebé?

—Parece muy cansado —dijo la madre.

—No me sorprende, con este calor —dijo Margaret—. Creo que he debido pillar una insolación en ese barco, francamente. Me he quedado achicharrada. Dele mucha agua, querida. Es la única manera de que se refresquen. A esta edad todavía no sudan.

—Otro asombroso descuido —dijo el padre—. No pueden sudar, ni andar, ni hablar, ni leer, ni conducir, ni firmar un cheque. Los potros se aguantan de pie a las pocas horas de nacer. Si los caballos fueran a los bancos, en una semana tendrían abierta una línea de crédito.

—A los caballos los bancos no les sirven de nada —dijo Margaret.

—No —dijo el padre, agotado.

En un instante de éxtasis en su canto las cigarras ahogaron la voz de Margaret, y

Robert tuvo la sensación de recordar con toda exactitud cómo era estar en aquella cuna, tumbado debajo de los grandes plátanos, a su sombra verde y fresca, oyendo el muro sonoro de las cigarras caer de golpe y quedarse en una llamada solitaria y después volver a elevarse hasta un seco frenesí. Dejaba que las cosas descansasen donde caían, los sonidos, los suspiros, las impresiones. Las cosas se resolvían por sí mismas en aquella sombra verde y fresca, no porque supiese cómo funcionaban, sino porque conocía sus propios pensamientos y sensaciones sin necesidad de explicarlos. Y si quería jugar con sus pensamientos, nadie podía impedirselo. Mientras sólo estuviese allí tumbado en la cuna, no podían saber si estaba haciendo algo peligroso. Algunas veces se imaginaba que era la cosa que estaba mirando, otras veces que era el espacio entre las cosas, pero lo mejor era cuando simplemente miraba, sin ser nadie en particular ni mirar ninguna cosa en particular, y entonces flotaba en el mirar, como la brisa que sopla sin necesitar mofletes para soplar ni tener ningún sitio en particular adónde ir.

Probablemente ahora su hermano flotaba en la antigua cuna de Robert. Los mayores no saben cómo tomarse lo de flotar. Ése era el problema con los mayores: siempre querían ser el centro de atención, machacando con la comida, y los horarios de dormir y esa obsesión por hacerte aprender lo que sabían y olvidar lo que habían olvidado. Robert tenía miedo a dormir. Podía perderse algo: una playa de cuentas amarillas, o alas de saltamontes que salían volando de entre sus pies al andar sobre la hierba seca.

Adoraba estar en casa de su abuela. Su familia sólo iba allí una vez al año, pero no habían faltado ninguno desde que nació. La casa era una Fundación Transpersonal. Él no sabía realmente qué era eso, y tampoco parecía saberlo nadie, ni siquiera Seamus Dourke, que la dirigía.

—Tu abuela es una mujer maravillosa —le había dicho a Robert mirándolo con sus ojos de brillo apagado—. Ha ayudado a un montón de gente a conectar.

—¿Con qué?

—Con la otra realidad.

Algunas veces no les preguntaba a los mayores qué querían decir porque pensaba que les iba a parecer tonto; otras veces porque sabía que ellos se portaban como tontos. Esta vez eran las dos cosas. Pensó en lo que le había dicho Seamus y no lograba ver cómo podía existir más de una realidad. Sólo podía haber estados mentales diferentes a todos los cuales daba albergue la realidad. Eso le había dicho él a su madre, y ella le dijo: «Eres tan brillante, cariño...», pero en realidad no prestaba la menor atención a sus teorías, como de costumbre. Ahora siempre estaba demasiado ocupada. Lo que ellos no entendían era que él quería de verdad saber la respuesta.

Otra vez allí, debajo del plátano, su hermano había empezado a chillar. Robert deseó que alguien lo hiciera callar. Sentía que la infancia de su hermano explotaba como una carga de profundidad en su memoria. Los gritos de Thomas le recordaban su propia impotencia; el dolor de las encías sin dientes, las torceduras involuntarias

de las extremidades, la blandura de la fontanela, a sólo un apretón de pulgar del cerebro en crecimiento. Tuvo conciencia de su capacidad para recordar objetos sin nombre y nombres sin objeto lloviéndole por encima todo el santo día, pero había algo que solamente percibía débilmente: un mundo anterior a la banalidad natural de la niñez, anterior a tener que ser él el primero en salir corriendo a pisotear la nieve, anterior incluso a que se hubiera compuesto a sí mismo como espectador que contempla el paisaje blanco desde la ventana del dormitorio, cuando su espíritu se confundía con los campos de silencioso cristal, todavía a la espera de verse marcado por una baya que cae.

Había visto los ojos de Thomas expresando estados mentales que él no podría haber inventado para sí mismo. Se remontaban al esquelético desierto de su experiencia como breves pirámides. ¿De dónde venían? Algunas veces era un animalito que resoplaba para luego, segundos después, irradiar una calma antigua, en paz con todas las cosas. Robert sintió que sin duda no era él quien se inventaba esos complejos estados mentales, ni tampoco Thomas. Era sólo que Thomas no iba a saber lo que sabía hasta que empezase a contarse a sí mismo una historia de lo que le estaba sucediendo. Pero no era más que un niño de pecho y todavía no tenía la capacidad de atención necesaria para contarse a sí mismo una historia. Así que justamente Robert iba a tener que contársela él. ¿Para qué servía un hermano mayor, si no? Robert ya estaba atrapado en la rueda narrativa, así que perfectamente podía arrastrar a su hermanito pequeño con él. Después de todo, a su manera, Thomas estaba ayudando a Robert a armar el rompecabezas de su propia historia.

Fuera, oyó de nuevo a Margaret, quejándose de las cigarras y llevando la delantera.

—Cuando se da el pecho hay que ponerse bien fuerte —empezó de modo bastante razonable—. ¿No han traído galletas Digestive? ¿Ni Reach Tea? La verdad es que podríamos comer algunas ahora mismo. Y luego tiene que tomarse un buen almuerzo, abundante y con cantidad de hidratos de carbono. Y sin demasiadas verduras, porque el niño tendría gases. Un buen trozo de rosbif con pudín de Yorkshire, patatas asadas y después uno o dos trozos de bizcocho a la hora del té.

—¡Dios Santo! No creo que pudiera con todo eso. En mi libro dice pescado a la plancha y verduras a la plancha —dijo la cansada, delgada y elegante madre.

—*Unas pocas* verduras van bien —refunfuñó Margaret—. Pero no ajo, ni cebolla, ni nada con demasiadas especias. ¡Tuve una madre que se tomó un curry el día que yo libraba! Cuando volví la pobre criatura daba unos alaridos imposibles. «¡Sálvame, Margaret! ¡Mamá me ha incendiado mi sistema digestivo de bebé!». Yo, lo que siempre digo, como cosa mía: «Me tomaré la carne y dos verduritas, pero por las verduras no te preocupes demasiado».

Robert se había encajado un cojín debajo de la camiseta y daba vueltas por la habitación tambaleándose en una imitación de Margaret. En cuanto tenía la cabeza atascada de palabras de alguien, tenía que sacárselas de allí. Estaba tan concentrado

en su actuación que no se dio cuenta de que el padre entraba en el cuarto.

—¿Qué haces? —le preguntó el padre, que ya medio lo sabía.

—Estaba haciendo de Margaret.

—Lo que nos faltaba, ¡otra Margaret! Ven abajo a tomar el té.

—Es que ya estoy tan lleno... —dijo Robert dándose palmaditas en el cojín—. Papá, cuando Margaret se marche yo seguiré estando aquí para darle a mamá malos consejos sobre cómo cuidar a los bebés. Y no os cobraré nada.

—Las cosas van mejorando, pues —dijo el padre y tendió la mano a Robert para ayudarlo a levantarse. Robert gimió y trastabilló por el piso y el padre y él echaron a andar escaleras abajo compartiendo el secreto de su broma.

Después del té Robert no quiso salir fuera con los demás. Lo único que hacían era hablar de su hermano y especular sobre su estado de ánimo en ese momento. Al subir las escaleras, a cada peldaño su decisión le iba pareciendo más grave, y cuando llegó al rellano tenía la mente dividida. Finalmente, se dejó caer al suelo y se puso a mirar abajo entre los barrotes de la barandilla preguntándose si sus padres se darían cuenta de su triste y dolorosa partida.

En el vestíbulo la luz del atardecer formaba bloques angulosos sobre el suelo y subiendo por las paredes. Un bloque de luz se reflejaba en el espejo y el reflejo partido temblaba en el techo. Thomas intentaba comentar algo. La madre, que entendía sus pensamientos, lo llevó en brazos hasta el espejo y le enseñó dónde rebotaba la luz sobre el cristal.

El padre entró en el vestíbulo y le tendió una bebida rojo brillante a Margaret.

—Oooh, muchísimas gracias —dijo Margaret—. La verdad es que no debería achisparme con esta insolación. Francamente, para mí esto están siendo más unas vacaciones que un trabajo, con todo lo que se preocupan ustedes. Oh, mire, el bebé se está admirando en el espejo.

Inclinó el brillo color rosa de su cara sobre Thomas, y dijo:

—No consigues saber si estás de este lado o de aquel otro, ¿verdad?

—Yo creo que sabe que está metido en su cuerpo más que fijado a un trozo de cristal —dijo el padre de Robert—. Todavía no ha leído el ensayo de Lacan sobre la fase del espejo, que es cuando se cimenta la verdadera confusión.

—Oh, bueno, entonces mejor que nos quedemos con Peter Rabbit —gorjeó Margaret tomando un sorbo del líquido rojo.

—Aunque me encantaría estar ahí fuera con ustedes —dijo el padre—, tengo que contestar un millón de cartas importantes.

—Oooh, papá tiene que contestar muchas cartas importantes —dijo Margaret echando el aliento perfumado de rojo en la cara de Thomas—. Tendrás que conformarte con mamá y Margaret.

Salió con su balanceo por la puerta delantera. El rombo de luz desapareció del techo y luego volvió a destellar. Los padres de Robert se miraron en silencio.

Y cuando los vio salir, se imaginó a su hermano sintiendo aquel vasto espacio a

su alrededor.

Bajó a hurtadillas hasta la mitad de la escalera y miró por el hueco de la puerta. Detrás, una luz dorada recogía las cúspides de los pinos y las piedras ahuesadas del olivar. Su madre, todavía descalza, cruzó andando por la hierba y se sentó bajo su pimentero favorito. Cruzó las piernas y levantó ligeramente las rodillas y depositó a su hermano sobre la hamaca que formaba su falda, sujetándolo todavía con una mano y acariciándole un costado con la otra. La sombra de las hojas que brillaban danzando a su alrededor le pintaba de manchas la cara.

Robert vagabundeaba indeciso por fuera, sin estar muy seguro de su pertenencia. Nadie le llamó, de manera que dobló la esquina de la casa como si siempre hubiera sido su intención bajar hasta el segundo estanque a ver los peces de colores. Miró para atrás y vio el palo con aspas refulgentes que Margaret le había comprado a su hermano en la pequeña feria de Lacoste. El palo del molinillo lo habían plantado en la tierra cerca del pimentero. Las aspas daban vueltas con el viento, azules, rosas, doradas y verdes. «Es por los colores y por el movimiento», había dicho Margaret cuando lo compró. «Eso les encanta». Él lo había arrancado de una esquina del carrito de su hermano y había corrido alrededor del tiovivo haciendo girar las aspas. Pero cuando lanzó golpes con él en el aire el palo se rompió y todos se incomodaron en nombre de su hermano porque realmente no había llegado a disponer de una oportunidad de disfrutar del molinillo y sus fulgores antes de que se rompiera. El padre le hizo a Robert un montón de preguntas, o mejor, la misma pregunta de un montón de maneras diferentes, como si fuera a sentirse mejor admitiendo que lo había roto a propósito. ¿Tienes celos? ¿Estás enfadado porque todo el mundo le presta atención y le da regalos a él sólo? ¿Es esto lo que te pasa? ¿Eh, eh? Bueno, él dijo simplemente que había sido un accidente y no cedió un ápice. Y realmente había sido un accidente, pero también es cierto que odiaba a su hermano y que desearía que no fuera así. ¿No podían sus padres acordarse de cuando estaban sólo ellos tres? Se querían tanto que hasta era doloroso que uno de ellos saliese de la habitación. ¿Qué había de malo en tenerle a él únicamente? ¿No era suficiente? ¿No era lo bastante bueno? Solían sentarse en el césped, donde estaba su hermano ahora, y lanzarse la pelota roja (que había escondido: no iba a quedarse también Thomas con eso) del uno al otro y todos se reían tanto si la cogía como si se le caía, y todo era perfecto. ¿Cómo era posible que quisieran estropear eso?

Quizá ya era demasiado mayor. Quizá los bebés eran mejores. A los bebés se les impresiona con cualquier cosa prácticamente. Fíjate en el estanque de los peces donde tiraba piedras. Había visto a su madre llevar a Thomas a la orilla del estanque y señalar a los peces con el dedo y decir: «Pez». Eso sería inútil intentarlo con Robert. Lo que no podía dejar de preguntarse era cómo se podía dar por supuesto que el hermano sabía a qué se refería la madre con eso, si al estanque, el agua, las hierbas, las nubes que se reflejaban en el agua, o los peces, si es que los veía. Cómo sabía siquiera que «pez» era una cosa en vez de un color o algo que se hace, porque a

veces, ahora que lo pensaba, era algo así, como «pescar peces».

Una vez que tienes palabras, te piensas que el mundo es cualquier cosa que puede ser descrita, pero resulta que también es lo que no se puede describir. En cierto modo, las cosas son más perfectas cuando no puedes describir nada. A Robert, tener un hermano le hizo preguntarse cómo era cuando no tenía para guiarse más que sus propios pensamientos. Una vez estás encerrado en las palabras, lo único que puedes hacer es arrastrar el paquete grasiento de unos pocos miles de palabras que millones de personas han usado ya antes. Puede que haya algún instante de frescura, no porque se haya traducido con éxito la vida del mundo, sino porque se ha sacado una nueva vida de ese rollo mental. Pero antes de que los pensamientos se mezclasen con las palabras, no era como si el resplandor del mundo no explotase en el cielo de su atención.

De repente oyó gritar a su madre:

—¿Qué le ha hecho?

Echó a correr, dobló la esquina de la terraza y se encontró con su padre que salía corriendo de la casa. Margaret estaba tumbada en el césped y sujetaba a Thomas despatarrado sobre su pecho.

—Está bien, querida, está perfectamente —dijo Margaret—. Mire, hasta ha dejado de llorar. Sólo me caí yo, sobre el trasero, ya ve. Estoy entrenada. Me parece que debo de haberme roto un dedo, pero no hay por qué preocuparse de la vieja boba de Margaret, ¿verdad?, con tal de que a la criatura no le haya pasado nada.

—Ésa es la primera cosa sensata que le he oído decir —dijo la madre, que nunca decía nada desagradable. Cogió a Thomas de los brazos de Margaret y le besó la cabeza una y otra vez. Estaba en tensión, enfadada, pero al besar al bebé la ternura empezó a apoderarse de ella de nuevo.

—¿Está bien? —preguntó Robert.

—Creo que sí —dijo la madre.

—No quiero que se haga daño —dijo Robert, y los dos juntos entraron en la casa, dejando a Margaret hablando en el suelo.

A la mañana siguiente todos estaban en la habitación de los padres, escondiéndose de Margaret. El padre de Robert tenía que llevarla al aeropuerto después de comer.

—Supongo que ya deberíamos bajar —dijo la madre abrochando los corchetes del pelele de Thomas y cogiéndolo en brazos.

—¡No! —bramó el padre arrojándose sobre la cama.

—No seas crío.

—Tener un niño te hacer ser más infantil, ¿no te habías dado cuenta?

—Yo no tengo tiempo de ser más infantil, debe de ser una prerrogativa reservada al padre.

—Tendrías tiempo si tuvieses una ayudante competente.

—Vamos —dijo la madre alargando la mano libre hacia el padre.

Él se la sujetó un momento, pero no se movió.

—No consigo decidir qué es peor, si hablar con Margaret, o escucharla —dijo el padre.

—Escucharla —votó Robert—. Por eso en cuanto se haya marchado la imitaré todo el rato.

—Pues muchas gracias —dijo la madre—. Mira, hasta Thomas sonríe ante una idea tan disparatada.

—Eso no es sonreír, querida —refunfuñó Robert—, eso son gases que martirizan su tripita.

Todos se echaron a reír, y luego la madre dijo:

—¡Chist! Que puede oírnos. —Pero era demasiado tarde, Robert estaba decidido a hacer su teatro. Balanceando el cuerpo a ambos lados para facilitar el movimiento hacia delante, se plantó al lado de su madre.

—Es inútil que intente deslumbrarme con su ciencia, querida —siguió Robert—, estoy segura de que no le gusta ese preparado de biberón que le está dando, aunque sea de cabras ecológicas. Cuando estuve en Arabia Saudí, y por cierto que era con una princesa, les dije: «Yo no puedo trabajar con este preparado para los biberones, debo tener la Fórmula de Oro de Vaca y Cabra», y ellos me dijeron: «Con toda su experiencia, Margaret, tenemos plena confianza en usted», así que hicieron que les llevaran un pedido de Inglaterra en su avión privado.

—¿Cómo puedes recordar todo eso? —le preguntó la madre—. Es espeluznante. Yo le dije que nosotros no teníamos un avión particular.

—Oh, para ellos el dinero no era problema —continuó Robert moviendo la cabeza con un ligero gesto de orgullo—. Un día, ¿sabe?, comenté, sin la menor intención, lo preciosas que eran las zapatillas de la princesa, y antes de que me diera cuenta tenía un par esperándome en mi alcoba. La verdad es que me resultaba hasta embarazoso. Cada vez que hacía algo así, me decía: «Margaret, tienes que aprender a tener la boca cerrada».

Robert meneó el dedo en el aire y luego se sentó en la cama junto a su padre y continuó con un suspiro de tristeza.

—Pero, claro, las palabras salían solas, ya saben: «¡Oh, qué chal tan precioso, querida; una tela suavísima, preciosa!», y era seguro que me encontraría uno esa noche extendido sobre la cama. Al final tuve que comprarme una maleta nueva.

Los padres estaban tratando de no hacer demasiado ruido, pero se les escapaban unas risitas. En todo el tiempo que duraba su actuación, apenas se ocuparon de Thomas.

—Ahora todavía será más difícil bajar —dijo la madre, sentándose con ellos en la cama.

—Es imposible —dijo el padre—. Hay un campo de fuerza alrededor de la puerta. Robert fue corriendo a la puerta y fingió que salía rebotado.

—¡Ah! —gritó—. ¡Es el campo Margaret! Imposible atravesarlo, capitán.

Dio unas cuantas vueltas rodando por el suelo y luego volvió a subirse a la cama con sus padres.

—Somos como los invitados a la cena de *El ángel exterminador* —dijo el padre—. Puede que tengamos que estar aquí durante días. Puede que tengamos que ser rescatados por el ejército.

—Tenemos que aunar nuestros esfuerzos —dijo la madre—, y tratar de que su estancia se acabe con un toque amable.

No se movió nadie.

—¿Por qué creéis que nos resulta tan difícil salir? —preguntó el padre—. ¿Creéis que estamos utilizando a Margaret de chivo expiatorio? Nos sentimos culpables de no poder proteger a Thomas del sufrimiento fundamental de la vida, así que pretendemos que la culpa es de Margaret, o algo parecido.

—Vamos a no complicarlo tanto, cariño —dijo la madre—. Es la persona más pesada que hemos conocido en la vida y además no sabe cuidar bien a Thomas. Y por eso no tenemos ganas de verla.

Silencio. Thomas se había dormido, de manera que hubo un acuerdo general para estar callados. Se instalaron todos cómodamente en la cama. Robert se estiró y apoyó la cabeza sobre los brazos cruzados detrás y se puso a escudriñar las vigas del techo. De la madera destacaban dibujos conocidos de nudos y manchas. Al principio podía tomar o dejar el perfil del hombre de nariz puntiaguda y casco, pero muy pronto la figura se negó a disolverse otra vez en la textura y se le ponían ojos de loco y mejillas hundidas. Se conocía bien el techo, porque solía tumbarse allí debajo cuando aquella era la habitación de su abuela. Los padres la habían ocupado cuando llevaron a la abuela a la residencia. Todavía se acordaba de la foto antigua con marco de plata que solía tener encima del secreter. Le había llamado la atención porque la habían sacado cuando su abuela sólo tenía unos cuantos días. El bebé de la foto estaba agobiado de pieles y satén y puntillas, con la cabeza enfundada en un turbante con abalorios. Sus ojos tenían una intensidad fanática que a él le parecía puro terror a quedarse enterrada en la inmensidad de lo comprado por su madre.

—La tengo siempre aquí —le dijo su abuela—, para recordarme cuando acababa de llegar a este mundo y estaba más cerca de la fuente.

—¿Qué fuente? —le preguntó Robert.

—Más cerca de Dios —le contestó tímidamente.

—Pero no tienes cara de estar muy contenta —dijo él.

—Quizá porque todavía no me había olvidado. Pero en cierto modo tienes razón, no creo que nunca me haya acostumbrado realmente a estar en el plano material.

—¿Qué plano material?

—La Tierra —dijo.

—¿Preferirías vivir en la luna? —le había preguntado Robert.

Ella le sonrió y le acarició la cara y dijo:

—Algún día lo entenderás.

Sobre el secreter, lo que había ahora, en vez de la fotografía, era un cambiador para Thomas, con un montoncito de pañales y una palangana de agua al lado.

Él seguía queriendo a su abuela, a pesar de que no le fuera a dejar la casa. Tenía la cara como una telaraña de arrugas que se había ganado a fuerza de procurar ser buena, de preocuparse de cosas verdaderamente enormes, como el planeta, o el universo, o los millones de personas que sufren y que no conocía, o la opinión de Dios sobre lo que debía hacer a continuación. Sabía que su padre no pensaba que fuera buena, y pasaba por alto sus esfuerzos por serlo. A Robert siempre le decía que tenían que querer a la abuela «a pesar de todo». Por eso se había enterado de que el padre ya no la quería.

—¿Thomas se acordará de esa caída durante toda la vida? —preguntó Robert mirando el techo.

—Claro que no —dijo el padre—. Las cosas que te pasan cuando sólo tienes unas semanas no se recuerdan.

—Pues yo puedo —dijo Robert.

—Tenemos que tranquilizarle entre todos —dijo la madre cambiando de tema, como si no quisiera señalar que Robert estaba mintiendo. Pero no mentía.

—No necesita que le tranquilice nadie —dijo el padre—. En realidad no se hizo daño, así que no podrá decir que no tenía que salir rebotado del cuerpo de Margaret al caerse. Los que nos asustamos fuimos nosotros, porque sabemos que fue muy peligroso.

—Por eso necesita que le tranquilicemos —dijo la madre—, porque él sabe que estamos afectados.

—Sí, a ese nivel sí —dijo el padre—, pero en general los niños de pecho viven en una democracia de cosas desconocidas. Continuamente las cosas les suceden por primera vez, lo sorprendente para ellos es lo que se repite.

Los bebés son fantásticos, pensó Robert. Puedes inventarte prácticamente lo que sea sobre ellos, porque nunca te contradicen.

—Son las doce —suspiró el padre.

Todos lucharon por vencer la desgana, pero el esfuerzo de escapar de ella parecía que les arrastraba más a lo profundo de las arenas movedizas del colchón. Robert intentó retener a los padres todavía un poquito más.

—Algunas veces —empezó soñador poniendo la voz de Margaret—, cuando paro en casa un par de semanas entre trabajo y trabajo, me pongo nerviosa. Tengo tantas ansias de volver a tener un bebé entre las manos. —Cogió a Thomas por un pie e hizo un ruido como de devorarlo.

—Con cuidado —le dijo su madre.

—Pero el crío tiene razón —dijo el padre—, esa mujer es una adicta a los bebés. Los necesita a ellos mucho más de lo que ellos la necesitan. A los bebés se les permite ser desconsiderados y glotones, así que los utiliza de camuflaje.

Después de todo el esfuerzo moral que habían hecho para conceder una hora más de sus vidas a Margaret, se sintieron engañados al encontrarse con que no los estaba esperando en el piso de abajo. La madre fue hasta la cocina y él se sentó con su padre en el sofá y con Thomas entre los dos. Thomas estaba callado y se quedó absorto mirando el cuadro que había en la pared justo encima del sofá. Robert bajó la cabeza para ponerla al lado de la de Thomas y al mirar para arriba supo, debido al ángulo, que Thomas no podía ver el cuadro propiamente dicho, por culpa del cristal que lo protegía. Se acordó de cómo le fascinaba eso mismo a él cuando era igual de pequeño. Al mirar la imagen reflejada en el cristal, eso le conducía más al fondo del espacio que tenía detrás. En el reflejo estaba la puerta, una miniatura brillante y perfecta, y a través del hueco de la puerta, y aún más pequeña, pero en realidad más grande, la adelfa de fuera, con las diminutas luces rosa de sus flores sobre la superficie de cristal. Su atención la absorbían los puntos en que el cielo se desvanecía entre las ramas de la adelfa, y entonces su imaginación se expandía por el cielo real que había más allá, de tal manera que su mente era como dos conos punta con punta. Estaba allí con Thomas, o, más bien, Thomas estaba allí con él, cabalgando al infinito sobre aquella manchita de luz. Entonces se dio cuenta de que las flores habían desaparecido y que una nueva imagen llenaba el hueco de la puerta.

—Margaret está aquí —dijo.

El padre se volvió mientras Robert observaba aquel bulto lastimero que rodaba hacia ellos. Se detuvo a unos pocos pasos de distancia.

—No ha habido daños —dijo, medio preguntando.

—Parece que está perfectamente —dijo el padre.

—Esto no figurará en mis referencias, ¿verdad?

—¿Qué referencias? —preguntó el padre.

—Oh, ya comprendo —dijo Margaret, medio herida, medio enfadada, toda dignidad.

—¿Almorzamos? —preguntó el padre.

—Yo no necesito almuerzos, muchas gracias —dijo Margaret.

Se volvió hacia la escalera e inició su laboriosa ascensión.

De pronto, Robert no pudo soportarlo más.

—Pobre Margaret —dijo.

—Pobre Margaret —dijo el padre—. ¿Qué vamos a hacer sin ella?

Robert estaba observando una hormiga que desapareció detrás de la botella de vino blanco toda sudorosa que había sobre la mesa de piedra. De repente un chorrito de condensación se escurrió por el lateral de la botella abajo y alisó con su estela la superficie antes cuajada de gotitas. La hormiga apareció otra vez, ampliada su imagen por el cristal verde claro, agitando frenéticamente las patas para estudiar un grano reluciente del azúcar que Julia había derramado al ponérselo en el café de después del almuerzo. El ruido de las cigarras los envolvía dentro y fuera del tiempo junto al flamear del toldo de lienzo desgarrado que tenían sobre sus cabezas. Su madre dormía la siesta con Thomas, y Lucy veía un vídeo, pero él se había quedado a pesar de que Julia casi le obligaba a ir con Lucy.

—La mayoría de las personas esperan la muerte de sus padres con una mezcla tremenda de enorme tristeza y de planes para hacerse una piscina nueva —estaba diciéndole su padre a Julia—. Como yo voy a tener que renunciar a la piscina, he pensado que también puedo prescindir de la tristeza.

—Pero ¿no podrías fingir que eres un chamán y quedarte con esta casa? —le dijo Julia.

—Por desgracia soy una de las poquísimas personas de este mundo que no tienen ni el más mínimo poder curativo. Ya sé que todos los demás han descubierto por fin su chamán interior, pero yo sigo atrapado en mi concepción materialista del universo.

—Bueno, existe una cosa que se llama hipocresía, ¿sabes? —dijo Julia—. Hay una tienda a la vuelta de mi casa que se llama El Sendero del Arco Iris, y si quieres puedo conseguirte un tambor y algunas plumas.

—Ya siento los poderes acudiendo a las yemas de mis dedos —dijo el padre, con un bostezo—. También yo tengo un don especial que ofrecer a la tribu. Hasta ahora no me había dado cuenta de que tengo unos poderes psíquicos increíbles.

—¡Así me gusta! —dijo Julia, animándole—. Dentro de nada estarás dirigiendo este sitio.

—Ya tengo bastante lío con cuidar de mi familia sin salvar el mundo.

—Cuidar de los niños puede ser una manera sutil de rendirse —dijo Julia, sonriendo a Robert con severidad—. Se convierten en la totalidad, en lo bueno, y se pospone la felicidad, son los que no beben más de la cuenta, no se rinden ni se divorcian ni tienen desarreglos mentales. Esa parte de uno mismo que lucha contra el deterioro y la depresión se transfiere al trabajo de preservarlos a ellos del deterioro y la depresión. Y durante ese tiempo uno se va deprimiendo y deteriorando.

—No estoy de acuerdo —dijo el padre—, cuando sólo luchas por ti mismo estás siempre a la defensiva, y eso es triste.

—Cualidades de lo más práctico —le interrumpió Julia—. Por eso es tan importante no tratar a los niños demasiado bien, porque no podrán competir en el mundo real. Si quieres que tus hijos sean productores de televisión, por ejemplo, o

ejecutivos importantes, no sirve de nada llenarles la cabecita con ideas de lealtad y sinceridad y responsabilidad. Con eso terminarán siendo la secretaria de alguien.

Robert decidió que le preguntaría a su madre si eso era verdad, o si Julia sólo estaba haciendo de..., bueno, de Julia. Todos los años venía a pasar una temporada y traía a Lucy, la creída de su hija, que tenía un año más que Robert. Sabía que a su madre no le entusiasmaba Julia, porque era una antigua novia del padre. Se sentía un poquito celosa de ella, y también le aburría un poco. Julia no podía evitar estar todo el rato demostrándole a la gente lo lista que era. «Las personas listas de verdad», le dijo su madre, «se limitan a pensar en voz alta, pero Julia piensa sólo en cómo suena lo que dice».

Julia siempre estaba intentando que Robert y Lucy anduvieran juntos. La tarde anterior Lucy había intentado darle un beso. Por eso no quería ir a ver un vídeo con ella. Dudaba de que sus dientes de delante pudiesen aguantar otra colisión como aquélla. La teoría de que era bueno para él pasar el tiempo con otros niños de su edad, aunque no le gustasen, hacía aguas. ¿Acaso su padre invitaba a una mujer a tomar el té sólo porque tuviera cuarenta y dos años?

Julia estaba jugando otra vez con el azúcar, cogiendo y echando cucharadas del azucarero.

—Desde que me divorcié de Richard —dijo—, tengo unos momentos de vértigo terribles. De repente me siento como si no existiera.

—¡Eso también me pasa a mí! —dijo Robert, entusiasmado de que hubieran sacado un tema del que sabía cosas.

—Me parece —dijo Julia— que eso resulta algo pretencioso para tu edad. ¿Estás seguro de que no es simplemente que has oído hablar del tema a los mayores?

—No —repuso con su voz de ofendido por la injusticia—. Lo sé por mí mismo.

—Creo que no eres justa —le dijo el padre a Julia—, Robert siempre ha tenido una capacidad para angustiarse mucho mayor de la que corresponde a su edad. Y eso no le impide ser un niño feliz.

—Bueno, la verdad es que sí, cuando me está pasando, sí —corrigió a su padre.

—Ah, mientras le está pasando —concedió el padre con una sonrisa amable.

—Entendido —dijo Julia poniendo su mano sobre la de Robert—. En ese caso, bienvenido al club, cariño.

Él no quería ser miembro del club de Julia. Sentía picores por todo el cuerpo porque deseaba retirar su mano pero no quería ser brusco.

—Yo siempre he pensado que los niños eran menos complicados que nosotros —dijo Julia alzando la mano y poniéndola en el brazo del padre—. Somos como rompehielos que van abriéndose paso hacia el siguiente objeto de deseo.

—¿Y qué puede ser más sencillo que abrirse paso hacia el siguiente objeto de deseo? —preguntó el padre.

—No abrirse paso hacia él.

—Eso es renunciar. No es tan sencillo como parece.

—Es renunciar únicamente si el deseo lo tienes en primer lugar —dijo Julia.

—Los niños tienen cantidad de deseo en primer lugar —dijo el padre—, pero creo que tienes razón, tienen un deseo, fundamentalmente: estar cerca de la gente a la que quieren.

—Los normales también quieren ver *En busca del arca perdida* —dijo Julia.

—Nosotros nos distraemos con más facilidad —dijo el padre haciendo caso omiso del último comentario—, más habituados a una cultura de la sustitución, más fácilmente confundidos respecto de a quién queremos de verdad.

—¿Ah, sí? —dijo Julia sonriendo—. Eso es bonito.

—Hasta cierto punto —dijo el padre.

Realmente, ya no sabía de qué estaban hablando en aquel momento, pero parecía que Julia se había animado. Las sustituciones debían ser algo bastante maravilloso. Pero antes de que tuviera oportunidad de preguntarle qué quería decir se oyó una voz, una voz bondadosa con acento irlandés, que llamaba:

—¿Hola? ¿Hola?

—¡Oh, Dios! —masculló el padre—. ¡El jefe!

—¡Patrick! —exclamó Seamus calurosamente mientras avanzaba hacia ellos con una camisa llena de palmeras y arcos iris—. Hola, Robert —le dijo a él revolviéndole vigorosamente el pelo—. Encantado de conocerla —le dijo a Julia clavándole sus ojos azules sinceros y dándole la mano con firmeza. Nadie podría acusarlo de no ser un hombre cordial—. Oh, éste es un sitio encantador —dijo—, encantador, ¿verdad? Nos sentamos aquí muchas veces después de las sesiones, y todos ríen o lloran, o simplemente son ellos mismos, ya saben. Definitivamente, éste es un punto de fuerza, un lugar de tremenda liberación de fuerza. Así es —suspiró como mostrándose de acuerdo con el sabio conocimiento interior de algún otro—, aquí he visto a mucha gente soltar un montón de cosas.

—Hablando de eso de «soltar un montón de cosas» —el padre le devolvía la frase a Seamus cogiéndola por una esquina como si fuera el pañuelo usado de otra persona —, al abrir el cajón de la mesita de noche me lo encontré tan lleno de folletos de «El tambor que cura» que no había sitio ni para el pasaporte. También hay unos cuantos cientos de ejemplares de *La senda del chamán* en el armario que me ocupan el lugar de los zapatos.

—¡La senda de los zapatos! —dijo Seamus lanzando una potente carcajada de lo más saludable—. Eso podía ser un buen título para un libro sobre, no sé, tener los pies en el suelo.

—¿No crees que esos signos de la vida institucional —continuó el padre fríamente, rápidamente— podrían haberse cambiado de sitio antes de que llegásemos de vacaciones? Después de todo mi madre quiere que la casa vuelva a su encarnación como hogar familiar cada mes de agosto.

—Desde luego, desde luego —dijo Seamus—. Te pido disculpas, Patrick. Eso es cosa de Kevin y Anette. Atravesaron un proceso personal muy intenso, ¿sabes?, antes

de irse a Irlanda de vacaciones, y es evidente que no fueron suficientemente diligentes a la hora de dejar las cosas preparadas para ti.

—¿Vas a ir tú también a Irlanda? —le preguntó mi padre.

—No, pasaré agosto en la casita —dijo Seamus—. La editorial Pegasus me ha pedido que les escriba un libro breve sobre el trabajo chamánico.

—¿De veras? —dijo Julia—. ¡Qué fascinante! ¿Es usted chamán?

—Le eché una ojeada al libro que ocupaba el lugar de mis zapatos —dijo el padre—, y surgen una cuantas preguntas obvias. ¿Has pasado veinte años de discípulo de un hechicero siberiano? ¿Has recogido plantas raras en luna llena en el solsticio de verano? ¿Has sido enterrado vivo y has muerto para el mundo? ¿Se te han anegado los ojos con el humo de los fuegos de campamento mientras musitabas plegarias a los espíritus que podrían ayudarte a salvar a un moribundo? ¿Has bebido orina de caribús que pastaron hierba con afloramientos de *Amanita muscaria* y viajado a otros mundos para resolver el misterio de un diagnóstico difícil? ¿O has estudiado en Brasil con los ayahuascas de la cuenca del Amazonas?

—Bueno —dijo Seamus—, hice prácticas de enfermería en la sanidad pública de Irlanda.

—Estoy seguro de que eso sustituye adecuadamente a lo de que te entierren vivo —dijo el padre.

—Trabajé muchos años en una residencia, hacía las cosas básicas, ya sabes: lavar a los pacientes que estaban rebozados en sus propias heces y orina; dar de comer a los ancianos que ya no podían alimentarse solos...

—Por favor —dijo Julia—, acabamos de comer.

—Esa era mi realidad de entonces —dijo Seamus—. A veces me pregunto por qué no habré ido a la universidad para obtener un título de medicina, pero si miro hacia atrás agradezco haber estado esos años en la residencia..., me ayudaron a mantener los pies en el suelo. Cuando descubrí el sistema de respiración holotrópica y me fui a California a estudiar con Stan Grof, conocí gente muy pasada de rosca, ¿sabes? Me acuerdo de una señora en particular, que llevaba un traje color crepúsculo, que se levantó y dijo: «Soy Tamara, del sistema Vega, y he venido a la Tierra a sanar y enseñar». Bueno, en ese momento, pensé en los ancianos de la residencia de Irlanda y me sentí agradecido de que me hubieran hecho tener los pies firmemente plantados en la tierra.

—Esa holo..., lo que sea, ¿es algo chamánico? —preguntó Julia.

—No, realmente no. Pero es lo que hice antes de meterme en el mundo chamánico. Aunque todo está conectado, ¿sabe? Todo sirve para que la gente entre en contacto con algo de más allá, con esa otra dimensión. Cuando las personas establecen ese contacto, puede desencadenarse un cambio radical en sus vidas.

—Pero lo que no comprendo es por qué eso se considera caridad. La gente que viene aquí, paga, ¿no es así? —dijo Julia.

—Pagan, sí, pagan —dijo Seamus—, pero luego reciclamos los beneficios,

¿comprende?, y por ejemplo damos becas a estudiantes como Kevin y Anette, que están aprendiendo a hacer el trabajo del chamán. Y han empezado a traer grupos de jóvenes urbanos, de las viviendas protegidas de Dublín. Les dejamos asistir a las clases gratis, ¿sabe?, y es maravilloso ver cómo se transforman. Les entusiasman la música de trance y los tambores. Se acercan a mí y me dicen: «Seamus, esto es increíble, es como un viaje, pero sin drogas», y se llevan ese mensaje cuando vuelven a sus barrios y organizan grupos chamánicos por su cuenta.

—¿Necesitamos de la beneficencia para hacer viajes? —preguntó el padre—. De todos los males del mundo, el hecho de que haya unas cuantas personas que no se dan viajes no me parece que sea un vacío que haya que tapar. Además, si la gente quiere viajar, ¿por qué no proporcionarles una dosis potente de ácido en vez de andar dando la lata con tambores?

—Está claro que eres abogado —dijo Seamus, comprensivo.

—Estoy totalmente a favor de los *hobbies* de la gente —dijo el padre—. Pero considero que, simplemente, deberían explorarlos en sus casas, con toda comodidad.

—Desgraciadamente, Patrick —dijo Seamus—, muchas casas no son tan cómodas.

—Conozco la sensación —dijo el padre—. A propósito, ¿crees que podríamos quitar del medio algunos de esos libros, anuncios, folletos y cachivaches?

—Sin duda —dijo Seamus—, sin duda.

Seamus y el padre se levantaron para irse y Robert se dio cuenta de que iban a dejarlo solo con Julia.

—¡Yo os ayudo! —dijo, y fue tras ellos por la terraza. El padre iba delante al entrar en el vestíbulo, y se paró casi en seco.

—Esos folletos volanderos —dijo— que anuncian otros centros, otros institutos, círculos sanadores, cursos avanzados de percusión..., es una pérdida de uso tenerlos aquí para nosotros. La verdad es que todo este tablón de anuncios —continuó descolgándolo de la pared—, a pesar de su atractiva superficie de corcho y sus bonitos alfileres de colores, puede perfectamente no estar aquí tampoco.

—No hay problema —dijo Seamus, sujetando el tablón de anuncios.

A pesar de que su padre ejercía un supremo control sobre sus modales, Robert notaba la rabia y el desprecio que le invadían. Seamus se nublaban cuando Robert intentaba exteriorizar lo que sentía, pero al final acababa por abrirse paso la terrible conclusión de que Seamus se compadecía de su padre. Como sabía que él estaba al mando, Seamus se podía permitir afrontar la furia de un niño traicionado. Su compasión era repulsiva y le libraba de sufrir el impacto de la furia de Patrick, pero Robert se veía atrapado entre el saco de boxeo y los puños del boxeador y, como se sentía asustado e inútil, se escabulló por la puerta principal y salió mientras el padre llevaba a Seamus a paso de marcha camino de la próxima ofensa.

Fuera, la sombra de la casa se alargaba sobre los macizos de flores del borde de la terraza, indicándole a cierta parte no esforzada de su cerebro que era media tarde. Las

cigarras seguían chirriando. Podía ver sin mirar, oír sin escuchar; era consciente de no pensar. Su atención, que habitualmente saltaba de una cosa a otra, estaba fija. Quiso probar su resistencia, pero sin esforzarse demasiado, porque sabía que rebotaría de un lado a otro si insistía mucho. Su mente estaba vitrificada, como un estanque somnoliento que repite el dibujo del cielo.

Lo gracioso era que al imaginarse un estanque había empezado a perturbar el trance al que se comparaba. Así que decidió ir al estanque en lo alto de las escaleras, un semicírculo de piedra lleno de agua al final del camino de entrada y donde los peces de colores estarían ocultos por una pantalla de reflejos. Exactamente: no quería recorrer la casa con su padre y Seamus, quería tirar migas de pan al agua para ver si conseguía que aquella escurridiza girándula de peces anaranjados quebrara la superficie. Fue corriendo a la cocina y cogió un trozo de pan duro y luego subió corriendo a toda prisa los escalones del estanque.

Su padre le había explicado que en invierno la fuente manaba a raudales por el pitorro y caía con estruendo sobre los peces que huían como flechas; se desbordaba y vertía sobre los estanques de más abajo y finalmente en el arroyo que corría por el lecho del valle. Él deseaba ver eso algún día. En agosto el estanque sólo estaba medio lleno. El pitorro iba goteando entre sus barbas de algas sobre un agua verdosa. Avispas, abejorros y libélulas se apiñaban sobre la superficie polvorienta y recalentada y se posaban en las hojas de los nenúfares para beber sin peligro. Los peces eran invisibles, a no ser que alguna comida los tentase. El mejor método era frotar dos trozos de pan duro entre sí para que se deshicieran y fueran cayendo migas pequeñas. Los trocitos de pan se hundían, pero las migas se quedaban en la superficie, igual que el polvo. El pez más bonito de todos, el que realmente quería ver, tenía la piel a manchas blancas y rojas. Los otros tenían todos los tonos del naranja, aparte de unos pocos negros más pequeños que seguramente más adelante se volverían naranja, o se morirían, porque de los negros no los había grandes.

Partió el pan y frotó las dos mitades y contempló cómo una lluvia de miguitas aterrizaba en el agua y se dispersaba. No pasó nada.

La verdad era que sólo una vez había visto arremolinarse a los peces, frenéticos, y desde entonces o bien no pasaba nada o sólo un pez solitario comía perezosamente de las migas que se hundían temblorosas.

—¡Peces! ¡Peces! ¡Peces! ¡Venid aquí! ¡Peces! ¡Peces! ¡Peces!

—¿Llamas a tu animal totémico? —dijo una voz detrás de él.

Se calló de golpe y se volvió. Seamus estaba allí plantado y le sonreía con benevolencia mientras su camisa tropical refulgía al sol.

—Sólo les estaba dando de comer —masculló Robert.

—¿Sientes que tienes una conexión especial con los peces? —le preguntó Seamus, inclinándose sobre él, más cerca—. Eso es lo que significa un animal totémico, ¿sabes? Te ayuda en tu travesía por la vida.

—A mí me gusta que sean sólo peces —dijo Robert—. No tienen que hacer nada

por mí.

—Los peces, por ejemplo, nos traen mensajes de las profundidades, de debajo de la superficie de las cosas. —Seamus meneaba una mano en el aire—. ¡Ah, ésta es una tierra mágica! —dijo echando los hombros hacia atrás y girando el cuello a un lado y al otro con los ojos cerrados—. Mi punto de fuerza personal está allí arriba, ¿sabes?, en el bosquecillo, junto al baño de los pájaros. ¿Conoces ese sitio? Fue tu abuela la que me lo indicó la primera vez, también para ella era un sitio especial. La primera vez que hice un viaje aquí fue ahí donde conecté con la realidad no-ordinaria.

Robert se dio cuenta de repente, y al darse cuenta comprendió también su inevitabilidad, de que detestaba a Seamus. Éste hizo bocina con las manos y aulló:

—¡Peces! ¡Peces! ¡Peces!

Robert quería matarlo. Si tuviera un coche, lo atropellaría. Si tuviera un hacha, lo cortaría en pedazos.

Oyó abrirse la puerta de arriba de la casa, y luego la puerta mosquitera que chirriaba al abrirse a su vez y entonces salió su madre con Thomas en brazos.

—Oh, eres tú. Hola, Seamus —dijo la madre cortésmente—. Estábamos medio dormidos y no me explicaba por qué un vendedor ambulante de pescado berreaba al otro lado de la ventana.

—Estábamos invocando a los peces, ¿sabes? —dijo Seamus.

Robert corrió junto a su madre. Se sentó con ella en el murete que circundaba el estanque, lejos de donde estaba parado Seamus, e inclinó a Thomas para que pudiera ver el agua. Robert deseó de veras que en ese momento no subiese ningún pez a la superficie, porque Seamus pensaría que era él quien lo había sacado con sus poderes extraordinarios. Pobre Thomas, puede que nunca llegase a ver el remolino anaranjado, que nunca viese el pez grande de manchas blancas y rojas. Seamus les estaba arrebatando el estanque y el bosque y la bañera de los pájaros y el paisaje entero. De hecho, pensándolo bien, Thomas había sido atacado por su propia abuela desde el momento de nacer. No era una abuela para nada; era más como una madrastra de un cuento de hadas que le lanzaba una maldición en la cuna. ¿Cómo había sido capaz de enseñarle a Seamus la pila para pájaros en el bosque? Dio unas palmaditas protectoras en la frente de Thomas. Thomas empezó a reírse, con una risa entrecortada sorprendentemente grave, y Robert comprendió que su hermano no sabía realmente nada sobre aquellas cosas que a él le estaban volviendo loco, y que no necesitaba saberlas, a menos que Robert se las contara.

Josh Packer era un niño de la clase de Robert en el colegio, y había decidido (por su propia cuenta) que era su mejor amigo. Nadie más que él podía comprender por qué eran inseparables, y Robert el que menos. Si hubiera conseguido apartarse de Josh el tiempo suficiente, sin duda se habría hecho otro mejor amigo, pero Josh seguía a Robert por todo el patio, le copiaba los controles de ortografía y lo arrastraba a su casa para la merienda. Lo único que hacía Josh fuera del colegio era ver la televisión. Tenía sesenta y cinco canales, mientras que Robert sólo tenía los gratuitos. Los padres de Josh eran muy ricos, así que muchas veces tenía los juguetes nuevos más fantásticos antes de que nadie más hubiera oído hablar de ellos siquiera. En su último cumpleaños le habían regalado un jeep eléctrico de verdad, un DVD y una televisión en miniatura. Daba vueltas con el jeep por el jardín, aplastando las flores e intentando atropellar a Arnie, su perro. Al final se estrelló contra un arbusto y Robert y él estuvieron sentados bajo la lluvia y viendo la televisión miniatura. Cuando fue por el piso de Robert dijo que vaya juguetes más patéticos y se quejó de que se aburría. Robert intentó que jugaran a algo pero él no sabía hacer nada. Tan sólo fingía que era un personaje de la televisión durante tres segundos y luego se dejaba caer y gritaba: «¡Estoy muerto!».

Jilly, la madre de Josh, había llamado por teléfono el día anterior y había dicho que Jim y ella habían alquilado una casa fabulosa en Saint-Tropez para todo el mes de agosto y que por qué no iban Robert y su familia a pasar el día para jugar y divertirse. Los padres dijeron que al niño le vendría bien pasar un día con alguien de su edad. Dijeron que también para ellos sería una aventura porque sólo habían visto una vez a los padres de Josh, en la jornada deportiva del colegio. E incluso esa vez Jilly y Jim estaban demasiado ocupados rivalizando en sacar vídeos de las carreras de Josh para poder hablar gran cosa. Jilly les enseñó que con su cámara podía ponerlo todo a cámara lenta, cosa no muy necesaria, en realidad, porque Josh llegaba el último de todas formas.

Ahora que ya estaban propiamente de camino hacia allí, el padre de Robert iba refunfuñando al volante del coche. Desde que Julia se había marchado parecía estar más gruñón. No se podía creer que estuvieran desperdiciando un precioso día de vacaciones metidos en un embotellamiento, en medio de una ola de calor, arrastrándose hacia esa «birria de pueblo mundialmente famoso».

Robert iba sentado al lado de Thomas, que ocupaba su antigua sillita de niño mirando hacia atrás, de manera que lo único que tenía para entretenerse eran la tapicería del asiento de atrás y sus manchas. Robert imitó unos ladridos mientras hacía subir por la pierna de Thomas un perrito de juguete. Thomas no podía mostrarse menos interesado. ¿Por qué había de interesarle?, pensó Robert. Todavía no había visto nunca un perro de verdad. Aunque, fíjate, si sólo sintiera curiosidad por las cosas que ya había visto antes, seguiría atrapado en un torbellino de luces de

paritorio.

Cuando por fin encontraron la calle que buscaban, fue Robert el que avistó el rótulo torcido de «Les Mimosas» trazado sobre un azulejo rústico. Bajaron por el camino de asfalto hasta una zona de aparcamiento ya congestionada por el parque móvil privado que exhibía Jim; un Range Rover negro, un Ferrari rojo y un descapotable antiguo de color crema con asientos de cuero cuarteado y protuberantes guardabarros cromados. El padre encontró un sitio para su Peugeot al lado de un cactus gigante cuyas lenguas dentadas sobresalían en todas direcciones.

—Una villa neorromana decorada por un discípulo de Gauguin en su sifilítico declinar —dijo el padre—. ¿Qué más se puede pedir? —Y puso su voz de oro para la publicidad—: Situada en el más prestigioso vecindario con verja de Se-int Tropi-ez, a sólo seis horas en coche del legendario cementerio de animales de Brigitte Bardot.

—Cariño —le interrumpió la madre.

Se oyó un golpecito en el cristal.

—¡Jim! —dijo el padre cordialmente mientras bajaba la ventanilla.

—Ahora salíamos a comprar algunos hinchables para la piscina —dijo Jim bajando la cámara de vídeo con la que había filmado su llegada—. Tal vez Robert quiera venir con nosotros.

Robert echó una mirada a Josh, aposentado en el asiento de atrás del Range Rover. Estaba seguro de que iba jugando con la GameBoy.

—No, gracias —dijo—. Voy a ayudar a descargar el coche.

—Lo tienes bien entrenado, ¿eh? —dijo Jim—. Jilly está en la piscina, bronceándose un poco. No tenéis más que seguir el camino del jardín.

Recorrieron una columnata encalada embadurnada de murales del Pacífico y luego bajaron por un césped esponjoso hasta la piscina, perfectamente oculta bajo una flotilla de jirafas hinchables, camiones de bomberos, balones, coches de carreras, hamburguesas, Mickeys, Minnies y Goofys, el padre inclinado a un lado por el peso de la sillita del coche en la que Thomas seguía durmiendo, y la madre como una mula de carga, con bultos que le sobresalían por ambos lados. Jilly estaba atontada en una tumbona amarilla y blanca, flanqueada por dos vistosos desconocidos, los tres provistos de walkmans y teléfonos móviles. La sombra del padre despabiló a Jilly al tapar su cara recocida.

—¡Ah, hola! —dijo quitándose los auriculares—. Perdonad, estaba en otro mundo.

Se puso de pie para saludar a sus invitados, pero muy pronto dio un tumbo hacia atrás llevándose una mano al corazón al ver a Thomas.

—¡Oh, Dios mío! —soltó con un gritito sofocado—. ¡Vuestro nuevo niño es precioso! Perdona, Robert —le hundió las uñas largas y brillantes en los hombros para ayudarlo a no perder la calma—, no quisiera avivar las llamas de la rivalidad fraterna, pero tu hermanito es algo realmente especial. ¿No eres especial? —dijo poniendo la cara justo sobre Thomas—. Te vas a poner celosísima —advirtió a la

madre de Robert—, cuando todas las chicas se arrojen a sus pies. ¡Fíjate en esas pestañas! ¿Vais a tener otro? Si los míos saliesen así, tendría por lo menos seis. Qué ansiosa, ¿verdad? Pero no puedo evitarlo, ¡es tan en-can-ta-dor! Ha conseguido que me olvide de todo, perdonad, todavía no os he presentado a Christine y a Roger. Como si les importase. Miradlos, están en otro mundo. ¡Venga, a despertar! —Fingió que daba una patadita a Roger—. Roger es un socio de Jim —les informó—, y Christine es australiana. Está embarazada de cuatro meses.

La sacudió para despertarla.

—Oh, ah, hola —dijo Christine—. ¿Han llegado?

Jilly hizo las presentaciones.

—Estaba contándoos lo de tu embarazo —le explicó a Christine.

—Ah, sí. En realidad creo que estamos en una fase de negación absoluta —dijo Christine—. Sólo me siento un poco más pesada, como si me hubiese bebido cuatro litros de Evian, o algo así. Quiero decir, que ni siquiera tengo mareos por las mañanas. El otro día Roger me dijo: «¿Quieres ir a esquiar en enero? Tengo que ir a Suiza por negocios, de todas formas», y yo le dije: «Claro, ¿por qué no?». ¡Y a los dos se nos había olvidado que ésa es la semana que se supone que daré a luz!

Jilly soltó una gran risotada y alzó la mirada al cielo.

—¡Eso sí que es despiste! —dijo Christine—. Pero bueno, el embarazo siempre afecta al cerebro.

—Míralos a ellos —dijo Jilly señalando al padre y a la madre de Robert—, los tienes completamente boquiabiertos, son unos padres amantísimos.

—¡También nosotros! —protestó Christine—. Tú sabes cómo somos con Megan. Megan es nuestra hija de dos años —les explicó a los invitados—. La hemos dejado con la madre de Roger. Acaba de descubrir la rabia, ya sabéis cómo es cuando descubren las emociones y entonces las exprimen al máximo y luego pasan a la siguiente.

—Qué interesante —dijo el padre de Robert—, así que tú no crees que las emociones tengan nada que ver con lo que siente el niño, que son simplemente capas de una excavación arqueológica. ¿Y cuándo descubren la alegría?

—Cuando los llevas a Disneylandia —dijo Christine.

Roger se despertó, aturdido, sujetando el auricular.

—Oh, hola. Perdón, tengo una llamada.

Se levantó y se puso a andar arriba y abajo por el césped.

—¿Habéis traído a la niñera? —preguntó Jilly.

—No tenemos —dijo la madre de Robert.

—Qué valientes —dijo Jilly—. Yo no sé lo que haría sin Jo. Sólo lleva con nosotros una semana y ya forma parte de la familia. Puedes dejárselo todo a ella, es maravillosa.

—A nosotros nos gusta muchísimo cuidarlos nosotros —dijo la madre.

—¡Jo! —gritó Jilly—. ¡Joo-oo!

—Diles que es una cartera de ocio mixto, no les des más detalles de momento — dijo Roger.

—¡Jo! —llamó otra vez Jilly—. Vaga asquerosa. Se pasa el día entero embobada con el *Hello!* y tomando helados Ben & Jerry. Un poco como su señora, se podría decir, je-je, pero a mí me cuesta una fortuna y a ella ¡le pago!

—No me importa lo que le dijeran a Nigel —dijo Roger—, a ellos no les importa un rábano. No tienen por qué meter las narices en eso.

Jim se acercaba a grandes zancadas por el jardín, radiante con sus estupendas compras. El rechoncho de Josh iba tras él, arrastrando los pies. Jim sacó un hinchador de pie y liberó de su envoltorio de plástico otro objeto hinchable sobre las losas de la piscina.

—¿Qué le has comprado? —preguntó Jilly lanzando una mirada furibunda hacia la casa.

—Ya sabes que estaba enamorado del cucurucho de helado —dijo Jim hinchando un Cornetto de fresa—. Y también le he comprado el Rey León.

—Y la ametralladora —dijo Josh, muy repipi.

—Impuesto sobre la renta —dijo Jim al padre de Robert, señalando con la barbilla a Roger—, tiene a Hacienda encima. Igual necesita algún consejo legal a la hora del almuerzo.

—No trabajo cuando estoy de vacaciones —dijo el padre.

—Tampoco trabajas mucho cuando no estás de vacaciones —dijo la madre de Robert.

—¡Oh, cielos! ¿Detecto cierto conflicto matrimonial? —dijo Jim filmando el Cornetto de fresa mientras se desplegaba en el suelo.

—¡Jo! —repitió a gritos Jilly.

—Aquí estoy —dijo una joven corpulenta y pecosa con pantalones cortos color caqui y que emergió de la casa. En la delantera de su camiseta danzaban las palabras «Lista para hacerlo» al balancearse prado abajo.

Thomas se despertó chillando. ¿Quién se lo podía reprochar? Lo último que recordaba era que iba en coche con su amada familia y ahora se encontraba rodeado de desconocidos gritones con los ojos ocultos; un grupo de monstruos nerviosos empujándose brillantes en el aire clorado, y otro inflándose a sus pies. Robert tampoco podía resistirlo.

—¿Dónde está el hombrecito hambriento? —dijo Jo inclinándose sobre Thomas—. Oh, es precioso, ¿verdad? —le dijo a la madre de Robert—. Es un bendito, eso se ve.

—Apárcame a estos dos delante de un vídeo —le dijo Jilly—, para que podamos tener un poco de paz y tranquilidad. Y mándanos a Gastón con una botella de rosado. Te encantará Gastón —le dijo a la madre de Robert—. Es un genio. Un auténtico *chef* francés a la antigua. He engordado seis kilos desde que llegamos, y sólo hace una semana. Da igual. Esta tarde llega Heinrich para rescatarnos; es el entrenador

personal, un pedazo de alemán enorme, te hace trabajar de verdad, como antes. Deberías sumarte a nosotros, va muy bien para recuperar la figura después del embarazo. Aunque no es que tú no estés estupendamente.

—¿Quieres ir a ver un vídeo? —preguntó a Robert su madre.

—Sí, claro —le contestó, desesperado por alejarse de allí.

—Es difícil de entender que pueda nadar ahí —admitió su padre—, con toda esa comida hinchable en el agua.

—¡Vamos! —dijo Jo alargando una mano para cada lado. Parecía creer que Josh y Robert iban a cogerse cada uno de una mano y brincar cuesta arriba con ella—. ¿Nadie va a cogerse de mi mano? —aulló Jo con un ataque de llanto fingido.

Josh juntó su mano regordeta con la de ella, pero Robert se las arregló para seguir libre y los siguió a cierta distancia, fascinado por el abultado trasero caqui de Jo.

—Estamos entrando en la cueva del vídeo —dijo Jo haciendo ruidos espeluznantes—. ¡Bien! ¿Qué queréis ver? Y no quiero peleas.

—*Las aventuras de Simbad* —chilló Josh.

—¡Otra vez! ¡Qué horror! —dijo Jo, y Robert no pudo evitar estar de acuerdo con ella. Le gustaba ver un buen vídeo cinco o seis veces, pero cuando ya se sabía de memoria todos los diálogos y cada plano era como un cajón lleno de calcetines idénticos, empezaba a sentir un pinchazo de hastío. Josh era diferente: ante un vídeo nuevo empezaba con una especie de avidez hosca, que sólo se convertía en auténtico entusiasmo después de verlo unas veinte veces. El amor, un sentimiento que no prodigaba a su alrededor a la ligera, estaba reservado para *Las aventuras de Simbad*, vista ya más de cien veces, demasiadas de ellas con Robert. Los vídeos eran la ilusión de Josh, la de Robert era la soledad. ¿Cómo podría escapar de la cueva de los vídeos? Cuando eres un niño nunca te dejan solo. Si ahora se escapaba, mandarían una patrulla en su busca, lo cazarían y lo entretendrían hasta la muerte. Tal vez pudiera quedarse allí tumbado simplemente y pensar mientras la imaginación prestada de Josh iba proyectándose sobre la pared. El gemido del rebobinado se iba frenando ya y Josh ya estaba apoltronado en el hueco del sofá que se había formado al ver la película aquella misma mañana y ya masticaba los brillantes ganchitos de queso color naranja que quedaban desparramados por la mesa que tenía al lado. Jo puso en marcha el vídeo, apagó la luz y salió discretamente. Josh no era ningún vándalo del avance rápido: el aviso contra los vídeos pirata, los tráilers de películas que ya había visto, los anuncios de juguetes de propaganda que ya había desechado y la Advertencia Legal a los Usuarios, nada de todo eso podía pasar a toda prisa como tantos feos barrios periféricos ante un tren antes de que se meta en la melancolía bovina del auténtico paisaje rural; todo era apreciado por sí mismo, a todo se le otorgaba su propia dignidad, lo que a Robert le convenía perfectamente, puesto que la basura que manaba ahora de la pantalla era demasiado familiar para tener el menor impacto sobre su atención.

Cerró los ojos y dejó que se disipase el infierno del borde de la piscina. Después

de unas horas con otras personas, tenía que quitarse de encima de uno u otro modo el cúmulo de impresiones: haciendo imitaciones, o descubriendo cómo funcionaban las cosas, o simplemente procurando vaciar la mente. Porque de lo contrario esas impresiones se acumulaban hasta adquirir una densidad crítica y se sentía como si fuera a explotar.

Algunas veces cuando estaba tumbado en la cama, una sola palabra como «miedo» o «infinito» centelleaba sobre el tejado encima de la casa y le absorbía en la noche pasadas las estrellas que se habían convertido en osas y carros, en una oscuridad pura en la que todo quedaba aniquilado, excepto la sensación de aniquilamiento. Cuando la capuchita de su inteligencia se desintegraba, continuaba sintiendo sus bordes ardientes, el casco fragmentado, y cuando la cápsula volaba separada él era los fragmentos que volaban aparte, y cuando esos fragmentos se volvían átomos él era el propio vuelo separado, haciéndose más intenso en vez de desvanecerse, como una energía maligna que desafiase el agotamiento de todas las cosas y se alimentase de los desechos, y muy pronto la totalidad del espacio era un torrente impulsado por desechos y no había sitio para una mente humana, pero estaba él allí, y seguía sintiendo.

Entonces corría dando tumbos por el pasillo hasta el dormitorio de sus padres, ahogándose. Hubiera hecho cualquier cosa para parar aquello, firmar el contrato que fuese, hacer cualquier voto, pero sabía que era inútil, sabía que había visto algo verdadero, que no podía cambiar, sólo hacer caso omiso de ello durante un rato, llorar en brazos de su madre y dejar que ella volviera a poner el tejado y le presentara algunas palabras más amables.

No es que no fuese feliz. Era simplemente que había visto algo y que algunas veces eso era más verdadero que ninguna otra cosa. Lo vio por primera vez cuando su abuela tuvo un derrame cerebral. Él no quería abandonarla, pero la pobre apenas podía hablar así que él tuvo que pasarse un montón de tiempo imaginándose cómo se sentía ella. Todo el mundo decía que había que ser leal, de modo que se atuvo al compromiso. La cogió de la mano durante mucho rato, y ella le apretaba la suya. No le gustaba, pero no se soltó. Se daba cuenta de que estaba asustada. Tenía los ojos apagados. Una parte de ella se sentía aliviada: siempre había tenido problemas para comunicarse, y ahora nadie esperaba que hiciese tal esfuerzo. Una parte de ella se había ido ya, de vuelta a la fuente, quizás, o al menos lejos del plano material del que tan permanentes dudas tenía. A lo que Robert podía acercarse era a la parte de ella que había dejado atrás preguntándose, ahora que ya no podía evitar tenerlos guardados, si aun así deseaba todos aquellos secretos. La enfermedad la había fragmentado como el viento un vilano. Robert se había preguntado si él terminaría así: unas pocas semillas aferradas a un tallo partido.

—Éste es mi trozo favorito —dijo Josh, loco de entusiasmo. Los piratas tomaban al abordaje el barco de Simbad. El loro del barco salió volando sobre la cara del pirata con más pinta de malo. Se quedó desorientado, dando tumbos y los hombres de

Simbad lo tiraron por la borda sin ningún esfuerzo. Plano del loro graznando encantado.

—Hum —dijo Robert—. Escucha, volveré dentro de un momento.

Josh ni se fijó en que se iba. Robert escudriñó el pasillo por si Jo estaba por allí, pero no estaba. Volvió a recorrer el camino por el que habían entrado, y cuando llegó a la puerta del jardín vio que los mayores ya no estaban junto a la piscina. Se deslizó hacia el exterior y fue dando la vuelta hacia la parte de atrás de la casa. El césped tan bien recortado se había esfumado y daba paso a una alfombra de agujas de pino y a un par de cubos de basura grandes. Se sentó y apoyó la espalda en la corteza con picos del pino, sin vigilancia.

Se preguntó quién estaba perdiendo más el tiempo pasando un día con los Packer, sin contar a los propios Packer que siempre estaban perdiendo el tiempo más que nadie, y normalmente tenían un vídeo para demostrarlo. Thomas tenía sólo sesenta días, así que la mayor pérdida de tiempo era para él, porque un día era un sesentavo de su vida mientras que su padre, que tenía cuarenta y dos años, estaba perdiendo la proporción de su vida más pequeña. Robert trató de averiguar qué proporción de sus vidas suponía un día para cada uno de ellos. Como los cálculos eran difíciles de retener en la mente, imaginó ruedas de diversos tamaños en un reloj. Y luego se preguntó cómo incluir los datos contrarios: que Thomas tenía toda su vida por delante, mientras que sus padres ya tenían detrás buena cantidad de la suya, de manera que un día era una pérdida menor para Thomas porque le quedaban más días. Eso creó un nuevo juego de ruedas —rojas en vez de plateadas—, su padre dando vueltas a toda prisa y Thomas girando con un clic majestuosamente espaciado. Todavía tenía que incluir las distintas calidades de sufrimiento y los diferentes beneficios para cada uno, pero eso hacía que su máquina fuera fantásticamente complicada y así, de un solo barrido salvador, decidió que todos sufrían igual y que ninguno había sacado nada de aquello en absoluto, con lo que el valor del día resultaba un hermoso y orondo cero. Tremendamente aliviado, volvió a visualizar las varillas en que engranaban los dos juegos de ruedas. Todo el conjunto se parecía muchísimo a la gran máquina de vapor del Museo de la Ciencia, salvo que el papel salía por un extremo indicando la cifra de las unidades de pérdida. Y resultó que, cuando leyó los números, él era quien estaba perdiendo más tiempo, más que ningún otro. Quedó horrorizado con esos resultados, pero, al mismo tiempo, del todo satisfecho. Entonces oyó la espantosa voz de Jo gritando su nombre.

Durante unos instantes se quedó helado por la indecisión. El problema era que esconderse sólo serviría para poner mucho más frenéticos y furiosos a quienes le buscaban. Decidió comportarse con naturalidad y aparecer por la esquina como casualmente justo a tiempo de oír a Jo gritar su nombre por segunda vez.

—Hola —dijo.

—¿Dónde estabas? Te he buscado por todas partes.

—Eso no puede ser, porque me habrías encontrado —replicó Robert.

—No te hagas el listo conmigo, jovencito —dijo Jo—. ¿Te has peleado con Josh?

—No —respondió—. Nadie se puede pelear con Josh, es un pegote.

—No es un pegote, es tu mejor amigo —dijo Jo.

—No, no lo es —dijo Robert.

—Os habéis peleado —insistió Jo.

—Que no —dijo él.

—Bueno, de todos modos, no puedes marcharte así.

—¿Por qué no?

—Porque nos preocupas a todos.

—También yo me preocupo cuando mis padres se marchan, pero eso no los detiene —señaló—. Ni a mí tampoco.

Definitivamente, estaba ganando la discusión. En caso de emergencia, el padre podría enviar a Robert al tribunal en su nombre. Se imaginó con una peluca, convenciendo al jurado de que vieran las cosas como él les decía, pero entonces Jo se agachó delante de él y le miró inquisitivamente a los ojos.

—¿Tus padres se marchan muchas veces? —le preguntó.

—La verdad es que no —dijo él, pero antes de poder decirle que nunca habían estado los dos fuera de casa a la vez más de unas tres horas, se encontró arrebatado por sus brazos y aplastado contra las palabras «Lista para hacerlo» sin entender del todo lo que significaban. Y después que ella le frotase la espalda como consuelo tuvo que volver a meterse la camisa en los pantalones porque se le había salido con el abrazo.

—¿Qué significa «Lista para hacerlo»? —le preguntó él cuando recuperó el aliento.

—Olvídalo —le respondió ella con los ojos como platos—. ¡Vamos! ¡Es hora de comer!

Lo llevó dentro de la casa a paso de marcha. No podía negarse del todo a cogerla de la mano, y ahora eran prácticamente amantes.

Un hombre con un mandil estaba plantado junto a la mesa del almuerzo.

—Nos está usted malcriando de un modo putrefacto, Gastón —dijo Jilly con tono recriminatorio—. Sólo de mirar esas tartas ya he engordado cinco kilos. Debería tener un programa de televisión para usted solo. *Vous sur* la televisión, Gastón, *vous* hacer *beaucoup de monnaie. Fantastique!*

La mesa estaba atiborrada de botellas de vino color rosa, dos de ellas vacías, y un surtido de tartas de crema: tarta de crema con trocitos de jamón dentro, tarta de crema con trocitos de cebolla dentro, tarta de crema con espirales de tomate encima y tarta de nata con espirales de calabacín encima.

Sólo Thomas, que tomaba el pecho, estaba a salvo de aquello.

—Así que has echado el lazo —dijo Jilly. Agitó la mano en el aire y se puso a cantar a ritmo—: ¡Rodéalos! ¡Tráelos! ¡Dale al lazo!

Robert sintió un hormigueo de vergüenza ajena recorrerle todo el cuerpo. Ser Jilly

debía de ser algo totalmente desesperado.

—Está acostumbrado a quedarse mucho solo, ¿verdad? —dijo Jo, poniendo a prueba a la madre.

—Sí, siempre que quiere —dijo la madre sin darse cuenta de que Jo pensaba que para eso el crío igual podía estar metido en un orfanato.

—Justo ahora les estaba diciendo a tus padres que tienen que llevarte a ver al auténtico Papá Noel —dijo Jilly empezando a servir la comida—. Coger el Concorde en Gatwick por la mañana hasta Laponia, allí una moto de nieve esperando y ¡zas!, a los veinte minutos estás en la gruta de Papá Noel. Les da un regalo a los niños y luego otra vez al Concorde, y en casa a la hora de cenar. Está en el Círculo Polar Ártico, ¿sabéis?, así que resulta mucho más real que perder el tiempo por Harrods.

—Suenan de lo más educativo —dijo el padre—, pero me parece que habrá que dar prioridad a las mensualidades del colegio.

—Josh nos hubiera matado si no lo llevamos —dijo Jim.

—No me extraña —dijo el padre.

Josh imitó el ruido de una explosión masiva y dio un puñetazo en el aire.

—Cruzando la barrera del sonido —bramó.

—¿Cuál de estas tartas prefieres? —preguntó Jilly a Robert.

Todas tenían el mismo aspecto repugnante.

Miró a su madre, cuyos rizos cobrizos caían sobre Thomas mientras lo amamantaba, y pudo sentir cómo se iban fundiendo el uno en el otro como arcilla mojada.

—Yo quiero lo que está tomando Thomas —dijo. No tenía intención de decirlo en voz alta, se le escapó.

Jim, Jilly, Roger, Christine, Jo y Josh rebuznaron como una manada de asnos. Roger todavía parecía más enfadado cuando se reía.

—El mío es de leche materna —dijo Jilly alzando la copa, medio borracha.

Los padres de Robert le sonrieron, comprensivos.

—Me temo que ya has pasado a los sólidos, amigo mío —le dijo el padre—. Yo ya estoy acostumbrado a querer ser más joven, pero no me esperaba que tú empezases tan pronto. Se supone que todavía tienes que estar deseando ser mayor.

Su madre lo dejó sentarse en el borde de la silla y le dio un beso en la frente.

—Es perfectamente normal —aseguró Jo a los padres, convencida de que no sabían nada de niños—. Por lo general no son tan directos, eso es todo. —Y se permitió un último hipido de risa.

Robert desconectó de la cháchara que lo rodeaba y observó a su hermano. La boca de Thomas iba de activa a quieta a luego otra vez activa, extrayendo la leche del pecho de su madre. Él quisiera estar allí, enroscado en torno al centro de sus sentidos, antes de saber de cosas que no había visto nunca (la longitud del Nilo, el tamaño de la Luna, qué ropa llevaban en el Motín del Té en Boston), antes de ser bombardeado con la propaganda de los adultos, y medir su experiencia con ese patrón. Quisiera

estar él también allí, pero si era llevando consigo su sensación de ser, el astuto testigo de la cosa misma que no tenía testigos. Thomas no era testigo de sí mismo haciendo cosas, simplemente las hacía. Unirse a él allí era una tarea imposible tal como estaba ahora, como sobresaltado e inmóvil al mismo tiempo. Con frecuencia había rumiado esa idea, y aunque no había acabado por pensar que podía hacerlo, notaba cómo la imposibilidad se retraía según los músculos de su imaginación se iban poniendo más tensos, como un buceador parado en el borde mismo de la borda antes de saltar. Eso era todo lo que podía hacer: meterse en la atmósfera que envolvía a Thomas dejando que su deseo de observar se fuese difuminando al ir estando más cerca del suelo donde vivía Thomas, y donde también él había vivido una vez. Ahora, sin embargo, era algo difícil de hacer porque otra vez tenía a Jilly encima.

—¿Por qué no te quedas con nosotros, Robert? —sugirió—. Yo puedo llevarte en coche a casa mañana. Te lo pasarás mejor jugando con Josh que yéndote a casa a morirte de celos de tu hermanito.

Apretó desesperadamente la pierna de su madre.

En aquel momento reapareció Gastón, que distrajo la atención de Jilly con un postre, un montículo baboso de crema sobre un charco de caramelo.

—Gastón, es usted nuestra perdición —gimió Jilly dándole una palmadita en aquella muñeca incorregible a la hora de batir huevos.

Robert se inclinó aún más cerca de su madre.

—Por favor..., ¿podemos irnos ya? —le susurró al oído.

—En cuanto acabemos de comer —le susurró ella.

—¿Está suplicándote? —dijo Jilly arrugando la nariz.

—Efectivamente, así es —dijo la madre.

—Venga, deja que se quede a dormir —insistió Jilly.

—Estará muy bien cuidado —dijo Jo, como si eso fuera alguna clase de novedad.

—Me temo que es imposible. Tenemos que ir a ver a su abuela a la residencia —dijo la madre, sin especificar que iban a ir a verla dentro de tres días.

—Es gracioso —dijo Christine—, Megan no parece sentir celos todavía.

—Dale tiempo —dijo el padre—, apenas acaba de descubrir la rabia.

—Sí —rió Christine—. Puede que sea porque yo no soy del todo consciente del embarazo.

—Es posible —suspiró el padre. Robert se dio cuenta en ese momento de que su padre se aburría mortalmente. En cuanto acabaron de almorzar se fueron de casa de los Packer con una urgencia raramente vista fuera de un parque de bomberos.

—Me muero de hambre —dijo mientras el coche subía el camino del jardín.

Todos rompieron a reír.

—No es que quiera criticar a las amistades —dijo el padre—, pero ¿no podríamos quedarnos simplemente con el vídeo y no con él?

—Yo no lo elegí —protestó Robert—, es que él... se me pegó.

Avistó un restaurante al lado de la carretera y tomaron un almuerzo tardío a base

de unas pizzas excelentísimas y ensalada y zumo de naranja. El pobre Thomas tuvo que tomar leche otra vez. Era lo único que tomaba, siempre leche, leche, leche.

—Mi favorito fue el discurso de la casa de Londres —dijo el padre de Robert. Puso voz de tonto muy tonto, no la de Jilly exactamente, pero sí su actitud—: «Cuando la compramos parecía gigante, pero después de poner la suite de invitados y la sala de gimnasia y la sauna y el despacho para Jim y el cine, la verdad es que no quedaba demasiado sitio, ¿sabes?». Sitio para qué —se preguntó el padre, perplejo—. Sitio para tener sitio. La próxima vez que en Londres durmamos colgados de las perchas de los abrigos, como una familia de murciélagos, a ver si sabemos apreciar bien que lo que nos separa de la verdadera civilización no son unas cuantas habitaciones, sino sólo ese «cuarto para tener sitio». —Continuó imitando a Jilly—: «Le dije a Jim, espero que podamos permitirnos todo esto, porque a mí me gusta este estilo de vida, o sea, viajes, restaurantes, ir de compras, y no pienso renunciar. Jim asegura que nos podemos permitir las dos cosas». Y esto ya fue el no va más —dijo el padre—: «Sabe que si no nos lo podemos permitir, me divorciaré de él». Es una mujer absolutamente increíble. Y ni siquiera es atractiva.

—Es asombrosa —dijo la madre—. Pero me dio la sensación de que a su estilo, callado y tal, Roger y Christine también tienen mucho que ofrecer. Cuando dije que yo siempre hablaba con mis hijos cuando estaba embarazada, me dijo —puso acento australiano, muy chillón—: «¡Espera un momento! Un bebé es bebé después de nacer. Yo no voy a hablar con mi embarazo. Roger haría que me encerrasen».

Robert se imaginó a su madre hablando con él mientras estaba recluido en el claustro materno. Desde luego que no debía saber qué significaban aquellas sílabas cortantes, pero estaba seguro de haber notado una corriente que fluía entre ambos, la contracción de un miedo, la extensión de una intención. Thomas todavía estaba muy próximo a esas transfusiones sensoriales; Robert, en cambio, sólo recibía explicaciones. Thomas todavía sabía cómo entender ese lenguaje silente que Robert ya había perdido casi del todo según los márgenes salvajes de su cerebro iban quedando bajo el dominio del imperio verbal. Estaba de pie en la cresta de un monte, a punto de arrancar ladera abajo, cada vez más rápido, cada vez más alto, cada vez con más vocabulario, cada vez con más y más explicaciones, aclamado hasta el final. Ahora Thomas había hecho que volviera la vista atrás y depusiera la espada un momento mientras se percataba de todo lo que había perdido también. Había ido quedando tan atrapado por lo de construir frases que casi se había olvidado de los días de la barbarie, cuando pensar era como un chorretón de color aterrizando sobre una página. Al mirar atrás, todavía lo veía: era vivir en lo que ahora le parecerían los intervalos: la primera vez que abres las cortinas y ves el paisaje enteramente cubierto de nieve y contienes el aliento y haces una pausa antes de volver a respirar. Nunca recuperaría la totalidad de aquello, pero tal vez no echase a correr aún pendiente abajo, tal vez se sentase a contemplar la vista.

—Vayámonos de esta lamentable ciudad —dijo el padre, posando la tacita de

café.

—Justamente ahora; primero tengo que cambiarlo —dijo la madre cogiendo una abultada bolsa decorada con conejitos azul celeste.

Robert echó una mirada a Thomas que, hundido en su sillita, contemplaba la foto de un velero sin saber lo que era una foto y sin saber lo que era un velero y sintió el drama de ser un gigante encerrado en un cuerpo pequeño e incompetente.

Avanzando por los largos pasillos bien fregados de la residencia de su abuela, el chirriar de las suelas de goma de la enfermera hacía que el silencio de su familia resultase más histérico de lo que era. Cruzaron ante la puerta abierta de una sala común en la que una televisión a todo volumen tapaba otro tipo de silencio. Los residentes, arrugados, blancos como el papel, estaban sentados en filas. ¿Qué hacía que la muerte tardase tanto? Algunos tenían aspecto de estar más asustados que aburridos, otros, más aburridos que asustados. Robert todavía recordaba de su primera visita la geometría brillante que decoraba las paredes. Recordaba cómo se había imaginado que el vértice de un triángulo alargado amarillo se le clavaba en el pecho y el borde afilado de aquel semicírculo rojo penetraba en su garganta.

Este año llevaban a Thomas a ver a su abuela por primera vez. Ella no podría decir gran cosa, pero Thomas tampoco. Tal vez congeniaran realmente bien.

Cuando entraron en la habitación, la abuela estaba sentada en un sillón al lado de la ventana. Fuera, casi rozando el cristal cerca de la ventana, se veía el grueso tronco de un álamo que ya amarilleaba ligeramente, y detrás de él un seto de cipreses medio azulados que ocultaba parte del aparcamiento. Al darse cuenta de la llegada de su familia, la abuela esbozó una sonrisa, pero los ojos siguieron desentendidos del proceso, petrificados en su dolor y su desconcierto. Al separar los labios, Robert vio unos dientes rotos y ennegrecidos. No parecía que pudieran dar cuenta de nada sólido. Quizá por eso le parecía que tenía el cuerpo mucho más consumido que la última vez que la había visto.

Todos dieron un beso en la cara blanda y más bien peluda de la abuela. Y luego la madre le acercó a Thomas y le dijo:

—Éste es Thomas.

La expresión de la abuela vaciló como si abriese una negociación entre lo íntimo y lo desconocido de esa presencia. Su mirada hacía que Robert se sintiera como si la anciana estuviese contemplando un cielo de nubes y pasando algún momento por espacios limpios y entrando de nuevo rápidamente entre los velos más espesos en la ceguera lechosa de una nube. No conocía a Thomas y Thomas no la conocía a ella, pero ella sí parecía tener cierta sensación que la conectaba con él. Pero desaparecía de nuevo, sin embargo, y tenía que luchar para que volviese. Cuando parecía a punto de hablar, el esfuerzo de elaborar lo que tenía que decir en aquellas circunstancias, la dejaba en blanco. No lograba acordarse de quién era ella respecto de todas aquellas personas de la habitación. La insistencia ya no le funcionaba: cuanto más se aferraba a una idea, más deprisa se le volatilizaba.

Finalmente, muy insegura, cerró los dedos en torno a algo, miró al padre y dijo:

—¿Crees... que... le gusto?

—Sí —dijo la madre de Robert inmediatamente, como si aquélla fuera la pregunta más natural del mundo.

—Sí —dijo la abuela, y el mar de desesperación de sus ojos inundó el resto de su cara. No era eso lo que había querido preguntar, pero la pregunta surgió por sí sola. Volvió a hundirse en el sillón.

Después de lo que había oído por la mañana, Robert quedó impresionado por aquella pregunta, y por el hecho de que pareciera ir dirigida a su padre. Por otra parte, no le sorprendió que la respondiera la madre en vez de él.

Aquella mañana estaba jugando en la cocina mientras su madre estaba arriba preparando una bolsa para Thomas. No había notado que el interfono estaba encendido hasta que oyó a Thomas despertarse con unos cuantos lloriqueos, y a su madre ir al cuarto de Thomas y hablarle en tono tranquilizador. Antes de que pudiera calibrar si el tono de su madre con Thomas era todavía más dulce cuando él no estaba delante, sonó la voz atronadora del padre.

—Es increíble lo que dice esta jodida carta.

—¿Qué carta? —preguntó la madre.

—Ese cabronazo de Seamus está intentando que Eleanor haga donación completa de esta propiedad en vida. Yo había arreglado con el notario ponerla en una banda de deuda oscilante. En el testamento se renuncia a la deuda y la casa queda transferida irrevocablemente a la beneficencia, pero en vida de ella a la beneficencia se le da crédito por el valor de la propiedad, y si se reclama la deuda, la casa vuelve a su propiedad. Ella estuvo de acuerdo con esto pensando en que podía ponerse enferma y necesitar el dinero para el tratamiento, pero no hace falta decir que yo también tenía la esperanza de que recobrase la cordura y se diera cuenta de que esta bromita de la beneficencia nos estaba causando un buen perjuicio a nosotros y que no era bueno para nadie, excepto para Seamus. Para que luego hablen de la mala suerte de los irlandeses. Ahí lo tienes, un auxiliar de la sanidad pública cambiando orinales en el hospital del condado de Meath hasta que mi madre lo sacó de la Verde Erín y lo nombró único beneficiario de los descomunales ingresos libres de impuestos de un hotel New Age disfrazado de organización benéfica. Me pone enfermo, completamente enfermo.

Ahora su padre ya gritaba.

—Cariño, no despotriques así —dijo la madre—. Estás asustando a Thomas.

—¡Pues tengo que despotricar! —dijo el padre—. Acabo de ver esta carta. Siempre fue una madre horrenda, pero pensé que hacia el final de su vida podía descansar un poco y pensar que ya había conseguido suficientes logros en lo de la traición y el abandono, y que era hora de tomarse un respiro, jugar con sus nietos, dejarme vivir en su casa, esas cosas. Lo que de verdad me asusta es comprender lo mucho que la aborrezco. Al leer esta carta quise aflojarme el cuello de la camisa para poder respirar, y me di cuenta de que ya lo tenía desabrochado, pero sentía como si un nudo corredizo me estuviese apretando el cuello, un nudo de odio.

—Sólo es una anciana confusa —dijo la madre.

—Ya lo sé.

—Y la vamos a ver esta tarde.

—Ya lo sé —dijo el padre, ya mucho más calmado, con voz casi inaudible—. Lo que de verdad odio es ese veneno que se va pasando de generación en generación. Mi madre se sintió desheredada porque su padrastro se quedó con todo el dinero de su madre, y ahora, después de treinta años de talleres de despertar de la conciencia y programas de crecimiento personal, ha encontrado a Seamus Dourke para ocupar el puesto de su padrastro. Él no es, en realidad, más que el instrumento de su inconsciente, totalmente dispuesto, eso sí. Lo que me enfurece es esa reiteración. Me cortarían el cuello antes de infligir el mismo tratamiento a mis hijos.

—Tú no lo harás —repuso la madre.

—Si eres capaz de imaginar algo...

Robert se había puesto más cerca del altavoz, tratando de entender la voz cada vez más débil de su padre, pero donde la oyó más y más fuerte fue a sus espaldas, porque los padres estaban bajando las escaleras.

—...el resultado será mi madre —decía el padre.

—El rey Lear y la señora Jellyby —se rió la madre.

—Entre los brezos —dijo el padre—, una presurosa coyunda entre el tirano achacoso y la fanática filántropa.

Robert había salido corriendo de la cocina, porque no quería que sus padres supiesen que había oído su conversación en el interfono. Se había pasado la mañana meditando sobre esa información, pero cuando su abuela miró al padre, como si estuviese hablando de él, y preguntó «¿Crees que le gusto?», no pudo evitar la sensación de que la abuela había oído la misma conversación que él.

Aunque no había entendido todo lo que el padre había dicho por la mañana, entendió lo suficiente para notar que se abrían grietas en el suelo. Y ahora, en medio del silencio que siguió a la pregunta, involuntariamente perspicaz, de la abuela, tuvo conciencia de su aflicción y de los deseos de armonía de su madre, y el esfuerzo que tenía que hacer su padre para contenerse. Y él quería hacer algo que enderezase todo aquel asunto.

La abuela llevaba como media hora tratando de preguntar si ya habían bautizado a Thomas.

—No —dijo la madre—, no vamos a hacer un bautizo tradicional. Porque nosotros no creemos que los niños estén sumidos en el pecado, y parece que la mayor parte del ceremonial está basada en la idea de que han caído y es preciso salvarlos.

—Sí —dijo la abuela—. No.

Thomas se puso a agitar el pequeño sonajero plateado que había encontrado entre los pliegues de su sillita. Hacía un ruido raro, de campanillas al balancearlas de forma torpe alrededor de su cabeza. Muy pronto se dio con él en la frente. Durante un rato pareció estar intentando descubrir qué había pasado, y luego se echó a llorar.

—No sabe si se ha dado un golpe a sí mismo o si se lo ha dado el sonajero —dijo el padre de Robert.

La madre tomó partido en contra del sonajero, dijo «sonajero tonto» y dio un beso a Thomas en la frente.

Robert se dio un golpe con la mano en un lado de la cabeza y se dejó caer teatralmente de la cama de la abuela. No pareció que a Thomas le divirtiera tanto como él se esperaba.

La abuela tendió los brazos como mostrando simpatía, como si Thomas estuviese expresando algo que ella también sentía, pero no quería que se lo recordasen. La madre de Robert puso a Thomas sobre el regazo de su abuela, con cuidado. Complacido por la novedad de la situación, Thomas dejó de llorar y miró escrutadoramente a la abuela, que parecía más calmada con su presencia. Quedó sentado en su regazo, dándole justo lo que ella necesitaba, y se sumieron ambos en una solidaridad sin palabras. El resto de la familia guardó silencio también, no queriendo poner en evidencia a los que no hablaban. Robert notaba que su padre revoloteaba en torno a la abuela, resistiendo la tentación de decirle lo que estaba pasando. Finalmente, fue la abuela la que habló, no con total fluidez pero sí mucho mejor que antes, como si el habla, tras abandonar los caminos bloqueados del anhelo sin esperanzas, hubiese logrado escabullirse de la cubierta de oscuridad y silencio.

—Quiero que sepáis —dijo— que me siento muy... desgraciada... por no poder comunicarme.

La madre alargó la mano y le tocó ligeramente la rodilla.

—Debe de ser horroroso para ti —dijo el padre.

—Sí —dijo la abuela, mirando el suelo a lo lejos.

Robert no sabía qué hacer. Su padre odiaba a su propia madre. No podía unirse a él, pero tampoco condenarlo. Su abuela le había hecho algo malo a la familia, pero la pobre sufría horriblemente. Robert sólo podía recurrir a pensar en cómo eran las cosas antes de que las torciese la decepción de su padre. Aquellos días serenos en que se suponía que tenía que querer a su abuela, no estaba seguro de si habían existido realmente, pero sí estaba seguro de que ahora no existían. Aun así seguía siendo demasiado injusto hacer pifia contra aquella abuela asustada, aun cuando le dejase la casa a Seamus.

Saltó de la cama y se sentó en el brazo del sillón de la abuela, y la cogió de la mano como solía hacer cuando se puso enferma la primera vez. De ese modo podía decirle cosas sin tener que hablar y sus pensamientos fluían hacia él en imágenes.

Habían roto y quemado los puentes y todo lo que su abuela quería decir quedaba depositado en una orilla del barranco sin llegar a tomar forma, sin avanzar. Sentía una presión permanente, un arañar detrás de los ojos, como un perro que pide que le dejen entrar, una plenitud que sólo podía aliviarse con lágrimas y suspiros y gestos entrecortados.

Bajo el hematoma del sentimiento había un instinto brutal de permanecer con vida, como una culebra atropellada que se retuerce sobre la carretera caliente o las raíces que bombean ciegamente savia hacia un tocón que aún gotea.

¿Por qué la torturaban? La habían metido en un saco, lo habían cosido y la habían arrojado al fondo de un barco con los pies cargados de cadenas. Algo muy malo debía de haber hecho para que los remeros se burlasen de ella mientras la sacaban bogando a la bahía. Algo muy malo que ella no lograba recordar.

Intentó desprenderse. Era demasiado. No le soltó la mano, sólo trataba de interrumpir la conexión, pero fue imposible cerrarla del todo.

Se dio cuenta de que la abuela estaba llorando, y notó que le apretaba la mano.

—Estoy..., no. —No conseguía decirlo. Un pensamiento cuidadosamente hilvanado se deshilo por sí solo y se desparramó por el suelo. No podía rehacerlo. Algo opaco se le enganchaba todo el tiempo. Le habían aprisionado la cabeza en una bolsa de plástico sucia sellada; quería arrancársela, romperla, pero tenía las manos atadas.

—Yo... soy —probó una vez más—. Valiente, sí.

La luz del atardecer llegaba del otro lado del edificio, y la habitación iba quedando en penumbra. Todos estaban faltos de palabras, excepto Thomas, que todavía no tenía ninguna. Robert se recostó en los brazos de la abuela y la miró con su mirada calma y objetiva. Su ejemplo equilibró el ambiente. Siguieron sentados con aquella luz cada vez más tenue en la habitación casi pacífica, sintiéndose conmovidos y un poco aburridos. La abuela se sumergió en una angustia ya más tranquila, como alguien hundido en los muelles rotos de un sillón que contempla cómo una tormenta de arena va cubriendo el mundo con una película roma y gris.

Después de llamar a la puerta y sin esperar la respuesta, una enfermera entró con un crujir de zapatos empujando un carrito de comida y depositó con ruido una bandeja sobre la mesa portátil que estaba junto a la cama. La madre de Robert volvió a coger a Thomas en brazos mientras el padre ponía la mesa en su sitio y quitaba la tapadera metálica que cubría el plato principal. Un pescado gris pringoso y una *ratatouille* aguada habrían hecho que cualquier tragón se lo pensase, pero para la abuela, que de todas formas hubiera preferido morirse de hambre, cualquier comida era igual de mal recibida, así que dio un último apretón a la mano de Robert e interrumpió el circuito que había introducido en su imaginación tantas imágenes violentas, y cogió el tenedor con esa extraña obediencia plana de la desesperación. Cogió una lámina de pescado con el tenedor y empezó a elevarlo hacia la boca. Luego se detuvo y bajó otra vez el tenedor, mirando al padre.

—No puedo..., no me encuentro la boca —dijo con la precisión de la emergencia.

El padre pareció frustrado, como si su madre hubiera encontrado un truco para impedir que estuviese enfadado con ella, pero la madre de Robert cogió inmediatamente el tenedor y sonrió y dijo del modo más natural: «¿Quieres que te ayude yo, Eleanor?».

Los hombros de la abuela se encogieron un poco más aún, ante la idea de que había llegado allí. Afirmó con la cabeza y la madre empezó a darle la comida, con Thomas todavía en el otro brazo. El padre, momentáneamente petrificado, recuperó el

sentido y cogió a Thomas del brazo de la madre.

Después de unos bocados más, la abuela movió la cabeza y dijo: «No», y volvió a reclinarse en el sillón, agotada. En el silencio posterior, el padre devolvió a Thomas a la madre y se sentó junto a la abuela.

—No sé muy bien si hablar de esto —dijo sacándose una carta del bolsillo.

—Creo que deberías pensártelo —dijo rápidamente la madre de Robert.

—No puedo —le contestó el padre— seguir dudando más tiempo.

Se volvió hacia la abuela.

—Brown & Stone me han escrito para decirme que tienes intención de hacer una donación total de Saint-Nazaire a la Fundación. Sólo quería decirte que eso te deja en una posición de mucho riesgo. Casi no puedes permitirte estar aquí y si necesitas más atención médica te arruinarías rápidamente.

Robert no pensaba que su abuela pudiera tener un aspecto todavía más triste, pero de alguna forma sus facciones se las arreglaron para producir una impresión renovada de horror.

—Yo..., realmente..., realmente..., no. —Se cubrió la cara con las manos y gritó —: Yo realmente..., me molesta..., —gimió.

La madre de Robert le pasó un brazo por el hombro sin mirar al padre. El padre volvió a meterse la carta en el bolsillo y se miró los zapatos con absoluto desdén.

—Está bien —dijo la madre—, Patrick sólo quiere ayudarte, es que le preocupa que estés dando demasiado y demasiado pronto, pero nadie te discute que puedas hacer lo que te apetezca con la Fundación. Los abogados se lo dijeron sólo porque otras veces le habías pedido que te ayudara.

—Ahora... necesito... descansar —dijo la abuela.

—Entonces nos iremos —dijo la madre.

—Sí.

—Siento mucho haberte incomodado —suspiró el padre—. Es sólo que no veo el porqué de tantas prisas: Saint-Nazaire queda para la Fundación en tu testamento, de todas formas.

—Creo que deberíamos dejar el tema —dijo la madre de Robert.

—Vale —accedió él.

La abuela permitió que la besasen todos ellos por turnos. Robert fue el último en despedirse.

—No... me dejes —le dijo ella.

—¿Ahora? —le respondió él, confuso.

—No..., no sé..., no —renunció.

—No te dejaré —dijo Robert.

Cualquier comentario sobre la visita a la residencia parecía demasiado arriesgado, así que iniciaron el viaje de regreso a casa en silencio. Muy pronto, sin embargo, pudo más la determinación de hablar de su padre. Trató de mantener las cosas en un plano general, trató de que el tema de su madre quedase al margen.

—Los hospitales son unos sitios muy tremendos —dijo—, llenos de pobres tontos equivocados, que no andan buscando ser famosos sin ningún fundamento ni ganar cantidades escandalosas de dinero, sino que creen que el quid de la vida es ayudar a los demás. ¿De dónde sacan esas ideas? Tendríamos que mandarlos un fin de semana a hacer un seminario sobre obtención de poderes con los Packer.

La madre de Robert sonrió.

—Estoy seguro de que Seamus podría organizarlo, darle un enfoque chamánico —dijo el padre, arrastrado fuera de su órbita sin poder resistirse—. Imagínate, aunque los hospitales estuviesen repletos de santos rebosantes de alegría, preferiría pegarme un tiro en la cabeza que experimentar la erosión de personalidad que hemos contemplado esta tarde.

—Creo que Eleanor lo hizo muy bien —dijo la madre—. Me emocioné mucho cuando dijo que era valiente.

—Lo que puede volver loca a una persona es verse forzada a tener el sentimiento que se le prohíbe tener al mismo tiempo —dijo el padre—. La traición de mi madre me obligó a enfadarme, pero al mismo tiempo, y por el contrario, su enfermedad me obligaba a sentir compasión. Y ahora su imprudencia vuelve a hacer que me enfade pero resulta que su valentía suaviza el enfado con admiración. Bueno, yo soy un tipo muy simple, y la verdad es que sigo estando ¡cabreado de cojones! —gritó dando un puñetazo en el volante.

—¿Quién es el rey Lear? —preguntó Robert desde el asiento de atrás.

—¿Has oído la conversación que hemos tenido esta mañana? —le preguntó la madre.

—Sí.

—Espiendo —dijo el padre.

—No, no espiaba —objetó—. Dejasteis el interfono encendido.

—¡Ay, sí! —dijo la madre—. Se me olvidó. De todas formas, ahora apenas importa, ¿verdad, cariño? —preguntó con dulzura al padre—. Puesto que andas gritando que estás «cabreado de cojones» a pleno pulmón.

—El rey Lear —dijo el padre— es un tirano cascarrabias de Shakespeare que regala todas sus cosas y luego se sorprende cuando Goneril y Regan, o Seamus Dourke, como prefiero llamarlo yo, se niegan a darle los cuidados que necesita y le pegan la patada.

—¿Y quién es la señora Jellybean?

—Jellyby. Es una bienhechora compulsiva que escribe cartas indignadas sobre los huérfanos de África mientras sus propios hijos se caen en la chimenea al otro lado del salón.

—¿Y qué es una coyunda?

—Bueno, la idea es que si combinas esos dos personajes te sale alguien parecido a Eleanor.

—Oh —dijo Robert—. Es bastante complicado.

—Sí —dijo el padre—. La cosa es que Eleanor intenta comprarse una butaca de primera fila en el cielo dando todo su dinero para «caridad», pero, como puedes ver, lo que en realidad se ha comprado es una entrada para el infierno.

—No creo que sea muy inteligente poner a Robert en contra de su abuela —dijo la madre.

—No creo que fuera muy inteligente por parte de ella hacerlo inevitable.

—Tú eres el que se siente traicionado, ella es tu madre.

—Nos ha engañado a todos —insistió el padre—. En cada fase me iba diciendo que tal cosa y tal otra estaban destinadas a Robert, pero, una por una, todas esas pequeñas concesiones al sentimiento familiar iban siendo arrancadas de sus pedestales y aspiradas por el agujero negro de la Fundación.

La madre dejó pasar un rato en silencio y luego dijo:

—Bueno, por lo menos este año no ha venido *mi* madre a pasar unos días con nosotros.

—Sí, tienes razón —dijo el padre—. Debemos estar agradecidos.

El ambiente se relajó un poco tras ese momento de armonía. Subieron el camino hacia la casa. Aquella tarde el crepúsculo era simple, sin nubes que formasen montañas y cámaras y escaleras, tan sólo una luz clara color de rosa en torno a las cumbres de las colinas y un cuchillo de luna colgado en el cielo que se iba oscureciendo. Según bajaban haciendo ruido por el camino en mal estado, Robert tuvo una sensación de hogar y supo que tenía que aprender a dejarla a un lado. ¿Por qué causaba tantos problemas la abuela? La disputa por una butaca de primera fila en el cielo le parecía insoportablemente costosa. Miró a Thomas en su sillita y se preguntó si él estaría más cerca de «la fuente» que el resto de ellos, y si era una buena cosa estarlo. La impaciencia de su abuela por reabsorberse en un anonimato luminoso le llenó de repente de la impaciencia contraria: vivir del modo más personal posible antes de que el tiempo lo dejase clavado en una cama de hospital y le cortase la lengua.

Agosto de 2001

De día, cuando Patrick oía el eco del ladrido del desgraciado perro del otro lado del valle, se imaginaba al pastor alemán desgredado del vecino corriendo de un lado para otro a lo largo de la valla de cañizo tras la que estaba encerrado; pero ahora, en mitad de la noche, pensó en cambio en todo el espacio por el que las ondas de aquel aullido lastimero se expandían y disipaban. La casa atestada condensaba su soledad. No había nadie a quien acudir excepto, probablemente (o quizás improbablemente), Julia, que había vuelto después de un año.

Como de costumbre, estaba demasiado cansado para leer y demasiado inquieto para dormir. La torre de libros de la mesita de noche parecía tener provisiones para cualquier estado de ánimo, salvo para la desesperación e inquietud en la que invariablemente se encontraba. *El universo elegante* le ponía nervioso. No quería leer cosas sobre la curvatura del espacio cuando ya estaba observando los desplazamientos y curvaturas del cielorraso bajo su mirada exhausta. No quería pensar en los neutrinos que circulaban por su carne, ya le parecía suficientemente vulnerable. Había empezado, pero finalmente había tenido que abandonar *Las Confesiones* de Rousseau. Ya tenía también toda la manía persecutoria que podía resistir como para importar algo más. Una novela que pretendía ser el diario de uno de los oficiales del capitán Cook en su primer viaje a Hawai estaba demasiado bien documentada para conservar algún parecido con la vida. Agobiado por las minúsculas variaciones de emblemas en las galletas secas de la Intendencia Naval, Patrick había empezado a sentirse profundamente deprimido, pero cuando apareció una segunda línea narrativa, la de un descendiente del primer narrador que vivía en Plymouth en el siglo XXI, que creaba un contrapunto lúdico a la primera línea narrativa, creyó que se iba a volver loco. Dos obras de historia —una, la historia de la sal; la otra, una historia del mundo (entero) desde el año 1500 a.C.— competían por el puesto más bajo de la pila.

También como de costumbre, Mary se había ido a dormir con Thomas, dejando a Patrick dividido entre la admiración y el abandono. Mary era una madre tan consagrada a serlo porque sabía lo que era no tener madre. Patrick también sabía lo que era eso, y como antiguo beneficiario de la dedicación maternal de Mary, algunas veces tenía que recordarse a sí mismo que él ya no era un niño, argumentarse que en la casa había niños de verdad, todavía no habituados al horror; algunas veces tenía que darse un buen rapapolvo a sí mismo. Y aun así, seguía esperando en vano los efectos maduradores de la paternidad. Para lo único que servía estar rodeado de niños era para acercarlo más a su propia infancia. Se sentía como un hombre que teme salir de puerto porque sabe que bajo la cubierta de su impresionante yate no hay más que un birrioso motorcito de dos tiempos: temor y deseo, temor y deseo.

Kettle, la madre de Mary, había llegado aquella tarde y, otra vez como de costumbre, encontró inmediatamente un motivo de fricción con su hija.

—¿Qué tal el vuelo? —le preguntó Mary, muy educada.

—Horroroso —dijo Kettle—. Había una mujer horrible en el avión, a mi lado, que estaba tan orgullosa de sus pechos que no dejaba de metérselos por la cara a un bebé que llevaba.

—Eso se llama dar el pecho, mamá —dijo Mary.

—Gracias, cariño —dijo Kettle—. Ya sé que eso ahora hace furor, pero cuando yo tuve hijos de lo que se hablaba era de recuperar la figura. Una mujer lista era la que iba a una fiesta con aspecto de no haber estado embarazada nunca, no la que iba con los pechos fuera, por lo menos no para dar de mamar.

Como siempre, tenía el frasco de Tamazepan en la mesilla de noche, y sin duda tenía un problema con el Tamazepan, a saber, que no era lo bastante fuerte. Los efectos secundarios, la pérdida de memoria, la deshidratación, la resaca, la amenaza de síndromes de abstinencia dantescos, todo eso funcionaba perfectamente. Lo que faltaba era, justamente, el sueño. Se iba tragando las pastillas con orden, para no tener que hacer frente a una adicción. Recordaba haber leído en un pasado remoto un prospecto que decía que no se tomase Tamazepan más de treinta días consecutivos. Él llevaba tomándolo cada noche desde hacía tres años en dosis cada vez mayores. Se sentiría «completamente feliz», y dispuesto, como dice la gente cuando quiere decir lo contrario, a sufrir horriblemente, pero nunca conseguía encontrar el momento. O era el cumpleaños de uno de los niños, o tenía que comparecer ante los tribunales, ya con resaca, o alguna otra obligación descomunal que exigía ausencia absoluta de alucinaciones o de fuerte ansiedad. Al día siguiente, por ejemplo, su madre iría a almorzar. Las dos madres a la vez: no era una ocasión como para sumarle psicosis adicionales.

Y, no obstante, todavía albergaba cariño por aquellos tiempos en los que las psicosis adicionales eran su pasatiempo favorito. Había pasado su segundo año en Oxford observando las flores torcerse y latir. Y fue aquel verano de experimentos alarmantes cuando conoció a Julia. Era la hermana pequeña de un hombre anodino de la misma escalera del Trinity College. Patrick, ya en las primeras fases de un viaje con hongos, rechazó apresuradamente al pasar su invitación a tomar el té, cuando vio a través de la puerta medio abierta una jovencita preciosa, de volverse a mirarla, que estaba sentada en la ventana con las rodillas abrazadas. Dio marcha atrás para aceptar «una taza de té rápida» y se pasó las dos horas siguientes contemplando como un idiota a la injustamente encantadora Julia, con sus mejillas de color de rosa y sus ojos azul oscuro. Llevaba una camiseta frambuesa que destacaba los pezones y unos vaqueros azul desteñido con una raja unos centímetros por debajo del bolsillo de atrás y otra encima de la rodilla derecha. Se juró que en cuanto tuviera la edad suficiente la seduciría, pero ella se adelantó a su tímida resolución seduciéndolo aquella misma noche. Habían hecho el amor a intervalos, a cámara lenta y de manera ilegal (ella iba a cumplir dieciséis la semana siguiente). Habían caído para arriba, desaparecido por madrigueras de conejo, visto relojes que andaban hacia atrás y huido de policías que

no les perseguían. Cuando fueron a Grecia la ayudó a almacenar el ácido en su escondrijo favorito: entre las piernas de ella. Pensaba que las cosas irían cayendo en cascada de una aventura a la siguiente, pero ahora el éxtasis tartamudo de su actividad sexual le parecía un milagro de libertad perteneciente a un mundo perdido. Nada había vuelto a ser nunca tan espontáneamente íntimo, y, en especial, no dejaba de recordarse a sí mismo, la conversación con aquella Julia más dura, más seca que ahora tenía con él. Y sin embargo, allí estaba, justo al fondo del pasillo, ajada pero todavía bonita. ¿Debía ir? ¿Debía arriesgarse? ¿Debían montar un encuentro retrospectivo? ¿Volvería la misma intensidad una vez entrelazados sus cuerpos? La idea era demencial. Tendría que pasar delante de la puerta de Robert, aquel maníaco insomne de la observación, de la feroz Kettle, de Mary, que revoloteaba como una libélula por la superficie del sueño, no fuera a ser que se le escapase alguna ligerísima inflexión en el sueño de su niño, y después entrar en la habitación de Julia (y una esquina de su puerta rozaba en el suelo), que probablemente ya habría invadido su hija Lucy, de todos modos. Se sentía paralizado, como siempre, por fuerzas iguales y opuestas.

Todo iba como de costumbre. En eso consiste la depresión: estar atascado, apegado a una versión anticuada de uno mismo. Durante el día, cuando jugaba con los niños, estaba muy cerca de ser lo que parecía ser, un padre jugando con sus hijos, pero por la noche o bien era el dolor de la nostalgia o el retorcimiento del rechazarse a sí mismo. Su juventud había salido corriendo con sus deportivas Nike Airmax (sólo la juventud de Kettle seguía llevando sandalias con alas), dejando una estela de polvo y una colección de antigüedades falsas. Intentó acordarse de cómo había sido de verdad su juventud, pero lo único que pudo recordar fue la abundancia de sexo y la sensación de grandeza en potencia, sustituidas, según su vista iba centrándose en el presente, por la desaparición del sexo y la sensación de potencial malgastado. Temor y deseo, temor y deseo. Quizás tuviera que tomarse otros veinte miligramos de Tamazepan. Cuarenta miligramos, siempre y cuando bebiese una buena cantidad de vino en la cena, a veces le procuraban un par de horas de sueño; no la maravillosa inconsciencia que ansiaba, pero sí un sueño turbulento y sudoroso cuajado de pesadillas. Dormir, en realidad, era lo último que le apetecía si se iba a ver arrastrado a aquellos sueños: atado a una silla en un rincón del cuarto viendo cómo torturaban a sus hijos mientras maldecía a gritos al torturador, o le suplicaba que parase. Estaba también la versión de régimen, o Pesadilla Light, en la que se arrojaba delante de sus hijos justo a tiempo de que le desgarrasen el cuerpo a tiros o se lo descuartizase el tráfico feroz. Cuando no le despertaban estas imágenes espantosas, iba dormitando sin sueños pero se despertaba a los pocos minutos tratando de respirar. El precio que pagaba por la sedación que necesitaba para quedarse traspuesto era que se le paraba la respiración hasta que una unidad de emergencias del cerebro mandaba desde el lóbulo occipital una ambulancia con su sirena a los lóbulos frontales y le devolvía la conciencia con una sacudida.

Sus sueños, ya bastante terribles por sí mismos, iban casi siempre seguidos de una secuela analítica defensiva. Johnny, su amigo el psicólogo infantil, le había dicho que eso eran «sueños lúcidos», en los que quien sueña reconoce que estaba soñando. ¿De qué protegía a sus hijos? De su propia sensación de ser torturado, por supuesto. Los seminarios sobre el sueño dentro del sueño siempre llegaban a conclusiones así de razonables.

Era cierto que estaba obsesionado con detener el flujo de veneno de una generación a la siguiente, pero ya tenía la impresión de haber fracasado. Estaba decidido a no transmitir a sus hijos las causas de su sufrimiento, pero no podía protegerlos de las consecuencias. Patrick había enterrado a su padre hacía veinte años y casi no había vuelto a pensar en él. En lo más álgido de su amabilidad, David había sido grosero, frío, sarcástico, se cansaba con facilidad; no podía evitar subir el listón en el último momento para asegurarse de que Patrick se daba en las espinillas. Hubiera sido un error demasiado flagrante que Patrick se convirtiese en un desastre de padre, o que se divorciase, o que desheredase a sus hijos; en vez de eso, tenían que sobrellevar el insomnio y las furibundas consecuencias de esas cosas. Sabía que Robert había heredado sus angustias nocturnas y se negaba a creer que existiese un gen de las angustias nocturnas que fuese la explicación. Recordaba haber hablado incansablemente de sus insomnios en una época en la que Robert quería copiar todo lo suyo. También veía, con una mezcla de satisfacción y de culpa y de culpa por la satisfacción, el cambio gradual de Robert de la empatía y la lealtad al odio y el desprecio por Eleanor y su crueldad filantrópica.

Un gran alivio era que ese año no verían a los Packer. Sacaron a Josh del colegio tres semanas y el chico perdió el hábito de fingir que era el mejor amigo de Robert. Durante ese período de embriagadora libertad, Patrick y Robert se habían encontrado con Jilly en Holland Park y enterado de que se estaba divorciando de Jim.

—El brillante se ha quedado sin brillo —admitió—. Pero por lo menos yo me quedaré con el brillante —añadió con una risita triunfal—. Es horrible eso de que manden a Roger a la cárcel. ¿No sabíais nada? Es una de esas prisiones abiertas, una de las de más postín. De todos modos, no es para bromear, ¿verdad? Le pillaron por fraude y evasión fiscal. Básicamente por hacer lo que hace todo el mundo, sólo que a él le salió mal. Christine está destrozada, con los dos críos y todo lo demás. Ni siquiera puede permitirse una niñera. Yo le dije: «Divórciate, eso te sube cantidad la moral». Fíjate, me había olvidado de que no iba a sacar una suma fabulosa. La verdad, no sé cuánto te subirá la moral si no hay una fortuna de por medio. Digo cosas terribles, ¿verdad? Pero hay que ser realista. El médico me recetó esas pastillas, y no puedo dejar de hablar. Mejor seguís vuestro camino, porque yo os puedo tener aquí clavados oyéndome parlotear. Pero bueno, es gracioso, pensar que hace un año estábamos todos sentados junto a la piscina de Saint-Trop, pasándonoslo en grande y ahora cada uno por un camino diferente. Pero, todavía tenemos a los niños, ¿verdad? Eso es lo más importante. ¡No te olvides que Josh sigue siendo tu mejor amigo! —le

gritó a Robert cuando se alejaban.

Thomas había empezado a hablar durante el último año. Su primera palabra fue «luz», seguida muy poco después por «no». Todos esos ambientes se evaporaron y fueron sustituidos de manera tan convincente que era difícil recordar el principio, cuando hablaba no tanto para contar una historia como para ver cómo era eso de salir del silencio a las palabras. La sorpresa fue sustituida gradualmente por el deseo. Por ejemplo, ver ya no le producía sorpresa, pero sí ver lo que él quería. Descubría una escoba en la calle, centenares de metros antes de que los demás pudieran ver siquiera la chaqueta fluorescente del barrendero. Las aspiradoras se ocultaban en vano detrás de las puertas: el deseo le había dado visión de rayos X. Nadie podía llevar mucho tiempo el cinturón si él estaba en el mismo cuarto, porque era requisado para un oscuro juego en el que Thomas, con aire solemne, daba vueltas a la hebilla haciendo un zumbido como de máquina. Si alguna vez salían de Londres, los padres olían las flores y admiraban las vistas, Robert buscaba árboles buenos para trepar y Thomas, que todavía no estaba tan lejos de la naturaleza para haberla convertido en un culto, se lanzaba por el prado hacia la blanda manguera enrollada que descansaba, casi invisible, entre la hierba sin segar.

En la fiesta de su primer cumpleaños, Thomas había sido atacado por primera vez, fue un niño que se llamaba Eliot. Una conmoción atrajo de repente la atención de Patrick desde el otro lado del salón. Thomas, que iba andando entre tambaleos y tirando de su conejo de madera con una cuerda, acababa de ser empujado por un matoncillo de su guardería, que le arrancó la cuerda de la mano. Thomas soltó un grito de indignación y luego se echó a llorar. El brutote se marchó triunfante arrastrando tras de sí el conejo, que traqueteaba sobre las ruedas desiguales.

Mary se abalanzó a recoger a Thomas del suelo. Robert se acercó a ver si todo estaba bien antes de ir a recuperar el conejo.

Thomas se sentó en el regazo de Mary y pronto dejó de llorar. Parecía pensativo, como si estuviera tratando de introducir en su marco de referencias la novedad de haber sido atacado. Luego se escurrió de las rodillas de Mary y volvió al suelo.

—¿Quién es ese horror de niño? —preguntó Patrick—. No creo haber visto nunca una cara tan siniestra. Parece el presidente Mao atiborrado de esteroides.

Antes de que Mary pudiera contestarle, se acercó la madre del matón.

—Lo siento muchísimo —les dijo—. Eliot es tan competitivo..., es igual que su padre. Odio tener que reprimir todo ese vigor y energía.

—Confía usted en que lo haga el sistema penal —dijo Patrick.

—Que intente meterse conmigo —dijo Robert ensayando unos movimientos de artes marciales.

—No saquemos de quicio este asunto del conejo —dijo Patrick.

—Eliot —dijo la madre del matón con un falsete especial—, devuélvele el conejo a Thomas.

—No —gruñó Eliot.

—Oh, querido —dijo su madre encantada ante tanta tenacidad.

Thomas había transferido el foco de su interés a las pinzas de chimenea que sacaba con gran ruido de su cubo. Eliot, convencido de que se había equivocado de botín, abandonó el conejo y se dirigió a las pinzas. Mary recogió la cuerda del conejo y se la tendió a Thomas, dejando a Eliot dando vueltas junto al cubo incapaz de decidir por qué tenía que pelearse. Thomas le ofreció la cuerda del conejo, pero Eliot la rechazó y se fue hacia su madre, andando como un pato y con un llanto de dolor.

—¿No quieres las pinzas? —le preguntó la madre, persuasiva.

Patrick tuvo la esperanza de manejar las cosas más sabiamente con Thomas que con Robert, de no infundirle sus propias ansiedades y preocupaciones. Siempre subían el listón en el último momento. Ahora estaba tan cansado... El listón siempre más alto..., desde luego..., pensaría que... Dando vueltas inútiles ahora..., el perro ladraba al otro lado del valle..., el mundo interior y el exterior chocando el uno contra el otro..., estaba casi durmiéndose..., por ventura para soñar..., al carajo. Se sentó y terminó el razonamiento. Sí, incluso los cuidados más iluminados comportan una sombra. Incluso Johnny (pero claro, él era psicólogo infantil) se reprochaba por hacer que sus hijos pensarán que les comprendía, que conocía sus sensaciones incluso antes que ellos mismos, que era capaz de leer sus impulsos subconscientes. Vivían en la «cárcel panóptica» de Jeremy Bentham, bajo la vigilancia total de su simpatía y su pericia. Les había robado la vida interior. Quizás la cosa más sensible que Patrick podía hacer por los suyos era romper la familia, ofrecer a sus hijos una catástrofe firme y primaria. Al final todos los hijos tienen que liberarse. Por qué no darles una buena pared contra la que dar patadas, un trampolín bien alto desde el que saltar. Señor, la verdad es que necesitaba descansar un poco.

Después de la medianoche, el maravilloso doctor Zemblarov nunca estaba lejos de sus pensamientos. Era un médico búlgaro que ejercía en el pueblo y hablaba extremadamente deprisa en un inglés con mucho acento.

—En nuestra cultura sólo tenemos esto —decía al firmar una receta muy detallada—, la *pharmacologie*. Si viviésemos en el *Pacifique* tal vez supiésemos alguna danza, pero nosotros no tenemos más que la manipulación química. Cuando voy a Bulgaria, por ejemplo, tomo *de l'amphétamine*. Conduzco, conduzco, conduzco, y estoy de regreso en Lacoste.

La última vez que Patrick le había pedido, titubeante, más Tamazepan, el doctor Zemblarov le reprochó que fuese tan tímido.

—*Mais il faut toujours demander*. Yo también lo tomo cuando estoy de viaje. *L'administration* quiere que lo limitemos a treinta días, así que pondré «una por la tarde y una por la noche», lo que no es verdad, naturalmente, pero le evitará tener que venir tan seguido. Le daré también Stillnox, que es de otra familia: ¡los hipnóticos! También tenemos la familia de los barbitúricos —añadió con una sonrisa de aprobación mientras la pluma revoloteaba sobre el papel.

No era raro que Patrick estuviera siempre cansado y sólo pudiera ocuparse de

cuidar a los niños por espacios cortos. Hoy Thomas había tenido dolores. Algunos dientes más iban abriéndose paso a través de sus encías doloridas, tenía los carrillos hinchados y rojos y andaba de aquí para allá buscando algo que lo distrajera. Por fin, a la noche, Patrick había contribuido con un rápido recorrido por la casa. La primera parada fue el enchufe de la pared debajo del espejo. Thomas lo miró con deseo y se anticipó a su padre diciendo: «No, no, no, no, no», y moviendo la cabeza muy serio acumulando tantos «noes» como pudo entre el enchufe y él, pero el deseo pronto se llevó el pequeño dique de su conciencia, y se lanzó hacia el enchufe improvisando las clavijas con dos deditos mojados. Patrick lo levantó del suelo y se lo llevó a cuestas pasillo adelante. Thomas protestó a gritos y plantó un par de golpes secos en los testículos del padre.

—Vamos a ver la escalera —dijo Patrick tomando aire y con la sensación de que no sería justo ofrecerle nada mucho menos peligroso que la electrocución. Thomas reconoció la palabra y se calmó, pues sabía que la frágil escalera de aluminio salpicada de pintura que estaba en el cuarto de la caldera tenía su propio potencial de lesiones y de muerte. Patrick lo sujetó por la cintura, sin apretar, mientras el crío trepaba como un mono los peldaños, casi haciéndole caer encima la escalera. Y cuando lo bajó al suelo, el crío salió corriendo disparado, dando tumbos como un borracho en dirección a la caldera. Patrick lo atrapó e impidió que se estrellara contra el depósito de agua. Estaba ya completamente agotado. Había tenido bastante. No se podía decir que no hubiera cooperado en el cuidado de los niños. Necesitaba unas vacaciones. Volvió tambaleándose al salón acarreado al nervio de su hijo.

—¿Cómo estás? —preguntó Mary.

—Rendido —dijo Patrick.

—No me extraña. Lo has tenido contigo un minuto y medio.

Thomas se precipitó hacia su madre, pero le fallaron las piernas en el último momento. Mary lo atrapó antes de que su cabeza chocase con el suelo y lo puso otra vez de pie.

—No sé cómo te las puedes arreglar sin una niñera —dijo Julia.

—Lo que no sé es cómo me las iba a arreglar con una. Siempre he querido ser yo la que cuide de mis hijos.

—Hay a quien le pasa eso con la maternidad —dijo Julia—. Debo decir que no fue mi caso, pero claro, era tan joven cuando tuve a Lucy...

Para demostrar que ella también enloquecía con el tremendo sol del sur, Kettle había bajado a cenar vestida con una chaqueta de seda color turquesa y unos pantalones de hilo amarillo limón. Los demás seguían con sus camisas sudadas y sus pantalones caqui, y quedó así siendo quien quería ser: la mártir solitaria de sus propias exigencias.

Cuando la vio entrar, Thomas se tapó la cara con las manos:

—¡Oh, qué mono! —dijo Kettle—. ¿Qué hace?

—Se esconde —dijo Mary.

Thomas retiró las manos de golpe y se quedó mirando a los demás con la boca muy abierta. Patrick dio un paso atrás, petrificado al verlo reaparecer. Era el último juego de Thomas. A Patrick le parecía el más antiguo del mundo.

—Es tan relajante que se esconda donde todos podemos verle... —dijo Patrick—. Estoy temiendo el momento en que decida que tiene que salir de la habitación.

—Cree que no le podemos ver porque él no nos ve —dijo Mary.

—Tengo que decir que eso me gusta —dijo Kettle—. Prefiero que la gente vea las cosas exactamente igual que yo.

—Pero si sabes que no es así —dijo Mary.

—No siempre, cariño —dijo Kettle.

—No estoy seguro de que eso sea el cuento del niño egocéntrico y el adulto bien adaptado. —Patrick había cometido el error de teorizar—. Thomas sabe que nosotros no vemos las cosas igual que él, porque si no, no se reiría. La gracia está en el cambio de perspectiva. Espera que nosotros adoptemos su punto de vista cuando se tapa la cara y que volvamos al nuestro cuando retira las manos. Somos nosotros los que estamos atascados.

—Sinceramente, Patrick, contigo todo tiene una interpretación demasiado intelectual —se quejó Kettle—. No es más que un niño pequeño jugando a su juego. A propósito de escondites —dijo con la actitud del que quita el volante a un conductor borracho—, me acuerdo de cuando fui a Venecia con papá antes de casarnos. Tratábamos de ser discretos porque en aquellos tiempos se suponía que había que hacer un esfuerzo. Bueno, pues naturalmente, lo primero que pasó fue que nos topamos con Cynthia y Ludo en el aeropuerto. Decidimos comportarnos casi igual que Thomas y fingir que si no los mirábamos ellos no nos verían.

—¿Y salió bien? —preguntó Patrick.

—Para nada. Se pusieron a llamarnos a voz en grito por todo el aeropuerto. Era evidente que no queríamos que nos descubriesen, pero el tacto nunca fue el fuerte de Ludo. De todos modos hicimos todos los ruidos adecuados.

—Pero Thomas sí quiere que le descubramos, es su gran momento —dijo Mary.

—No digo que sea la misma situación —dijo Kettle, una pizca irritada.

—¿Qué son los «ruidos adecuados»? —le había preguntado Robert a Patrick cuando iban a buscar la cena.

—Cualquier cosa que salga de Kettle —le respondió esperando en parte que la suegra le oyese.

No era una gran ayuda que Julia se mostrase tan poco amiga de Mary, aunque tampoco lo hubiera sido que se mostrase amistosa. La lealtad de Patrick a Mary no estaba en cuestión (¿o sí?); lo que estaba en cuestión era si podía aguantar sin sexo un segundo más.

A diferencia de los tumultuosos apetitos de la adolescencia, sus ansias presentes tenían un matiz trágico, eran ansias de apetitos, metaansias, deseos de desear. La cuestión era ahora saber si sería capaz de mantener una erección más que si alguna

vez podría llegar a liberarse de la maldita cosa. Al mismo tiempo, las ansias tenían que favorecer la sencillez, tenían que sumirse en algún objeto de deseo con el fin de ocultar lo trágico de su naturaleza. No se trataba de ansiar cosas a su alcance, sino capacidades que nunca volvería a tener. ¿Qué iba a hacer si conseguía a Julia? Disculpase por estar agotado, naturalmente. Disculpase por estar atado. Estaba pasando (desahógate, querido, te sentará bien) la crisis de los cuarenta, pero a la vez no era así porque la crisis de los cuarenta es un cliché, un Tamazepan verbal hecho para adormecer una experiencia, pero la experiencia que estaba teniendo andaba todavía bien despierta... a las tres y media de la puta mañana.

Él no aceptaba nada de aquello: los horizontes reducidos, las facultades menguantes. Se negó a comprar las gafas de culo de botella que su vista de Mister Magoo requería. Aborrecía el hongo que parecía haber invadido su sangre, poniéndolo todo borroso. Aquella impresión de agudeza que aún producía a veces era simulada. Hablaba como si repitiera un rompecabezas que hubiera hecho cien veces, limitándose a recordar cómo lo había hecho antes. Ya no establecía conexiones nuevas. Todo eso había terminado.

Desde el final del pasillo oyó que Thomas empezaba a llorar. El sonido fue un abrasivo para sus nervios. Quería consolar a Thomas. Quería que Julia le consolase a él. Quería que Mary quedase consolada consolando a Thomas. Quería que todos estuviesen muy bien. No pudo soportarlo más. Apartó las sábanas y se puso a andar arriba y abajo por el cuarto.

Thomas se calmó enseguida, pero su llanto había desencadenado una reacción que Patrick ya no podía controlar. Iría a la habitación de Julia. Convertiría la estrecha parcela de su vida en un campo de flamígeras amapolas. Abrió la puerta despacio, levantándola por las bisagras para que no chirriase. La cerró de nuevo con cuidado manteniendo la manilla bajada para que no sonase el pestillo y lo hizo entrar despacio en la ranura. La luz del pasillo estaba encendida por los niños. Tan iluminado como el patio de una cárcel. Avanzó por él, de puntillas, hasta el final, hasta la puerta de Lucy, parcialmente abierta. Quería comprobar primero que la cría estuviera en su cuarto. Estaba. Estupendo. Regresó hasta la puerta de Julia. El corazón le latía con fuerza. Se sentía terroríficamente vivo. Se acercó a la puerta y escuchó.

¿Qué sería lo próximo? ¿Qué haría Julia si entraba en su habitación? ¿Llamar a la policía? Arrastrarlo a la cama de un tirón diciéndole: «¿Cómo has tardado tanto?». Quizás fuera poco diplomático despertarla a las cuatro de la mañana. Puede que fuera mejor quedar en verse la noche siguiente. Se le estaban enfriando los pies, allí parado sobre las baldosas hexagonales.

—Papá.

Se dio vuelta y vio a Robert, pálido y con el ceño fruncido en la puerta de su cuarto.

—Hola —susurró Patrick.

—¿Qué haces?

—Buena pregunta —dijo Patrick—. Bueno, oí llorar a Thomas... —Hasta ahí era verdad—. Y me preguntaba si estaría bien.

—Pero ¿por qué estás delante de la puerta de Julia?

—No quería molestar a Thomas si se había vuelto a dormir —explicó Patrick. Robert era demasiado inteligente para tragarse aquello, pero quizás fuese un pelín demasiado joven para decirle la verdad. Dentro de un par de años podría invitarle a un cigarro y decir: «Ando metido en esa cosa tan complicada del *mezzo del camin*, y necesito un rollete rapidito que me anime». Robert le daría una palmada en la espalda y le diría: «Te entiendo perfectamente, viejo. Buena suerte y buena caza». Entretanto, sólo tenía seis años y había que ocultarle la verdad.

Como para salvar a Patrick del apuro, Thomas soltó otro quejido de dolor.

—Será mejor que vaya —dijo Patrick—. La pobre mamá lleva toda la noche levantada. —Sonrió estoicamente a Robert—. Será mejor que te acuestes —le dijo, y le dio un beso en la frente.

Robert se volvió a su habitación, nada convencido.

La lucecita de seguridad de la desordenada habitación de Thomas iluminaba el suelo con un leve resplandor anaranjado. Patrick se abrió camino hacia la cama a la que Mary trasladaba a Thomas cada noche desde la cuna, que odiaba, y se colocó con cuidado sobre el colchón, apartando media docena de muñecos blandos que cayeron al suelo. Thomas se removió y retorció tratando de encontrar una postura cómoda. Patrick estaba tumbado de su lado, haciendo equilibrios al borde de la cama. No podría dormir nada en aquella lata de sardinas precaria, pero si, simplemente, conseguía dejar que su mente planeara en libertad, tal vez descansara un poco; si pudiera ponerse omnogógico, obteniendo la libertad de los sueños sin su tiranía, eso ya sería algo. Estaba a punto de olvidar el incidente de Julia. ¿Qué incidente de Julia?

Quizás Thomas no fuera un desastre cuando se hiciera mayor. ¿Qué más podía pedir uno?

Estaba empezando a planear entre pensamientos a medias, pensamientos a cuartos..., haciendo la cuenta atrás..., atrás...

Una violenta patada aterrizó en su cara. Un aluvión metálico de sangre caliente le inundó la nariz y el cielo de la boca.

—¡Dios! —dijo—. Me parece que sangro por la nariz.

—Pobrecito —masculló Mary.

—Será mejor que me vaya a mi cuarto —susurró Patrick y se deslizó hacia atrás, hasta el suelo. Volvió a poner en su sitio los guardaespaldas afelpados de Thomas y se puso de pie con dificultad. Le dolían las rodillas. Probablemente tuviera artritis. Podría muy bien trasladarse a la residencia de su madre. Resultaría acogedor, ¿no?

Volvió a recorrer el pasillo todo encorvado, apretándose la nariz con el nudillo del dedo índice. En el pijama tenía goterones de sangre: homenaje al campo de amapolas. Ya eran las cinco de la mañana, demasiado tarde para una mitad de la vida y demasiado temprano para la otra. Ninguna perspectiva de dormir. Sería mejor ir

abajo, tomarse un par de litros de café ecológico bien sano y pagar algunas facturas.

Kettle ya estaba sentada ante la mesa de piedra, con gafas de sol y un enorme sombrero de paja. Con la tarjeta de embarque ya utilizada marcó la página de la biografía de la reina madre Mary de James Pope-Hennessy que leía y la dejó junto al plato.

—Es como un sueño —dijo Patrick colocando con cuidado en su sitio la silla de ruedas de su madre—, teneros a las dos aquí, al mismo tiempo.

—Como... un... sueño —dijo Eleanor, generalizando.

—¿Cómo estás, querida? —le preguntó Kettle con punzante indiferencia.

—Muy...

El esfuerzo que hizo Eleanor para emitir, al cabo de un tiempo, un «bien» de tono agudo dio una impresión completamente diferente, como si se hubiera visto a sí misma dirigirse hacia un «cabreada» o «desgraciada» y se las hubiera arreglado para hacer un rápido regate en el último momento. Su sonrisa radiante dejó al aire el cráter dental que Patrick le había pedido tantas veces que se arreglase. Inútilmente: no estaba dispuesta a gastarse dinero en ella misma mientras aún pudiera emitir un hálito de caridad. El minúsculo importe de los ingresos que le quedaban, era ahorrado para ser destinado a los tanques de privación sensorial de Seamus. Y entretanto, iba por muy buen camino hacia la privación de la sensación de comer. La lengua se le retorció y curvaba entre riscos derrumbados en búsqueda sin esperanzas de un diente completo. Tenía varias áreas restringidas demasiado sensibles para dejar entrar la comida.

—Voy a echar una mano con el almuerzo —dijo Patrick arrepentido y cumplidor, saltando por el césped como un nadador que se apresura a ganar la superficie después de una inmersión demasiado larga.

Sabía que de quien realmente tenía que escapar no era de su madre, sino de la mortífera combinación de hastío y de cólera que sentía cada vez que pensaba en ella. Eso, sin embargo, era un proyecto a largo plazo. «Puede llevarme más de una vida», se advirtió a sí mismo en tono de ternura y con una sonrisita boba. Sólo de cara a los próximos minutos, ya necesitaba poner entre él y su madre tantos metros no imaginarios como fuera posible. Por la mañana, en la residencia, se la había encontrado al lado de la puerta con el bolso sobre las rodillas y con aspecto de llevar horas preparada. Le tendió una nota a lápiz, apenas visible. Decía que quería hacer el traspaso de Saint-Nazaire a la Fundación inmediatamente y no, como estaba estipulado, después de su muerte. El año anterior Patrick había logrado aplazar la cosa, pero ¿podría conseguirlo otra vez? La nota decía que «necesitaba cerrar el asunto» y necesitaba su ayuda y «su bendición». La retórica de Seamus había dejado sus huellas marcadas por toda la prosa. Sin duda ya tenía organizado un ritual de clausura, una danza catártica indígena norteamericana para cerrar su propio cierre con lo macrocósmico y microcósmico, el padre cielo y la madre tierra, lo simbólico y lo

real, la patada inmediata y eterna que expulsaba a Patrick y a su familia de Saint-Nazaire. En medio de una dura refriega de emociones contradictorias, Patrick podía alguna vez atisbar un anhelo de quedar libre de la jodida casa. En algún punto tendría que dejar todo aquello, y volvería a Saint-Nazaire a pasar un fin de semana de tambores curativos, a pedirle a Seamus que le ayudase a desprenderse del hogar de su infancia, a incluir el «trans» en aquello al parecer tan terriblemente personal.

Al atravesar la terraza camino del huerto de los olivos, se imaginó ensalzando ante un grupo de neochamanes y neochamanas la conveniencia, el desafío, y «nunca hubiera creído que eso llegara a ser posible, pero tengo que emplear la palabra “belleza”, la belleza, pues, de regresar a esta finca con objeto de confirmar la clausura definitiva del proceso de desprendimiento (suspiros de agradecimiento). Hubo un tiempo en el que yo estaba ofendido y, sí, he de admitirlo, odiaba a Seamus y a la Fundación y a mi propia madre, pero mi aversión se ha transformado milagrosamente en gratitud, y puedo decir con toda sinceridad (leve nudo en la garganta) que Seamus no ha sido solamente un mentor maravilloso y un gran maestro de tambor, sino también el más verdadero de los amigos (repiqueteo de aplausos y sonajas)».

Patrick se deshizo de su pequeña fantasía con un gritito sarcástico y se sentó en el suelo de espaldas a la casa, recostándose en el tronco gris y nudoso de un viejo olivo retorcido que toda su vida había utilizado para esconderse y pensar. Tenía que ir recordándose continuamente que Seamus no era un completo mangante que había estafado a una pobre anciana todo su dinero. Eleanor y Seamus se habían corrompido mutuamente con la extravagancia de sus buenas intenciones. Seamus hubiera podido continuar haciendo el bien y cambiando orinales en Navan —el único pueblo de Irlanda que se lee igual del derecho y del revés—, y Eleanor vivir alimentándose de cereales integrales y darles su renta a los ciegos, o para la investigación médica, o a las víctimas de torturas, y en cambio habían unido sus fuerzas para levantar un monumento a la falsedad y la traición. Juntos iban a salvar al mundo. Juntos iban a elevar la conciencia entonteciendo a una parroquia ya peligrosamente tonta. Lo que en Seamus pudiera haber de bueno, la generosidad patológica de Eleanor lo iba destruyendo, y la vacuidad de la visión de Seamus destruía a Eleanor.

¿Qué había convertido a Eleanor en semejante mozigata? Patrick tenía la impresión de que la aversión de Eleanor por su propia madre era la raíz de su altruismo más que ambicioso. Eleanor le había contado la historia de cuando su madre la llevó a una gran fiesta por primera vez. Fue en Roma, justo después de la Segunda Guerra Mundial. Eleanor era una jovencita de quince años que llegaba de vacaciones de su internado en Suiza. Su madre era una americana rica y una completa esnob, y se había divorciado del disoluto de su padre, un hombre encantador pero sin título, para casarse con un duque francés enano y malhumorado, Jean de Valençay, un obseso de la genealogía y el rango social. En el zarrapastroso escenario de una república casi comunista, y financiado totalmente por el dinero de su mujer, de familia de nuevos ricos industriales, su mayor empeño era insistir en la antigüedad de

su linaje. La noche de aquella fiesta, Eleanor se sentaba al lado de su madre en el inmenso Hispano-Suiza, aparcado junto a un edificio bombardeado a la vuelta de la esquina de la casa de la princesa Colonna y sus ventanas iluminadas. A su padrastro se lo habían llevado enfermo, pero, lánguidamente acostado en una cama tallada renacentista que había permanecido en la familia desde que su mujer se la comprase un mes antes, obligó a su esposa a jurar que no entraría en casa de la princesa sino después de la *duchessa* di Dino, sobre la cual tenía precedencia. Lo de la precedencia se traducía en que su madre tenía que llegar tarde. Esperaron en el coche. Delante, junto al chófer, había un lacayo al que enviaban a cada rato a comprobar si había llegado la *duchessa*, su inferior. Eleanor era una muchacha tímida e idealista, más feliz hablando con la cocinera que con los invitados para los que ésta cocinaba, pero aun así estaba de lo más impaciente y llena de curiosidad por la fiesta.

—¿No podemos ir ya? Nosotras ni siquiera somos italianas.

—Jean me mataría —dijo su madre.

—No se lo puede permitir —dijo Eleanor.

La madre se puso rígida, furiosa. Eleanor se arrepintió de lo que acababa de decir, pero también sintió una punzada de orgullo adolescente por haber dado preferencia a la sinceridad sobre el tacto. Contemplaba el exterior desde la jaula de cristal del coche de su madre y vio a un vagabundo vestido de harapos marrones que se acercaba a ellas a trompicones. Cuando lo tuvo más cerca descubrió la angulosidad esquelética de su rostro, un hambre gigantesca en sus ojos. Llegó hasta el coche arrastrando los pies y dio unos golpecitos en la ventanilla señalándose la boca con gesto de súplica, alzando las manos como en plegaria, volviendo a señalarse la boca.

Eleanor lanzó una mirada a su madre. La madre miraba al frente sin moverse, como si esperase una disculpa.

—Tenemos que darle un poco de dinero —dijo Eleanor—. Está hambriento.

—También yo —dijo su madre sin girar la cabeza—. Si esa italiana no aparece pronto, me voy a volver loca.

Golpeó el cristal que las separaba del asiento delantero e hizo un gesto de impaciencia al lacayo.

Cuando por fin entraron en la casa se pasó la fiesta traspuesta por su primer arrebato de fiebre filantrópica. El rechazo de los valores de su madre se fundió con su idealismo para producir una embriagadora visión de sí misma como santa descalza: iba a dedicar su vida a ayudar a los demás, siempre y cuando no fuesen de su familia. Unos años después, la madre aceleró el tránsito de Eleanor por el camino de la renunciación permitiendo que el padrastro de Eleanor la obligase a legarle casi toda su enorme fortuna cuando se estaba muriendo de cáncer. Se había indignado porque el testamento original, que le dejaba solamente el usufructo de la fortuna de por vida, suponía un insulto a su honor puesto que implicaba que podía ser capaz de engañar a sus hijastras y desheredarlas. Y cuando le llegó el turno, rompió la promesa hecha a su esposa moribunda y legó el botín a su sobrino. Eleanor estaba por entonces

demasiado implicada en su búsqueda espiritual para admitir lo desconcertada que se había quedado con la pérdida de todo aquel dinero. Y su rencor se lo traspasaba a Patrick, tras haberlo conservado como una de aquellas antigüedades que Jean adoraba coleccionar con cargo a su mujer. A Eleanor le gustaban los supuestos hechiceros en vez de los duques que le gustaban a su madre, pero, dejando aparte el descenso de rango social, en esencia la fórmula era la misma: despojar a los hijos para favorecer la imagen de sí mismas que cultivaban: la gran señora, o la boba beata. Eleanor había endosado a la generación siguiente aquellas partes de su experiencia de las que se quería deshacer: divorcio, traición, odio a la madre, exclusión de la herencia; y se apuntaba a la idea de considerarse parte de la salvación del mundo, la era de Acuario, la vuelta al cristianismo primitivo, la resurrección del chamanismo...; con los años los términos iban variando, pero el papel de Eleanor era el mismo: heroica, optimista, visionaria, orgullosa de su humildad. El resultado de su *apartheid* psicológico era que tanto las partes de sí misma que rechazaba como las que deseaba se mantenían congeladas. La noche de aquella fiesta en Roma, había pedido prestado un poco de dinero a un amigo de la familia y se había ido corriendo a buscar al mendigo hambriento cuya vida tenía que salvar. Tras recorrer unas cuantas esquinas descubrió que las calles no se habían recuperado de los seis años de guerra tan rápidamente como los alegres juguistas que había dejado en la fiesta. No pudo evitar sentirse demasiado visible con aquel traje de gala azul celeste y un billete de banco grande apretado con ansias en el puño entre los escombros y las ratas. En un portal se movieron unas sombras y una oleada de pavor la mandó temblorosa de vuelta al coche de su madre.

Cincuenta y cinco años después, Eleanor todavía no había dado con una manera realista de actuar respecto a sus deseos de ser buena. Seguía echando de menos la fiesta sin haber acabado con el hambre. Cuando las cosas salían mal, y siempre salían mal, no se permitía a las malas experiencias informar a la adolescente apasionada y se las desterraba al vertedero de las experiencias malas. Una mitad oculta de Eleanor se iba haciendo más recelosa y amargada, de forma que la mitad visible pudiera seguir siendo crédula y entusiasta. Antes de Seamus había habido un largo desfile de aliados. Eleanor les entregaba su vida con confianza absoluta para luego, a las pocas horas de un último momento de perfección, rechazarlos súbitamente y no volver a mencionarlos jamás. Qué habían hecho exactamente para merecer ese destierro tampoco se comentaba nunca. La enfermedad estaba ahora produciendo en ella una aterradora confluencia de las dos mitades de su persona que tanto trabajo le había costado mantener separadas. Patrick sentía curiosidad por saber si el ciclo de confianza y rechazo se mantendría tal cual. Después de todo, si Seamus era transferido a las sombras, quizá Eleanor querría desmontar la Fundación con tanta vehemencia como cuando había querido ponerla en pie. Tal vez así él podría demorarla un año más. Así que allí estaba, todavía con esperanzas de resistir en la casa.

Patrick recordaba aún sus vagabundeos por los cuartos y jardines de la media docena de casas impecables que tenía su abuela. Había sido testigo del hundimiento de una fortuna de importancia mundial y del descenso a la riqueza moderada de que disfrutaban su madre y su tía Nancy gracias a una herencia relativamente menor que habían recibido antes de que su madre cediera a las mentiras e intimidaciones de su segundo marido. Algunos consideraban que Eleanor y Nancy eran ricas, vivían en calles buenas, una en Londres y la otra en Nueva York, las dos tenían una casa en el campo, y ninguna de las dos necesitaba trabajar, ni por supuesto ir a la compra, lavar, cocinar ni cuidar del jardín, pero en la historia de su familia las dos sobrevivían con cuatro perras. Nancy, que seguía viviendo en Nueva York, escudriñaba los catálogos de las casas de subastas de todo el mundo en busca de imágenes de objetos que podían haber sido suyos. La última ocasión en que Patrick la visitó en la calle Sesenta y nueve, apenas le había ofrecido una taza de té cuando ya estaba sacando un catálogo negro muy brillante de la casa Christie's de Ginebra. Acababa de llegarle y dentro había una fotografía de dos *jardinières* de plomo decoradas con abejas doradas a las que casi se oía zumbar entre unas ramas floridas de plata. Las habían hecho para Napoleón.

—Ni siquiera solíamos hablar de ellas —dijo Nancy con amargura—. ¿Sabes qué te quiero decir? Había tantísimas cosas preciosas. Estaban colocadas en la terraza, sin más, bajo la lluvia. Un millón y medio de dólares se sacó el sobrinito por las jardineras de mamá. Quiero decir, ¿a ti no te gustaría tener alguna cosa de esas para dársela a tus hijos? —le preguntó mientras traía otro montón de álbumes de fotos y catálogos para ir contrapunteando el precio con el significado sentimental de lo perdido.

Durante las siguientes dos horas fue trasvasándole el veneno de su resentimiento.

—De eso hace treinta años —apuntaba él de cuando en cuando.

—Pero el sobrinito sigue vendiendo algo de mamá cada semana —gruñó para defender su obsesión.

El drama permanente de engaño y autoengaño deprimía tremendamente a Patrick. Sólo había sido feliz de verdad la primera vez que Thomas lo recibió con un arranque de amor sin complicaciones y le abrió los brazos de par en par para recibirlo. Aquella misma mañana, más temprano, había llevado a Thomas en brazos por toda la terraza para buscar lagartijas por detrás de las persianas. Thomas se cogía a cada persiana según iban pasando y Patrick tenía que desengancharla y abrirla con un chirrido. De algunas salía a toda velocidad una lagartija que subía corriendo por la pared hacia el refugio de otra persiana del piso de arriba. Thomas señalaba con el dedo, y la sorpresa le hacía poner la boca redonda. La lagartija era el disparador del verdadero acontecimiento, el momento de emoción compartida. Patrick inclinaba la cabeza hasta que le quedaban los ojos al mismo nivel que los de Thomas, e iba nombrando las cosas con que se tropezaban: «Valeriana, japónica..., higuera», decía Patrick. Thomas permanecía en silencio hasta que dijo, de repente: «¡Pala!». Patrick intentaba

imaginarse el mundo desde el punto de vista de Thomas, pero era un esfuerzo sin esperanzas. La mayor parte del tiempo ni siquiera se podía imaginar el mundo desde su propio punto de vista. Confiaba en el anochecer para recibir un cursillo acelerado sobre desesperación verdadera que yacía bajo los días remotos, rancios, placenteros a retazos. Thomas era su antidepresivo, pero los efectos se le pasaban pronto en cuanto empezaba a dolerle la espalda por la zona lumbar y sucumbía a su pavor a morir joven, a morirse antes de que los niños tuvieran edad de ganarse la vida, o a enfrentarse al dolor de esa muerte. No tenía ningún motivo para creer que moriría prematuramente; no era más que un modo flagrante e incontrolable de defraudar a sus hijos. Thomas se había convertido en el gran símbolo de la esperanza y no dejaba nada para los demás.

Gracias a Dios Johnny vendría más adelante, ese mes. Patrick estaba convencido de que se perdía alguna cosa que Johnny le podría aclarar. Era sencillo ver lo que andaba mal, pero era de lo más difícil saber lo que significaba estar bien.

—¡Patrick!

Le buscaban. Oía a Julia gritar su nombre. Quizás llegase hasta allí y entonces la llevaría con él detrás del olivo para que le hiciera una mamada muy rápida y así se encontraría un poco más ligero y tranquilo durante el almuerzo. Qué gran idea. Plantado delante de su puerta anoche. La maraña de la vergüenza y la frustración. Se puso de pie. Las rodillas fallan. Vejez y muerte. Cáncer. Salir de su dominio íntimo para meterse en la confusión de otras personas, o salir de la confusión de su dominio íntimo a la autoridad sin esfuerzo de su compromiso con los otros. Nunca sabía qué dirección seguir.

—Julia. Hola, estoy aquí.

—Me han mandado a buscarte —dijo Julia, pisando con cuidado el suelo desigual del olivar—. ¿Estás escondiéndote?

—De ti no —dijo Patrick—. Ven a sentarte aquí un momentito.

Julia se sentó a su lado, ambas espaldas apoyadas en la bifurcación del tronco.

—Aquí se está bien —dijo luego.

—Yo me escondo aquí desde que era pequeño. Me sorprende que no haya un hoyo en el suelo —dijo Patrick. Hizo una pausa y sopesó los riesgos de decírselo—. Anoche a las cuatro de la mañana estuve plantado delante de la puerta de tu habitación.

—¿Y por qué no entraste? —dijo Julia.

—¿Te hubiera gustado verme?

—Por supuesto —le contestó inclinándose hacia él y besándole en los labios brevemente.

Patrick sintió una oleada de excitación. Se imaginó fingiéndose joven, rodando por encima de los cantos puntiagudos y las ramitas caídas, riendo como un valiente ante las picaduras de los mosquitos en su carne desnuda.

—¿Qué te detuvo? —preguntó Julia.

—Robert. Me encontró titubeando en el pasillo.

—Pues será mejor que la próxima vez no titubees.

—¿Habrá próxima vez?

—¿Por qué no? Tú estás aburrido y solo; y yo estoy aburrida y sola.

—¡Dios! —dijo Patrick—. Si nos juntamos habrá una cantidad terrorífica de aburrimiento y soledad en la habitación.

—O tal vez tengan cargas eléctricas contrarias y se anulen entre ellas.

—¿Tú estás aburrida positivamente o negativamente?

—Positivamente —dijo Julia—. Y estoy absoluta y positivamente sola.

—Entonces puede que lleves ventaja —sonrió Patrick—. En *mi* aburrimiento hay algo muy negativo. Vamos a tener que poner en marcha un experimento en condiciones de estricto control para ver si alcanzamos una perfecta eliminación del aburrimiento o una sobrecarga de soledad.

—Vamos, tenemos que ir a almorzar —dijo Julia— o todos van a pensar que tenemos una aventura.

Se besaron. Con lengua. Ya se había olvidado de las lenguas. Se sintió como un adolescente escondido detrás de un árbol haciendo experimentos de besos reales. Era desconcertante sentirse vivo, casi doloroso. Sintió que su deseo reprimido de cercanía le fluía por la mano cuando la colocó con precaución sobre el vientre de ella.

—No me pongas en marcha ahora —dijo Julia—. No es justo.

Se pusieron de pie refunfuñando.

—Seamus acababa de llegar cuando salí a buscarte —dijo Julia quitándose el polvo de la falda—. Se puso a explicarle a Kettle lo que sucedía el resto del año.

—¿Y a Kettle qué le pareció?

—Creo que decidió encontrar encantador a Seamus para molestaros a Mary y a ti.

—Claro, naturalmente. Sólo es que como me has puesto tan nervioso no lo había descubierto todavía.

Hicieron el recorrido hacia la mesa de piedra intentando no sonreír demasiado ni parecer muy solemnes. Patrick se sintió otra vez escrutado con el microscopio de la atención familiar, Mary le sonrió. Thomas le tendió los brazos en gesto de bienvenida. Robert lo miró con sus ojos intimidatorios, de entendido. Patrick cogió a Thomas y sonrió a Mary, pensando «un hombre puede sonreír y sonreír y ser un villano». Luego se sentó junto a Robert sintiéndose igual que cuando defendía a un cliente claramente culpable ante un juez famoso por lo difícil. Robert se daba cuenta de todo. Patrick admiraba su inteligencia, pero lejos de cortocircuitar su depresión como Thomas, Robert le hacía más consciente de la influencia sutilmente destructiva que los padres tenían sobre los hijos..., la que él tenía sobre sus hijos. Aun cuando era un padre cariñoso, aun cuando no cometiera los errores de bulto que sus propios padres habían cometido, la vigilancia con que ejercía la tarea creaba otro nivel de tensión que Robert había captado. Con Thomas sería distinto: más libre, más cómodo, si uno podía ser libre y estar cómodo mientras se sentía sin libertad e incómodo. Todo

era tan desesperante... Realmente necesitaba dormir una noche en condiciones. Se sirvió un vaso de vino tinto.

—Me alegro de verte, Patrick —dijo Seamus frotándole la espalda.

Patrick tuvo ganas de darle un puñetazo.

—Seamus me ha contado todo lo de los talleres que hace —dijo Kettle—. He de decir que suena absolutamente fascinante.

—¿Por qué no te apuntas a uno? —le dijo Patrick—. Es la única forma de que puedas ver este sitio en temporada de cerezas.

—¡Ah, las cerezas! —dijo Seamus—. La verdad es que son algo realmente especial. Siempre celebramos un ritual en torno a las cerezas...; ya se sabe, los frutos de la vida.

—Qué profundo suena eso —dijo Patrick—. ¿Saben mejor las cerezas que si se las experimenta como los frutos de un cerezo?

—Las cerezas... —dijo Eleanor—. Sí..., no... —Borró a toda prisa el pensamiento con ambas manos.

—Eleanor adora las cerezas. Son magníficas, ¿verdad? —dijo Seamus apretándole la mano con la suya, para tranquilizarla—. Siempre le llevo un buen cuenco a la residencia; recién cogidas.

—Una hermosa renta —dijo Patrick apurando el vaso de vino.

—No —dijo Eleanor—, renta no.

Patrick comprendió que ponía nerviosa a su madre. Ni siquiera podía seguir con sus sarcasmos. Estaban bloqueadas todas las vías. Se sirvió otro vaso de vino. Un día iba a tener que abandonar todo aquello, pero ahora justamente iba a seguir luchando: no podía parar. ¿Luchar con qué, por otro lado? Si al menos no se hubiera tomado la molestia de hacer viable legalmente la insensatez de su madre. Ella le había encargado, sin rastro alguno de ironía, la tarea de desheredarse a sí mismo, y la había llevado a cabo a conciencia. Alguna vez pensó en introducir algún vicio legal oculto en los fundamentos. Había participado en las reuniones multijurisdiccionales con *notaires* y abogados, discutiendo las maneras de eludir la legítima de las herencias en el Código de Napoleón, el mejor modo de organizar una fundación benéfica, las consecuencias fiscales y los procedimientos contables y nunca había hecho nada salvo perfeccionar el plan y hacer que resultase más sólida y más eficiente. La única salida era esa banda elástica de protección a base de una deuda oscilante a la que ahora Eleanor se proponía dar tijeretazo. Él la había incluido realmente para protegerla. Había intentado dar de lado a la esperanza de que ella la aprovechara, pero ahora, cuando estaba a punto de perder esa esperanza, se dio cuenta de que la había estado cultivando en secreto, usándola para mantenerse a una distancia corta pero fatal de la verdad. Saint-Nazaire pronto desaparecería y él ya no podía hacer nada. Su madre era una idiota sin espíritu maternal y su mujer le había dejado por Thomas. Todavía tenía un amigo en quien confiar, sollozó en silencio, echándose más vino en la copa. Seguro que se emborrachaba e insultaba a Seamus, o tal vez no. Al

final, era incluso más duro portarse mal que portarse bien. Ése era el problema de no ser psicópata. Todas las vías bloqueadas.

No cabía duda de que a su alrededor tenía lugar una escena, pero su capacidad de atención estaba tan recubierta de otras cosas que prácticamente no lograba averiguar lo que sucedía. Si clavaba sus garras para trepar por la pared resbaladiza del pozo, ¿qué podía encontrar, en todo caso, sino a Kettle alabando los métodos de la reina madre para educar a sus hijos o a Seamus irradiando carisma céltico? Patrick volvió la vista hacia el valle, una sarta de recuerdos y asociaciones. En medio del panorama estaba la fea casa de la granja de Mauduit, con las dos grandes acacias todavía plantadas en el patio de delante. Cuando era niño había jugado muchas veces con el ceporro de Marcel Mauduit. Se hacían una lanza con los bambúes verde pálido que flanqueaban el arroyo del fondo del valle. Las arrojaban sobre los pajaritos que se las componían para salir volando varios minutos antes de que el bambú se estrellase ruidosamente contra la rama vacía. Cuando Patrick tenía seis años el bueno de Marcel lo invitó a ver cómo su padre decapitaba a un pollo. No había nada más extraño y divertido que contemplar a un pollo dando vueltas corriendo como un tonto en busca de su cabeza, le explicó Marcel. Había que verlo con los propios ojos. Los niños estuvieron esperando debajo de las acacias. Sobre un tocón plano y en un ángulo apropiado estaba clavada sobre los diversos tajos que se entrecruzaban en la madera marrón un hacha vieja. Marcel se puso a bailar alrededor como un indio con un tomahawk, simulando decapitar a sus enemigos. A lo lejos se oía el pánico en el gallinero. Cuando apareció el padre de Marcel sujetando por el cuello una gallina que golpeaba inútilmente con las alas aquella barriga enorme, Patrick empezó a sentirse de su parte. Quería que la gallina escapase. Se dio cuenta de que la gallina sabía lo que pasaba. La tenían colgando de lado, con el pescuezo apoyado en el borde del tocón. *Monsieur* Mauduit hizo caer el hacha de manera que la cabeza cayó limpiamente a sus pies. Luego puso rápidamente el resto de la gallina en el suelo, y con una palmadita de ánimo, la hizo salir en una frenética carrera hacia la libertad, mientras Marcel se mofaba y se reía y apuntaba con el dedo. En otro lugar, los ojos de la gallina miraban al cielo y Patrick miraba sus ojos.

A la cuarta copa de vino Patrick se encontró con que su imaginación se inclinaba por el melodrama Victoriano. Las escenas tenebrosas se formaban por su propia cuenta, pero no hizo nada por impedirlo. Vio la figura hinchada de Seamus flotando en el Támesis. La silla de ruedas de su madre parecía descontrolada y bajaba dando saltos por un camino de la costa hacia un acantilado de Dorset. Patrick se fijó en el grandioso telón de fondo del Patrimonio Nacional cuando Eleanor se lanzó hacia delante por encima del borde. Un día tendría que abandonar todo aquello, ser realista, ser contemporáneo, aceptar los hechos, pero por el momento seguiría imaginándose dando los últimos toques a un testamento falsificado mientras Julia, sentada en el borde del escritorio, lo dejaba perplejo con la complejidad de su ropa interior. Pero por ahora iba a darse otro toquecito de vino.

Thomas se inclinó hacia delante en el regazo de Mary y ella, con su intuición casi siempre perfecta le ofreció inmediatamente una galleta. El niño volvió a apoyarse otra vez en el pecho de la madre convencido, igual que otros cientos de veces al día, de que cada vez que necesitase algo, alguien se lo daría. Patrick se examinó a sí mismo en busca de celos, pero no tenía. Rebosaba oscuros sentimientos, pero no de rivalidad con su hijo pequeño. El truco estaba en mantener un nivel elevado de aversión por su madre y así no dejar sitio para tener celos de que Thomas adquiriese los sólidos cimientos de que su padre carecía de modo tan evidente. Thomas se inclinó hacia delante por segunda vez y, con un murmullo de interrogación, le tendió la galleta a Julia para ofrecerle un mordisco. Julia miró la galleta mordisqueada y mojada, hizo una mueca y dijo:

—¡Puaj! No, muchas gracias.

Patrick comprendió de inmediato que no podía hacer el amor con alguien que no captaba en absoluto el detalle de la generosidad de Thomas. ¿O sí podía? A pesar de esa repugnancia, sentía la lujuria en acción, no muy diferente de un pollo decapitado. Ya había alcanzado la pseudoobjetividad de la borrachera, pequeño altozano que da paso a las ciénagas de la autocompasión y la pérdida de memoria. Vio que realmente debía ponerse bien, no podía seguir por ese camino. Un día abandonaría todo aquello, pero no podía hacerlo hasta estar bien preparado. Volvió a arrellanarse en su silla y por lo menos decidió una cosa: su ocupación durante lo que quedaba de mes sería prepararse para estar preparado para estar bien.

—¿Cómo estás? —preguntó Johnny encendiendo un puro barato.

La llama de la cerilla puso una mancha de color en el paisaje en blanco y negro moldeado por la luz de la luna. Los dos hombres habían salido fuera después de cenar para hablar y fumar. Patrick miró la hierba gris y luego al cielo sin estrellas, blanqueadas por la violencia de la luna. No sabía por dónde empezar. La noche anterior había conseguido trascender en cierta medida el incidente del «puaj» colándose en la cama de Julia después de las doce y quedándose allí hasta las cinco de la mañana. Había dormido con Julia entre brumas especulativas que su impulsividad y codicia no lograban suprimir. Demasiado ocupado en preguntarse a sí mismo qué se sentía con el adulterio, casi se había olvidado de enterarse de cómo se sentía Julia. Se preguntó qué significado tendría volver a estar dentro de una mujer que, aparte de la realidad relativamente débil de su piel y sus miembros, era por encima de todo un depósito de nostalgia. Lo que sin duda no significaba era Tiempo Recobrado. Ser un cerdo en el abrevadero de una emoción mal reputada que resulta que no llega a la intemporalidad espontánea de la memoria involuntaria y la asociación de ideas. ¿Dónde estaban los adoquines desiguales y las cucharillas de plata y las campanillas de plata de su propia vida? Si tropezaba con ellos, ¿comenzarían a existir puentes flotantes con su extraña soberanía, no pertenecientes al original ni a lo repetido, ni al pasado ni al fugaz presente sino a alguna clase de presente enriquecido capaz de encerrar la esencia lineal del tiempo? No tenía ningún motivo para pensar eso. Se sentía privado no sólo de la magia corriente de la imaginación intensificada, sino incluso de la magia aún más corriente de la inmersión en sus sensaciones físicas personales. No iba a reprocharse la falta de individualidad de su placer sexual. Todo sexo era una prostitución de ambos participantes, no siempre en el sentido comercial sino en el más profundo etimológicamente de que estaban sustituyendo a otra persona. Que algunas veces eso se hiciera con tanta eficacia que había semanas o meses en los que el objeto de deseo y la persona con la que resultaba que uno estaba en la cama parecieran idénticos no impedía que el modelo subyacente de deseo empezara a ir alejándose, antes o después, de su residencia ilusoria. Lo más extraño del caso de Julia era que ella se sustituía a sí misma, tal como había sido veinte años atrás, un amor anterior a la deriva.

—Hay veces en las que un puro sólo es un puro —dijo Johnny al darse cuenta de que Patrick no quería contestar la pregunta.

—¿Cuándo? —preguntó Patrick.

—Antes de encenderlo..., después es un síntoma de oralidad no reconstruida.

—No me estaría fumando este puro si no hubiera dejado de fumar —dijo Patrick—. Eso quiero dejarlo totalmente claro.

—Lo comprendo perfectamente —dijo Johnny.

—Una de las mayores cargas de ser psicólogo de niños —dijo Patrick— es que si

le preguntas a alguien cómo está, te lo dice. En vez de decirte simplemente «estoy bien», tiene que darte la respuesta de verdad: no bien.

—¿No bien?

—Mal, confuso, aterrado. Mi vida afectiva parece precipitarse en la falta de lenguaje por todas partes, no solamente porque Thomas no lo haya adquirido todavía y a Eleanor ya la haya abandonado, sino también porque interiormente siento la debilidad de todo lo que controlo asediada por la inmensidad de todo lo que no controlo. Es muy primario y muy potente. No queda leña para el fuego que mantiene a distancia a las fieras, ese tipo de cosas. Pero también algo que todavía me confunde más: las fieras son la parte de mí que está triunfando. No puedo impedirles que me destrocen sin destrozarse ellas, pero no puedo destruirlas sin destruirme yo también. Incluso esto me está sonando demasiado estructurado. En realidad es más bien como una pelea de gatos en dibujos animados: un torbellino negro del que salen volando signos de exclamación.

—Te explicas como si entendieses bastante bien lo que sucede —dijo Johnny.

—Eso debería ser un punto fuerte, pero como lo que intento es comunicar lo poco que entiendo lo que sucede, es un impedimento.

—No es un impedimento para que me hables de tu caos. Sólo es un impedimento cuando tratas de manifestarlo.

—Quizás quiera manifestarlo, para que tome alguna forma concreta, en vez de ser esta enormidad de estado mental.

—Estoy seguro de que alguna forma concreta sí que toma.

—Hum...

Patrick repasó las formas concretas: el insomnio, el beber más de la cuenta, los ataques de glotonería, el ansia permanente de soledad que, si se satisfacía, le hacía buscar compañía desesperadamente, por no hablar (¿o sí debía de hablar? Sintió el fuerte campo gravitatorio de confesión que envolvía a Johnny) del episodio de adulterio de la noche pasada.

Recordó que apenas unas horas antes llegó a la conclusión de que había sido una equivocación, y empezó a imaginarse la muy madura discusión sobre el tema que iba a plantearle a Julia. Ahora que empezaba a subir de nuevo la marea del alcohol, estaba cada vez más convencido de que simplemente se había ido a la cama con una actitud inadecuada. Tenía que hacerlo mejor. Lo haría mejor.

—Tengo que hacerlo mejor —dijo Patrick.

—¿Hacer mejor qué?

—Oh, todo —dijo Patrick con tono impreciso.

Naturalmente que no iba a contárselo a Johnny para ver cómo sus deseos ardientes eran incluidos en algún contexto patológico o, aún peor, en un programa terapéutico. Por otra parte, ¿de qué servía su amistad con Johnny si no había sinceridad? Hacía treinta años que eran amigos. Los padres de Johnny conocían a sus padres. Cada uno conocía la vida del otro en profundidad. Si Patrick especulase con

la idea de suicidio, pediría a Johnny su opinión. Quizás pudiese cambiar de tema de conversación y pasar de su salud mental a uno de sus favoritos: de qué manera el tiempo iba desintegrando a su generación. En su jerga ese proceso era «la retirada de Moscú», gracias a la vívida imagen que ambos tenían de los supervivientes rezagados del ejército de Napoleón cojeando, sin botas y manchados de sangre, a través de un paisaje de caballos congelados y hombres moribundos. Por pura curiosidad profesional, Johnny había asistido hacía poco tiempo a una cena de antiguos compañeros del colegio. Pasó el informe a Patrick. El capitán del equipo de fútbol era adicto al crack. El mejor estudiante del curso andaba perdido por los grados medios funcionariales del escalafón. Gareth Williams no pudo asistir porque estaba internado en un manicomio. El colega con más «éxito» era jefe de un banco que, según Johnny, «no salía en la gráfica de autenticidad». Esa gráfica era la que le interesaba a Johnny, la que determinaba si, a sus ojos, acababas tirado en una cuneta o no.

—Siento mucho saber que no te has encontrado bien —dijo Johnny antes de que Patrick hubiera podido arrastrarlo al terreno seguro de la frustración colectiva, los vendidos y la decepción.

—Anoche me acosté con Julia —dijo Patrick.

—¿Y eso te hizo sentirte mejor?

—Me hizo preguntarme si me sentía mejor. Fue quizás un poquito demasiado cerebral.

—Y eso es lo que tienes que «hacer mejor».

—Exacto. No sabía si contártelo. Pensé que igual tenía que cortar si descubríamos qué era exactamente lo que pasaba.

—Ya lo has descubierto tú.

—Sólo en parte. Sé que Thomas me está haciendo revivir mi infancia de un modo que nunca me pasó con Robert. Tal vez sea la importancia que ha tomado ese apoyo de siempre, la madre que necesita ser madre, lo que ha prestado tanta autenticidad a ese revivir. En cualquier caso, por las noches me acecha una profunda sensación de tristeza ancestral, y prefiero pasarla con Julia en vez de en medio del caos primordial que siento si estoy solo, me ofrece algo relativamente inocuo, la muerte de la juventud.

—Suenan todo de lo más alegórico: Caos Primordial y Muerte de la Juventud. A veces una mujer sólo es una mujer.

—¿Antes de encenderla?

—No, no, eso son los puros —dijo Johnny.

—Para ser sinceros, las respuestas fáciles no existen. Justo cuando piensas que has entendido algo...

Patrick oyó un mosquito que le zumbaba en el oído derecho. Volvió la cabeza y echó el humo en esa dirección. El ruido cesó.

—Es evidente que me encantaría tener experiencias reales, personificadas, plenamente presentes..., sobre todo de sexo —continuó Patrick—, pero, como tú has

apuntado, me refugio en un mundo alegórico donde parece que todo representa un síndrome o un conflicto bien conocidos. Me acuerdo de que cuando me quejé al médico de los efectos secundarios de la Ribavirina que me había recetado me dijo «Oh, sí, es muy habitual», con una tranquilidad sorprendente, nada contagiosa. Y cuando le hablé de un efecto secundario que no es conocido le quitó importancia y dijo: «Nunca había oído hablar de eso». Creo que lo que intento es ser como él, inmunizarme frente a la experiencia concentrándome en lo fenomenológico. No dejo de pensar «Es muy habitual», cuando de hecho tengo la impresión de lo contrario, que es algo ajeno y amenazador y descontrolado.

Patrick notó un pinchazo agudo.

—Malditos mosquitos —dijo dándose una palmada en la nuca, un tanto demasiado fuerte—. Me están comiendo vivo.

—Nunca había oído hablar de eso —dijo Johnny, escéptico.

—Oh, es *muy habitual* —le aseguró Patrick—, es completamente normal entre los montañeses de Papúa Nueva Guinea. La única incógnita es si te obligan a comerte vivo a ti mismo.

Johnny dejó que esa perspectiva se sumiera en el silencio.

—Escucha —dijo Patrick; se inclinó hacia delante y habló más rápido que antes—, no tengo ninguna duda de que lo que me está pasando se corresponde de alguna manera con la estructura de mi infancia. Estoy seguro de que mis angustias a medianoche se parecen a cualquier caída de la cuna cuando, por mi propio bien, y también para salvarme de llegar a ser un pequeño monstruo manipulador, mis padres hicieron exactamente lo que les convenía y no me hicieron el menor caso. Como tú sabes, mi madre se limita a ir empedrando el camino del infierno con sus buenas intenciones, así que podemos dar por hecho que mi padre era un gran defensor de las virtudes de ser educado en la ruptura de testamentos para fortalecer el carácter. Pero ¿cómo puedo saberlo de verdad y de qué me servirá descubrirlo?

—Bueno, en primer lugar, no veo que emplees tu poder de persuasión para tener a Mary apartada de Thomas. Si no tuvieras alguna sensación de estar conectado con tu infancia, lo emplearías, estoy casi seguro. La verdad es que los mapas más difíciles de trazar son los de muy al principio, los de los dos primeros años. Sólo podemos trabajar mediante deducciones. Por ejemplo, si alguien desarrolló una intolerancia aguda a que lo hicieran esperar, sentiría un hambre permanente que la comida convertiría en una desesperación acrecentada, y si lo tenían despierto por una vigilancia excesiva...

—¡Para, para! —sollozó Patrick—. Todo eso es verdad.

—Eso implicaría ciertas características en los primeros cuidados —seguía Johnny—, distintas del tipo del mundo de fantasía omnipotente que Eleanor quiere perpetuar con su «realidad no-ordinaria» y sus «animales de poder». Siempre somos «los velos que nos velan de nosotros mismos», pero observando la infancia, sin recuerdos y sin un sentido asentado del ser, todo son velos, en realidad. Si la privación ya es algo

bastante malo de por sí, en ella no hay nadie que tenga elementos para entenderla. Es cuestión de fortalecer el mejor ser falso del que puedas echar mano..., el proyecto de la autenticidad no es una opción. Pero ése no es tu caso. Creo que te puedes permitir perder el control, entrar en caída libre. Si el pasado fuera a destruirte, ya lo habría hecho.

—No necesariamente. Podría haber estado esperando el momento más adecuado. El pasado dispone de todo el tiempo del mundo. Sólo al futuro se le acaba.

Vació la botella de vino en su copa.

—Y el vino —añadió.

—Y qué —dijo Johnny—, ¿vas a intentar «hacerlo mejor» esta noche?

—Sí. Mi conciencia no se me subleva como me esperaba, para nada. No es que trate de castigar a Mary acostándome con Julia..., sólo busco un poquito de ternura. Creo que Mary se sentiría casi aliviada si se enterase. Para alguien como ella es un gran peso no ser capaz de darme lo que necesito.

—O sea, que en realidad estás haciéndole un favor —dijo Johnny.

—Sí —dijo Patrick—, no me gusta presumir de eso, pero para ella es una ayuda. Así no tiene que sentirse culpable por tenerme abandonado.

—¡Ojalá hubiera más gente con tu sentido de la generosidad! —dijo Johnny.

—Creo que lo tiene un montón de gente —dijo Patrick—. De todas formas, en mi familia se dan esos impulsos filantrópicos.

—Lo único que se me ocurre —dijo Johnny— es que tu caída libre no tiene ningún sentido si no es para producir algún elemento para entenderla. Thomas está en la edad de desarrollar lazos afectivos seguros. Si consigues llegar a su tercer cumpleaños sin destrozar tu matrimonio ni hacer que Mary coja una depresión, será un gran logro. En cuanto a Robert, creo que ya tiene raíces firmes. En cualquier caso, dispone de ese talento de imitación tan asombroso que utiliza para jugar con cualquier cosa que cargue su mente.

Antes de que Patrick tuviera tiempo de responder oyó que la puerta mosquitera se abría de golpe y luego volvía a cerrarse sobre la tira imantada. Los dos hombres se quedaron callados y esperaron a ver quién había salido de la casa.

—Julia —dijo Patrick cuando apareció ante ellos haciendo susurrar la hierba gris—, vente con nosotros.

—Todos nos preguntábamos en qué andabais los dos —dijo Julia—. ¿Estáis aullando a la luna o desentrañando el significado de la vida?

—Ninguna de las dos cosas —replicó Patrick—. Ya hay demasiados aullidos en este valle, y hace años que descubrimos el significado de la vida: «Anda derecho y escupe sobre las tumbas de tus enemigos». ¿No era así?

—No, no —dijo Johnny—. Era «ama a tu prójimo como a ti mismo».

—Ah, bueno, teniendo en cuenta lo mucho que me amo a mí mismo, viene a resultar más o menos igual.

—Cielos, cariño —dijo Julia apoyando las manos en los hombros de Patrick—,

¿tú eres tu peor enemigo?

—Eso espero, la verdad —dijo Patrick—. No quiero ni pensar lo que pasaría si algún otro resultase serlo mejor que yo.

Johnny aplastó su cigarro rajado y crepitante en el cenicero.

—Creo que me iré a la cama —dijo—, mientras vosotros decidís en qué tumba escupir.

—Eeny, meeny, miney, mo —dijo Patrick.

—¿Sabéis una cosa? Para la generación de Lucy la letra de la canción ya no sigue «coge a un negro por un pie», ahora dicen: «coge a un tigre por un pie». ¿No es una monada?

—¿También han cambiado la letra del «Señor don Gato» o todavía está permitido que se caiga del tejado? —preguntó Patrick—. Dios mío —añadió, mirando a Johnny—, debe de ser duro para ti oír al inconsciente de las personas expresarse en cada frase.

—Procuro no oírlo —dijo Johnny—, sobre todo si estoy de vacaciones.

—Pero no lo consigues.

—No lo consigo, no —sonrió Johnny.

—¿Se ha ido a dormir todo el mundo? —preguntó Patrick.

—Todo el mundo menos Kettle —respondió Julia—. Quería tener una pequeña conversación íntima; me parece que está enamorada de Seamus. Las dos últimas tardes ha ido a su casa a tomar el té con él.

—¿Que qué? —exclamó Patrick.

—Ha dejado de hablar de la viudez de la reina madre y ha empezado a decir cosas como «abrimos a todo nuestro máximo potencial».

—Ese cabrón. Va a intentar que deshereden a Mary también —dijo Patrick—. Voy a tener que matarlo.

—¿No sería más eficaz matar a Kettle antes de que cambie el testamento? —preguntó Julia.

—Mejor pensado —dijo Patrick—. Mi juicio está nublado por la emoción.

—¿Qué es esto? —dijo Johnny—. ¿Una velada con los Macbeth? ¿Qué tal si la dejásemos abrirse a todo su máximo potencial?

—¡Cielos! —dijo Patrick—. ¿Qué has leído últimamente? Pensaba que eras una persona realista, no un botarate del potencial humano que proclama ver cimas de creatividad en cualquier centro de mesa con flores. Incluso en manos de un genio de la psicoterapia, el *súmmum* de Kettle sería ir a clases de tango en Cheltenham, pero con Seamus su «máximo potencial» será que la desplume.

—El potencial que Kettle no ha hecho realidad..., y no sólo ella —dijo Johnny—, no tiene nada que ver con *hobbies*, ni con logros, siquiera, tiene que ver en primer lugar con la capacidad para disfrutar de alguna cosa.

—Ah, ese potencial —dijo Patrick—. Tiene razón, desde luego, en eso todos necesitamos trabajar.

Julia se rascó discretamente el muslo con las uñas. Patrick notó que una semierección se le iba desplegando sigilosamente en la más incómoda de las posiciones posibles entre los pliegues de su ropa interior. Como no tenía particular interés en pelearse con sus pantalones delante de Johnny, confió esperanzado en que el problema desapareciera solo. No tuvo que aguardar mucho tiempo.

Johnny se levantó y deseó buenas noches a Patrick y Julia.

—Que durmáis bien —añadió, y echó a andar hacia la casa.

—Eso de abrirse a todo el máximo potencial de uno puede tenerte ocupadísimo —dijo Patrick poniendo un tono picante a su imitación de Kettle.

En cuanto oyeron que Johnny entraba en la casa, Julia se puso a horcajadas sobre las rodillas de Patrick, de cara a él y con las manos colgando ligeramente de sus hombros.

—¿Lo sabe? —le preguntó.

—Sí.

—¿Te parece una buena idea?

—No se lo dirá a nadie.

—Puede ser, pero ahora ya es demasiado tarde para no decírselo a nadie. No me puedo creer que ya estemos metidos en quién sabe qué, eso es todo. Sólo nos hemos acostado una vez y ya es un problema de conocimiento.

—Siempre es un problema de conocimiento.

—¿Por qué?

—Por lo del jardín aquel. Y la manzana...

—Oh, sinceramente, eso no tiene nada que ver con ello. Es un conocimiento de otro tipo.

—Vienen juntos. En ausencia de Dios, disponemos de la omnisciencia del chismoso para mantenernos preocupados de quién sabe qué.

—La verdad es que a mí no me preocupa quién sabe qué, me preocupa lo que sentimos el uno por el otro. Creo que tú quieres estar por encima del conocimiento porque te encuentras más a gusto con tu cabeza que con tu corazón. De todas formas, no tenías por qué decírselo a Johnny.

—Lo que sea —dijo Patrick, desprovisto de pronto de todo deseo de demostrar un argumento o ganar cualquier discusión—. Pienso a menudo que tendría que haber un superhéroe que se llamase «Loqueseaman». No un héroe de acción como Superman o Spiderman, sino un héroe de la inacción, un héroe de la renuncia.

—¿Hay una coma entre «Loquesea» y «Man»?

—Sólo cuando tiene ganas de hablar, cosa que no es frecuente, puedes creerme. Cuando alguien grita «¡Viene un meteorito derecho contra nosotros! ¡Es el fin de la vida en el planeta tierra!», entonces dice «Lo que sea, man», con una coma en medio. Pero cuando se le invoca, durante un episodio de limpieza étnica, por ejemplo, o de esquizofrenia paranoide, como en «Éste es un trabajo para Loqueseaman», es una sola palabra.

—¿Lleva capa?

—No, Dios mío. Siempre lleva los mismos vaqueros viejos con una camiseta, año sí año no.

—Y toda esta fantasía viene a cuento sólo por no admitir que fue un error decírselo a Johnny.

—Fue un error si te molestó a ti —dijo Patrick—. Pero cuando el amigo más antiguo que tengo me preguntó qué pasaba habría sido un tanto insustancial ocultarle lo más importante.

—Pobre cariño..., es que eres demasiado...

—Auténtico —interrumpió Patrick—. Siempre ha sido mi mayor problema.

—¿Por qué no te traes un poco de esa autenticidad al piso de arriba? —le preguntó Julia inclinándose hacia delante y dándole un beso largo y moroso.

Se sintió agradecido de que le hiciera imposible responder a su pregunta. No hubiera sabido qué decir. ¿Se burlaba de su presencia incorpórea, superficial, de la noche pasada? ¿O no lo había notado? El problema de otras mentes. Cielos, otra vez con lo mismo. Besándose. Meterse. Imagen de sí mismo metiéndose. No, no la imagen, la cosa en sí. Fuera lo que fuese. ¿Quién podía decir que la autenticidad reside en hacer caso omiso del aspecto reflexivo de la mente? Él era un especulativo. ¿Por qué suprimir eso a favor de lo que, al final, no era sino una imagen de autenticidad, un cliché de interioridad?

Julia interrumpió el beso.

—¿Adónde te has ido? —le preguntó.

—Vagando por mi cabeza —admitió él—. Creo que me lanzó ahí tu petición de que subiese mi autenticidad arriba..., hay tal cantidad que no estoy seguro de que pueda manejarla.

—Yo te ayudaré —dijo Julia.

Se separaron y volvieron a la casa caminando cogidos de la mano como una pareja de adolescentes traspuestos.

Cuando llegaron al rellano y estaban a punto de deslizarse en la habitación de Julia, oyeron unas risitas sofocadas en el cuarto de Lucy, seguidas de un *crescendo* de siseos. Convertidos de amantes furtivos en padres preocupados, avanzaron por el pasillo con una nueva autoridad. Julia golpeó suavemente con los nudillos en la puerta e, inmediatamente, la abrió. La habitación estaba a oscuras, pero la luz del pasillo iluminaba una cama de bote en bote. Todos los peluches indispensables de Lucy, el conejo blanco y el perro de ojos azules y, era increíble, la ardillita que llevaba mordiendo religiosamente desde los tres años estaban dispersos y torcidos en diferentes posiciones y por encima de la colcha y sustituidos, dentro de la cama, por un niño vivo.

—Cariño... —dijo Julia.

Los niños no hicieron el menor ruido.

—Es inútil que os hagáis los dormidos. Os hemos oído desde el pasillo.

—Bueno —dijo Lucy—, no estamos haciendo nada malo.

—No hemos dicho eso —dijo Julia.

—Éste es un argumento secundario de lo más disparatado —dijo Patrick—. Y, además, no entiendo por qué no pueden dormir juntos si quieren.

—¿Qué es un argumento secundario? —preguntó Robert.

—Otra parte de la historia principal —dijo Patrick—, que la refleja de un modo más o menos evidente.

—¿Y por qué somos nosotros un argumento secundario? —preguntó Robert.

—No lo sois —dijo Patrick—. Vosotros sois un argumento por derecho propio.

—Tenemos tantas cosas de que hablar... —dijo Lucy—, no podíamos esperar hasta mañana.

—¿Por eso también estáis levantados vosotros? —preguntó Robert—. ¿Porque tenéis muchas cosas de que hablar? ¿Por eso has dicho que éramos un argumento secundario?

—Oye, olvídате de lo que te he dicho —dijo Patrick—. Todos somos argumentos secundarios de los demás —añadió para intentar confundir a Robert lo máximo posible.

—Como la luna dando vueltas alrededor de la tierra —dijo Robert.

—Exactamente. Todo el mundo piensa que está sobre la tierra, hasta los que están sobre la luna de otro.

—Pero la tierra gira alrededor del sol —dijo Robert—. ¿Quién está en el sol?

—El sol es inhabitable —dijo Patrick, aliviado de que se hubieran marchado tan lejos del motivo original de su comentario—. Su único argumento es tenernos dándole vueltas y más vueltas.

Robert puso cara de preocupación y estaba a punto de hacer otra pregunta cuando Julia lo interrumpió.

—¿Podemos volver a nuestro propio planeta un momento? —preguntó—. Creo que no me importa mucho que estéis en la misma cama, pero acordaros de que mañana vamos a ir a Aqualand, así que tenéis que dormir inmediatamente.

—¿Qué más podemos hacer? —dijo Lucy; y se le escapaba una risita—. ¿Cochinadas?

Robert y ella hicieron un ruido exageradísimo de repugnancia y se dejaron caer mezclados en un barullo de piernas y risas.

Patrick pidió otro café doble y contempló a la camarera, que iba sorteando mesas hasta la barra, obnubilado, aunque sólo un instante, por una visión de la chica despatarrada sobre una de las mesas y agarrándose a los bordes mientras él se la metía por detrás. Era demasiado fiel para recrearse en la camarera cuando ya estaba metido de lleno en una fantasía con la jovencita del bikini negro que estaba al otro lado del café con los ojos cerrados y las piernas levemente separadas absorbiendo los rayos del sol mañanero, inmóvil como un lagarto. Patrick pensó que tal vez nunca se recuperase de ver aquella mirada de profunda seriedad con la que la chica se había examinado la línea del bikini. Una mujer normal hubiera reservado aquella expresión para el espejo del cuarto de baño, pero estaba absorta en sí misma más allá de todo parangón, se pasaba el dedo por el borde interior del bikini, levantándolo y poniéndoselo derecho aún más cerca del canalillo de manera que interfiriese lo menos posible con la desnudez absoluta que era su verdadero objetivo. Las masas de turistas que avanzaban por la Promenade Rose arrastrando los pies hacia la toma de posesión de su parcela de playa del tamaño de un ataúd, muy bien podrían no haber existido: la chica estaba tan fascinada por el nivel de su bronceado, de su cintura, de la depilación, tan enamorada de sí misma que ni notaba la existencia de los demás. Patrick también estaba enamorado de ella. Si no la hacía suya, se moriría. Si tenía que perderse, y así lo parecía, quería perderse dentro de ella, ahogarse en el pequeño estanque de su amor a sí misma..., si quedaba sitio.

Oh, no, eso no. Un catálogo ambulante de equipamiento deportivo animado acababa de llegar a la mesa: colocó su paquete rojo de Marlboro y su teléfono móvil al lado del teléfono móvil y el paquete de Marlboro Light de ella, le dio un beso en la boca y se sentó, si ése era el término correcto para describir la exhibición de músculos que finalmente se aposentó en la silla de al lado de la chica. Desengaño. Asco. Furia. Patrick hizo un barrido por la superficie de sus emociones del momento y después hizo un esfuerzo para elevarse al melancólico cielo de la resignación. Por supuesto, hablaban en su nombre un millón de veces y más. Al final era una buena cosa. No podía haber verdadero diálogo entre quienes piensan que todavía tienen el tiempo de su parte y quienes se dan cuenta de que ya cuelgan de sus fauces, como los hijos de Saturno, ya medio devorados. Devorados. Lo sentía en el cuerpo: la eficacia rutinaria de una mantis religiosa arrancando pedazos de carne del áfido todavía vivo que ha abrazado entre sus patas delanteras; el ñu que da vueltas y más vueltas cojeando, sin decidirse a tumbarse en el suelo con el león que ha hecho presa firme en su cuello. La caída, el polvo, el último tirón.

Sí, en el fondo era una buena cosa que la Chica del Bikini ya estuviera comprometida. A él le faltaba paciencia pedagógica y ese tipo especial de vanidad que le hubiera permitido optar por la solución fácil de ser un vampiro de jóvenes. Fue Julia la que le acostumbró al sexo durante las dos semanas que estuvo en su casa, y

para buscarse amantes debía mirar entre los refugiados del tiempo de su generación deteriorada. Con la posible excepción, naturalmente, de la camarera que venía serpenteando hacia él. Había algo en la sinceridad gastada de su sonrisa profesional que se acoplaba a su estado de ánimo. ¿O sería el mohín rebelde de los labios que moldeaban sus vaqueros? ¿Debía pedir un lingotazo de coñac para echárselo al café? Eran sólo las diez de la mañana, pero ya había varios vasos de cerveza empañados por el frío brillando sobre las mesas redondas. Sólo le quedaban dos días de vacaciones. Muy bien podían ser de juerga. Pidió el coñac. Por lo menos así la vería volver pronto. Le gustaba pensar en ella así, sorteando mesas yendo y viniendo para él, sirviendo sin descanso su torpe búsqueda de auxilio.

Se volvió de cara al mar, pero el brillo del agua le cegó y al apartar los ojos del sol se descubrió imaginándose a toda la gente de aquella franja curva de arena turbia atestada de cuerpos, relucientes de lociones protectoras, jugando con bates y pelotas, holgazaneando en la plácida bahía, leyendo encima de sus toallas y colchones, salir todos volando con un vendaval feroz que los destroza a todos hasta formar un fino velo de arena chispeante y el murmullo colectivo, atravesado por gritos más fuertes y chillidos más agudos, quedaba en silencio.

Tenía que ir corriendo a la playa para proteger a Mary y a los niños del desastre, concederles unos pocos segundos más de vida haciendo de pantalla con su cuerpo en descomposición. Había luchado con gran ahínco para librarse de sus papeles de padre y esposo, y ahora que lo había logrado resultaba que los echaba de menos. No existía un antídoto mejor para su gigantesca sensación de inutilidad que la gigantesca sensación de sentido que sus hijos aportaban a cualquier tarea por más evidentemente inútil que fuera, como verter cubos de agua de mar en agujeros en la arena. Antes de arreglárselas para desprenderse de su familia, le gustaba imaginar que una vez que estuviera solo se convertiría en un polo de atención, o en un observador solitario enfocando los prismáticos sobre algunas especies raras de conocimiento oscurecido generalmente por la gran cantidad de obligaciones que bullían ante él como un ruidoso enjambre de estorninos. En la realidad, la soledad generaba sus propios roles, que no se basaban en el deber sino en el hambre. Se convirtió en un *voyeur* de café, ebrio de deseo, o en una calculadora que valoraba obsesivamente la insuficiencia de sus ingresos.

¿Existía alguna actividad que no acabase congelada en un papel concreto? ¿Se podía oír sin convertirse en oyente, pensar y no ser un pensador? Seguro que existía un mundo fluyente de participios de presente, de oyentes y pensadores pensantes, fluyendo paralelo a él, pero formaba parte de ese matiz alegórico adusto de su mentalidad que permaneciese sentado de espaldas a ese torrente reluciente, fijando la mirada en un mundo de piedra. Hasta su aventura con Julia parecía llevar grabada en su plinto una inscripción: «Las penas del adulterio». En lugar de entusiasmarse con su audacia, sólo se acordaba de lo poco que había quedado. Después de que empezaran a acostarse se pasaba los días repanchingado en una tumbona de la piscina

con la sensación de que igual podía haberse tirado en cualquier cuneta a desalentar la excitación de unas cuantas ratas hambrientas en vez de ir defraudando las expectativas de sus adorables hijos. Sus arranques de dedicación hacia Mary, impulsados por el sentimiento de culpa, eran tan obvios como los argumentos para buscar bronca. El margen de libertad que había ganado con Julia pronto fue contrarrestado por lo concreto del nuevo papel. Julia era su amante y él el amante casado de ella. Ella lucharía por llevárselo y él por mantenerla en su puesto de amante sin que se rompiera la familia. Estaban ya en una situación perfectamente estructurada, con intereses, en último término, opuestos. Su moneda era el engaño: a Mary, entre los dos, y a sí mismos. Solamente podían encontrar un terreno común en la avidez inmediata de cama. Estaba asombrado de la cantidad de derrotas e inconveniencias de que estaba rodeada su aventura con Julia. La única salida sensata era terminar con aquello inmediatamente, definirlo como un ligue de verano y no intentar convertirlo en una relación amorosa. Lo terrible del caso era que él ya había perdido el control de la situación. Sólo se sentía bien cuando estaba en la cama con ella, cuando estaba dentro de ella, cuando se corría dentro de ella. Arrodillado en el suelo, eso estuvo bien, con ella sentada en el sillón con las rodillas para arriba y las piernas abiertas. Y la noche de la tormenta, con el aire cargado de iones negativos, cuando se plantó delante de la ventana, estremecida por los relámpagos, y él se puso detrás de ella y..., y aquí llegaba su coñac, gracias a Dios. Sonrió a la camarera. ¿Cómo se decía en francés «¿Qué tal si, cariño?»? Algo, algo, algo y *chérie*. Mejor limitar el francés a «Uno más», mantenerse en terreno seguro. Sí, estaba perdido porque de Julia le gustaba todo: el aliento con olor a tabaco, el sabor de la sangre menstrual. No podía confiar en que repugnancias de ninguna clase le liberasen. Era amable, cuidadosa, complaciente. Iba a tener que confiar en que el propio engranaje de la situación los triturase, como ya sabía que pasaría.

—*Encore la même chose* —indicó a la camarera dando vueltas en el aire con el dedo sobre la copa vacía mientras la muchacha descargaba la bandeja en una mesa de al lado. Le dijo que sí con la cabeza. Ella era la camarera, y él era el cliente que esperaba ser servido por la camarera. Cada cual tenía su papel.

Se notaba el *fin de saison*, el cansancio de playas y restaurantes, la sensación de ser ya hora de volver al colegio y al trabajo, a las grandes ciudades; y entre los residentes, el alivio ante la disminución de visitantes, de la bajada del calor. Todos sus invitados se habían ido ya de Saint-Nazaire. Kettle se había marchado triunfante, segura de ser la primera que regresaría. Se había inscrito en el taller de chamanismo elemental de Seamus y después, en una especie de euforia consumista, decidió quedarse al curso de Chi Gong que daba un profesor de artes marciales con cola de caballo y cuya fotografía estudiaba detenidamente siempre que había alguien mirándola. Seamus le había dado un libro titulado *El poder del ahora*, que ella tenía boca abajo junto a su tumbona no como material de lectura, evidentemente, sino como emblema de lealtad al poder que ahora gobernaba Saint-Nazaire. Lo había

hecho por la sencilla razón de que era la cosa más molesta que se le ocurrió. Y le ocupaba el tiempo que no pasaba criticando a Mary por su forma de educar a los niños. Mary había aprendido a desaparecer, a no estar disponible más de medio día cada vez. Kettle nunca supo qué hacer con esos períodos sin ocupar hasta que decidió convertirse en acérrima seguidora de la Fundación Transpersonal de Seamus. *El poder del ahora* sólo desapareció cuando Anne Whitling, vieja amiga de Kettle, que llevaba también un sombrero de paja inmenso con una bufanda de seda de longitud Isadora Duncan que colgaba arrastrando peligrosamente por detrás, les visitó desde uno de los Caps más de moda. Su incapacidad absoluta para escuchar a nadie iba lamentablemente unida a una obsesión histérica por lo que la otra gente pensase de ella. Cuando Thomas se puso a parlotear con Mary muy excitado sobre la manguera enrollada que estaba junto a la caseta de la piscina, Anne dijo: «¿Qué dice? ¿Qué dice? Si está diciendo que tengo la nariz como una manguera, me comprometo». Esa deliciosa expresión, que Patrick nunca había oído, le hizo imaginar artículos manchados de sangre sobre el miedo de los hombres a cometer gestos de asunción de responsabilidad. ¿Debía hacerlo en relación con su matrimonio? ¿En relación con Julia? ¿O simplemente comprometerse?

¿Cómo podía seguir sintiéndose tan mal? ¿Y cómo podía parar? Robar un cuadro a su madre senil era una manera evidente de levantarse el ánimo. Los dos últimos cuadros de valor que le quedaban eran unos paisajes de Boudin que formaban pareja, unas vistas de la playa de Deauville que se complementaban y valían unas doscientas mil libras. Tenía que darse un buen rapapolvo particular por haber creído que según «el curso normal de los acontecimientos», los Boudins los heredaría él. Sin embargo, sólo tres días antes, justo después de despedir a Kettle con gran júbilo, había recibido otra de aquellas notas a lápiz de su madre en la que con caligrafía débil y trabajosa le decía que quería vender los Boudins y emplear el dinero en el anexo de privación de sensibilidad de Seamus. Estaba claro que las cosas no avanzaban lo suficientemente rápido para el Kubla Khan de los reinos del sinsentido.

Se imaginó en un pasado lejano pensando que tenía que «conservar los Boudins en la familia», poniéndose sentimental con aquellas nubes apelotonadas, la atmósfera de un mundo perdido pero no obstante de una vistosa presencia, los hilos culturales que irradiaban de aquellas playas de Normandía. Ahora muy bien hubieran podido ser dos cajeros automáticos en la pared de la residencia de su madre. Si tenía que marcharse de Saint-Nazaire, un buen empujón para hacerlo se lo daría saber que la venta de los cuadros de Boudin y la del piso de Londres y la decisión de mudarse a Queen's Park le permitirían rescatar a Thomas del armario adaptado en el que dormía ahora y ofrecerle un cuarto infantil de tamaño normal en un adosado de una calle principal a no más de dos horas de embotellamientos del colegio de su hermano. En todo caso, lo último que necesitaba eran las vistas de una playa al otro lado de Francia, pudiendo admirar tan fácilmente el infierno carcinogénico de Les Lecques a través de la lente de ámbar de su segundo coñac. «Aquí también el mar se encuentra

con el cielo, muchas gracias, señor Boudin», murmuró para sus adentros, un poquito mareado ya.

¿Sabría Seamus lo de la nota? ¿La habría escrito él? Si bien iba a ignorar sin más la solicitud de Eleanor de hacer definitiva la donación en vida de Saint-Nazaire, en el caso de los cuadros de Boudin el rechazo de Patrick iba a ser más drástico: pensaba robarlos. A no ser que Seamus tuviese un justificante por escrito de que Eleanor quería donar las pinturas a la Fundación, cualquier disputa acabaría por ser su palabra contra la de Seamus. Por suerte, la firma de Eleanor posterior a su derrame parecía una torpe falsificación. Patrick estaba convencido de poder ir trazando círculos legales alrededor del irlandés visionario, aunque luego no fuese a ganar nunca un concurso de popularidad contra él cuando fuesen juzgados por su madre. Realmente era, se aseguró a sí mismo mientras pedía impaciente un «*dernier cognac*», como un hombre con cosas mejores que hacer que ponerse ciego de coñac antes del almuerzo, realmente no era más que cuestión de saber cómo descolgar esos dos cajeros pringosos de la pared.

La luz de la Promenade Rose le caía encima como un chaparrón de alfileres al rojo. Incluso con las gafas de sol, le dolían los ojos. Estaba realmente tranquilo..., el café y el coñac..., el silbido de un pequeño motor a reacción. «Walkin' on the beaches / Lookin' at the peaches / na, na-naa, na, na-na, na-na-na-na-na.»^[1] ¿De dónde era eso? Recuperación de datos. No sale nada, como de costumbre. ¿Gerard Manley Hopkins? Le entró un ataque de risa sorda.

Tenía que fumar un buen puro. ¿Cuándo un puro no era más que un puro? Antes de que tengas que fumártelo.

Con un poco de suerte, estaría de vuelta en Tahiti Beach (acento irlandés) justo a tiempo para una sifilítica batalla de lamentos. «Dios bendiga a Seamus», añadió muy devoto y haciendo ruidos como de vomitar al pie de una farola de bronce achaparrada. Juegos de palabras: un síntoma de personalidad esquizoide.

Aquí está el *tabac*. El cilindro rojo. Uf. «*Pardon, madame*». ¿Qué pasaba con esas mujeres francesas grandotas, morenas, arrugadas, de pelo naranja, con alhajas de oro bien gruesas y caniches color caramelo? Están *por todas partes*. Quitar el candado del armarito de cristal. «*Celui-là*», señalando un Hoyo de Monterrey. La pequeña guillotina. Chas. ¿Tienen algo más serio en la trastienda? *Une vrai guillotine. Non, non, madame, pas pour les cigares, pour les clients! Zas.*

Más alfileres al rojo. Darse prisa hasta la siguiente sombra de pino. Igual tendría que tomarse otro coñac chiquitito antes de volver junto a la familia. Mary y los niños; los quiero tanto que me entran ganas de llorar.

Se paró en Le Dauphin. Café, coñac, puro. Lo mejor es quitarse de en medio esa faena y así quedar libre para disfrutar del resto del día. Encendió el cigarro y cuando el humo bien espeso volvía a salir de su boca le pareció que le estaban enseñando un diagrama, como cuando te despliegan una alfombra en una tienda de alfombras. Había tomado a Mary, una mujer buena, y había hecho con ella un instrumento de

tortura, un eco extraño de la Eleanor de cuarenta años antes: nunca disponible, siempre exhausta por su dedicación a un proyecto altruista en el que él no estaba incluido. Y había logrado eso mediante una estratagema irónica: rechazar a las mujeres del tipo que resultan ser malas madres, como Eleanor, y escoger una que fuese tan buena madre que le resultaría imposible de permitir que una sola gota de su amor dejase de ir a sus hijos. Veía que aquella obsesión por no tener dinero suficiente era sólo la forma material de sus carencias emocionales. Eran cosas que sabía desde hacía años, pero tenía la sensación de que en aquel momento las percibía de una forma especialmente sutil y clara y de que ese entendimiento lo confería un dominio absoluto de la situación. Una segunda bocanada de humo cubano azul espeso flotó en el aire. Se sentía encantado con la percepción de su objetividad, como si hubiera quedado libre tras una prueba pericial de instintos, como un ave marina que se echa a volar justo antes de que rompa una ola sobre la roca en la que se posaba.

La sensación pasó. Como sólo había desayunado zumo de naranja, los seis cafés solos y las cuatro copas de coñac sostenían una buena reyerta de taberna en su estómago. ¿Qué estaba haciendo? Había dejado de fumar. Lanzó el puro hacia la alcantarilla. Uf, vaya. «*Pardon, madame*». Dios Santo, era la misma mujer, o casi la misma mujer. Podía haberle prendido fuego al caniche. No quería ni pensar en los titulares de prensa..., *anglais intoxiqué...*, *incendie de caniche...*

Tenía que llamar a Julia. Podía vivir sin ella mientras supiera que ella no podía vivir sin él. Ése fue el trato que, furiosos al verse débiles, hicieron entre la desilusión permanente y los consuelos temporales. Él veía aquello con cierta repugnancia pero sabía que terminaría por firmar el contrato. Tenía que asegurarse de que ella estuviese esperándolo, echándolo de menos, añorándolo y esperando por él en su piso el lunes por la noche.

La cabina de teléfono más cercana, en la esquina, era un cubo de la basura sin puerta con olor a meados, un horno a pleno sol. El plástico azul le quemaba la mano al marcar el número.

«No puedo atender su llamada en este momento pero, por favor, deje su mensaje...».

—¿Hola? ¿Hola? Soy Patrick. ¿Te escondes detrás del contestador?... Muy bien, llamaré mañana. Te quiero. —Casi se olvidó de decir eso.

Así que no estaba en casa. A no ser que estuviera en la cama con otro, riéndose de su dubitativo mensaje telefónico. Si una cosa tenía que decir en el mundo, era ésta: nunca, nunca, nunca tengas un hijo sin hacerte antes con una amante de fiar. Y no te dejes engañar por los falsos horizontes: «Cuando termine de tomar el pecho; cuando duerma toda la noche en su camita; cuando vaya a la universidad», como un tiro de caballos desbocado, las promesas vacías arrastran a un hombre más allá de la grava y los cactus gigantes mientras reza para que se suelten las riendas enredadas. Todo había terminado, no quedaban consuelos en el matrimonio, solamente deberes y obligaciones. Se dejó caer en el banco que tenía más cerca, necesitaba una pausa

antes de ver otra vez a su familia. Las casetas y sombrillas azul celeste de Tahiti Beach ya estaban a la vista, excavando en lo más hondo de su memoria. La primera vez que había estado ahí tenía la edad de Thomas y la de Robert cuando sus recuerdos eran ya más intensos: aquellos paseos en patín y su esperanza de que terminasen en las playas de África; saltando encima de los castillos de arena que sus *au pair* extranjeras construían pacientemente para él; que le permitiesen pedir las bebidas y los helados el día en que por fin su barbilla alcanzó el mostrador de madera. De adolescente se llevaba libros a la playa. Le ayudaban a tapar el bulto del bañador mientras contemplaba desde detrás de sus gafas de sol envolventes los primeros rubores de las bañistas que tomaban el sol en *topless* paseando por la arena clara de Les Lecques. Desde entonces Tahiti Beach se había ido haciendo más y más estrecha, hasta que quedó prácticamente consumida por el mar. A los veinte y pico había visto cómo el ayuntamiento la reconstruía importando miles de toneladas de cantos rodados. Cada año, por Pascua, dragaban arena de la bahía y la echaban encima de la playa artificial con docenas de bulldozers, y cada invierno los temporales volvían a arrastrarla mar adentro.

Se inclinó hacia delante y apoyó la barbilla en las manos. El impacto inicial del café y el coñac ya se iba disipando y le dejaba sólo con una energía nerviosa mortal, como una piedra lanzada que da varios saltos en el agua antes de irse al fondo. Miró cansinamente el simulacro de la playa original, si «original» era la palabra que describía la playa que había conocido cuando tenía la misma edad que sus hijos ahora. Dejó que su definición compasiva del lugar se disolviese y volvió tambaleándose a través del tiempo geológico hasta la monotonía perfecta de la primera playa, con sus charcos secos en las rocas y sus moléculas simples que no sabían qué hacer consigo mismas a lo largo de miles de millones de años. ¿Se le ocurre a alguien algo que no sea andar a empujones por ahí? Filas de rostros inexpresivos, como cuando se pide a un grupo de viejos amigos que sugieran un restaurante nuevo un sábado por la noche. Visto desde esta costa primigenia, el surgimiento de la vida humana parece *La balsa de la Medusa* de Géricault, fantasmas verdosos que se hunden en un gélido océano del tiempo.

Necesitaba realmente otro trago para recuperarse del caos de su imaginación. Y algo de comer. Y algo de sexo. Necesitaba que lo tumbasen, como diría Seamus. Necesitaba reunirse con su propia especie, aquellas filas y más filas de animales eructadores sobre la playa con apenas el grueso de una cuchilla de afeitar o una depilación a la cera entre ellos y una pelliza bien tupida; pagando con atroces dolores de espalda su pretenciosa posición erecta, pero con ansias secretas de moverse arrastrando los nudillos por la arena, gruñendo y chillando, peleando y follando. Sí, necesitaba volverse real. Sólo cierta consideración hacia la anciana de pelo blanco con los tobillos hinchados que estaba sentada al final del mismo banco le había impedido lanzar un gran bramido territorial mientras se golpeaba repetidamente los pectorales con los puños cerrados. Consideración y, por supuesto, la sensación

creciente de condena hepática y resaca de mediodía.

Tiró de su cuerpo y arrastró los pies aquellos últimos cientos de metros hasta Tahiti Beach. Hacia él avanzaba contoneándose por el cemento rosa y liso una joven casi desnuda, con unos pechos abrumadoramente perfectos y un brillante alojado en el ombligo, que clavó sus ojos en los suyos y sonrió alzando los dos brazos ostensiblemente para recogerse la larga melena rubia en un moño suelto sobre la cabeza, pero en realidad para simular el modo en que quedarían dispuestas sus extremidades en el caso de estar tumbada en una cama con los brazos para atrás. ¡Oh, Dios! ¿Cómo podía estar tan mal organizada la vida? ¿Por qué no podía meterla sin más bajo el capó de un coche recalentado y arrancarle aquel simulacro azul turquesa de bragas de bikini? Lo estaba pidiendo, lo estaba pidiendo. Bueno, en cualquier caso, él sí lo estaba pidiendo. Ella lo que probablemente quería era lo que tenía: el poder de perturbar a todo hombre heterosexual —y no nos olvidemos de nuestras colegas las lesbianas, añadió con municipal unción— al que pasaría por la guadaña mientras iba y venía del deprimente de su novio a su cochecito veloz. Pasó junto a él, él siguió su camino vacilante. Para eso igual podía haberle cortado los genitales y tirarlos a la arena. Sentía la sangre deslizándosele por las piernas, oía a los perros disputarse aquella carne inesperada. Quería volver a sentarse, a tumbarse, a enterrarse bien hondo en el suelo. Como hombre estaba acabado. Sintió envidia de la araña macho porque la hembra lo devoraba directamente después de ser fertilizada y no tenía que verse consumido poco a poco como su homólogo humano.

Se detuvo al llegar a lo alto de la ancha escalera blanca que bajaba a Tahiti Beach. Divisó a Robert corriendo de un lado a otro con un cubo tratando de llenar un foso que perdía el agua. Thomas estaba en brazos de su madre chupándose el dedo pulgar agarrado a su juguete de trapo y observaba a Robert con su extraña mirada objetiva. Estaban felices porque la madre les dedicaba toda su atención, y él se sentía infeliz porque a él no le dedicaba ninguna. Ésa era, al menos, la razón inmediata, pero ni remotamente la playa original de su infelicidad. Olvídate de la playa original. Tenía que bajar a ésta y cumplir como padre.

—Hola, cariño —le dijo Mary con aquella sonrisa de agotamiento permanente de la que sus ojos no participaban, porque habitaban un mundo más difícil en el que trataba de sobrevivir a la exigencia incesante de sus hijos y al efecto destructor para una naturaleza solitaria de llevar años sin un solo momento de soledad.

—Hola —dijo—. ¿Almorzamos?

—Creo que Thomas está a punto de dormirse.

—Bien —dijo Patrick, hundiéndose en la tumbona. Siempre había una buena razón para frustrar sus deseos.

—¡Mira! —dijo Robert enseñándole una picadura en el párpado hinchado—. Me ha picado un mosquito.

—No seas demasiado duro con los mosquitos —suspiró Patrick—, sólo se quejan las hembras preñadas, mientras que las mujeres nunca dejan de quejarse, ni siquiera

después de tener varios hijos.

¿Por qué había dicho eso? Aquel día parecía ser presa de una misoginia zoológica. Si alguien se estaba quejando era él. Desde luego no era Mary. Era él quien sufría una furiosa desconfianza hacia las mujeres. Sus hijos no tenían por qué compartirla. Tenía que tratar de recomponerse. Lo menos que podía hacer era sobreponerse a su depresión.

—Lo siento —dijo—. No sé por qué lo he dicho. Estoy terriblemente cansado.

Dirigió una sonrisa de disculpa a su alrededor.

—Parece que necesitas un poco de ayuda con ese foso —le sugirió a Robert, cogiendo un segundo cubo.

Efectuaron varias idas y venidas por la playa, arrojando agua sobre la arena hasta que Thomas se durmió en brazos de su madre.

Agosto de 2002

Saliendo de la piscinita azul en la que apenas un momento antes estaba jugando tan contento, Thomas echó a correr de pronto por la arena, volviéndose a mirar si su madre lo perseguía. Mary echó la tumbona para atrás y fue rápidamente tras él. El crío corría ya muy deprisa, cada día más rápido. Estaba ya en el último escalón y no tenía más que cruzar Promenade Rose para encontrarse en medio del tráfico. Mary subió los peldaños de tres en tres y lo pilló justo cuando llegaba a la esquina de un coche aparcado que le ocultaba a la vista de los conductores que circulaban por la carretera de la costa. Le levantó en el aire y él se puso a retorcerse y dar patadas.

—No hagas esto nunca —le dijo la madre, casi entre lágrimas—. No lo hagas nunca. Es muy, muy peligroso.

Thomas gorjeaba de risas y excitación. Había descubierto ese nuevo juego la víspera cuando llegaron a Tahiti Beach. El año anterior daba la vuelta en cuanto se alejaba de la madre más de tres metros.

Cuando Mary se lo llevaba a cuestras desde la carretera a la sombrilla cambió de actitud y se puso a chuparse el dedo y acariciar cariñosamente con la mano la cara de su madre.

—¿Estás bien, mamá?

—Estoy enfadada porque te fuiste corriendo a la carretera.

—Voy a hacer esto muy peligroso —dijo con orgullo—. Lo voy a hacer.

Mary no pudo evitar una sonrisa. Era un crío tan encantador.

¿Cómo podía decir que estaba triste cuando al minuto siguiente ya estaba feliz? ¿Cómo podía decir que era feliz cuando un minuto después tenía ganas de gritar? No tenía tiempo de dibujar el árbol genealógico de todas las emociones que le asaltaban. Había pasado demasiado tiempo en un estado de empatía destrozada, pendiente de los errabundos estados de ánimo de sus hijos. A veces tenía la sensación de que iba a olvidarse totalmente de su propia existencia. Tenía que llorar para recuperar su ser. La gente que no entendía creía que sus lágrimas eran producto de una catástrofe insulsa y oculta durante mucho tiempo, de su agotamiento definitivo, el desgaste enorme de la infidelidad de su marido, pero en realidad eran un curso acelerado sobre el egotismo necesario para alguien que precisa recuperar su propio ser con objeto de sacrificarlo de nuevo. Ella siempre había sido así. Incluso de niña le bastaba con ver posarse un pájaro en una rama para que los latidos locos del corazón del ave suplantarán a los suyos. Algunas veces se preguntaba si su falta de egoísmo era una distinción o una patología. Tampoco para eso tenía respuesta definitiva. Era Patrick el que trabajaba en un mundo en el que había que hacer juicios y dar opiniones con aire de autoridad.

Sentó a Thomas a la mesa con dos sillas de plástico apiladas una sobre la otra.

—No, mamá, no quiero sentarme en las sillas dobles —dijo Thomas. Se bajó y con una sonrisa maliciosa salió corriendo otra vez hacia las escaleras. Mary lo atrapó

inmediatamente y volvió a sentarlo en las sillas.

—No, mamá, no me cojas, es verdaderamente insoportable.

—¿De dónde sacas esas frases? —le preguntó Mary, riendo.

Michelle, la dueña, llegó con su *dorade* a la parrilla y lanzó a Thomas una mirada de reproche.

—*C'est dangereux, ça* —le regañó.

El día antes Michelle le había dicho que ella habría dado unos azotes a sus hijos si hubiesen corrido así hasta la carretera. Mary se pasaba la vida recibiendo consejos inútiles. No podía dar unos azotes a Thomas en ninguna circunstancia. Aparte de las náuseas que le producía la idea, pensaba que los castigos eran la forma perfecta de enmascarar la lección que se suponía que se aprendía con ellos; la violencia era lo único que los niños recordaban más adelante, al sustituir la angustia justificada de los padres por la de ellos.

La fuente suprema de consejos inútiles era Kettle, porque se alimentaba de los profundos pozos de su inutilidad como madre. Siempre había intentado reprimir la identidad independiente de Mary. No es que la hubiera tratado como a una muñequita —andaba demasiado ocupada siéndolo ella para poder hacerlo—, sino como una especie de fondo de capital-riesgo: alguien que en principio no valía nada pero que algún día igual salía rentable si se casaba con una gran fortuna o un buen apellido. Había dejado claro que casarse con un abogado que estaba a punto de perder una casa de tamaño mediano en el extranjero no llegaba ni con mucho a lo que ella consideraba una próspera situación. La decepción de Kettle ante la Mary adulta era simplemente la consecuencia lógica de la decepción que había experimentado al verla nacer. Mary no era un varón. Las niñas que no eran niños eran una gran decepción. Kettle pretendía que el padre de Mary estaba desesperado por tener un hijo varón, cuando en realidad la desesperación había sido cosa de su propio padre, un militar que prefería la guerra en las trincheras a la compañía de las damas, y que sólo aceptaba el mínimo contacto necesario con el sexo débil para mantener la esperanza de procrear un heredero masculino. Tres hijas más tarde, se retiró a su despacho.

El padre de Mary, por el contrario, estaba más que encantado con ella tal cual era. Su timidez se entremezclaba con la de ella de una manera que los liberaba a los dos. Mary, que en los primeros veinte años de su vida apenas habló, lo adoraba por no haberle hecho sentir nunca que su silencio era un fallo. Comprendía que su causa estaba en una especie de exceso de intensidad, una superabundancia de impresiones. La brecha entre su vida emotiva y las convenciones sociales era demasiado ancha para cruzarla. De joven, él había sido igual, y había ido aprendiendo gradualmente a presentar ante el mundo algo que no era él mismo del todo. La intensa autenticidad de Mary le remitía a su propia esencia.

Mary se acordaba de él vívidamente, pero era un recuerdo embalsamado en una muerte temprana. Mary tenía catorce años cuando el padre murió de cáncer. La habían «protegido» de su enfermedad con un secretismo inútil que convertía la

situación en algo aún más preocupante de lo que de todas formas era. Ese secreto había sido la aportación de Kettle, su sustituto de la comprensión. Y cuando murió Henry, Kettle le dijo a Mary que fuese «valiente». Ese ser valiente significaba no pedir comprensión tampoco entonces. No hubiera tenido ningún sentido pedirla, de todos modos, aunque no hubiese bloqueado la oportunidad. Sus experiencias eran de esencias tan divergentes...

Mary estaba completamente perdida en la pérdida, perdida al imaginarse el sufrimiento de su padre, perdida en la locura de saber que solamente él habría entendido sus sentimientos ante aquella muerte. Al mismo tiempo, de manera confusa, una parte tan grande de su relación había transcurrido en comunión silenciosa que no parecía haber ninguna buena razón para interrumpirla. Sólo Kettle parecía compartir el mismo dolor ante la pérdida. Pero en realidad lo que sufría era un último episodio de su decepción inevitable. Era algo tan injusto. Era demasiado joven para ser viuda y demasiado mayor para volver a empezar en términos aceptables. En el velatorio de su padre fue donde Mary descubrió la medida exacta de la esterilidad emocional de su madre y aprendió a despreciarla. La coraza de compasión que había ido formándose en ella a partir de entonces sólo se había adelgazado cuando tuvo hijos propios. Y ahora estaba en peligro permanente de quedar destrozada por sus tremendas explosiones de furia.

La aportación más reciente de Kettle había sido pedir disculpas por no haberle hecho ningún regalo a Thomas en su segundo cumpleaños. Había buscado «por todas partes» (traducción: llamado por teléfono a Harrods) «uno de aquellos arneses maravillosos que tenías tú de pequeña». Después de que Harrods le fallase estaba demasiado cansada para buscar cualquier otra cosa. «Creo que van a volver a ponerse de moda», dijo, como si fuera a regalarle uno a Thomas cuando cumpliera veinte o treinta, o cuando quiera que el mundo recuperase su buen sentido y volviera a haber arneses infantiles disponibles.

—Supongo que estarás muy decepcionado porque la abuelita no te haya traído un arnés —le dijo Kettle.

—No, no quiero un arnés —le replicó Thomas, que en los últimos tiempos se dedicaba a contradecir automáticamente todo lo que oía. Kettle, que no lo sabía, se quedó atónita.

—Tu niñera juraba que eran lo mejor que había, ¿verdad, Mary? —insistió.

—Y yo juraba que lo peor —le respondió.

—Ni mucho menos, ésa es la verdad —dijo Kettle—. A ti nadie te animaba a jurar como un marinero borracho, al contrario que a Thomas.

Era cierto que la última vez que habían ido a visitarla en Londres Thomas había dicho: «¡Oh, no! ¡Otro jodido puto desastre, la lavadora está para el arrastre!». Y luego fingió ponerla en marcha apretando un timbre desconectado que había al lado de la chimenea de Kettle.

Por la mañana había oído a Patrick decir «otro jodido puto desastre» después de

leer una carta de Sotheby's. Al parecer los cuadros de Boudin eran falsos.

—Qué desperdicio de esfuerzo moral —dijo Patrick.

—No fue ningún desperdicio. No sabías que eran falsos cuando decidiste que no los robarías.

—Ya lo sé, y ésa es la cuestión: lo fácil que hubiera sido esa decisión de haberlo sabido. «¿Robarle a mi propia madre? ¡Jamás!», podía haber tronado desde el principio en vez de pasarme un año preguntándome si mi deber era ser una especie de Robin Hood intergeneracional que corrigiese el desequilibrio con un delito virtuoso. Mi madre se las arregló para que yo me odiase a mí mismo por ser una persona honorable —dijo Patrick cogiéndose la cabeza entre las manos—. ¿Te imaginas un conflicto así? ¿Y tan innecesario?

—¿De qué está hablando papá? —preguntó Thomas.

—Estoy hablando de los cuadros falsos de tu jodida abuela.

—No, no es mi jodida abuela —dijo Thomas, moviendo la cabeza a los lados con mucha solemnidad.

—Seamus no es la primera persona que la engatusa para que se deshaga del poco dinero que le dejó *mi* jodida abuela. Ya hubo un marchante de arte que se atrevió con ese timo fácil en París hace treinta años.

—No, no es tu jodida abuela —dijo Thomas—, es mi jodida abuela.

La propiedad era otra de las cosas que Thomas había asumido recientemente. Durante mucho tiempo no había sabido lo que era poseer cosas, y ahora todo le pertenecía.

Mary estaba sola con Thomas la primera semana de agosto. A Patrick le retenía en Londres un caso difícil que ella sospechaba que debía de llamarse Julia contra Mary, pero al que él daba otro nombre. ¿Cómo podía decir que estaba celosa de Julia si al momento siguiente no lo estaba? De hecho, a veces se sentía agradecida. No quería que se llevaran a Patrick, pero no creía que eso pasase. Mary era las dos cosas, celosa y permisiva por naturaleza, y la única forma de conciliar esas dos vertientes suyas era cultivando el lado permisivo. De este modo Patrick nunca querría abandonarla realmente, con lo que su lado celoso también quedaría satisfecho. La gráfica de movimientos parecía de lo más simple, salvo por dos complicaciones inmediatas. La primera, que había veces en que le abrumaba la nostalgia de la vida erótica que compartían antes de ser madre. La pasión había culminado, naturalmente, cuando estaba organizando su propia extinción, durante la época en que intentó quedarse embarazada. La segunda, que se enfadaba cuando notaba que Patrick descuidaba deliberadamente la relación entre ellos para dar más vigor a su adulterio. Ahí estaba el problema: él necesitaba sexo, ella no se lo podía proporcionar y él iba a buscarlo en otro sitio. La infidelidad era un mero detalle técnico, pero la deslealtad introducía una duda en lo fundamental, una situación irreversible.

Era la primera vez que Robert pasaba más de una noche fuera de casa. Cuando habló con ella por teléfono la primera noche desde casa de su amigo Jeremy se le oía

desoladoramente relajado. Desde luego que eso le alegraba, desde luego que era señal de la confianza que tenía en el amor de sus padres, incluso cuando ellos no estaban. Pero, de todos modos, era raro estar sin él. Mary lo recordaba cuando tenía la edad de Thomas, cuando todavía se escapaba corriendo para que lo persiguiesen y se escondía para que lo buscasen. Incluso entonces era más introvertido que Thomas, más agobiado. Por una parte, había sido el habitante de un prístino paraíso que Thomas nunca conocería, y por la otra, un prototipo. Thomas se había beneficiado de los errores corregidos y de las esperanzas más precisas que de ahí derivaban.

—Ya no quiero más —dijo Thomas empezando a bajarse de las sillas.

Mary llamó con un gesto a Michelle, pero ésta estaba sirviendo a otro cliente. Reservaba un plato de patatas fritas para ese momento. Si Thomas las hubiera visto antes no se habría comido el pescado, pero si las veía ahora se quedaría otros cinco minutos sentado. Mary no lograba captar la atención de Michelle y Thomas seguía empeñado en bajarse.

—¿Quieres patatas fritas, cariño?

—No, mamá, no quiero. Sí, quiero patatas fritas —se corrigió.

Resbaló y se dio con la barbilla encima de la mesa.

—Mamá te coge —dijo Thomas abriendo los brazos.

Mary lo levantó y se lo sentó en el regazo, meciéndolo suavemente. Cada vez que se hacía daño volvía a referirse a sí mismo como «tú», aunque hacía seis meses que había descubierto el uso correcto de la primera persona del singular. Hasta entonces se refería a sí mismo con ese «tú» con lógica plenamente congruente con como le llamaban todos los demás. También se refería a los otros como «yo», con una lógica plenamente congruente con la forma en que ellos se llamaban a sí mismos. Entonces, en una semana, «tú quieres eso» se convirtió en «yo quiero eso». Y todo cuanto hacía en ese momento, la fascinación por el peligro, la afirmación de la propiedad, la contradicción ritual, el deseo de hacer cosas por sí mismo..., todo giraba en torno a esa transición explosiva de ser «tú» a ser «yo», de verse a través de los ojos de los padres a ver con los suyos. Pero en aquel momento, sin embargo, sufría una regresión gramatical, quería ser «tú» otra vez, el niño de su mamá.

—Es realmente difícil porque la voluntad es lo que te lleva por la vida —había dicho Sally la noche anterior—. ¿Para qué romper la voluntad de tu hijo? Eso es lo que querían hacer nuestras madres. Eso es lo que significaba «ser buenos», someterse.

Sally, la amiga americana de Mary, era su mejor aliada; también una madre sobre la que llovían consejos inútiles, también decidida a apoyar incondicionalmente a sus hijos, a apartar de su camino la losa de su propia educación para que pudiesen correr en libertad. Esa labor venía acompañada de comentarios hostiles: deja de ser un felpudo; no seas una esclava de tus hijos; recupera tu figura; haz feliz a tu marido; regresa «allá fuera»; vete a una fiesta, pasar todo el tiempo con los niños te vuelve literalmente loca; aumenta tu autoestima encargando a otra persona que cuide de tus

hijos y escribe un artículo que diga que las mujeres no tienen que sentirse culpables por hacer que a sus hijos los cuide otra persona; no malcrías a tus hijos dándoles todo lo que quieren; deja que esos tiranuelos lloren hasta que se duerman, cuando se den cuenta de que llorar no sirve de nada se cansarán; de todas formas, los niños adoran los límites. Debajo de esta capa venían los rumores contradictorios: no toméis nunca paracetamol, tomad siempre paracetamol, el paracetamol hace que no funcione la homeopatía, la homeopatía no funciona, la homeopatía funciona para algunas cosas, pero no para otras; un collar de ámbar les quita el dolor de los dientes; esa erupción puede ser debida a una alergia a la leche de vaca, o una alergia al trigo, o una alergia a la mala calidad del aire, en Londres está ahora cinco veces más contaminado que hace diez años; en realidad no lo sabe nadie, probablemente desaparezca sin más. Después están las comparaciones envidiosas y las simples mentiras: mi hija duerme toda la noche de un tirón; no necesitó pañales desde las tres semanas; la madre le dio el pecho hasta los cinco años; hemos tenido muchísima suerte, los dos tienen ya garantizada una plaza en el Acorn; su mejor amiga del colegio es la nieta de Cilla Black.

Cuando se podía no hacer caso de todas esas distracciones, Mary procuraba dar un hachazo a la madera muerta de sus condicionamientos personales, al exceso de compensación, al agotamiento y la irritación y el terror, a la tensión entre dependencia e independencia que estaba viva tanto en ella como en sus hijos, que tenía que reconocer pero no tenía tiempo que dedicarle, y volver, quizás, a la raíz del instinto del amor y tratar de permanecer allí y actuar desde allí.

Tenía la sensación de que Sally estaba en la misma cordada de la misma pared de acantilado que ella, y que podían contar la una con la otra. Le había mandado un fax la noche anterior, pero Mary todavía no había tenido tiempo de leerlo. Lo había arrancado de la máquina y lo había embutido en la mochila. Quizás cuando Thomas estuviese dormido..., «cuando estuviese dormido», ese momento en el que se suponía que el resto de la vida quedaba hábilmente compactado. Pero cuando llegaba ese momento, por lo general ella ya tenía tanto sueño que no podía romper el ritmo y hacer nada distinto.

Las patatas fritas ya habían perdido el poder de retener a Thomas y otra vez estaba bajándose de las sillas. Mary lo cogió de la mano y lo dejó que la dirigiese de nuevo a las escaleras hacia las que antes había salido corriendo. Fueron paseando por la Promenade Rose cogidos de la mano.

—Es precioso y muy suave en los pies —dijo Thomas—. ¡Oh! —Se paró de repente delante de una fila de cactus marchitos—. ¿Cómo se llama eso?

—Es un tipo de cactus, cariño. No sé el nombre concreto.

—Pero yo quiero saber el nombre concreto —dijo Thomas.

—Tendremos que mirarlo en el libro cuando lleguemos a casa.

—Sí, mamá, bien... ¡Oh! ¿Qué está haciendo aquel niño?

—Tiene una pistola de agua.

—Para regar las flores.

—Bueno, sí, ése sería un buen uso.

—Es para regar las flores —la informó.

Se soltó de la mano y fue andando por delante de ella. Aunque estaban constantemente juntos, a menudo no lo miraba mucho durante varias horas. Porque, o bien tenía al crío demasiado cerca para verlo entero, o estaba tan concentrada en los elementos peligrosos de las circunstancias del momento que no tenía tiempo de apreciar el resto. Ahora sí que lo veía entero, sin ansiedades, y lo veía con un aspecto adorable con su camiseta azul de cuello redondo y los pantalones caqui y aquellos andares decididos. Era asombrosamente guapo de cara. Mary, a veces, se preocupaba al imaginar qué clase de atención atraería y qué clase de impacto se acostumbraría a producir. Recordaba la primera vez que abrió los ojos en el hospital. Resplandecían, producían una sensación de intencionalidad inexplicablemente fuerte; como un instinto de extraer el sentido del mundo con la intención de albergar otro tipo de conocimiento que ya poseía. Robert había llegado en un ambiente distinto en todo, una sensación de intensidad emotiva, de que había dificultades que resolver.

—¡Oh! —dijo Thomas apuntando con el dedo—. ¿Qué hace ese hombre tan raro?

—Se está poniendo las gafas y el tubo de bucear.

—Son mis gafas y mi tubo de bucear.

—Bueno, pues eres muy amable por dejárselos.

—Yo se los dejo —dijo Thomas—. Le dejo usarlos, mamá.

—Gracias, cariño.

Siguió su marcha. Ahora se mostraba munífico, pero en unos diez minutos se vendría abajo toda su energía y las cosas empezarían a ir mal.

—¿Volvemos a la playa y descansamos un poco?

—No quiero descansar. Quiero ir a los columpios. Me gustan muchísimo los columpios —dijo echando a correr.

A esa hora del día los columpios estaban imposibles, la peligrosa armadura para trepar terminaba en un tobogán metálico lo bastante caliente como para freír un huevo encima. Al lado había un caballito de plástico sobre un muelle que hacía un chirrido insoportable. Cuando llegaron a la valla de madera Mary alargó el brazo y abrió el batiente.

—No, mamá, yo lo hago —dijo Thomas con un súbito gemido de tristeza.

—Vale, vale —dijo Mary.

—No, yo lo hago —dijo Thomas abriendo la verja con cierta dificultad; pesaba más porque tenía una placa de metal donde se exponían ocho normas de uso de los juegos, cuatro veces más normas que juegos. Hicieron la transición a una superficie de goma rosa disfrazada de pista de deporte. Thomas trepó por los tubos curvados hasta la plataforma en lo alto del tobogán y luego salió corriendo hacia la otra entrada que tenía delante un poste de bomberos por el que era imposible que bajase él solo. Mary dio la vuelta corriendo a la estructura de tubos para encontrarse con él. ¿Saltaría

de verdad? ¿Iba a calibrar erróneamente su capacidad hasta ese punto? ¿Estaría forzando el miedo en una situación en la que lo único necesario era el juego? ¿Era un instinto especial para adivinar el desastre o que todas las demás madres del mundo sabían relajarse mejor que ella? ¿Merecía la pena fingir que estaba relajada o eso de fingir era siempre malo? En cuanto Mary estuvo plantada junto al poste, Thomas volvió al tobogán y se lanzó por él. Al llegar al final dio una voltereta y se golpeó la cabeza en el borde. Al susto combinado con el cansancio siguió un largo silencio; la cara se le puso roja y lanzó un grito muy largo, haciendo temblar la lengua dentro de la boca y con los ojos vidriosos por las abundantes lágrimas. Mary sintió, como siempre, que le habían clavado un dardo en el corazón. Levantó al niño y lo estrechó entre sus brazos para tranquilizarlo, y tranquilizarse.

—Trapito con etiqueta —lloriqueó Thomas. La madre le alargó un pañuelo de Harrington que todavía tenía la etiqueta. Un trapito sin etiqueta no era sólo que no consolase, sino que sentaba el doble de mal porque prometía y no daba lo que daban los que seguían teniéndola.

Echó a andar deprisa hacia la playa con el niño en brazos. Tenía algún estremecimiento pero se iba calmando agarrado al trapito y chupándose el pulgar de la misma mano. Se había terminado la aventura, la exploración había llegado a sus límites y había tenido el final que tenía que tener: involuntario. Lo acostó en un colchón debajo de la sombrilla y se acurrucó a su lado inmóvil con los ojos cerrados. Le oía chuparse el dedo con más fuerza según se iba relajando y cuando notó en el cambio de su respiración que se había quedado dormido, abrió los ojos.

Tenía una hora por delante, quizá dos, para contestar cartas, pagar impuestos, mantener el contacto con las amistades, reactivar el intelecto, hacer un poco de ejercicio, leer un buen libro, pensar un plan genial para ganar dinero, empezar yoga, ir a ver a un osteópata, ir al dentista o dormir un poco. Dormir, ¿te acuerdas de eso, dormir? En otro tiempo la palabra hacía referencia a grandes bloques de inconsciencia, trozos de seis, ocho, nueve horas; ahora luchaba por veinte minutitos de descanso inquieto, un descanso que servía para recordarle que estaba básicamente acabada. La noche anterior la pasó despierta a causa de un terror irrefrenable a que si se dormía algo malo le iba a suceder a Thomas. Estuvo toda la noche resistiendo, rígida, como un centinela que sabe que amodorrarse en el puesto se castiga con la pena de muerte. Ahora tenía verdadera necesidad de dormir un poco, una siesta como de resaca, embarullada, empapada en sueños desagradables, pero primero iba a leer el fax de Sally, como signo de independencia, que con frecuencia pensaba que estaba incluso peor asentada que la de Thomas, puesto que ella no podía probar a ver dónde estaban los límites con la inconsciencia que lo hacía él. Era un fax con datos prácticos, tal como Sally le había advertido, con las fechas y horarios de su llegada a Saint-Nazaire, pero al final había añadido: «Ayer me tropecé con esta cita de Alexander Herzen: “Pensamos que el objetivo de un niño es crecer, porque crece. Pero su objetivo es jugar, disfrutar, ser un niño. Si nos limitamos a contemplar el fin

del proceso, el objetivo de la vida es la muerte”».

Sí, eso era lo que habría querido decirle a Patrick cuando todavía tenían solamente a Robert. Patrick estaba tan dedicado a modelar la mente de Robert, a infundirle una transfusión de escepticismo, que a veces se olvidaba de dejar que jugase, que disfrutase y fuese simplemente un niño. En cambio sí dejaba a Thomas seguir su propio rumbo, en parte porque andaba preocupado con su propia supervivencia psicológica, pero en parte también porque el deseo de conocimientos de Thomas superaba cualquier ambición paterna. En él, pensó Mary cuando cerraba los ojos después de mirar una última vez el rostro dormido de Thomas, estaba muy claro que jugar y disfrutar equivalían a aprender a dominar el mundo que le rodeaba.

—¿Dónde se ha marchado mi colita? —dijo Thomas tumbado en su toalla azul después de bañarse.

—Ha desaparecido —dijo Mary.

—¡Ah! ¡Aquí está, mamá! —dijo descruzando las piernas.

—Es un alivio —dijo Mary.

—Ciertamente es un alivio —dijo Thomas.

Después de estar jugando en la bañera era reacio a volver a meterse en la celda acolchada de un pañal. El pijama, horrenda señal de que se esperaba que se fuese a dormir, tenía a veces que esperar a que se quedase dormido para ponérselo. Cualquier indicio de que Mary tuviera prisa hacía que tardase el doble en irse a la cama.

—¡Oh, no! Otra vez ha desaparecido mi colita —dijo Thomas—. Estoy realmente disgustado con esto.

—¿De veras, cariño? —dijo Mary, tras fijarse en cómo el niño experimentaba con la frase que había usado ella ayer en la cocina después de que tirase un vaso al suelo.

—Sí, mamá, me está volviendo loco.

—¿Dónde puede haberse ido? —preguntó Mary.

—¡No me lo creo! —dijo él tras una pausa que permitiera a su madre apreciar la gravedad del caso—. ¡Aquí está!

—Hizo una imitación perfecta del tono de alegre descanso con que Mary recuperaba una botella de leche o un zapato extraviados.

Thomas se puso a brincar y luego cayó sobre la cama y se revolvió entre las almohadas.

—Ten cuidado —le dijo la madre al verlo rebotar demasiado cerca de los barrotes metálicos que rodeaban el borde de la cama.

Era complicado estar preparada para atrapar una caída súbita, no dejar de vigilar esquinas afiladas y cantos duros y a la vez dejarlo llegar al límite de su aventura. Realmente ya sólo tenía ganas de irse a acostar, pero lo último que tenía que hacer era mostrar algún signo de exasperación o de impaciencia.

—Soy un acróbata del circo —dijo Thomas tratando de hacer una voltereta hacia delante, pero fracasando—. Mamá, di «ten cuidado, monito».

—Ten cuidado, monito. —Mary repitió la frase, obediente. Tendría que traerle una silla de director y un megáfono. A él siempre le estaban diciendo lo que tenía que hacer, así que ahora le tocaba el turno.

Mary se sentía exhausta después del largo día, casi todo él de visita en la residencia de Eleanor. Había intentado enmascarar la impresión que sintió al entrar con Thomas en su cuarto. A la anciana le faltaban todos los dientes de arriba en un lado de la boca y en el otro solamente había tres que colgaban como estalactitas. El pelo, que solía lavarse un día sí y otro no, había quedado reducido a un caos grasiento plantado encima del cuero cabelludo y ahora dejaba a la vista sus abolladuras. Al

inclinarse sobre Eleanor para darle un beso, le invadió un hedor que la impulsó a querer echar mano del cambiador que llevaba en la mochila para Thomas. Debía refrenar sus impulsos maternos, especialmente en presencia de una campeona consumada del impulso maternal contenido.

—¡Oh, no! —le dijo Thomas a Eleanor—. Alabala me robó el halumbalum.

Thomas, que muy a menudo se quedaba atascado en un embotellamiento de sílabas incomprensibles, a veces replicaba con un pequeño idioma particular suyo. Mary estaba acostumbrada a esa dulce venganza y también intrigada por la aparición de Alabala, creación reciente que parecía entrar en el papel clásico de hacer travesuras a y para Thomas, e iba acompañado de su conciencia, un personaje llamado Felan. Alzó la mirada con una sonrisa para Eleanor. No se la devolvió. Eleanor lo contemplaba con sospecha y horror. Lo que ella veía no era un niño lleno de candor, sino el heraldo que anuncia sus peores miedos: que pronto, además de ser incapaz de hacerse entender, tampoco lograría entender ella a los demás. Mary intervino rápidamente.

—No sólo sabe decir tonterías —dijo—. En estos momentos una de sus frases favoritas, y supongo que detectarás la influencia de Patrick —probó con una nueva sonrisa de complicidad—, es «absolutamente insoportable».

El cuerpo de Eleanor se sacudió cinco centímetros hacia delante. Se agarró con fuerza a los brazos de madera de la silla y se quedó mirando a Mary con furibunda concentración.

—Ab-so-lu-ta-men-te in-so-por-ta-ble —escupió, y después cayó para atrás añadiendo un «sí» débil y agudo.

Entonces se volvió de nuevo hacia Thomas, pero esta vez lo miró con una especie de avidez. Un momento antes parecía que anunciaba el diluvio de galimatías y sandeces que pronto la dejaría a oscuras, pero ahora el niño le había dado una frase que entendía perfectamente, una frase que no habría podido manejar por sí misma pero que describía con exactitud cómo se sentía.

Algo similar sucedió cuando Mary le leyó una lista de audiolibros que tal vez quisiera que le enviaran desde Inglaterra. El método de Eleanor para escoger los libros no guardaba una relación evidente con sus autores o categorías. Mary iba recitando títulos de obras de Jane Austen y de Proust, de Jeffrey Archer y Jilly Cooper sin que Eleanor diese señal alguna de interés. Entonces leyó el título *Inocencia trágica* de Agatha Christie y Eleanor empezó a mover la cabeza y agitar las manos codiciosamente, como si se estuviese salpicando el pecho con agua. *Tormenta de polvo* obtuvo las mismas oleadas de excitación. Estimulada por esas comunicaciones inesperadas, Eleanor se acordó de la nota que había escrito con anterioridad y se la tendió a Mary con su mano temblorosa y salpicada de manchas de vejez.

Mary descifró las palabras, débilmente escritas a lápiz en letras mayúsculas: «POR QUÉ NO VIENE SEAMUS».

Mary sospechó las razones, pero casi no podía creerlo. No se esperaba que Seamus fuese tan descarado. Siempre le había parecido que su oportunismo iba mezclado con la ilusión, vana pero auténtica, de que era una buena persona, o que por lo menos tenía un poderoso deseo de que lo tomaran por tal. Y sin embargo allí estaba, tan sólo quince días después del traspaso definitivo de Saint-Nazaire a la Fundación dejaba tirada a su benefactora como una bolsa en el contenedor.

Recordó lo que Patrick había dicho cuando por fin hizo uso de los poderes legales que su madre le había otorgado para firmar la entrega de la casa: «Esta gente que quiere arrastrarse hasta la tumba libre de cargas, no lo consigue nunca. No hay segunda infancia, no se dan licencias para ser irresponsables». Luego se emborrachó como una cuba.

Mary estudió el rostro de Eleanor. Mostraba los impactos de la aflicción. Tenía los ojos velados como los de un pez recién muerto, pero en su caso la opacidad parecía provenir de los esfuerzos por permanecer desconectada de lo real. Mary comprendió que la falta de dientes era en realidad un gesto suicida, como la violencia pasiva de una huelga de hambre. Hubiera sido muy fácil reemplazarlos, tenía que haber dado muestras de una gran tozudez para mantener la vorágine del descuido personal semana tras semana, notar cómo se iban cayendo uno tras otro, haciendo caso omiso de la profesión médica, de los antidepresivos, la residencia y lo que quedara de su voluntad de vivir.

Mary sintió que una sensación de tragedia la penetraba. Allí estaba aquella mujer que había abandonado a su familia por un sueño y por un hombre y ahora el hombre y el sueño la abandonaban a ella. Se acordó de cuando Eleanor, que todavía era capaz de hablar adecuadamente, le dijo que Seamus y ella se habían conocido en «vidas anteriores». Una de esas vidas anteriores había discurrido en algo que se llamaba «skelig», una especie de montículo junto al mar en Irlanda. Seamus la había llevado a verlo, al principio de su cortejo pecuniario, un día inolvidable de borrasca en el que la tomó de la mano y le dijo: «Irlanda te necesita». Una vez que Eleanor se dio cuenta, gracias a una «rememoración de vida pasada», de que había vivido con Seamus en aquel mismo «skelig» que visitaban y había sido su esposa durante la Edad Oscura, cuando Irlanda era un faro de la cristiandad en aquel caos de migraciones y pillaje, su familia directa, con la que tenía un pasado común relativamente superficial, pasó a segundo plano. Y Seamus, en cuanto visitó Saint-Nazaire, comprendió que Francia le necesitaba a él más incluso de lo que Irlanda necesitaba a Eleanor. En el siglo XVII la casa había sido un convento, y una segunda «rememoración de vida pasada» estableció que Eleanor había sido (como resultaba evidente en cuanto te lo decían) la madre superiora. Mary se acordó de que había pensado que desde entonces y ya para siempre el nombre permaneció fijo delante del adjetivo. Asombrosamente, y exactamente en los mismos días, Seamus era abad de otro monasterio de la comarca. Y de esa forma habían vuelto a ser arrojados uno junto a otro, esta vez en «amistad espiritual» que fue mal interpretada en la época y produjo gran escándalo en toda la

zona.

Cuando Eleanor le contó todo eso con un tono agobiante que parodiaba el de una niña, Mary decidió no discutir. Eleanor se creía más o menos cualquier cosa con tal de que no fuera verdad. Formaba parte de su naturaleza caritativa aportar urgentemente fe a lo increíble, como socorro de emergencia. Estaba claro que necesitaba habitar en esas novelas históricas para encubrir la desilusión por una pasión que no se representaba en la alcoba (había evolucionado demasiado para eso), sino que producía sus mayores emociones en el registro de la propiedad. En aquel momento a Mary le pareció todo completamente ridículo; y ahora desearía poder volver a encolar el empapelado despegado de la credulidad de Eleanor. Bajo aquella sinceridad atroz de su confesión original estaba la necesidad de ser necesitada que tan bien conocía Mary.

—Le preguntaré —dijo cubriendo delicadamente la mano de Eleanor con la suya. A pesar de que todavía no había visto a Seamus sabía que estaba en su casa—. Puede que haya estado enfermo, o en Irlanda.

—Irlanda —musitó Eleanor.

Cuando iban hacia el coche, Thomas se paró y meneó la cabeza.

—Oh, querida —dijo—. Eleanor no está demasiado bien.

A Mary le encantó aquella simpatía tan directa por los que sufren. Thomas aún no había aprendido a fingir que aquello no existía, ni a culpar a quien lo padecía. Se quedó dormido en el coche y Mary decidió que lo mejor era ir directamente a la casita de Seamus.

—Bueno, vaya, qué cosa más terrible —dijo Seamus—. Pensé que teniendo su familia aquí y todo eso, Eleanor no querría verme tanto. Y, para ser sincero contigo, Mary, los de Pegasus, los de la editorial, están muy encima de mí. Quieren meter mi libro en el catálogo de primavera. Tengo muchísimas ideas, y sólo es cuestión de ponerlas en el papel. ¿Tú qué crees que es mejor, *Latidos de tambor de mi corazón* o *Latidos del corazón de mi tambor*?

—No lo sé —dijo Mary—. Depende del sentido que le quieras dar, supongo.

—Ése es un buen consejo —dijo Seamus—. Y hablando de tambores, estamos muy contentos de los progresos de tu madre. Se mueve en los trabajos de recuperación del alma como pez en el agua. Acabo de recibir un e-mail suyo diciéndome que quiere venir al intensivo en otoño.

—Increíble —dijo Mary. Estaba nerviosa por miedo a que el interfono no funcionase. La lucecita verde parecía que parpadeaba como siempre, pero nunca lo había utilizado en el coche antes de ahora.

—Creo que la recuperación del alma beneficiaría enormemente a Eleanor. Ahora sólo estoy pensando en voz alta —dijo Seamus haciendo girar la silla muy excitado y tapando a Mary la vista de una vieja inuit de piel curtida con una pipa colgada de la boca que ocupaba la pantalla del ordenador—. Si tu madre dirigiese una ceremonia con Eleanor en el centro del círculo eso resultaría inmensamente potente para todas

las, ya sabes, las conexiones.

—Extendió los dedos de ambas manos y los entrecruzó con un gesto tierno.

Pobre Seamus, pensó Mary, realmente no era mala persona, era simplemente un completo idiota. A veces Patrick y ella competían a ver quién tenía una madre más molesta. Kettle nunca daba nada, Eleanor lo daba todo; para la familia los resultados eran indistinguibles, excepto que a Mary le quedaba alguna «expectativa», aunque resultaban fantásticamente remotas dada la buena salud de su madre, tan meticulosamente egoísta que no pensaba en nada más que en su propio bienestar y salía corriendo a ver al médico cada vez que estornudaba y se regalaba a sí misma unas vacaciones cada mes para superar la decepción de las anteriores. Haber sido desheredado le impulsaba a la cabeza de las apuestas de la peor madre, pero quizá Seamus estuviera planeando hacer desaparecer esa ventaja llevándose también el dinero de Kettle. ¿Sería entonces, después de todo, una mala persona de verdad que representaba de manera brillante el papel de idiota? Era difícil de decir. Las conexiones entre estupidez y maldad son muy densas y enrevesadas.

—Voy viendo cada vez más y más conexiones —dijo Seamus retorciendo unos dedos sobre los otros—. Para serte sincero, Mary, no creo que escriba ningún libro más. Es algo que te agota la cabeza.

—Seguro —dijo Mary—. Yo ni siquiera podría empezarlo.

—Oh, el principio ya lo tengo hecho —dijo Seamus—. La verdad es que he escrito varios principios. Tal vez sea todo principios, ¿sabes lo que quiero decir?

—Con cada latido del corazón —dijo Mary—. O de tambor.

—Eso es, eso es —dijo Seamus.

El llanto de Thomas al despertarse estalló en el interfono. Mary se sintió aliviada al ver que funcionaba.

—Oh, vaya, voy a tener que irme.

—Intentaré ir a ver a Eleanor uno de estos días, seguro —dijo Seamus acompañándola hasta la puerta—. Te agradezco mucho lo que me has dicho de los latidos del corazón y estar en el momento..., me has dado un montón de ideas.

Abrió la puerta con un tintineo de campanitas. Mary levantó la vista y vio tres pictogramas chinos agrupados en torno a una barra de latón colgada.

—Felicidad, paz y prosperidad —dijo Seamus—. Son inseparables.

—Lamento saber eso —dijo Mary—. Tenía bastantes esperanzas de conseguir las dos primeras por libre.

—Ah, pero ¿qué es la prosperidad? —dijo Seamus caminando junto a ella hacia el coche—. En último término es tener algo que comer cuando tienes hambre. Ésa es la prosperidad que se le negó a Irlanda, por ejemplo, hacia 1840 y que sigue negándose a millones de personas en todo el mundo.

—¡Dios mío! —dijo Mary—. No creo que pueda hacer mucho por los irlandeses de 1840, pero puedo darle a Thomas un poco de prosperidad en último término..., ¿o puedo seguir llamándolo «almuerzo»?

Seamus echó la cabeza para atrás y soltó una gran carcajada de salud.

—Creo que eso será más fácil —dijo, y le frotó la espalda con la mano.

Mary ocultó su disgusto, abrió la puerta del coche y sacó a Thomas de la sillita.

—¿Cómo está nuestro hombrecito? —dijo Seamus.

—Está muy bien —dijo Mary—. Aquí se lo pasa estupendamente.

—Bueno, estoy seguro de que mucha culpa la tiene tu excelente papel de madre —dijo Seamus, frotándola tanto con la mano que parecía que iba a abrirle un agujero en la espalda de la camiseta—. Pero también he de decir que para el trabajo espiritual es muy importante crear un entorno seguro. Y eso es lo que hacemos aquí. Así que puede ser que ahora Thomas esté recogiendo algo de eso, a cierto nivel, ya sabes.

—Eso espero —dijo Mary, reacia a negar cualquier elogio a Thomas, incluso cuando el de Seamus iba dirigido más bien a sí mismo—. Es muy bueno recogiendo cosas.

Consiguió mantenerse fuera del alcance de Seamus, con Thomas en brazos.

—¡Ah! —dijo Seamus mientras los enmarcaba a los dos en un amplio paréntesis con las manos—. El arquetipo madre-hijo. Me hace pensar en mi madre. Tuvo que cuidarnos a ocho. Y por entonces creo que me preocupaba de buscar pequeños trucos para que me hiciera un poco más de caso del que me correspondía. —Soltó una risita indulgente al recordar a aquel Seamus más joven de espíritu menos iluminado—. Desde luego, no cabe duda de que en mi familia la dinámica era grande; pero contemplando el pasado desde donde me encuentro ahora, lo que me asombra es la capacidad de mi madre para ir dando y dando. Y he llegado a la conclusión, ¿sabes, Mary?, de que se nutría de una fuente universal, de la energía de ese arquetipo madre-hijo. ¿Sabes lo que te quiero decir? Quiero meter algo de eso en mi libro. Todo eso se vincula de alguna manera con el trabajo chamánico. Se trata simplemente de ir apuntándolo. Acepto encantado cualquier idea sobre el tema: momentos en los que te hayas sentido reforzada por alguna cosa que esté más allá del sacrificio personal, ya sabes.

—Déjame que lo piense —le dijo Mary; y se dio cuenta de que Seamus había aprendido sus pequeños trucos para hacer que las madres le cediesen sus recursos—. Pero mientras tanto, de verdad que tengo que ir a hacerle la comida a Thomas.

—Por supuesto, por supuesto —dijo Seamus—. Bueno, me ha encantado hablar contigo, Mary. Tengo realmente la sensación de que estamos conectados.

—Yo también creo que he descubierto cantidad de cosas —dijo Mary.

Ahora sabía, por ejemplo, que aquella débil promesa de que intentaría visitar a Eleanor «uno de estos días» significaba que no iba a ir hoy, ni mañana ni pasado mañana. ¿Para qué malgastar sus «pequeños trucos» en una mujer que sólo tenía a su nombre un par de Boudins falsos?

Llevó a Thomas a la cocina y lo sentó en el mármol. El niño se sacó el dedo de la

boca y la miró con una expresión sutil que no vacilaba entre la seriedad y la risa.

—Seamus es un hombre muy gracioso, mamá —dijo.

Mary soltó una carcajada.

—La verdad es que sí —le contestó dándole un beso en la frente.

—La verdad es que sí es un hombre muy gracioso —dijo Thomas, contagiado de su risa. Y arrugó los ojos para poder reír con mayor seriedad.

No es extraño que estuviese cansada después de ver a Eleanor y a Seamus el mismo día, no es extraño que resultase difícil obtener más vigilancia de su cuerpo dolorido y su mente debilitada. Hoy había sucedido algo; todavía no había captado la medida justa, pero acababa de romperse un dique, el único modo de terminar un período largo de conflictos. No tenía tiempo de analizar la situación mientras Thomas siguiera dando saltos desnudo en mitad de la cama.

—Éste ha sido un salto muy grande —dijo volviendo a ponerse de pie—. Sin duda estás impresionada, mamá.

—Sí, cariño. ¿Qué te gustaría leer esta noche?

Thomas se paró para poder concentrarse en aquella difícil tarea.

—Hablemos sensatamente de pirulís —dijo; había recuperado una frase de un viejo libro de Patrick que se había quedado perdido por Saint-Nazaire.

—¿El doctor Arriba y el doctor Abajo?

—No mamá, no quiero leer eso.

Mary cogió de la estantería *Babar y el profesor Grifatón* y saltó a la cama por encima de los barrotos. Tenían la costumbre, el ritual de repasar las cosas del día, y Mary lanzó la pregunta habitual:

—¿Qué hemos hecho hoy?

Thomas dejó de saltar, como ella esperaba. Luego, bajó la voz y movió la cabeza con gran solemnidad.

—Peter Rabbit se ha estado comiendo mis uvas —dijo.

—¡No! —exclamó Mary, escandalizada.

—El señor McGregor se enfadará mucho con Seamus.

—¿Por qué con Seamus? Creí que era Peter Rabbit el que se llevó las uvas.

—No, mamá, fue Seamus.

Fuera lo que fuese lo que Thomas «recogía» del ambiente, no se trataba del «entorno seguro» que Seamus alardeaba de haber creado para el «trabajo del espíritu». Sino de la atmósfera del robo. Si Seamus estaba dispuesto a tratar a Eleanor con tan poca consideración en cuanto ella había hecho que empezaran a sonar las campanas de la prosperidad en la vida de Seamus con tan sonoro repicar, ¿por qué iba a molestarse en cumplir las promesas hechas a sus rivales derrotados? Su imaginación rebosaba de competiciones entre hermanos, y había adoptado a Patrick y Mary con el propósito de triunfar sobre ellos en un arcaico torneo para el que ninguno

de los dos había recibido entrenamiento de comando como él. ¿Qué sentido tenía ocuparse de una vieja que ni siquiera podía comprarle un tanque de privación sensorial? ¿Y qué sentido tenía que sus descendientes abarrotasen su Fundación el mes de agosto?

—Pero, no lo entiendo —dijo Robert viendo a Mary hacer las maletas—, ¿por qué tenemos que marcharnos?

—Ya sabes por qué —dijo Mary.

Estaba sentado al borde de la cama con los hombros caídos y las manos metidas debajo de los muslos. Si hubiera habido tiempo, Mary se habría sentado a su lado y le hubiera abrazado y permitido que se pusiera a llorar otra vez, pero tenía que seguir con las maletas mientras Thomas estaba dormido.

Ella hacía dos días que no dormía, pues le atormentaban por igual aquel sentimiento de pérdida y el deseo ferviente de partir. Casas, cuadros, árboles, los dientes de Eleanor, la infancia de Patrick y el veraneo de sus niños: para su cerebro cansado todo aquello parecía que lo hubieran ido amontonando junto, como quedan las ruinas de una inundación. Se había pasado los últimos siete años contemplando la infancia de Patrick como si fuera una sogá que poco a poco cobraba a fuerza de manos. Así que ahora quería largarse zumbando de allí. Ya era demasiado tarde para impedir que Robert se identificase con la sensación de injusticia de Patrick, pero todavía estaba a tiempo de salvar a Thomas de quedarse enredado en el drama de la herencia negada. La familia se estaba partiendo por la mitad y la única forma de volver a juntarla era marchándose.

Patrick había ido a decir adiós a Eleanor. Había prometido no hacer discursos encarnizados y rencorosos en el caso de que no volviera a verla. Si le avisaban con tiempo suficiente de que estaba a punto de morir, no dudaría en coger un vuelo para sostener su mano entre las suyas, pero era poco realista pensar que todos los demás iban a instalarse en el Grand Hotel des Bains para ir a montar un velatorio en la residencia. Mary tenía que reconocer que ya estaba deseando que Eleanor saliese de sus vidas definitivamente.

—¿La casa sería para nosotros si matamos a Seamus? —preguntó Robert.

—No —dijo Mary—, pasaría al siguiente director de la Fundación.

—Eso es muy injusto —dijo Robert—. A no ser que yo fuera el director. ¡Sí, eso! ¡Soy un genio!

—Excepto que tendrías que dirigir la Fundación.

—Ah, sí. Eso es verdad —dijo Robert—. Bueno, igual Seamus se arrepiente. No puedo —dijo adoptando un fuerte acento irlandés— hacer nada más que pedir perdón, Mary. No sé qué me sucedió para intentar robaros la casa a ti y a los pequeños, pero ahora ya he recuperado mi buen sentido y quiero que sepas que aunque en el fondo de tu corazón hallaras cómo perdonarme las agonías que os he causado, yo nunca seré capaz de perdonarme a mí mismo. —Y prorrumpió en sollozos.

Mary comprendió que sus falsos sollozos estaban muy cerca de ser verdaderos. Por primera vez desde el nacimiento de Thomas tuvo la sensación de que Robert era

quien más la necesitaba. La gran fuerza del niño era que tenía incluso más interés en jugar con lo que iba sucediendo que en perder el tiempo intentando controlarlo, aunque también se ocupaba de eso un montón. Pero su capacidad de juego se había derrumbado desde hacía unos días, sustituida por deseos, anhelos y lamentaciones. Pero veía que la estaba recuperando. Nunca había logrado acostumbrarse del todo a aquella habilidad de Robert para componer imitaciones a partir de las cosas que escuchaba. Seamus se había convertido en la última de sus obsesiones, y no era extraño. Pero estaba demasiado cansada para algo más que dedicarle una trabajosa sonrisa y doblar los trajes de baño que no hacía ni una semana que había sacado. Todo había sido tan rápido... El día que llegó con Robert, Patrick se encontró una nota preguntándole si había «un poco de sitio» para Anette y Kevin en la casa. Seamus se había dejado caer a la mañana siguiente, a la hora de desayunar, para oír la respuesta.

—Espero no interrumpir —exclamó.

—En absoluto —le dijo Patrick—. Es muy amable de tu parte venir tan rápido. ¿Quieres un café?

—No, gracias, Patrick. La verdad es que últimamente he abusado un poco de la cafeína para intentar avanzar con el libro, ¿sabes?

—Bueno, espero que no te importe que yo me sirva y abuse un poco de la cafeína sin ti.

—Como si estuvieras en tu casa —dijo Seamus—. Eres mi invitado.

—¿Es que no estoy en mi casa? —le preguntó Patrick, disparado como un galgo al soltarlo de la trailla—. ¿No eres más bien tú quien está en mi casa durante este mes del año? Éste es el quid de la cuestión. Ya sabes que en los términos de la donación de mi madre se incluía dejarnos la casa a nosotros en agosto, y no vamos a aguantar que se nos imponga alojar a tus amigos.

—Bien, bueno, «términos» es una forma muy legalista de expresarlo —dijo Seamus—. No hay nada por escrito de que tengamos que proporcionaros vacaciones gratis. Comprendo perfectamente, de verdad, que te cueste aceptar tal cual los deseos de tu madre. Por eso me he ido preparando para tener que aguantar una fuerte negatividad por tu parte.

—No estamos hablando de las dificultades que haya podido tener con los deseos de mi madre, sino de las que estás teniendo tú. No nos apartemos del tema.

—Son inseparables.

—Todo resulta inseparable para un botarate.

—No hace falta entrar en cuestiones personales. Son inseparables porque ambas cosas dependen del conocimiento de lo que quería Eleanor.

—Lo que quería Eleanor es algo obvio. Lo que no está tan claro es si tú eres capaz de aceptar la parte que no te conviene.

—Bueno, yo tengo una visión más universal que eso, Patrick, yo veo el problema en términos holísticos. Creo que tenemos que encontrar la solución todos juntos, tu

familia y tú, y Kevin y Anette y yo. Quizás podamos hacer un ritual que exprese lo que aportamos a esta comunidad y lo que esperamos obtener de ella.

—Ah, no, otro ritual no. ¿Qué os pasa a vosotros con los rituales? ¿Qué hay de malo en mantener una conversación? Durante toda mi adolescencia pasé mis vacaciones en lo que ahora es tu residencia, y la casita tenía dos habitaciones. ¿Por qué no pones a tus amigos en ese cuarto que está libre?

—Ahora es mi estudio y lugar de despacho.

—¡Dios nos libre de que invadan tu espacio privado!

Thomas se desasíó de los brazos de Mary y se puso a explorar. Sus ganas de moverse hicieron más consciente a la madre de lo paralíticos que se habían vuelto los demás.

No le gustaba en absoluto ver a Patrick anclado en una especie de adolescencia otoñal: dogmático y sarcástico, ofendido por las disposiciones de su madre, pensando secretamente todavía en la casita de Seamus como si fuese el refugio juvenil donde había pasado media docena de veranos de semiindependencia. Sólo Thomas, y porque a él nadie le había dado ninguna coordenada de aquella gráfica, podía dormirse en el suelo y dejar vagar su pensamiento por donde quisiera. Verlo alejarse le dio a Mary la sensación de cierto distanciamiento de la escena que Patrick y Seamus estaban representando, a pesar de tener la impresión de que una hosca violencia iba ocupando el lugar de la amabilidad superficial que Seamus solía exhibir.

—¿Sabías —dijo Patrick dirigiéndose otra vez a Seamus— que entre los pastores de renos de Laponia, el chamán jefe ha de beber la orina de un macho que haya comido hongos mágicos y el ayudante bebe la orina del chamán jefe y así sucesivamente van bajando la escala hasta el de más abajo de los más bajos, los que se arrastran por la nieve mendigando un traguito de orina de caribú de duodécima generación?

—No lo sabía —dijo Seamus, rotundo.

—Creí que era tu especialidad —dijo Patrick sorprendido—. De todos modos, lo irónico es que la primera cosecha, la primera presión, es la más tóxica con mucho. El pobre chamán jefe ya es viejo, suda y se tambalea tratando de eliminar todo el veneno mientras que unos cuantos hígados dañados más adelante la orina ya es inocua sin haber perdido el poder alucinógeno. La adicción humana al estatus es tan grande que la gente sacrifica la paz de su espíritu y su valiosísimo tiempo para irse abriendo camino a pico y pala en dirección a lo que resulta ser una experiencia absolutamente venenosa.

—Todo eso es muy interesante —dijo Seamus—, pero no veo qué tiene que ver con nuestro problema actual.

—Sólo esto: que a partir de lo que admito que es orgullo, no estoy preparado para quedar en lo más bajo de la jerarquía de los meados de esta comunidad.

—Si no quieres formar parte de esta comunidad, no tienes por qué quedarte —dijo Seamus con calma.

Hubo un silencio.

—Bien —dijo Patrick—. Ahora, por lo menos sabemos cuáles son tus verdaderos deseos.

—¿Y por qué no te marchas tú? —gritó Robert—. Déjanos solos y ya está. Esta es la casa de mi abuela y nosotros tenemos más derecho a estar aquí que tú.

—Vamos a tranquilizarnos —dijo Mary poniendo una mano en el hombro de Robert—. No vamos a marcharnos en plenas vacaciones de los niños, vengamos aquí el año que viene o no. Podemos llegar a un acuerdo con lo de tus amigos, tal vez. Si tú sacrificas tu despacho la primera semana, nosotros podemos acogerlos durante nuestra última semana. Me parece un trato bastante justo.

Seamus vaciló entre el impulso de su rabia y el deseo de parecer razonable.

—Tendré que volver a tratar sobre el tema con vosotros más adelante —dijo—. Para seros sincero, tendré que procesar algunos de los sentimientos negativos que estoy experimentando en este momento antes de poder tomar una decisión.

—Procesa, procesa —dijo Patrick levantándose para poner fin a la conversación—. Estás en tu casa. Haz un ritual.

Dio la vuelta a la mesa y extendió los brazos como para ir arreando a Seamus hacia la salida, pero luego se detuvo.

—Por cierto —dijo, inclinándose sobre él, muy cerca—, Mary me ha contado que, ahora que te ha regalado la casa, pasas de Eleanor. ¿Es verdad eso? Después de todo lo que ha hecho por ti, muy bien podrías hacerle una pequeña visita.

—No necesito lecciones tuyas sobre la importancia de mi amistad con Eleanor —dijo Seamus.

—Oye, ya sé que no es una gran compañía —dijo Patrick—, pero eso es justamente otra parte del tesoro oculto que compartís.

—Ya estoy harto de esa actitud hostil tuya —replicó Seamus poniéndose totalmente encarnado—. He tratado de ser paciente...

—¿Paciente? —le interrumpió Patrick—. Has intentado endosarnos a tus compinches y has tirado a Eleanor a la basura porque ya no le queda nada que le puedas sacar. Alguien que crea que «paciente» es la palabra que describe esa clase de cosas tendría que estar estudiando inglés como lengua extranjera y no firmando un contrato para un libro.

—No tengo por qué aguantar estos insultos —dijo Seamus—. Eleanor y yo creamos esta Fundación y sé que ella no quería que nada menoscabase su éxito. Lo más trágico es, en mi opinión, que tú seas incapaz de entender lo fundamental que era la Fundación en el objetivo vital de tu madre, y que no te des cuenta de lo extraordinaria que es esa mujer.

—Estás muy equivocado —dijo Patrick—. No podía desear una madre más extraordinaria.

—Está muy claro adónde nos lleva todo esto —intervino Mary—. Démonos un poco de tiempo para enfriar los ánimos. No veo qué sentido tiene seguir con esta

agresividad.

—Pero, cariño —dijo Patrick—, si la agresividad es todo lo que nos queda.

Era cierto, no les quedaba nada más. Mary supo que suya sería la tarea de recuperar unas vacaciones entre los escombros que dejaba el desdén de Patrick. Aquellas expectativas de que se mostrase llena de recursos, incansable, y al mismo tiempo totalmente a favor de Patrick era algo que nadie podía soportar, pero tampoco defraudar.

Alzó a Thomas en brazos y sintió de nuevo hasta qué extremo la maternidad había terminado con su soledad. Había vivido casi siempre sola a partir de los veinte años y había conservado obstinadamente su propio apartamento ya embarazada de Robert. Siempre había tenido una gran necesidad de mantenerse a distancia de la avalancha de los otros. Pero ahora estaba sola muy raramente, y cuando lo estaba eran las obligaciones familiares las que mandaban en sus pensamientos. Significados desatendidos que se acumulaban como cartas sin abrir. Y sabía que en ellos se contenían más recordatorios amenazadores de que su vida seguía sin pasar examen.

La soledad era algo que de momento tenía que compartir con Thomas. Se acordó de una frase que citó una vez Johnny sobre que el niño estaba «solo en presencia de su madre». Aquello se le había quedado grabado y, sentada allí con Thomas, después de la disputa entre Patrick y Seamus, mientras el niño jugaba con su manguera favorita y la sujetaba de lado para ver el arco plateado del agua salpicar el suelo, sentía la presión de tener que animarlo a ser útil, a regar las plantas, a evitar que el barro le salpicase los pantalones, pero no se decidía a hacerlo al ver como una especie de libertad en la falta de utilidad de su juego. El crío no tenía en su cabeza la idea de ningún resultado, ningún proyecto ni beneficio, sencillamente le gustaba ver correr el agua.

Hubiera tenido perfecto sentido para ella hacer sitio a la nostalgia ahora que la partida que anhelaba parecía ya inevitable, pero se dio cuenta de que observaba el jardín y la vista y el cielo sin nubes con mirada fría. Era hora de irse.

Dentro ya de la casa, se fue a su cuarto a descansar un momento y se encontró a Patrick despatarrado encima de la cama y con un vaso de vino tinto al lado.

—No has estado muy amable esta mañana —le dijo.

—¿A qué te refieres? —dijo Mary—. No he estado desagradable. Tú estabas enfrascado en una discusión con Seamus.

—Bueno, la llamada de las Termópilas se diluye —dijo Patrick.

Mary se sentó en el borde de la cama y le acarició la mano, distraída.

—¿Te acuerdas, allá por los Viejos Tiempos, cuando hacíamos el amor después de comer? —dijo Patrick.

—Thomas acaba de dormirse.

—Tú sabes que ésa no es la verdadera razón. No andamos rechinando los dientes de la frustración y prometiéndonos que nos lanzaremos sobre la cama en cuanto haya una oportunidad: eso no cuenta ni como posibilidad. —Cerró los ojos—. Tengo la

sensación de que vamos a toda prisa por un túnel blanco reluciente... —dijo.

—Eso era ayer, al venir del aeropuerto —dijo Mary.

—Un hueso con el tuétano chupado —perseveró Patrick—. Nada es nunca lo mismo otra vez, por muchas veces que repitas la frase mágica a la camarera de la coctelería.

—En mi caso, nunca —dijo Mary.

—Enhorabuena —dijo Patrick, y cayó en un brusco silencio, con los ojos todavía cerrados.

¿Estaba siendo desconsiderada? ¿Debería hacerle una mamada de caridad? Tenía la sensación de que aquellas solicitudes de atención estaban calculadas para resultar imposibles, para que así él pudiera seguir con su infidelidad, muy ofendido. Patrick se quedaría horrorizado si ella empezase a hacerle el amor. ¿O no? ¿Cómo iba a poder averiguarlo si ella era incapaz de tomar cualquier iniciativa sexual? Para ella todo ese asunto estaba muerto y no podía echar la culpa de su derrumbamiento a la aventura de él. Había sido en el momento de nacer Thomas. No pudo evitar maravillarse ante la rotundidad del corte. Tenía toda la fuerza de un instinto, cambiando la dirección de sus recursos, y pasando de un Patrick gastado, debilitado, deteriorado al incitante potencial de su nuevo hijo. Con Robert le había sucedido lo mismo, pero sólo durante unos meses. Esta vez su vida erótica quedaba subsumida en su intimidad con Thomas. La relación con Patrick estaba muerta, no sin que en el funeral apareciesen la culpa y el deber. Se tumbó junto a él en la cama, contempló el techo por unos instantes de intensidad en blanco y luego cerró los ojos ella también. Permanecieron allí tumbados, juntos, flotando en un sueño superficial.

—¡Oh, Dios mío! —le dijo Mary a Robert levantándose del suelo donde estaba arrodillada junto a una maleta abierta—. Todavía no he anulado lo de la abuela y lo de Sally.

—Debo decir que me quedo terriblemente decepcionada —dijo Robert poniendo voz de Kettle.

—Vamos a ver si tienes razón —le dijo Mary sentándose a su lado para marcar el número de su madre.

—Bueno, debo decir que me quedo muy decepcionada —dijo Kettle y Mary tapó con la mano el micrófono del auricular mientras intentaba sofocar la risa—. ¡Perfecto! —le susurró a Robert, que levantó los brazos en señal de triunfo.

—¿Por qué no vienes de todas maneras? —dijo Mary a su madre—. Seamus parece que disfruta de tu compañía más incluso que nosotros. Que es muchísimo —añadió tras una pausa demasiado larga.

Sally dijo que entonces iría a verlos a todos en Londres y luego decidió opinar que eran unas «noticias estupendas».

—Para alguien de fuera ese sitio es como una campana de cristal preciosa de la que hubieran chupado todo el aire. Tenéis que salir antes de que estalléis.

—Se alegra por nosotros —dijo Mary.

—¡Ostras! Bueno —dijo Robert—, espero que le quiten su casa para poder alegrarme por ella.

Cuando volvió, Patrick puso un papel encima de la maleta que Mary luchaba por cerrar y se dejó caer en la silla de al lado de la puerta. Mary cogió el papel y vio que era una de aquellas notas a lápiz de Eleanor que casi no se leían.

MI LABOR AQUÍ HA TERMINADO. QUIERO VOLVER A INGLATERRA. POR FAVOR ENCUENTRA UNA RESIDENCIA EN KENSINGTON.

Le pasó la nota a Robert.

—Es difícil saber qué frase me ha producido más placer —dijo Patrick—. Los minúsculos ahorros no chamánicos de Eleanor se desintegrarán en bastante menos de un año si se traslada a Kensington. Después de eso, si tiene el mal gusto de seguir viva, ¿imaginas quién se espera que la mantenga mientras vegeta en el Distrito Real?

—Me encanta tu punto de interrogación —dijo Mary.

—Eleanor es un auténtico genio a la hora de crear conflictos totales entre los impulsos morales y los emocionales. Siempre consigue que me odie a mí mismo por hacer lo correcto, convierte la virtud en su propio castigo.

—Supongo que debemos protegerla del horror de saber que realmente Seamus sólo estaba interesado en su dinero.

—¿Por qué? —dijo Robert—. Se lo tiene bien merecido.

—Escucha —le dijo Patrick—. Lo que hemos visto hoy es una persona aterrada. Aterrada de morir sola. Aterrada de que su familia la abandone, como ha hecho Seamus. Aterrada de estar jodida, de haber andado sonámbula a través de una reproducción del comportamiento de su madre. Aterrada por la impotencia de sus convicciones frente al sufrimiento real, aterrada por todo. Si aceptamos su petición, podrá cambiar de la filantropía a la familia. En lo esencial, ninguna de las dos cosas funciona ya, pero el cambio puede darle un pequeño respiro antes de volver a instalarse en el infierno.

Nadie dijo nada.

—Esperemos que sea el purgatorio en vez del infierno —dijo Mary.

—No estoy muy puesto en esas cosas —dijo Patrick—, pero si el purgatorio es un sitio donde el sufrimiento te purifica en vez de degradarte, no veo ninguna señal de eso.

—Bueno, tal vez sea el purgatorio para nosotros, al menos.

—No entiendo —dijo Robert—. ¿Es que la abuelita va a venir a vivir con nosotros?

—Pero no en el piso —dijo Mary—. En una residencia.

—¿Y nosotros tendremos que pagarla?

—Todavía no —le replicó la madre.

—Pero de esa forma Seamus gana del todo —dijo Robert—. Él se queda la casa y nosotros la paralítica.

—No está paralítica —dijo Mary—, sólo algo inválida.

—Oh, perdón —dijo Robert—, claro, en ese caso es diferente. Somos gente con suerte. —Puso su voz de presentador—. Nuestros afortunados ganadores de hoy, la familia Melrose de Londres, se llevarán a su casa nuestro fabuloso primer premio. Esta fantástica *inválida* que no puede hablar, no puede andar ni tampoco puede controlar sus tripas. —Robert imitó el ruido de una salva de aplausos enardecidos y después cambió a un tono solemne pero consolador—. Mala suerte, Seamus —dijo pasando el brazo por los hombros de un concursante imaginario—, lo has hecho muy bien, pero al final te han batido en la prueba de la Muerte Lenta. Pero, sin embargo, no te irás a casa con las manos vacías, porque te daremos esta aldea privada en el sur de Francia, con doce suntuosas hectáreas de bosque, una piscina gigante y varias zonas ajardinadas para que jueguen los niños...

—Eso ha sido asombroso —dijo Mary—. ¿De dónde lo has sacado?

—No creo que Seamus lo sepa todavía —dijo Patrick—. Mi madre me hizo leer una postal de Seamus en la que le decía que iría a verla cuando se hubiera marchado la familia. Así que todavía no la ha visto.

—¿Y daba la impresión de que eso pudiera hacerla cambiar de idea?

—No —respondió Patrick—. Al darme la nota, sonreía.

—¿La sonrisa mecánica o la radiante?

—La radiante —dijo Patrick.

—Es peor de lo que pensábamos —dijo Mary—. No sólo se aleja todo lo que puede de la verdad sobre los motivos de Seamus, sino que además añade un nuevo sacrificio. La única cosa que le quedaba para darle era su ausencia. Es amor incondicional, el amor que la gente reserva para sus hijos, si pueden. En este caso el sacrificio son los hijos.

—Hay también un horrendo tufo a cristianismo en el asunto —dijo Patrick—. Ser útil y afirmar al mismo tiempo la propia inutilidad..., todo al servicio del orgullo herido. Si se queda aquí tiene que ser testigo de la traición de Seamus, pero de este modo los traicionados somos nosotros. No puedo vencer su testarudez. No hay nada como cumplir la voluntad de Dios para volver obstinada a la gente.

—No puede hablar ni moverse —dijo Mary—, pero fíjate en el poder que tiene.

—Sí —dijo Patrick—. Todo este parloteo entre una y otra cosa no es nada comparado con los llantos y gemidos que tienen lugar a ambos lados de la vida. Me vuelve loco: estamos dominados por un tirano sin palabras tras otro.

—Pero ¿dónde iremos de vacaciones el año que viene? —preguntó Robert.

—Podemos ir a cualquier parte —dijo Patrick—, ya no estamos prisioneros de la perfección provenzal. Nos evadimos de la postal y cogemos la carretera. —Se sentó en la cama al lado de Robert—. ¡Bogotá! ¡Blackpool! ¡Ruanda! Deja volar la imaginación. Invoca una imagen del verano fugaz de Alaska rompiendo entre las simas de la tundra. Tierra del Fuego es encantadora en esta época del año. Allí no hay que luchar por las playas excepto con esos leones marinos tan fofos y graciosos. Ya

hemos tenido bastante de estos placeres del Mediterráneo tan conocidos, llenos de patines y *pizzas au feu de bois*. El mundo es la ostra para encontrar nuestra perla.

—Odio las ostras —dijo Robert.

—Sí, en eso he metido la pata —dijo Patrick.

—Bueno, ¿adónde queréis ir? —preguntó Mary—. Podéis escoger el sitio que queráis.

—A América —dijo Robert—. Yo quiero ir a los Estados Unidos de América.

—¿Por qué no? —dijo Patrick—. Ahí es donde tradicionalmente van los europeos cuando los expulsan.

—A nosotros no nos expulsan —dijo Mary—, es que por fin nos hemos liberado.

Agosto de 2003

¿Serían los Estados Unidos tal y como él se los imaginaba? Igual que el resto del mundo entero, Robert había vivido la mayor parte de su vida bajo una lluvia de imágenes norteamericanas. Quizás fuera un sitio que habían imaginado para él y ya no sería capaz de ver nada de nada.

La primera impresión que tuvo, cuando el avión estaba todavía en la pista de Heathrow, fue una sensación de blandura histórica. Una mujer pelirroja a la que su propio peso le hacía doblar las rodillas interrumpía el flujo de pasajeros que avanzaba por el pasillo.

—No puedo meterme ahí. No puedo meterme —jadeaba—. Linda quiere que me siente en la ventanilla, pero ahí no quepo.

—Métete tú, Linda —dijo con una voz tremenda el padre de la familia.

—¡Papá! —exclamó Linda, cuyo tamaño hablaba por sí solo.

Aquello le resultaba ciertamente típico, algo que ya había visto antes en los sitios turísticos de Londres: un tipo especial de americano con obesidad blanda; no la grasa del *gourmet* adquirida con duro esfuerzo, ni el cuerpo descomunal de un camionero, sino la grasa aprensiva de una gente que había decidido convertirse en sus propios *airbags* en un mundo lleno de peligros. ¿Qué pasaba si el Airbus era secuestrado por un psicópata que no hubiera traído cacahuetes? Mejor comer unos cuantos ahora. Si se producía un ataque terrorista, ¿encima iban a tener que pasar hambre?

Finalmente los Airbag acabaron embutiéndose en sus asientos. Robert nunca había visto unos rostros tan imprecisos, meros bosquejos de la inmensidad de sus cuerpos. Incluso las facciones relativamente protuberantes del padre parecían los residuos de un cirio fundido. Al encajarse en su asiento de pasillo, la señora Airbag se volvió hacia la larga cola de pasajeros que obstruía y con un tinte marrón de cansancio emanando de sus ojos velados de color avellana, gimió:

—Gracias por su paciencia.

—Es muy amable dándonos las gracias por algo que no le hemos ofrecido —dijo el padre de Robert—. Quizás yo debiera agradecerle su agilidad.

La madre de Robert le lanzó una mirada de advertencia. Resultó que tenían la fila de detrás de los Airbag.

—Tendrás que bajar los brazos de la butaca para el despegue —advirtió a Linda su padre.

—Mamá y yo compartimos los asientos —soltó Linda entre risitas—. ¡Nuestros pompis se expanden!

Robert atisbó por el hueco entre los asientos. No logró descubrir cómo iban a poder bajar los brazos del asiento.

Tras descubrir a los Airbag, la sensación de blandura que Robert sentía se extendió a todas partes. Hasta la dureza de algunas de las caras que veía aquella tarde calurosa y cerúlea de la llegada, en las grietas minerales repletas de banderas del

centro de Manhattan, le parecían tener la blandura amargada de los niños traicionados después de haberles hecho la promesa de que lo tendrían todo. Para aquellos dispuestos a ser consolados, siempre había algo que comer: un puesto de *pretzels*, un carrito de helados, un servicio de comidas a domicilio, un cuenco de frutos secos en la barra, una máquina de chucherías al fondo del pasillo. Notó la presión para adaptarse a la mentalidad del ganado que pasta, no simplemente ganado corriente, sino industrializado, ganado al que no se le hace esperar, ni se le permite esperar.

En el Oak Bar, Robert vio una fila de hombres, pálidos y esponjosos como champiñones, todos bien plantados sobre las anchas estacas de sus pantalones caqui delante del armarito de los puros. Parecía que estuviesen jugando a ser hombres. Susurraban y soltaban risitas como colegiales con miedo a que les pillasen y les hiciesen sacarse los almohadones que llevaban metidos debajo de las camisas de colores pastel abotonadas hasta abajo y quitarse las gorras de plástico con las que simulaban que ya estaban calvos. Al observarlos, Robert se sentía muy mayor. Vio a la señora mayor de la mesa de al lado cubrir con sus viejos labios empolvados el borde de su vaso y sorber el líquido rosa del cóctel con boca experta. Parecía un camello queriendo esconder sus aparatos dentales. En el reflejo convexo del bol negro de cerámica sobre la ventana veía el ir y venir de la gente, taxis amarillos que surgían y se esfumaban, las ruedas de radios de las calesas del parque dando vueltas y acercándose hasta hacerse tan pequeñas como las ruedas de un reloj de pulsera, y desaparecer.

El parque era alegre y cálido, lleno de vestidos sin mangas y chaquetas colgando de un dedo sobre los hombros. Robert notó que el estado de alerta reforzada de la llegada se iba relajando con el cansancio, y la novedad de Nueva York recubierta por la sensación de haber visto mil veces ya ese sitio. Mientras que los parques de Londres que conocía parecían insistir en la naturaleza, Central Park insistía en el entretenimiento. Hasta el último centímetro estaba organizado para el placer. Los senderos de gravilla serpenteaban entre pequeñas colinas y llanuras, dejaban atrás el zoo y una pista de patinaje, zonas tranquilas, campos de deportes y toda una plétora de áreas de juegos. Patinadores con auriculares que perseguían su música particular. Adolescentes que escalaban pequeños montículos de piedras gris bronce. La música para serpientes de un flautista que resonaba en la humedad del arco de un puente. Y al apagarse a sus espaldas era sustituida por los estridentes bocinazos mecánicos de un tiovivo.

—¡Mira, mamá, los caballitos! —dijo Thomas—. Quiero subir. Ciertamente no puedo resistirme a hacerlo.

—De acuerdo —dijo el padre de Robert con un suspiro para evitar rabietas.

Se delegó en Robert acompañar a Thomas en el tiovivo. Se subieron los dos al mismo caballito y Robert le puso un cinturón de cuero por la cintura a su hermano.

—¿Éste es un caballo de verdad? —preguntó Thomas.

—Sí —dijo Robert—. Es un enorme caballo salvaje americano.

—Tú eres Alabala y dices que es un caballo salvaje americano —dijo Thomas.

Robert obedeció a su hermano.

—¡No, Alabala! —dijo Thomas, cortante y advirtiendo con su dedo índice—. Es un caballito de feria.

—¡Vaya! Perdón —dijo Robert mientras el tiovivo se ponía en movimiento.

Pronto estuvo girando deprisa, casi demasiado deprisa. Nada de lo vivido en el tiovivo de Lacoste le había preparado para aquellos caballos encabritados que resoplaban por unos ollares pintados de rojo y retorcían los poderosos cuellos ambiciosamente hacia el parque. Ahora estaba en un continente distinto. La música atronadora parecía que hubiera hecho enloquecer a todos los payasos del cilindro central y veía que en vez de estar disimulados por un cielo pintado tachonado de luces, sobre sus cabezas daban vueltas unas barras gruesas muy engrasadas. Aquella maquinaria a la vista, unida a la violencia de la cabalgada, le resultó típicamente americana. La verdad es que no sabía por qué. Quizás en América todo exhibiría ese don de resultar típico inmediatamente. Del mismo modo que su cuerpo estaba siendo engañado con una segunda tarde el mismo día, cada sorpresa venía transida por esa sensación de constituir un ejemplo.

Poco después de dejar el tiovivo se tropezaron con una enérgica mujer de mediana edad inclinada sobre su perrito faldero.

—¿Quieres un capuchino? —le preguntaba, como si aquello fuera una tentación tremebunda—. ¿No tienes ganas de tomar un capuchino? ¡Vamos! ¡Vamos! —Y batía las palmas muy entusiasmada.

Pero el perrito tiraba de la correa para atrás, como diciendo «yo soy un Dandie Dinmont y no tomo capuchinos».

—Creo que es un «no» claro —dijo el padre de Robert.

—¡Chist! —dijo Robert.

—Yo opino —dijo Thomas sacándose el dedo de la boca e inclinado en su sillita —, yo creo que es un «no» claro. —Y se rió para adentro—. Quiero decir, ¡es increíble! ¡El perrito no quiere un capuchino! —Volvió a meterse el pulgar en la boca y se puso a jugar con la suave etiqueta de su trapito.

Pasados otros cinco minutos, los padres estaban muy dispuestos a regresar al hotel, pero Robert atisbó agua por alguna parte y salió corriendo en esa dirección.

—¡Mirad! —dijo—. Un lago.

El paisajismo había logrado crear la impresión de que la orilla más alejada del lago lamía la base de las torres dobles de un rascacielos del West Side. Bajo la vigilancia de aquel acantilado cubierto de perforaciones, hombres en camiseta empujaban barquitas de metal a lo largo de isletas de juncos, novias entregadas tomaban fotos de risas entre los remos, niños inmóviles hacían bulto con sus chalecos salvavidas azules.

—¡Mirad! —dijo Robert incapaz de expresar con precisión lo asombrosamente típico que resultaba todo.

—Yo quiero ir al lago —dijo Thomas.

—Hoy no —dijo el padre de Robert.

—Pero yo quiero —gritó el crío, con las lágrimas asomándole de inmediato en los párpados.

—Daremos una vuelta —dijo el padre de Robert cogiendo la sillita y acelerando por una avenida que bajaba entre estatuas de bronce. Las protestas de Thomas pronto fueron sustituidas por gritos de «¡más deprisa!».

Cuando llegaron a su altura, el padre de Robert iba completamente doblado sobre el manillar de la sillita, recuperando el aliento.

—El comité de selección debía de residir en Edimburgo —jadeó señalando con la cabeza las estatuas gigantes de Robert Burns y Walter Scott, encorvados bajo el peso de su genio. Un poco más allá, un Shakespeare vivaz pero mucho más pequeño vestía traje de época.

El Hotel Churchill en el que estaban no tenía servicio de habitaciones, así que el padre de Robert salió a comprar una tetera y algunas «provisiones básicas». Cuando volvió, Robert le notó en el aliento un olor reciente a whisky.

—¡Señor! —dijo el padre sacando una caja de la bolsa de la compra—. Sales a comprar una tetera y vuelves con nada menos que un Preparador de Bebidas Calientes para Viajeros Avispados.

Al igual que los traseros desbordantes de Linda y su madre, las frases parecían tener derecho a ocupar tanto espacio como podían. Robert observó cómo su padre sacaba té y café y una botella de whisky de una bolsa de papel marrón. De la botella ya había bebido alguien.

—Mira qué cortinas tan asquerosas —le dijo el padre viendo que Robert calculaba la proporción de botella que ya estaba vacía—. La razón de que el resto de Nueva York respire un aire deliciosamente puro es que nosotros tenemos en nuestro cuarto esos filtros especiales para la contaminación que aspiran todo el polvo de la atmósfera. Sally dijo que la decoración de este sitio crece a tu costa, y eso es exactamente lo que me preocupa. Procura no tocar ninguna superficie.

Robert, que estaba muy emocionado con la idea de ir a un hotel, empezó a mirar con escepticismo lo que había a su alrededor. Una alfombra china de color rosa vientre de ratón con un pictograma dentro de un medallón en el centro daba paso a la tapicería francesa provinciana llena de grasa del sillón y del sofá. Encima del sofá, contra las paredes empapeladas de botón de oro, un tapiz indio de unas mujeres bailando muy rígidas junto a un pozo con unas vacas en primer término, colgaba frente a un gran cuadro de dos bailarinas con tutús, una en amarillo limón y la otra en rosa pálido. La bañera tenía tantos cráteres como la luna. El cromado de los grifos se había vuelto gris mate y el esmalte había saltado. Si no te hacía falta un baño antes de meterte allí, seguro que después lo necesitarías. La ventana de la habitación de sus padres, en donde Thomas brincaba sobre la cama gritando «¡Miradme! ¡Soy un astronauta!» dejaba ver un aparato oxidado de aire acondicionado que zumbaba unos

centímetros más abajo de la guillotina, que no cerraba bien. Desde la sala, en la que Thomas y él iban a dormir juntos en un sofá cama (o donde, conociendo a Thomas, iban a dormir su padre y él después de que Thomas se hubiera apoderado de la cama de la madre), había una vista perfecta del revestimiento en piedra artificial del rascacielos vecino.

—Es como vivir en una cantera —dijo el padre vertiendo dos dedos de whisky en un vaso. Se acercó a la ventana y bajó la persiana de plástico gris. La barra que sujetaba la persiana se estrelló contra el aparato de aire acondicionado de la sala con un ruido metálico hueco.

—¡Hostias! —dijo.

La madre de Robert se echó a reír.

—Son sólo unas pocas noches —dijo—. Venga, salgamos a cenar. Thomas tardará una eternidad en volver a dormirse. En el avión durmió tres horas. ¿Y tú qué tal, cariño? —le preguntó a Robert.

—Yo quiero que nos pongamos en marcha. ¿Puedo tomar una Coca-Cola?

—No —replicó su madre—. Ya estás bastante nervioso ahora.

—Con sabor a manzana y canela —murmuró el padre de Robert, que seguía sacando la compra de la bolsa—. No pude encontrar copos de avena que sepan a avena, ni manzanas que sepan a manzanas, sólo copos de avena que saben a manzana. Y a canela, por supuesto, para que pegue con la pasta de dientes. Un hombre menos sobrio que yo terminaría lavándose los dientes con copos de avena o tomándose un bol de pasta de dientes para desayunar..., y sin enterarse. Con esto bastaría para volverse loco. Y si no llevan aditivos también fanfarronean de eso. Vi un paquete de manzanilla que ponía «sin cafeína». ¿Por qué iba a haber cafeína en la manzanilla? —Sacó el último paquete.

—Trueno Matutino —dijo la madre de Robert leyendo la etiqueta de un té—. ¿No tenemos ya bastantes truenos matutinos con Thomas?

—Ése es tu problema, cariño: te crees que Thomas sirve de sustituto de todo: té, café, trabajo, vida social... —Dejó que la lista se aposentase en silencio, y luego sumergió rápidamente su pulla en un comentario más general—. Eso de Trueno Matutino es muy literario, trae citas suplementarias.

Se aclaró la garganta, y leyó en voz alta:

—«Con frecuencia nacido bajo otro cielo, situado en medio de un escenario siempre en movimiento, impulsado por un torrente irresistible que todo lo arrastra a su alrededor, el americano no tiene tiempo de establecer lazos con nada y se va acostumbrando al cambio únicamente, de modo que acaba por considerarlo como el estado natural del hombre. Experimenta la necesidad de ese cambio más de lo que lo ama, pues para él la inestabilidad, más que significar desastre parece que no hace sino alumbrar milagros a todo su alrededor». Alexis de Tocqueville. Así que ya lo ves —continuó—, eso de querer ponerte en marcha está perfectamente sintonizado con el talante de este país. Por lo menos en 1840, o cuando fuera —dijo revolviéndole el

pelo a Robert.

Thomas se encaramó a una mesa redonda que tenía encima un cristal protector de un palmo menos de diámetro que la propia mesa, con lo que quedaba al aire un reborde del mantel de plástico de color mora.

—Vámonos a un restaurante —dijo la madre de Robert alzándolo con cuidado en sus brazos.

En el ascensor, Robert notaba el silencio casi violento, formado a partir de las cosas que sus padres no se decían, pero cansado también por el efluvio de enfermedad mental que emanaba de la cabeza abombada del ascensorista que, en vez de disculparse como Robert habría esperado, le informó con orgullo de que el aparato había sido instalado en 1926. A Robert le gustaba que algunas cosas fueran antiguas —los dinosaurios, por ejemplo, o los planetas—, pero los ascensores le gustaban nuevos y flamantes. Las ansias de la familia por escapar de aquel cajón de terciopelo rojo eran explosivas. Mientras el demente movía atrás y adelante una palanca de metal brillante, el ascensor daba sacudidas en las inmediaciones de la planta baja hasta que por fin se detuvo a unos centímetros por debajo del nivel del vestíbulo.

Con la luz ya menguante avanzaron por unas aceras que relucían, viendo el vapor que brotaba de los desagües de las esquinas y de las inmensas rejillas que sustituían a las losas del pavimento en tramos larguísimos. Robert se negó a ceder a la cobardía de esquivarlas por sistema, pero las pisaba con desconfianza y tratando de ser lo más liviano posible. La gravedad nunca le había resultado tan grave.

—¿Por qué brillan las aceras? —preguntó.

—Dios sabrá —respondió el padre—. Probablemente por el hierro añadido, o las citas pisoteadas. O tal vez sea simplemente que les han extraído la cafeína.

Aparte de unos pocos artículos de periódicos amarillentos exhibidos en una ventana y un letrero escrito a mano que proclamaba DIOS BENDIGA A NUESTROS SOLDADOS, el Venus Pizza no daba ninguna pista de que en su interior se confeccionase una comida tan asquerosa. Los ingredientes de las ensaladas y las pizzas parecían corresponderse con la expansividad irreflexiva que Robert venía observando desde Heathrow. Una lista podía empezar de manera muy razonable con feta y tomate para después traspasar la frontera saltando a piña con queso suizo. El pollo ahumado se colaba en lo que parecía ser la sección de mariscos, y «todos los platos» se servían con patatas fritas y aros de cebolla.

—Todo «te hará la boca agua» —dijo Robert—. ¿Qué significa eso? ¿Qué vas a necesitar un vaso de agua muy grande para aclararte el sabor?

La madre soltó una carcajada.

—Parece más un informe de la policía sobre las cosas encontradas en un cubo de la basura que un menú —se quejó el padre—. Es evidente que el sospechoso es adicto a las frutas tropicales con un gusto muy acusado por el *brie* y los moluscos —refunfuñó poniendo acento americano.

—Creía que las patatas fritas ahora se llamaban patatas a la libertad^[2] —dijo

Robert.

—Es más barato escribir DIOS BENDIGA A NUESTROS SOLDADOS que volver a imprimir cien cartas —dijo su padre—. Gracias a Dios que España se unió a la coalición de los guerreros, porque si no ahora estaríamos diciendo cosas como: «Yo tomaré una tortilla Tribunal Supremo con unas patatas a la libertad de guarnición». Probablemente los bollitos ingleses sobreviviesen a la purga, pero no me atrevería a pedir por ahí un café turco, después de como se portaron. Lo siento. —El padre de Robert volvió a recostarse en el asiento—. Estaba tan enamorado de los Estados Unidos que supongo que fue como si, con su encarnación actual, me hubieran dejado plantado. Desde luego que es una sociedad enorme y compleja, y que tengo una gran fe en su capacidad para autocorregirse, pero ¿dónde están? ¿Qué ha sido de los disturbios? ¿Y la sátira? ¿Y el escepticismo?

—¡Hola! —La camarera llevaba una chapa con su nombre: KAREN—. ¿Ya habéis escogido? Oh —suspiró mirando a Thomas—, eres una preciosidad.

Robert se quedó hipnotizado por tan rara exhibición de cordialidad vacía. Sintió deseos de poder liberarla de la obligación de mostrarse jovial. Estaba seguro de que lo que quería la chica era irse a su casa.

La madre le sonrió y le dijo:

—¿Podríamos tomar una Vesubio sin los tropezones de piña ni el pavo ahumado ni...? —Se puso a reír, impotente—. Perdona...

—¡Mamá! —dijo Robert echándose también a reír.

Thomas se restregó los ojos y se columpió adelante y atrás porque no quería quedarse al margen.

—Quiero decir —dijo—, es increíble.

—Puede que sea mejor intentarlo desde el otro lado —dijo el padre de Robert—. ¿Podrían traernos una pizza con tomate, anchoas y aceitunas negras?

—Como las pizzas de Les Lecques —dijo Robert.

—Ya veremos —dijo su padre.

Karen intentó dominar su desconcierto ante aquella pobreza de ingredientes.

—Mozzarella sí quieren, ¿verdad?

—No, gracias.

—¿Y una fina lluvia de aceite de albahaca?

—Sin lluvias, gracias.

—Vale —dijo, endurecida ante tamaña terquedad.

Robert se inclinó hacia la mesa de formica y apoyó la cabeza de lado en la almohada que formó cruzando los brazos. Tenía la sensación de llevar todo el día metido en una disputa con su cuerpo: recluido en el avión cuando estaba con ganas de correr por ahí, y corriendo por ahí ahora que tendría que estar en la cama. En un rincón, un televisor con el volumen lo bastante bajo para ser incomprensible, pero no tanto como para no hacer ruido, emitía en diagonal sobre el salón. Robert nunca había visto antes un partido de béisbol, pero había visto películas en las que el espíritu

humano triunfaba sobre la adversidad en un campo de béisbol. Creía que se acordaba de una en la que unos gánsters intentaban hacer que una gran estrella del béisbol, un hombre de bien, perdiese un partido deliberadamente, pero en el último momento, justo cuando estaba a punto de lanzar todo por la borda y los rugidos de la muchedumbre decepcionada parecían expresar lo absolutamente insatisfactorio que es un mundo donde ya no queda nada en lo que creer, entraba como en trance y se acordaba de la primera vez que había bateado muy lejos la pelota en medio de un campo de trigo en mitad de los Estados Unidos de América. No podía traicionar aquel fantástico impulso hacia el cielo a cámara lenta, aquella sensación de su infancia, y no podía traicionar a su madre que siempre llevaba un mandil y le decía que no dijese mentiras, así que mandó la bola directamente fuera del estadio, y los gánsters pusieron una cara un poco como la de Karen al tomar la nota de las pizzas, sólo que mucho más enfadados, pero su novia se mostraba orgullosa de él, y eso a pesar de que tenía a los gánsters escoltándola a ambos lados, porque ella era, fundamentalmente, como su madre, aunque con vestidos mucho más caros y de color melocotón, y el público se volvía loco porque otra vez había algo en lo que creer. Y entonces había una persecución de coches y los gánsters, cuyos reflejos no estaban agudizados por toda una vida de deporte, reflejaron su mal carácter en un fallo de conducción en una curva crucial y se estrellaron y el coche explotó.

En el partido de la tele parecía que a los gánsters les iba mucho mejor y a la bola casi nunca le daba nadie. Cada pocos minutos los anuncios interrumpían el partido y entonces salían las palabras SERIES MUNDIALES en unas letras doradas enormes que surgían de no se sabía dónde y lanzaban destellos en la pantalla.

—¿Dónde está nuestro vino? —dijo el padre.

—Tu vino —le corrigió la madre.

Vio que su padre apretaba la mandíbula y se tragaba un comentario. Cuando llegó Karen con la botella de vino tinto, el padre empezó a beber muy decidido, como si el comentario que no había llegado a hacer se le hubiese quedado atascado en el gaznate. Karen les puso a Robert y a Thomas unos vasos enormes de hielo teñido con zumo de grosellas. Robert se bebió el suyo con desgana. Había sido un día insoportablemente largo. No sólo la ranciedad presurizada de color galleta del vuelo, sino también los trámites de inmigración. Su padre, que había dicho en broma que pensaba describirse a sí mismo como un «turista internacional» basándose en que así pronunciaba el presidente Bush las palabras «terrorista internacional», consiguió resistir la tentación. Pero, aun así, una funcionaria negra de Inmigración se lo llevó a una sala adyacente después de sellarle el pasaporte.

—No entendía cómo era posible que un abogado inglés hubiera nacido en Francia —les explicó en el taxi—. Se cogía la cabeza y decía: «Estoy tratando de formarme un concepto de su vida, señor Melrose». Yo le dije que eso mismo intentaba yo, y que si alguna vez llegaba a escribir mi autobiografía, le mandaría un ejemplar.

—Oh —dijo la madre de Robert—, así que por eso estuvimos esperando media

hora más.

—Bueno, ya sabes, los que odiamos las cosas oficiales, nos ponemos ansiosos o ingeniosos.

—La próxima vez prueba con la ansiedad, va más rápido.

Cuando por fin llegaron las pizzas, Robert vio que no tenían arreglo. Eran gruesas como pañales y no las habían ajustado a la reducción de un noventa por ciento de los ingredientes. Robert apartó en una esquina todo el tomate, las anchoas y las aceitunas y dejó dos bocados de pizza miniatura. Y no era para nada como aquella pizza fina, deliciosa y levemente quemada de Les Lecques, pero aun así, tal vez porque había pensado que lo sería, le había abierto una trampilla que daba a los veranos que solían pasar antes y que ya nunca volverían a pasar.

—¿Qué está mal? —le preguntó la madre.

—Yo sólo quiero una pizza como la de Les Lecques. —Robert se sentía asaltado por la desesperación y la injusticia. Aunque realmente no quería llorar.

—Oh, cariño, te entiendo muy bien —le dijo acariciándole la mano—. Ya sé que dicho en este absurdo restaurante resulta inverosímil, pero vamos a pasarlo muy bien en América.

—¿Por qué llora Bobby? —preguntó Thomas.

—Está disgustado.

—Pues yo no quiero que llore —dijo Thomas—. ¡No quiero! —gritó y se puso a llorar también.

—¡Hostias! —dijo el padre de Robert—. Sabía que tendríamos que haber ido a Ramsgate.

Cuando volvían al hotel, Thomas se durmió en su sillita.

—Vayamos al grano —dijo el padre de Robert— y no finjamos que vamos a dormir juntos. Tú llévate a los críos al dormitorio y yo me quedaré en el sofá cama.

—Muy bien —dijo la madre de Robert—, si eso es lo que quieres...

—No hace falta emplear palabras estimulantes como «querer». Es lo que sabemos que va a suceder, siendo realistas.

Robert se durmió inmediatamente, pero se despertó otra vez cuando los números rojos del reloj de la mesilla indicaban 2:11. Thomas y la madre aún dormían, pero de la sala le llegaba un ruido apagado. Encontró a su padre en el suelo, delante de la televisión.

—Me descoyunté la espalda al desplegar ese jodido sofá cama —le dijo haciendo flexiones con las caderas todavía apretadas contra la alfombra.

La botella de whisky estaba en la mesa de cristal, tres cuartos vacía, al lado de un blíster de analgésicos de codeína saqueado.

—Siento mucho lo del Venus Pizza —dijo el padre—. Después de ir allí, y de comprar en Carnegie Foods y de pasar varias horas mirando esta televisión de delincuentes, he llegado a la conclusión de que probablemente deberíamos ayunar mientras estemos aquí de vacaciones. La avicultura industrial no se acaba en el

matadero, acaba en nuestro torrente sanguíneo, después de que los misiles alimentarios de Henry Ford se hayan precipitado de sus jaulas a nuestras bocas abiertas y hayan disuelto sus hormonas del crecimiento y sus alimentos modificados genéticamente dentro de nuestros cuerpos cada vez más inseguros. Y hasta cuando la comida *no* es «rápida», la factura *sí* es instantánea, y vuelve a lanzar al comensal ocioso a las calles rebosantes de *snacks*. Al final todos vamos en la misma cinta transportadora que esos pollos electrocutados y desplumados.

A Robert le pareció que su padre asustaba un poco, vagamente, con aquellos ojos enrojecidos y manchas de sudor en la camisa, esforzándose por hacer salir las palabras de su boca. Robert sabía que no era que le comunicase nada a él, sino que le permitía escuchar los discursos que preparaba. Durante todo aquel rato en que él dormía, su padre había estado recorriendo arriba y abajo una sala de audiencias imaginaria, haciendo de fiscal.

—Me gustó el parque —dijo Robert.

—El parque es bonito —le concedió el padre—, pero en el resto del país no hay más que gente en coches inmensos preguntándose qué va a comer a continuación. Cuando alquilemos un coche ya verás que es como una salita de estar móvil, con mesitas por todas partes y posavasos. Es una nación de niños hambrientos con pistolas de verdad. Si no te revienta una bomba, te destroza una pizza Vesubio. Es absolutamente terrorífico.

—Para, por favor —dijo Robert.

—Perdona. Es que me encuentro... —El padre, de pronto, parecía perdido—. Es simplemente que no puedo dormir. El parque es estupendo. La ciudad es tan hermosa que te quedas sin aliento. Soy yo el que...

—¿El whisky formará parte del ayuno?

—Lamentablemente —dijo el padre imitando el tono malicioso con el que Thomas decía esa palabra—, el whisky es una cosa muy, muy pura, y no resulta razonable incluirlo en la guerra contra la corrupción.

—Oh —dijo Robert.

—Perdona, perdona. —El padre cogió el mando a distancia—. Vamos a apagar esa basura que corrompe los cerebros y leer una historia.

—¡Excelente! —dijo Robert saltando sobre el sofá cama. Notó que estaba fingiendo más alegría de la que sentía, un poco como Karen. Quizás fuera algo contagioso, o que ponían cosas en los alimentos.

—¡Ay, Patrick! ¿Por qué no nos dijeron que aquella vida encantadora que disfrutábamos se iba a terminar? —dijo la tía Nancy mientras pasaba las páginas del álbum de fotos.

—¿No te lo dijeron? —comentó Patrick—. Qué exasperante. Pero claro, por otro lado, para la gente que debería habértelo dicho no se acabó. Fue que, sencillamente, tu madre lo echó a perder todo por fiarse de tu padrastro.

—¿Y sabes qué era lo peor de todo? Que era..., iba a usar la palabra «malo»...

—Una palabra popular estos días —murmuró Patrick.

—...era un hombre malo —continuó Nancy, cerrando los párpados sólo un instante para negarse a admitir la distracción del comentario de Patrick—. Me metía mano en el coche de mamá, detrás, cuando la pobre estaba en casa muriéndose de cáncer. El viejo entonces tenía Parkinson, así que le temblaban las manos al sobarme, ya sabes de qué hablo. Después de morir mamá me pidió que me casara con él y todo. ¿Te lo puedes creer? Yo me eché a reír, pero algunas veces pienso que tendría que haber aceptado. Sólo duró dos años más y me habría evitado tener que ver a los mozos de cuerda del sobrinito llevarse el tocador de mi cuarto mientras yo estaba en la cama la misma mañana que murió Jean. Les dije a aquellos animales de mono azul: «¿Qué hacen ustedes? ¡Esos son mis cepillos del pelo!». «Nos dijeron que nos lo llevásemos todo», gruñeron, y me sacaron de la cama para poder cargarla también en la camioneta.

—Hubiera sido todavía más traumático casarte con una persona que aborrecías y que te daba asco físicamente —dijo Patrick.

—¡Ay, mira! —exclamó Nancy volviendo una página del álbum—. Esto es Farley, donde pasamos el principio de la guerra, mientras mamá seguía bloqueada en Francia. Era una casa absolutamente divina en Long Island. ¿Sabías que el tío Bill tenía un jardín de sesenta hectáreas? Y no hablo de campos y bosques, de eso también había cantidad. Hoy en día la gente se cree que son Dios Todopoderoso por tener cuatro hectáreas de jardín en Long Island. Había un trono de mármol rosa que era lo más maravilloso del mundo, en medio del jardín topiario donde jugábamos al escondite inglés. Había pertenecido al emperador de Bizancio... —Suspiró—. Todo perdido, todas aquellas cosas tan hermosas...

—Lo que ocurre con las cosas es que siempre se están perdiendo —dijo Patrick—. El emperador perdió su trono antes de que el tío Bill perdiera sus muebles de jardín.

—Bueno, pero por lo menos los hijos del tío Bill pudieron vender Farley —se encendió Nancy—. No se lo robaron.

—Óyeme, yo soy el primero que está de tu parte. Después de lo que hizo Eleanor, nosotros somos la rama más reseca financieramente de la familia —dijo Patrick—. ¿Cuánto tiempo estuviste separada de tu madre? —le preguntó como para introducir

una nota más ligera.

—Cuatro años.

—¡Cuatro años!

—Bueno, nos vinimos a América dos años antes de que empezara la guerra. Mamá se quedó en Europa para intentar sacar de Francia y de Inglaterra y de Italia las cosas verdaderamente buenas, y no consiguió llegar a América hasta dos años después de la invasión alemana. Jean y ella escaparon a través de Portugal y cuando llegaron, recuerdo que el baúl de los zapatos se había caído por la borda del pesquero que habían contratado para que les trajese a Nueva York. Pensé que si habían podido escapar de los alemanes perdiendo únicamente un baúl que sólo contenía zapatos no habían tenido tan mala guerra.

—Pero ¿cómo te sentías sin verla en tanto tiempo?

—Bueno, ya sabes, un par de años antes de que tuviera el ataque tuve una conversación extrañísima con Eleanor. Me contó que cuando mamá y Jean llegaron a Farley, ella se fue remando hasta el centro del lago y se negó a hablar con ellos porque estaba enfadadísima con mamá por habernos tenido cuatro años abandonadas. Me quedé muy sorprendida porque yo no me acordaba de nada de todo eso. Quiero decir que me parece que eso hubiera tenido un fuerte impacto en nuestras vidas, tan jóvenes. Pero todo lo que yo recuerdo es que los zapatos de mamá se perdieron.

—Yo creo que cada uno se acuerda de lo que es importante para él —dijo Patrick.

—Eleanor me contó que odiaba a mamá —dijo Nancy—. A decir verdad, no sabía que eso fuera posible *genéticamente*.

—Probablemente sus genes se quedaron horrorizados —dijo Patrick—. La historia que siempre contaba Eleanor era que odiaba a vuestra madre por haber echado a las dos personas que más quería y con las que más contaba: su padre y su niñera.

—Yo me até al coche que se llevaba a la niñera —dijo Nancy, haciendo la competencia.

—Bueno, pues ahí lo tienes, ¿no sentiste una punzada de reto genético...?

—No. Le eché la culpa a Jean. Él fue quien convenció a mamá de que éramos demasiado mayores para tener niñera.

—¿Y vuestro padre?

—Bueno, mamá dijo que simplemente ya no podía seguir permitiéndoselo. La volvía loca con una extravagancia diferente cada semana. En las preliminares de Ascot, por ejemplo, no es que simplemente se comprase un caballo, es que se compró una cuadra entera. ¿Entiendes lo que te digo?

—¡Vaya tiempos aquellos! —dijo Patrick—. Me encantaría verme en la situación de irritarme porque Mary se hubiera comprado una docena de purasangres, en vez de sentir auténtico pánico cada vez que Thomas necesita un par de zapatos nuevos.

—Exageras.

—Es el único derroche que todavía me puedo permitir.

Sonó el teléfono y Nancy se fue al estudio adjunto a la biblioteca, dejando a Patrick en el blando sofá hundido con el peso del álbum rojo de piel con un 1940 de oro estampado en el lomo.

La imagen de Eleanor remando en medio del lago y negándose a hablar con nadie se fundía en la mente de Patrick con la de su estado actual, postrada en cama y aislada del resto del mundo.

Al día siguiente de instalarse en su residencial tumba de Kensington, con sus gruesas alfombras y su calefacción excesiva, el director llamó a Patrick.

—Su madre desearía verle inmediatamente. Cree que se va a morir hoy.

—¿Y hay alguna razón para pensar que esté en lo cierto?

—Razones médicas para ello no hay ninguna, pero insiste mucho.

Patrick dejó el bufete a regañadientes y acudió a visitar a Eleanor. Se la encontró llorando a causa de la indecible frustración de tener algo tan importante que decir. Al cabo de media hora pudo finalmente emitir un «Morir hoy», alumbrado con todo el pasmo maravillado del acto de la maternidad. Después de aquello, difícilmente pasó un día sin que emergiera una promesa de muerte como resultado de media hora de lucha con galimatías y llantinas.

Cuando Patrick se lamentó ante Kathleen, la animada enfermera irlandesa que se encargaba de la planta de Eleanor, ella le dio un apretón en el brazo y le soltó entre risas:

—Probablemente nos acabará enterrando a todos. Fíjese en el doctor MacDougal, el de la planta siguiente. A los setenta años se casó con una señora a la que le doblaba la edad..., una mujer encantadora, muy simpática. Bueno, pues al año siguiente, la verdad es que fue un caso de lo más trágico, él enfermó de Alzheimer y se instaló aquí. Ella estaba entregadísima, venía a verlo cada día. Y el caso es que la pobre tuvo un cáncer de pecho al año siguiente. Se murió a los tres años de haberse casado con él, y él sigue ahí arriba, *cada vez más fuerte*.

Y tras una carcajada final lo dejó solo en el pasillo sin ventilación junto a la farmacia cerrada.

Lo que le deprimía aún más que la inexactitud de las predicciones de Eleanor era la tenacidad con que se engañaba a sí misma y su vanidad espiritual. La idea de que ella gozaba de una sabiduría especial para conocer el momento exacto de su muerte era típica de las fantasías que habían gobernado su vida. Solamente a partir de junio, después de una caída en la que se rompió la cadera, empezó a adoptar una actitud más realista en cuanto al grado de control que podía tener sobre su muerte.

Patrick fue al Hospital Chelsea and Westminster para verla después de la caída.

Le habían dado morfina con el desayuno, pero su agitación no se había apaciguado. Necesitaba desesperadamente salir de la cama, y se había caído varias veces, tenía un cardenal morado casi negro en la sien, la nariz roja e hinchada, el párpado derecho manchado de amarillo y, finalmente, la cadera fracturada, y a pesar de eso, seguía queriendo cogerse de la barra lateral de su cama de hospital marca

Evans Nesbit modelo Jubilee e intentar izarse con aquellos brazos fofos y blancos llenos de pinchazos recientes que Patrick no pudo evitar envidiarle. Unas pocas frases claras se alzaban como islas del Pacífico en un océano de lamentaciones masculladas y sílabas sin sentido.

—Tengo una cita —le dijo iniciando un renovado intento de levantarse de la cama.

—Estoy seguro de que la persona con quien has quedado vendrá aquí —dijo Patrick—, sabiendo que no te puedes mover.

—Sí —dijo ella dejándose caer otra vez por un momento sobre las almohadas salpicadas de sangre. Pero se debatió de nuevo por incorporarse y gimió—: Tengo una cita.

No estaba lo bastante fuerte para quedarse mucho rato incorporada, y pronto reinició un lento retorcerse sobre la cama y el largo recorrido por otra tirada de farfulleos y urgencias ininteligibles. Y entonces apareció un «Ya no más», sin conexión con nada. Se pasó las manos por la cara, exasperada, como si quisiera llorar, pero también su cuerpo la abandonaba a esos efectos.

Finalmente lo consiguió.

—Quiero que me mates —le dijo cogiéndolo de la mano con una fuerza sorprendente.

—Me encantaría ayudarte —dijo Patrick—, pero por desgracia va contra la ley.

—Ya no —chilló Eleanor.

—Estamos haciendo todo lo que podemos —dijo Patrick, impreciso.

Buscando consuelo en lo práctico, intentó darle a su madre un trago de zumo de piña del vaso de plástico que había en la mesilla de noche. Pasó la mano por debajo de la almohada de arriba, le levantó la cabeza y fue vertiendo con delicadeza el zumo entre sus labios agrietados. Sintió que la ternura del acto lo transformaba. Jamás había tratado a nadie con tanto cuidado, salvo a sus propios hijos. La corriente de las generaciones se había invertido y se encontró sujetando con exquisita preocupación a la inútil, traicionera y confundida de su madre. Cómo levantarle la cabeza, cómo asegurarse de que no se atragantaba. Observó cómo daba vueltas en la boca al zumo con una expresión de alarma y desconcierto en el rostro, y le deseó que tuviese éxito en los intentos por recordar a su garganta cómo se tragaba.

Pobre Eleanor, pobre Eleanorcita, no estaba nada bien, necesitaba ayuda, necesitaba protección. No había obstáculos ni interrupciones en sus deseos de ayudarla. Estaba asombrado al ver su mente desengañada y discutidora sometida por un acto físico. Se inclinó hacia delante y la besó en la frente.

Entró una enfermera y vio el vaso en la mano de Patrick.

—¿Le ha dado usted un poco de espesante?

—¿De qué?

—Espesante —le respondió dándole golpecitos a una lata con ese rótulo.

—No creo que mi madre quiera espesarse —dijo Patrick—. No tendrán una lata

de algo que se llame «liquidador», ¿verdad?

La enfermera lo miró escandalizada, pero Eleanor sonrió.

—Idador... —repitió.

—Esta mañana se ha tomado un buen desayuno —perseveró la enfermera.

—Erza —dijo Eleanor.

—¿A la fuerza? —sugirió Patrick.

La madre lo miró con su cara de ojos desorbitados y dijo:

—Sí.

—Cuando vuelvas a la residencia podrás dejar de comer si quieres —dijo Patrick —. Tendrás un mayor control de tu destino.

—Sí —murmuró ella, con una sonrisa.

Por primera vez pareció que se relajaba. Y lo mismo le pasó al hijo. Estaba dispuesto a impedir que a su madre le impusieran una vida todavía más horrible. Ahí, al fin, tenía un papel filial al que se podía entregar.

Patrick contempló los lomos idénticos en piel roja de los otros más de cien álbumes fechados de 1919 a 2001, colocados en los estantes que tenía justo delante. El resto de la habitación estaba forrada de bloques de libros en piel muy decorativos y, más abajo, libros relucientes sobre el arte de la decoración. Incluso las dos puertas, la del vestíbulo y la del estudio donde Nancy estaba hablando por teléfono, continuaban el tema de biblioteca. Sus paneles estaban cubiertos de lomos de falsos libros colocados en estanterías en *trompe-l'oeil* perfectamente en línea con los estantes de verdad, de manera que cuando las puertas estaban cerradas la sala generaba una claustrofobia impresionante. La magnitud del resentimiento y la nostalgia que Nancy hacía estallar y que no había disminuido desde la última vez que la viera ocho años antes, decidió todavía más a Patrick a no vivir en aquel mundo de cosas pasadas al que se consagraba la pared de los álbumes, y no digamos ya en el reino donde la imaginación de Nancy ardía aún con más ferocidad. No parecía que tuviera mucho sentido ponerse a darle una conferencia para reforzar el valor de mantener la contemporaneidad, dado que ella ni siquiera se aferraba al pasado tal y como había sido, sino que prefería una versión limpia de la injusticia que le habían hecho casi cuarenta años antes. Para él los rescoldos de la plutocracia no eran más atractivos que una pila de platos sucios después de una cena. Algo había muerto, y su muerte se enlazaba con la ternura que había sentido al ayudar a Eleanor a beber aquel vaso de zumo de piña en el hospital.

Ver a su tía le hizo maravillarse nuevamente de lo distinta que era de su hermana. Y sin embargo sus actitudes, la mundanidad extrema de la una y la extremada falta de mundanidad de la otra tenían un origen común: el sentimiento ante la traición materna y la decepción financiera. Nancy había atribuido las culpas a su padrastro, mientras que Eleanor trató de descargar sobre Patrick la sensación de haber sido traicionada. Y sin ningún éxito, le gustaba pensar a él ahora, aunque, después de sólo unas pocas horas con su tía, se sentía como un alcohólico en rehabilitación al que le

regalan una coctelera por su cumpleaños.

Las altas ventanas claras daban a un prado ancho que bajaba en cuesta hasta un estanque ornamental que cruzaba un puente japonés de madera. Desde donde estaba sentado veía a Thomas intentando colgarse por encima de la barandilla del puente, cariñosamente retenido por Mary mientras el crío le señalaba con el dedo las aves acuáticas exóticas que se mecían sobre la superficie brillante del agua. O quizá fueran unas carpas *koi* para dar profundidad al tema japonés. O alguna pieza de armadura samurái reluciendo entre el limo. Era peligroso subestimar la minuciosidad decorativa de Nancy. Robert escribía su diario en la pequeña pagoda junto al estanque.

Chirriaron varios estantes de clásicos ilegibles y Nancy volvió a entrar en la biblioteca.

—Era nuestro primo rico —dijo como vigorizada por el contacto con el dinero.

—¿Cuál?

—Henry. Me ha dicho que vais a su isla la semana que viene.

—Así es —dijo Patrick—. Nosotros sólo somos unos blanquitos desheredados que se postran ante nuestros tíos ricos de América en demanda de caridad.

—Quería saber si tus niños saben comportarse. Le dije que de momento no han roto nada. «¿Cuánto tiempo llevan ahí?», me preguntó. Cuando le dije que habíais llegado hace un par de horas, me dijo: «Por el amor de Dios, Nancy, ¿qué clase de muestra es ésa? Te volveré a llamar mañana para que me des un informe completo». Supongo que es porque no todo el mundo tiene la colección de figuritas de Sajonia más importante que existe.

—Supongo que él tampoco, en cuanto Thomas haya estado por allí.

—¡No digas eso! —dijo Nancy.

—No sabía que Henry se había vuelto tan presuntuoso. Hace por lo menos veinte años que no lo veo; y realmente fue muy hospitalario al invitarnos a ir. Cuando era un chaval formaba parte de ese grupo que tan bien conocemos, el de los rebeldes satisfechos. Me imagino que el rebelde fue derrotado por el ejército de las figuritas de Sajonia. ¿Quién va a reprocharle que se rindiese? Imagínate esas hordas relucientes de lecheras de porcelana coronando la cima de la colina e inundando la cuenca del valle y el pobre Henry sin nada más que un certificado de acciones enrollado para combatirlos.

—Te dejas llevar por la imaginación exageradamente —dijo Nancy.

—Perdón —dijo Patrick—. Hace tres semanas que no voy a la audiencia. Los discursos se me acumulan...

—Bueno, ahora tu anciana tía se va a descansar un poco. Tenemos que ir a tomar el té a casa de Walter y Beth, y para eso necesito estar en plena forma. No dejes que los niños anden descalzos por la hierba, ni que entren en el bosque para nada. Me temo que esta parte de Connecticut es un gran foco de borreliosis, y este año las garrapatas están insufribles. El jardinero procura que la hiedra venenosa no se meta en el jardín, pero no puede controlar los bosques. La borreliosis es una enfermedad

horrible. Es recurrente, y si no la tratas puede destrozarte la vida. Hay un niño que vive aquí en el pueblo y que no está nada bien. Tiene brotes psicóticos y cosas así. Beth toma antibióticos el día entero. Se «automedica». Dice que es más seguro asumir que siempre estás en peligro.

—Jardines para la guerra perpetua —dijo Patrick—. *Tout ce qu'il y a de plus chic.*

—Bueno, si quieres decirlo así...

—Creo que sí. No necesariamente delante de ella.

—Sobre todo no delante de ella —se inflamó Nancy—. Es una de mis amigas más antiguas y además es la mujer más poderosa de Park Avenue y no sería una buena idea hacerla enfadar.

—Ni se me ocurriría —dijo Patrick.

Una vez Nancy se hubo marchado, Patrick fue hasta la bandeja de las bebidas y, para no dejar un vaso sucio, se bebió varios tragos de bourbon de una botella de Maker's Mark. Se arrellanó otra vez en un sillón y miró por la ventana. El impenetrable paisaje rural de Nueva Inglaterra estaba precioso, pero en realidad escondía más peligros que una ciénaga camboyana. Mary ya tenía algunos folletos sobre la borreliosis o enfermedad de Lyme —nombre que tomaba de un pueblo de Connecticut a unos pocos kilómetros de allí—, de manera que no era necesario salir corriendo a avisar a la familia.

«Es más seguro asumir que siempre estás en peligro». Algún tic verbal le hizo querer decir: «Es más seguro asumir que estás seguro salvo que estés en peligro», pero fue rápidamente ganado por la plausibilidad de la paranoia. En cualquier caso, él ahora se sentía en peligro todo el tiempo. Peligro de fracaso hepático, de ruptura matrimonial, miedo terminal. Nadie se ha muerto nunca de una sensación, se decía sin creerse ni una palabra, y sudaba para abrirse paso en medio de la sensación de estar muriéndose de miedo. La gente se moría de sensaciones sin parar, una vez habían cumplido con la formalidad de materializarlas en balas o botellas o tumores. Alguien como él, organizado sobre bases totalmente caóticas, con un intelecto muy fuertemente desarrollado y casi nada en medio, necesitaba desesperadamente desarrollar la zona media. Sin eso se escindiría en un cerebro vigilante diurno, un ave de presa planeando sobre un paisaje, y un cerebro nocturno indefenso, una medusa tirada en la cubierta de un barco. «El águila y la medusa», una fábula que justamente Esopo no se molestó en escribir. Se echó a reír con una risa brusca, algo demente, y se levantó a darle otro trago a la botella de bourbon. Sí, la zona media estaba ocupada ahora por una laguna de alcohol. El primer envite le había centrado durante unos veinte minutos y después los siguientes hicieron que el cerebro nocturno se precipitase sobre el paisaje raudo como la cuchilla negra de un eclipse.

Todo aquello era un humillante drama edípico, ya lo sabía. A pesar de la revolución en la superficie de sus relaciones con Eleanor, un triunfo local de la compasión sobre el odio, el impacto subyacente que había causado en su vida continuaba imperturbable. La sensación fundamental de su existencia era una especie

de caída libre, de pavor sin límites, de agorafobia claustrofóbica. Sin duda, en el miedo hay algo universal. Sus hijos, a pesar del maravilloso trato de Mary, pasaban por momentos de miedo, aunque en ellos eran solamente aflicciones temporales, mientras que Patrick tenía la sensación de que el miedo era el terreno sobre el que estaba asentado, o el no-terreno en el que caía, y no podía evitar establecer conexión entre esa convicción y la incapacidad absoluta de su madre para concentrarse en otro ser humano. Tenía que recordarse a sí mismo que la característica definitoria de la vida de Eleanor era la incompetencia. Quiso tener un hijo y fue una madre pésima; quiso escribir cuentos para niños y fue una escritora pésima; quiso ser filántropa y regaló todo su dinero a un charlatán aprovechado. Y ahora quería morir y tampoco lograba hacerlo. Sólo podía comunicarse con personas que se presentaban como introductores a alguna grandilocuente generalidad como «la salvación» o «la humanidad», algo que el llorica vomitón de Patrick había sido incapaz de hacer. Una de las dificultades de ser un niño pequeño era la dificultad de distinguir la incompetencia de la maldad, y esta dificultad se le volvía a presentar algunas veces, en mitad de la noche, borracho. Y ahora empezaba también a invadir su visión de Mary.

Con Robert, Mary había sido una madre completamente dedicada, pero después del primer año de absorción total, había reaparecido como esposa, aunque sólo fuese porque quería otro hijo. Pero con Thomas, quizás porque sabía que iba a ser el último, fue como si estuviera atrapada en un campo de fuerzas de Madonna con Niño, manteniendo cerrado un recinto de pureza que incluía el redescubrimiento de su propia virginidad. En ese inaguantable Belén perenne Patrick tenía el nada envidiable papel de José. Mary lo había apartado por completo de su atención y cuanto más la reclamaba él, más aparecía como un impostor y rival de su hijo menor. Se había vuelto hacia otros brazos, hacia Julia, y una vez fracasado eso, al abrazo y el olvido del alcohol. Tenía que parar. A su edad había que escoger entre unirse a la resistencia o convertirse en colaboracionista de la muerte. No había campo para jugar con la autodestrucción una vez evaporada la ilusión juvenil del ser indestructible.

Dios mío, se había excedido un poco con el Maker's Mark. Lo más lógico ahora sería llevarse la botella arriba y echar lo que quedaba en la que tenía escondida, y ya muy mermada, en la mochila, y luego dar un salto al pueblo y comprar otra para la mesa de las bebidas de Nancy. Desde luego, tendría que darle unos cuantos tragos convincentes a la botella para que quedase como la vieja antes de que casi se la hubiera acabado. Prácticamente no existe nada más complicado que ser un alcohólico de éxito. Bombardear países del Tercer Mundo, ahora ésa es una ocupación para un hombre ocioso. «Está muy bien para alguna gente», murmuró cruzando tambaleante la habitación. Era indiscutible que estaba un poquitín más borracho de la cuenta para aquella hora del día. Sus pensamientos estallaban, se sincopaban, matándole el triunfo cuando estaba a punto de pillar el truco.

Comprobar: familia en el jardín. Comprobar: silencio en el vestíbulo. Subir

corriendo las escaleras, cerrar la puerta, coger la mochila, verter el bourbon... por toda la mano. Abajo y fuera. ¿Decírselo a la familia? Sí. No. Sí. ¡No! Subir al coche. Ding, ding, ding. Alarma. El jodido coche americano y su maldito ding ding de seguridad. Es más seguro aceptar una muerte violenta de repente. Policía no por favor policía no, p-o-r f-a-v-o-r. Derrapar sobre la crujiente gravilla alimenticia. Control de crucero, fuera de control. Sugerencias sugestivas. Saltar los raíles, salir del crujidor de sílabas y meterse en la trampa mortal de la soleada campiña. Mejor pavimentarlo todo otra vez. Patrullas furibundas de ciudadanos corrientes con sierras mecánicas y hormigoneras. ¡Ya hemos vivido demasiado tiempo atemorizados! ¡Tenemos derecho a proteger a nuestras familias! La Biblia dice: «Los lugares salvajes han de ser domesticados. Y el hombre ha de tener dominio sobre las garrapatas».

Corría sin rumbo fijo en su Buick LeSabre azul plateado, gritando con acento de montañés palurdo. No podía parar. No podía parar nada. No podía parar el coche, no podía parar de beber, no podía parar el Konkreto Klux Klan. Una señal de stop roja brillante pasó fugaz a su lado al incorporarse tranquilamente a la carretera principal camino del pueblo. Aparcó al lado de la tienda de bebidas Vino Veritas. El coche se había cerrado solo mediante algún sistema, y sólo como medida de precaución. Ding, ding, ding. Las llaves todavía en el contacto. Se dobló para atrás tratando de mitigar el dolor sordo de la parte baja de su espalda. ¿Vértabras desgastadas? ¿Riñones inflamados? «Tenemos que pensar nuestra manera de salir del encasillamiento de nuestras dicotomías habituales», ronroneó con un tono de suficiencia propio de una casete de autoayuda. «No se trata de que sea una cuestión de vértebras y *además* de riñones. ¡Sal de tu casilla y piensa! ¡Sé creativo!».

Y allí, justo delante de él, al otro lado de las vías del tren, allí entre los campos de juego, le esperaba otra cuestión de y *además*. El sentimentalismo exuberante de la vida familiar norteamericana desplegóse entre los tubos de vivos colores y los toboganes y los columpios de un parque de juegos, con sus zonas de aterrizaje llenas de virutas de madera y, en una amplia área de hierba detrás de la valla de eslabones, dos guardias barrigudos enseñando a un pastor alemán a destrozar a cualquier jodido enfermo al que se le ocurriese perturbar la paz y la prosperidad de New Milton. Uno de los policías sujetaba al perro por el collar y el otro se plantaba al final del prado con una gigantesca protección acolchada en el brazo. El perro cruzaba la hierba como un rayo, daba un salto sobre el brazo acolchado y movía la cabeza salvajemente a un lado y a otro con unos gruñidos apenas audibles en el aire húmedo perforado por los gritos de los niños y el solícito aporte sonoro de unos coches pensados para su seguridad. ¿Se sentirían más seguros los niños, o simplemente sentirían que era más seguro asumir que siempre estarían en peligro? Una familia tipo Botero que mascaban bollos tiernos en una mesa de picnic con los ángulos redondeados miraban al primer guardia cruzar a toda prisa el prado para intentar que el joven y entusiasmado pastor alemán soltase el brazo de su colega, que en esos momentos se revolvía por la hierba tratando de convencer al perro de que no era un jodido enfermo

sino uno de los buenos.

En Vino Veritas tenían tres tamaños de Maker's Mark. Como no estaba seguro de cuál era el que tenía que reemplazar, compró una de cada.

—Más vale prevenir que curar —le explicó Patrick al dependiente.

—Tiene toda la razón —le respondió éste con un fervor que catapultó a Patrick de vuelta al aparcamiento.

Estaba ya en otra fase de la borrachera. Más sudoroso, más triste, más lento. Necesitaba otra copa y además una enorme cantidad de café para poder mantenerse de pie en casa de Walter y Beth, o en cualquier sitio, en realidad. Estaba seguro, de hecho, de que la botella de Maker's Mark que tenía que sustituir no era la más pequeña. Pero no pudo resistirse a comprar aquella tan chiquitina para completar la familia. Ding, ding, ding. Despegó la funda de imitación de cera roja que cubría el tapón y descorchó la botella. Cuando el bourbon se deslizaba por su garganta, tuvo la imagen de una viga en llamas que atravesaba suelos y techos de un edificio propagando el fuego y la ruina. Qué alivio.

Más Vale Tarde Que Nunca. El nombre de la cafetería de autoservicio hacía honor a esa exasperante promesa. Patrick navegó más allá de la invitación a tomar un «frapuccino de vainilla con fino caramelo embutido en copa de plástico transparente con la delicia refrescante del hielo y la nata montada aromatizada a las fresas del bosque», y pidió café solo. Avanzó en la cadena de montaje.

—¡Que tengas uno grande! —le dijo Pete, una bestia rubia de mandíbula cuadrada con mandil, mientras empujaba el café sobre el mostrador.

Era lo bastante viejo para recordar la aparición de «Que tengas un buen día», así que Patrick sólo podía sentirse alarmado ante aquella inflación de «Que tengas uno grande». ¿Dónde acabaría aquel Weimar de jovialidad intimidante? «Ya tienes un día profundo y significativo», sonrió como un bobo para sus adentros mientras se tambaleaba por el salón con su enorme tazón. «Que tengas uno gozoso», soltó al sentarse en una mesa. «Aseguraos todos de que tenéis un orgasmo de cuerpo completo», masculló con acento del Sur, «y hacedlo durar». Porque os lo merecéis. Porque os lo debéis a vosotros mismos. Porque eres una persona única y especial. Al final no podías esperar mucho más de una taza de café y un bollo incomible. Si Pete se hubiera limitado a logros más realistas: «Date una ducha fría» o «Procura no chocar con el coche».

Había vuelto a la fase inflamatoria, demencial, de la borrachera que había dejado atrás en el aparcamiento. Sí sí sí. Después de unos pocos litros de café no habría quien le parase. Al otro lado del salón, una voluptuosa estudiante de medicina con una chaqueta de punto rosa y vaqueros gastados trabajaba en un portátil. Tenía el teléfono móvil sobre la repisa de pizarra de la chimenea eléctrica, junto a un walkman y una bebida muy complicada. Estaba sentada en su silla con las rodillas dobladas y las piernas bien abiertas como si acabase de dar a su luz a su Hewlett Packard, y *Patología de la enfermedad* aplastando algunas notas sueltas al borde de la mesa.

Tenía que poseerla, era una necesidad absoluta. Estaba tan relajada en su propio cuerpo. La miró y ella le miró a él con una mirada de calma serena y le sonrió. Era absolutamente terrorífico lo perfecta que era. Patrick apartó la mirada y sonrió tímidamente con los ojos bajos. No podía resistir que se mostrara amistosa. Le daban ganas de llorar. Era prácticamente una doctora que quizá podría salvarlo del todo. Sus hijos lo echarían en falta al principio, pero lo superarían. De todas formas siempre podrían venir y quedarse. Era evidente que aquella chica era una persona increíblemente acogedora y amorosa.

El torbellino edípico lo había atrapado como una hoja muerta en su remolino compulsivo, deseando un consuelo tras otro. Hay idiomas que mantienen separadas las ideas de deseo y privación, pero el suyo incluía a ambas a la fuerza en la intimidad desnuda de un par de sílabas: querer.

Querer amor para suavizar la falta del amor querido. La guerra del querer hacer que uno quiera más. El whisky no era mejor a la hora de cuidar de él de lo que lo había sido su madre, o de lo que había logrado su mujer o de lo que lo sería la señorita chaqueta rosa si él atravesase aquel salón, cayese de rodillas ante ella y suplicase sus mercedes. ¿Por qué quería hacer eso? ¿Dónde estaba ahora el águila? ¿Por qué no estaba registrando con toda frialdad el sentimiento de atracción y reabsorbiéndolo como una sensación del estado actual de su mente o, más allá de eso, del simple hecho de estar vivo? ¿Por qué precipitarse ingenuamente sobre los objetos de su pensamiento cuando podía permanecer en su misma fuente? Cerró los ojos y se desplomó en la silla.

Así que allí estaba, metido en la magnificencia del reino interior, sin perseguir ya chaquetas rosas ni botellas ámbar, contemplando simplemente cómo los pensamientos se desplegaban igual que otros tantos abanicos en una sala llena de gente y de calor. Ya no saltaba sobre las escenas pintadas, sino que al notar los despliegues y el calor, al notar que la embriaguez daba cierto predominio a las imágenes en una mente por lo demás de fuerte predominio verbal como la suya, al notar que la culminación que él buscaba no era el desvanecimiento y el orgasmo sino el conocimiento y la profundidad. El problema estaba en que incluso cuando el objeto perseguido cambiaba, la angustia de la persecución permanecía. Se encontró precipitándose hacia un vacío en vez de escapando de él. Menudo negocio. Al final le resultaba más rentable correr desesperado tras el espejismo pringoso de un buen polvo. Abrió los ojos. Se había ido. Deseo y privación, ambos caminos. Caminos ilusorios de todas formas. Un universo de querer. Melancolía infinita.

La silla que chirría. Tarde. Familia. Té. Trata de no pensar. Piensa: no pienses. Locura. Ding, ding, ding. Control de crucero, fuera de control. Para de pensar, por favor. ¿Quién lo pregunta? ¿A quién le preguntan?

Cuando detuvo el coche delante de la casa, los Otros estaban desplegados en torno al coche de Nancy en un cuadro de irritación y reproches.

—No os vais a creer lo que me ha pasado en New Milton —dijo, pensando qué

podría decir si alguien le preguntaba.

—Estábamos a punto de irnos sin ti —dijo Nancy—: Beth no puede soportar que la gente llegue tarde; inmediatamente quedan borrados de sus listas de invitados.

—Una idea babosa —dijo Patrick—. No, perdón, quiero decir hermosa —intentó corregir. Pero ninguna de las dos versiones se pudo oír por encima del crujido de la gravilla y los golpes de las puertas que se cerraban. Se subió a la parte de atrás del coche de Nancy y se dejó caer al lado de Thomas, deseando tener la botella mini de Maker's Mark para consolarse a lo largo del té. Durante el viaje se adormiló superficialmente hasta que notó que el coche reducía la marcha y se paraba. Cuando saltó fuera, se encontró rodeado de un bosque sin claros. En todas las direcciones se extendían los montes Berkshire, como olas poderosas en un océano verde y amarillo, con el arca de tabloneros blancos de Walter y Beth coronando la ola más próxima. Se sintió mareado y pegado a la tierra al mismo tiempo.

—Increíble —murmuró.

—Ya lo sé —dijo Nancy—. Son dueños de casi todo lo que se ve.

La ceremonia del té se desplegaba ante Patrick a una media distancia no muy de fiar. En un momento se sentía tan de vidrio como un acuario en televisión y al siguiente se ahogaba. Había doncellas de uniforme con unos zapatos tan blancos que te dolían los ojos. Un mayordomo hispano bajito. Té marrón dulce a la canela helado. Cotilleos de Park Avenue. La gente se reía de algo que había dicho Henry Kissinger en la cena del martes.

Luego empezó el recorrido por el jardín. Walter iba delante, y de vez en cuando soltaba el brazo de Nancy para cortar en seco un renuevo impertinente con las tijeras de podar que llevaba en la mano enguantada de gamuza. Ciertamente, si no estuviera todo bien arreglado de antemano, no hubiera tocado el jardín. Mantenía con la jardinería la misma relación que un alcalde con los bloques de viviendas que inaugura cortando una cinta. Beth iba a continuación con Mary y los niños. Se mostraba sistemáticamente modesta respecto al jardín, e incluso a veces directamente insatisfecha. Cuando llegó ante un boj recortado en forma de ciervo se quedó parada al borde de un arriate de flores y dijo:

—¡Lo odio! Parece un canguro. Le echo vinagre para ver si logro matarlo. El clima de aquí es imposible: hasta mediados de mayo la nieve nos llega a la cintura y dos semanas después es como si viviéramos en Vietnam.

Patrick se arrastraba detrás del resto de la comitiva, intentando fingir que estaba sumido en un trance horticultural, inclinándose para mirar sin ver cualquier flor sin nombre, con la esperanza de tener el aspecto de una sombra del poeta Andrew Marvell más que el de un borracho rancio temeroso de que lo incluyan en alguna conversación. El enorme prado se convirtió en un laberinto de boj, un zoológico recortado (del que el canguro maldito estaba excluido) y, finalmente, en un bosquecillo de tilos.

—¡Mira, papá! ¡Un *sanglier*! —exclamó Thomas apuntando a un jabalí de bronce

con gran hocico, pelo ensortijado y unas patas que parecían demasiado delicadas para soportar el peso de su barriga colgante y su cabezota de tremendos colmillos.

—Sí, cariño —dijo Patrick.

Para Patrick los jabalíes siempre habían sido en francés y le resultó conmovedor que también lo fueran para Thomas. ¿Cómo era posible que hubiera retenido esa palabra un año entero? ¿Estaría pensando en el jabalí silvestre de Saint-Nazaire que trotaba por el jardín para comerse los higos caídos, o que hozaba por la noche entre las viñas en busca de uvas maduras? No, no era eso. *Sanglier* no era más que una palabra para llamar al animal de la estatua. Ya le había dado la espalda y corría entre los tilos haciendo como que era un aeroplano. La emoción de Patrick era sólo suya, e incluso eso era falso. Ya no sentía aquella nostalgia de Saint-Nazaire que le corroía; su pérdida, simplemente, aclaraba cuál era el verdadero fracaso: que no podía ser la clase de padre que quería ser, un hombre que trascendiese su embrollo ancestral y diese a sus hijos un amor sin inquietudes. Había escapado de lo que creía que era la Zona Uno, donde un padre estaba condenado a hacer de su experiencia infantil lo que más había aborrecido de su vida, pero seguía atrapado en la Zona Dos, donde el dificultoso escaqueo de la Zona Uno le impedía ver los nuevos errores. En la Zona Dos se daba según las carencias del que daba. No existía nada más extenuante que este impulso deficiente, ese celo por la compensación exagerada. Soñaba con una Zona Tres. Tenía la intuición de que estaba ahí, justo al otro lado del monte, como el rumor de un fértil valle. Quizás el caos de ahora fuera el rechazo final de una manera de ser insostenible. Tenía que dejar de beber, no mañana, sino luego, esa misma tarde, en cuanto se presentase la próxima ocasión.

Extrañamente excitado por ese destello de esperanza, Patrick continuó rezagándose. El grupo seguía su camino. Una Diana de piedra plantada al fondo del bosquecillo cazaba eternamente al jabalí del otro extremo. Detrás de la casa, un sendero de virutas de madera serpenteaba a través de un bosque mejorado. Manchas de luz temblequeaban en el suelo pelado entre gruesos troncos de robles y hayas. Después del bosque pasaron por un tendejón en el que había unos ventiladores descomunales, capaces de consumir la energía suficiente para un pueblo pequeño, y que mantenía calientes en invierno a los agapantos. Al lado de ese hangar había un gallinero un poco más espacioso que el piso de Patrick en Londres y tan asombrosamente limpio de profanación que no pudo evitar preguntarse si serían gallinas modificadas genéticamente que hubieran cruzado con pepinos para impedirles defecar. Beth avanzó sobre el serrín fresco, bajo las lámparas rojas de calefacción y descubrió tres huevos morenos con pintas en los ponederos. Cada plato de huevos revueltos debía de costar varios miles de dólares. La verdad es que aborrecía a los muy ricos, sobre todo porque él nunca iba a ser uno de ellos. Con demasiada frecuencia no eran sino la bolita prisionera en el silbato de sus propiedades. Sin la influencia editorial de la palabra «permitirse», sus deseos deambulaban como algo insuperablemente aburrido, implacable y caprichoso a la

vez. Eran capaces de dar una apariencia de generosidad a toda clase de mezquindades emotivas: «Te prestamos la cuarta casa que nunca llegamos a usar. Nosotros no estaremos, pero Carmen y Alfonso cuidarán de vosotros. No, de verdad, no es ninguna molestia, y además ya es hora de que le saquemos un rendimiento a lo que les damos a esos dos. Les pagamos una fortuna y no dan ni un palo al agua».

—¿Qué murmuras? —le preguntó Nancy, que estaba visiblemente molesta por que Patrick hubiera cumplido tan mal con su papel de invitado admirador.

—Oh, nada —dijo él.

—¿No es un gallinero divino? —le dijo para provocar una respuesta.

—Vivir aquí sería un privilegio —dijo Patrick poniéndose rápidamente al nivel de sus obligaciones sociales.

Cuando terminaron el recorrido por el jardín, con unos huevos de regalo, también terminó la visita. En el viaje de vuelta a casa de Nancy, Patrick tuvo que enfrentarse a su decisión de no seguir bebiendo. Estaba muy bien decidir no beber cuando no había otra elección, pero dentro de pocos minutos estaría en disposición de acceder al depósito de licores del Buick. ¿Qué importaba si lo dejaba mañana? Sabía que de alguna manera sí importaba. Si ahora seguía, mañana por la mañana tendría resaca y el día entero habría comenzado con una herencia venenosa. Pero más que eso, quería cultivar la leve esperanza que había sentido en el jardín. Si lo dejaba mañana sería a causa de una vergüenza ya excesiva, una motivación más desagradable y menos de fiar. Por otra parte, ¿qué era la Zona Tres? Tenía el cerebro bloqueado por la tensión; no lograba construir la esperanza.

Ya de regreso en la biblioteca de Nancy, se puso a mirar por la ventana con la sensación de que le estaba mirando a él la botella de bourbon que había repuesto en la bandeja de bebidas. Hubiera sido mucho más pulcro hacerla bajar hasta el nivel en el que había empezado a vaciar la otra. Precisamente cuando estaba a punto de rendirse, Nancy entró en la sala y se dejó caer en la butaca, enfrente de él, con un suspiro teatral.

—Tengo la sensación de que no hemos hablado realmente de Eleanor —dijo—. Creo que me da miedo preguntarte por ella porque la última vez que la vi me dejó impresionadísima.

—¿Sabes lo de la caída?

—¡No!

—Se rompió la cadera y la llevaron al hospital. Cuando fui a verla empezó a pedirme que la matase. Y desde entonces no ha dejado de pedírmelo. Cada vez que voy...

—¡Oh, venga! —dijo Nancy—. Realmente no me parece que eso sea justo. Quiero decir, demasiada tragedia griega. Debe de haber algunas Furias especiales para los hijos que matan a sus padres.

—Sí —dijo Patrick—. La cárcel de Wormwood Scrubs.

—¡Ay, Dios! —dijo Nancy revolviéndose en el sillón—. Es tan complicado...

Quiero decir, ya sé que no querría seguir viviendo si no pudiese hablar ni moverme, ni leer, o ver una película.

—No tengo ninguna duda de que ayudarla a morir sería el mayor acto de amor posible.

—Bueno, no quiero que me malinterpretes, pero tal vez podríamos contratar una ambulancia y llevarla a Holanda.

—Llegar a Holanda no resulta letal en sí mismo —dijo Patrick.

—Ay, por favor, no sigamos hablando de eso. Me resulta demasiado triste. Realmente si yo acabase así no lo podría soportar.

—¿Quieres una copa? —le preguntó Patrick.

—Oh, no. No bebo —dijo Nancy—. ¿No lo sabías? Vi cómo el alcohol destrozaba la vida de papá. Pero sírvete una tú, si quieres.

Patrick se imaginó a uno de sus hijos diciendo: «Vi cómo el alcohol destrozaba la vida de papá».

Se dio cuenta de que estaba inclinado hacia delante en la butaca.

—Me parece que será mucho mejor para mí si no me la sirvo —dijo apoyando la espalda en el respaldo y cerrando los ojos.

Mary apenas podía creer que Patrick y Robert estuviesen en una habitación de un motel con una birria de moqueta y Thomas y ella en otra, con vasos de plástico envueltos en plástico y fajas de papel con la leyenda «Sanitizada para Su Protección» cubriendo las tapas de plástico de los retretes y una máquina al final del pasillo cuyas temblonas eyaculaciones de hielo le recordaban sin querer el estado de su matrimonio. Se oía el runrún permanente de la autopista, que iba aumentando con aquellas primeras horas de la mañana. Era la banda sonora perfecta para el fluir rápido, escurridizo de su angustia. Hacia las cuatro de la madrugada una frase había empezado a hacer tictac en su cabeza como un metrónomo y estaba demasiado cansada para alargar la mano y pararlo: «Interestatal-estatal, interestatal-estatal». Suficiente para que te vuelvas loca. ¿O suficiente para impedir que te vuelvas loca? Establecer conexiones. Apenas se podía creer que su familia estuviese teniendo aquella hemorragia de dinero para aburrirse espantosamente por aquellas ningunas partes de la migración americana. Tanta carretera y tan pocos sitios, tanta efusividad y tan poca intimidad, tanto sabor y tan poco gusto. Anhelaba estar otra vez con los niños en Londres, alejarse de las prisas superficiales de América y regresar a la densidad de la vida corriente.

Patrick había logrado mantener la tradición de hacer que les echaran de un lugar encantador con mucho tiempo por delante para el final de las vacaciones. El año pasado, de Saint-Nazaire; ese año, de la isla de Henry. Desde luego sí que estaba encantada de que hubiera dejado de beber, pero los efectos, en la primera semana, habían sido que se comportara como se comportan las otras personas cuando están ciegas de alcohol: estaba explosivo, irascible, desesperante. Todos los granos se los sajaban al mismo tiempo, las bandejas de riñón rebosaban. Sin duda Henry era una pesadilla, pero también era un pariente, de algún modo, y sobre todo un anfitrión que les proporcionaba un lugar para que disfrutasen los niños, con puerto propio, y con playas y barcos de vela y de motor y, para inagotable admiración de Thomas, surtidor de gasolina propio.

—Quiero decir, es increíble, ¡Henry tiene un surtidor de gasolina suyo! —repetía varias veces al día, abriendo las palmas de las manos y moviendo la cabeza. Robert andaba en un frenesí estadístico de hectáreas y habitaciones, sumando la inmensidad de los dominios de Henry, pero los dos críos se lo estaban pasando maravillosamente tirándose unos instantes al agua helada y saliendo en las motoras de Henry a seguir la estela de los grandes ferries que hacían el servicio entre las islas de propiedad pública.

Lo único que iba mal era todo lo demás. Durante el primer almuerzo, Henry le pidió a Mary que se llevase a Thomas del comedor cuando éste interrumpió su monólogo sobre la necesidad moral de incrementar la fuerza de ataque nuclear de Israel poniéndose a imitar un surtidor de gasolina.

—Ahora mismo los sirios se lo están haciendo en los pantalones, y están a punto de... —iba diciendo Henry, eufórico.

—Brrr —dijo Thomas—. Brrr...

—Estoy seguro de que os suena mucho la frase: «Los niños, calladitos, están más guapos» —dijo Henry.

—¿Y a quién no? —dijo Mary.

—Pues a mí siempre me ha parecido demasiado tolerante —dijo Henry estirando el cuello por encima de la camisa para subrayar su *bon mot*.

—¿Prefieres no verlo siquiera? —preguntó Mary, súbitamente furiosa. Cogió a Thomas y se lo llevó del comedor a toda prisa. El monólogo de Henry se reanudó sin más molestias cuando iban saliendo.

—Cuando el almirante Yamamoto dio por terminado el ataque a Pearl Harbor, tuvo el buen sentido de ser más precavido que triunfador. «Caballeros», dijo, «hemos despertado un dragón dormido». Ésta es la idea que debe prevalecer en las mentes de los terroristas internacionales de todo el mundo y en los Estados que los patrocinan. Con un arsenal de armamento atómico táctico, y no simplemente un escudo nuclear disuasorio, Israel enviaría a toda la región un mensaje claro: que está hombro con hombro...

Mary irrumpió en el prado imaginándose a Henry como uno de esos globos que a Thomas le gustaba soltar para verlos dar vueltas soltando flatulencias por la habitación hasta que de repente se caían al suelo vacíos y arrugados.

—Ahora estoy soltando un globo, mamá —dijo Thomas dando vueltas con la mano en círculos cerrados.

—¿Cómo has sabido que estaba pensando en un globo? —le preguntó Mary.

—Lo sabía —respondió Thomas inclinando la cabeza para un lado con una sonrisa.

Esos momentos sin fronteras se producían con frecuencia suficiente como para que Mary se hubiese habituado a ellos, pero nunca podía impedir del todo su sorpresa ante lo precisos que eran.

De silencioso acuerdo, los dos se alejaron de la casa camino de la playita de piedras al pie del prado. Allí, Mary se sentó en una pequeña parcela de arena blanca plateada entre rocas festoneadas de viscosas algas negras.

—¿Me cuidarás durante mucho tiempo? —preguntó Thomas.

—Sí, cariño.

—¿Hasta que tenga catorce años?

—Hasta cuando tú quieras —le dijo la madre—. Mientras pueda... —añadió.

El otro día el niño le había preguntado si se iba a morir y ella le contestó: «Sí, pero dentro de mucho tiempo..., espero». Descubrir que su madre era mortal despejó el polvo que recubría en la mente de ella esa amenaza y la hizo contemplarla otra vez renovada en todo su radical horror. Aborrecía la muerte porque le haría abandonarlo. ¿Por qué no podía jugar un poco más? ¿Por qué no podía sentirse seguro un poco

más? Mary había recuperado el equilibrio en cierta medida, y atribuyó el interés del niño por la muerte a la transición de la infancia a la niñez, pero también se preguntaba si la impaciencia de Patrick ante esa transición no estaba haciendo que sucediese antes de lo necesario. Robert había pasado por ese mismo tipo de crisis cuando tenía cinco años, pero Thomas sólo tenía tres.

Thomas se sentó en su regazo, se metió el dedo en la boca y con la otra mano frotaba la suave etiqueta de su trapito. En pocos minutos estaría dormido. Mary se sentó sobre los talones y se tranquilizó. Por Thomas era capaz de hacer cosas que no haría por ella misma ni por ningún otro, ni siquiera por Robert. Thomas la necesitaba para que lo protegiese, eso era más que evidente, pero ella lo necesitaba a él a causa de su sentido de la virtud. Cuando se encontraba abatida, él la hacía querer estar alegre, cuando se sentía exhausta la hacía encontrar nuevas fuentes de energía, cuando estaba exasperada, buscar paciencia más profunda. Se quedó allí sentada, tan inmóvil como las piedras que la rodeaban y esperó a que se quedase dormido.

Por caluroso que se pudiese el día, allí el mar era un refrigerador que emitía una brisita escéptica. A Mary le gustaba aquella sensación de que Maine era un lugar fundamentalmente inhóspito, que muy pronto se sacudiría a sus visitantes estivales, como un perro en la playa. Se lo imaginaba alargado como un santo demacrado de El Greco. Ese pensamiento le hizo desear pintar otra vez. Quería hacer el amor otra vez. Quería pensar otra vez, si iba a empezar a hacer listas, pero de algún modo había perdido la independencia. Su ser se había fusionado con el de Thomas. Era como una persona a la que le han robado la ropa mientras nadaba, y ahora no sabía cómo salir de aquella preciosa y agotadora piscina.

Cuando Thomas llevaba ya cinco minutos durmiendo consideró que podía cambiar a una postura más cómoda. Se apoyó en el talud del final del prado y colocó al niño entre sus piernas, a lo largo, como si estuviese todavía naciendo, pero para el lado contrario. Con el trapito de Thomas le improvisó un toldo para protegerlo del sol, pero sus pensamientos volvían a dar vueltas y giros en torno al estilo de maternidad a distancia que empleaba Kettle y qué papel habría tenido en la configuración de su propio estilo de disponibilidad sin resquicios. Pensó en su niñera, aquella cariñosa y dedicada niñera que resolvía un pequeño problema tras otro, habitante de un mundo infantil sin sexo ni arte ni intoxicantes ni conversación sino únicamente bondad práctica y comida. Por supuesto que cuidar de un niño hacía que se sintiera como la niñera que la cuidaba a ella de niña. Y por supuesto que eso reforzaba su determinación de no ser como Kettle, que nunca se había ocupado de ella. La personalidad le parecía algo absurdo y obsesionante a la vez: se quedaba atrapada dentro hasta cuando le resultaba transparente. Sus ideas sobre las madres y la maternidad daban vueltas alrededor, siguiendo el hilo de un nudo que no conseguían desatar.

Por alguna razón, estar sentada junto a aquel mar negro, con su brisa ligera y un poco fría le daba la impresión de verlo todo muy claro. Thomas dormía y nadie más

sabía dónde estaba exactamente. Por primera vez en varios meses nadie podía ir a exigirle nada y aquella falta de presión repentina le permitió calibrar el ambiente tropical de dependencia sin resolver que envolvía a la familia. Eleanor, igual que una criatura enferma, suplicando a Patrick que «terminase con aquello»; Thomas como un árbitro que separaba a los padres en caso de que Patrick intentara acercarse a su cuerpo indiferente; Robert llevando al día su diario, manteniendo su distancia. Y ella en el ojo del huracán, con su necesidad de que la necesitasen haciéndola parecer más autosuficiente de lo que en realidad era. En la realidad no sobreviviría con la gloria de satisfacer las demandas irrazonables de otras personas. Su pasión por el sacrificio la hacía sentirse a veces como un prisionero que cava sumiso la fosa para después de la ejecución. Patrick necesitaba una revolución contra la tiranía de la dependencia, pero ella necesitaba una contra la tiranía del propio sacrificio. A pesar de verse excesivamente exigida y monopolizada, cualquier apelación a la bondad de sus instintos la encerraba todavía más en la trampa. Las protestas que cabría esperar de Robert y su rivalidad fraterna, venían en cambio de un Patrick relativamente inestable. Era mala suerte que a ella hubiese acabado por asquearle la más ligera muestra de necesidad por parte de Patrick en una época en que Thomas y Eleanor estaban allí para estimular su sensación de desamparo. Patrick la acusaba de malcriar a Thomas, pero si Thomas estaba bien dispuesto a pasar de ciertos consuelos maternos, Patrick debería estarlo aún más. Quizás se había pasado de maduro, y estaba ya podrido. Quizás le había atacado una gangrena psíquica y lo que la revolvía era el olor a podredumbre.

Aquella noche se excusó de la cena y se quedó con Thomas, dejando solos a Patrick y Robert para enfrentarse al dragón despierto de la cháchara de sobremesa de Henry. Incluso antes de cenar, sentada en los gastados almohadones rosa del asiento del mirador, con los vidrios de las ventanas arrebolados y refulgiendo con la luz del atardecer reflejada en el mar, con los niños portándose maravillosamente y Patrick sonriente detrás de un vaso de agua mineral, comprendió que le sería imposible resistir más de unos pocos minutos el discurso de Henry a la nación. Andaba metido en el torbellino de un recorrido por los asuntos exteriores, poniendo rumbo este desde Israel y pasando por los países que acababan en -stán y los ex lo que fuera, camino de las repúblicas populares. Mary tenía la pavorosa sensación de que la intención de Henry era llegar a Corea del Norte antes de que se fueran a dormir. Sin duda, tendría un hábil plan para lanzar bombas nucleares contra Corea del Norte antes de que Corea del Norte hiciese lo propio con Corea del Sur y Japón. Y ella no quería oírlo.

Después del baño Thomas quiso subirse en la cama de Mary, que no tuvo el valor de decirle que no. Se tumbaron los dos juntos a leer *El viento en los sauces*. Thomas se quedó dormido cuando Rata y Topo empiezan a irse río abajo flotando detrás de su picnic. Cuando Patrick entró en la habitación se dio cuenta de que también ella se había traspuesto con el libro en el regazo y las gafas de leer puestas.

—He estado cerquísima de pelearme con Harry —dijo Patrick dando zancadas

por el cuarto con los puños prevenidos todavía en busca de destinatario.

—Oh, querido, ¿de qué iba esta noche?

Patrick siempre estaba diciendo que sus vidas eróticas, sociales y conversacionales se habían terminado, que ya sólo eran unos burócratas de la paternidad. Bueno, pues allí la tenía, hecha cisco y despertada de repente, pero dispuesta para una animada conversación.

—Corea del Norte.

—Lo sabía.

—Tú siempre lo sabes todo. No me extraña que considerases que te podías perder la cena.

Cualquier cosa que dijera estaba mal. Hiciera lo que hiciese ella, Patrick se sentía abandonado. Lo intentó de nuevo.

—Quiero decir que justamente antes de cenar tuve el presentimiento de que Corea del Norte sería la siguiente.

—Eso es lo que piensa Henry: Corea del Norte será la siguiente. Deberíais formar una coalición.

—Discutiste con él o vas a discutir conmigo en su lugar.

—Nos apoyábamos fuertemente en el milagro democrático de estar de acuerdo en no estar de acuerdo. Henry aborrece la libertad de expresión pero, en parte como resultado de eso, no tiene libertad para decirlo. Estuvo machacando con lo de la suerte que tenemos de no vivir en un país donde te pueden fusilar por sostener las opiniones equivocadas.

—O sea, que quiere fusilarte.

—Exacto.

—Fantástico. Eso haría más divertidas las vacaciones.

—¿Más divertidas? ¿No tienes que estar divirtiéndote de entrada para poder divertirse más?

—Yo creo que los niños se están divirtiendo.

—Ah, bueno, eso es lo único que importa —dijo Patrick con inflexible piedad—. Le indiqué a Henry —continuó andando de un lado al otro de los pies de la cama— que a mí me parecía que la política exterior de la actual administración norteamericana está hecha de proyecciones. Que los Estados Unidos son un Estado canalla, con un presidente fundamentalista y varios miles de veces más armas de destrucción masiva que todos los demás países juntos, etcétera, etcétera.

—¿Y cómo se lo tomó? —Mary quería hacerlo seguir, mantener la agresividad en lo político.

—Risas de incredulidad. Un montón de subidas de cuello. Sonrisas falsas. Me recordó «cierto acontecimiento que jugó un papel nada pequeño en nuestras vidas, aquí». Le dije que el 11 de septiembre era una de las cosas más impactantes de la historia, pero que su explotación, lo que a mí me gusta llamar el 12 de septiembre, era igual de impactante por su propia cuenta. La bala trazadora era el empleo de la

palabra «guerra» al día siguiente. La guerra es una actividad entre Estados-nación. Una palabra que el gobierno británico se pasó treinta años evitando cuidadosamente en su lucha contra el IRA. ¿Por qué dar categoría de Estado-nación a unos centenares de maníacos homicidas a no ser que vayas a utilizarlos como pretexto para iniciar una guerra contra algún Estado-nación de verdad? Henry dijo: «Creo que ésa es una distinción que nuestro hombre de la calle no captaría. Teníamos una guerra que vender al público americano». Ése era el problema con nuestra conversación, que mis acusaciones son lo que él da por sentado: vender la guerra al público, experimentar armas nuevas, estimular el complejo militar-industrial, emplear fondos públicos para destruir un país para que se beneficien con la reconstrucción las grandes empresas favoritas del gobierno y etcétera. Todo eso le encanta, de manera que no se le puede pillar en ninguna apología hueca.

—¿Y cómo estuvo Robert?

—Un consejero júnior excelente —dijo Patrick—. Señaló el punto de que no existen pruebas de ninguna relación y manejó con notable habilidad la idea de «vidas inocentes». Le preguntó a Henry si la inocencia era una exclusiva americana. El problema es, de nuevo, que para Henry la respuesta verdadera es «Sí», de manera que es difícil pillarlo en una evasiva. No se molestó en fingir demasiado, salvo en lo de la libertad de expresión.

—¿Y qué le respondió a Robert?

—Oh, sólo dijo que ya veía que lo tenía bien «entrenado». Era evidente que pensaba que éramos el equipo titular del infierno. Lo que le acabó de alterar fue mi última misión de bombardeo, cuando le dije que una nación realmente «desarrollada», en oposición a otra simplemente poderosa, debía molestarse en imaginar el impacto de que un dos por ciento de la población mundial consuma el cincuenta por ciento de los recursos, de la rápida extinción de cualquier especie de cultura no-americana y todo eso. Me dejé llevar un poco más de la cuenta y dije también que la muerte de la naturaleza era pagar un precio muy alto para añadir las últimas fruslerías en confort en la vida de los muy ricos.

—Es asombroso que no nos haya echado —dijo Mary.

—No te preocupes, mañana lo probaré otra vez. Al final lo pillaré. Ahora ya veo lo que le pone nervioso. La política es un juego emocionante, pero el dinero es sagrado.

Mary se dio cuenta de que Patrick hablaba en serio. La tensión que sentía era tan extremada que necesitaba destruir algo, y esta vez no sería él mismo.

—¿No te importaría esperar un par de días para hacer que nos echen? Acabo de terminar de deshacer las maletas —intentó que la frase sonase refrescante.

—Y ya estás confortablemente instalada con tu amante, como siempre —dijo Patrick.

—¡Dios! Para un hombre que pretende que no sufre de celos...

—Yo no sufro de celos, sufro de ira. Es una cosa más de fundamento. La pérdida

produce angustia primero y posesividad después.

—Antes de la ira está la ansiedad —dijo Mary con la sensación de saber de lo que hablaba—. De todos modos, creo que tú te mueves entre las tres cosas, aunque suele haber una que domina. No es como ir de compras, no puedes optar sencillamente por la ira.

—Te quedarías muy sorprendida.

—Ya sé que prefieres la ira porque te parece que es menos humillante.

—Yo no prefiero la ira —gritó Patrick—, pero la siento, de todas maneras.

—Quiero decir que la prefieres a las emociones próximas a ella.

Thomas, incomodado por las voces de Patrick, se dio la vuelta en la cama y murmuró algo ininteligible.

—Te estás alejando de la cuestión —dijo Patrick, más bajo—. Como de costumbre no podemos dormir juntos porque tú estás en la cama con nuestro hijo de tres años.

—Podemos dormir juntos —suspiró Mary—. Lo pondré más al borde.

—Yo quiero hacer el amor con una mujer, no con una pila de suspiros de culpa y de resignación —siseó Patrick con un susurro nada eficaz.

Thomas se incorporó, entre sueños.

—¡No, papá, deja de decir tonterías! —gritó—. Y tú, mamá, ¡deja de molestar a papá!

Volvió a derrumbarse sobre la almohada y se durmió otra vez, con el trabajo hecho. En la habitación se instaló un silencio que Patrick fue el primero en interrumpir.

—No estaba diciendo tonterías... —empezó.

—Oh, ¡por Dios Santo! —dijo Mary—. No tienes que ganar también una discusión con él. ¿No eres capaz de entender lo que dice? Quiere que dejemos de discutir, no que empieces a discutir otra vez con él.

—Claro —dijo Patrick en aquel tono de fastidio súbito suyo—. Me iré a su cama, aunque no sé por qué la llamo «su» cama. Podría igualmente dejar de fingir y llamarla mía.

—No tienes que...

—No. Sí que tengo que —dijo Patrick, y se largó de la habitación.

La había abandonado bruscamente, pero no le transfirió su sensación de abandono. Se sintió aliviada, enfadada, culpable, doliente. El paisaje de las nubes de su vida emotiva era tan veloz y cambiante que no podía evitar maravillarse, envidiar a veces, ante las personas que «no estaban en contacto con sus sentimientos». ¿Cómo lo hacían? En aquel momento no le importaría saberlo.

El dormitorio tenía una terraza levantada sobre el mirador del salón, donde había estado sentada antes de cenar. Anduvo hasta las puertaventanas e imaginó que las abría de par en par y contemplaba las estrellas, experimentaba una epifanía.

Pero eso no iba a suceder. Su cuerpo había iniciado su deslizamiento hacia el

sueño. Lanzó una última mirada por la ventana y deseó no haberlo hecho. Un fino jirón de nube cruzaba por delante de la luna de una forma que le recordó la elipsis de *Un chien andalou* entre esa misma imagen y la navaja de afeitar partiendo en dos el globo de un ojo. Su visión era el final de la visión. ¿Estaba cegada por algo que no podía ver, o por ver algo que no podía soportar mirar? El cansancio no le permitía encontrar la solución de nada. Sus pensamientos no eran más que hilos sueltos, el sueño solamente los escombros de la vigilia.

Se metió en la cama y quedó cubierta por una fina capa de descanso quebrado. Poco después, se lo interrumpió oír a Patrick colarse otra vez en el dormitorio. Notaba que la escrutaba tratando de ver si estaba despierta. No dio señal alguna. Finalmente, lo sintió acomodarse del otro lado de Thomas, que yacía en el medio como la espada que se colocaba entre los no casados en los lechos medievales. ¿Por qué era incapaz de alargar el brazo hacia Patrick? ¿Por qué no podía hacer un nido de almohadas para Thomas a un lado de la cama y estar con Patrick en el otro? No le quedaba caridad ninguna para él. De hecho, por primera vez en su matrimonio podía imaginarse viviendo sola con los niños en el piso mientras que Patrick estaba fuera de allí, en algún sitio, en cualquier sitio, sufriendo.

Al día siguiente se quedó impresionada de verse tan fría, pero pronto se acostumbró.

Siempre había sabido que la alternativa a la calidez que todos encontraban tan típica de ella, estaba allí. Y ahora la tomaba sobre sí como un ermitaño se traslada a una cueva. Resistió sin esfuerzo los arrebatos de seducción nerviosa de Patrick. Era demasiado cansado moverse de uno a otro lado al ritmo sincopado de sus humores. Para ella lo mejor era seguir donde estaba. Seguro que Patrick iba a arruinarles las vacaciones, pero primero quería que ella aceptase que pelearse con Henry era muestra de su integridad resplandeciente y no de su irritación incontrolable. Pero se negó. Al llegar la noche quedó claro que el acuerdo de Patrick de no estar de acuerdo con Henry peligraba.

—Resultará muy cuesta arriba tener una conversación si no paras de atacar todo lo que digo —dijo Henry, hablando claro—. Ciñámonos a los temas familiares.

—Esa fórmula bien probada de unidad y buenos deseos —dijo Patrick con una de sus risas cortas y chillonas.

—Eres tan malo como Yasser Arafat —dijo Henry—. Piensas que la paz y la derrota son lo mismo. Yo sólo intento ofrecer un poco de hospitalidad en mi casa. No tienes por qué aceptarla si eso te produce un problema ideológico. —Henry soltó una risita con la palabra «ideológico», que para él era tan intrínsecamente cómica como la palabra «culo» para cualquier exuberante chaval de cuatro años.

—Exactamente —dijo Patrick—, no la aceptamos.

—Pero nos gustaría aceptarla —dijo Mary rápidamente.

—Habla por ti —dijo Patrick.

—Eso hago, y al contrario que tú, también intento hablar por los niños.

—¿Ah, sí? Pues esta misma mañana Thomas decía que Henry «es un hombre muy raro» y, como bien sabes, Robert le ha puesto de mote «Hitler». Dudo incluso de que hables por ti, después de que ayer mismo fueras expulsada del almuerzo.

Era suficiente. Se marcharon a la mañana siguiente. Mary esperaba que Patrick se mostrase testarudo y orgulloso y destructivo, pero todavía no le había perdonado que incluyese a los niños en la carga explosiva final.

La máquina de hielo del pasillo del motel se puso a vibrar y soltó una nueva emisión de cubitos justo al otro lado del delgado tabique de la habitación. El zumbido de mosquito de la autovía había dado paso a un ronroneo de abejorro. Thomas se revolvió entre él y ella, y con su rápida transición habitual hacia el deseo inaplazable se sentó y dijo:

—Quiero que me leas un cuento.

Mary obedeció y cogió el ejemplar de *El viento en los sauces* que habían empezado a leer en Maine.

—¿Te acuerdas de por dónde íbamos? —le preguntó.

—Ratita le decía a Topito que era un simple cerdo —dijo Thomas poniendo unos grandes ojos de asombro—. Pero en realidad es una rata.

—Así es —dijo Mary riéndose—. Rata y Topo volvían a la Orilla del Río entre la creciente oscuridad de una tarde de diciembre. Topo acababa de olfatear el rastro de su antiguo hogar y el anhelo y la nostalgia le inundaban. Rata había insistido en ir a la Orilla del Río, su hogar, dando por hecho que Topo también querría ir allí. Entonces Topo se vino abajo y le confesó a Rata su añoranza.

Mary volvió a leer la frase con la que habían terminado la noche anterior.

—Rata miró derecho frente a él y no dijo nada, sólo daba palmaditas cariñosas en el hombro a Topo. Después de un rato murmuró, sombrío: «¡Ahora lo veo todo! ¡Qué cerdo he sido! ¡Un cerdo, eso soy yo! ¡Un cerdo y nada más, un simple cerdo!».

—Quiero decir... —empezó Thomas.

Llamaron a la puerta. Mary bajó el libro y preguntó quién era.

—¡Bobby! —dijo Thomas—. Sabía que eras tú porque..., ¡bueno, porque eres tú!

Robert se sentó en la cama con los hombros encorvados sin hacer caso de los razonamientos de su hermano.

—Odio este sitio —dijo.

—Sí, ya lo sé —dijo Mary—, pero nos iremos esta misma mañana.

—¡Otra vez! —gimió Robert—. Hemos estado en tres moteles desde que el Señor Letrado de la Acusación hizo que nos echasen de aquella estupenda isla. Para eso podíamos coger una caravana.

—Voy a llamar a Sally después del desayuno para preguntarle si podemos ir a Long Island unos días antes de lo previsto.

—Yo no quiero ir a Long Island, quiero irme a casa —dijo Robert.

—Topo huele su casa y quiere ir —dijo Thomas echándose hacia delante para apoyar la causa de su hermano.

Acordaron que si no podían ir directamente a Long Island le dirían a Patrick que querían volver a Inglaterra.

—No más magia de la carretera —dijo Robert—. Por favor.

Cuando llamó a Sally a Long Island no le contestó nadie. Finalmente la encontró en Nueva York.

—Tuvimos que volver a la ciudad porque se nos reventó el depósito del agua, que inundó el apartamento de abajo. Así que los vecinos nos han puesto una demanda y nosotros demandamos a los fontaneros que nos pusieron el depósito hace solamente un año. Los fontaneros han demandado al fabricante del depósito por diseño defectuoso. Y los residentes demandan al edificio, aunque están todos de vacaciones, porque el agua estuvo cortada dos días en vez de dos horas, y eso les produjo un montón de estrés mental en la Toscana y Nantucket.

—Señor —dijo Mary—. ¿Qué hay de malo en recogerlo con la fregona y poner un depósito de agua nuevo?

—¡Eso es *tan* inglés! —dijo Sally, encantada ante el pintoresco estoicismo de Mary.

En el desayuno Mary explicó que realmente en el apartamento de Nueva York no había sitio, pero que Sally decía que serían bienvenidos y que ya se apretarían todos como pudiesen.

—Yo no quiero apretarme allí —dijo Robert—. Yo quiero irme volando.

—Ahora estamos en un avión —dijo Thomas extendiendo los brazos como si fueran alas—, ¡y Alabala va en la cabina!

—Ay, ay —dijo Robert—. Entonces será mejor que cojamos el vuelo siguiente.

—También va en el vuelo siguiente —dijo Thomas tan sorprendido como todos ante los recursos de Alabala.

—¿Y cómo ha conseguido hacerlo? —dijo Robert.

Thomas miró a los lados un momento en busca de la explicación.

—Con el asiento eyectable —dijo haciendo el ruido del asiento eyectable—, y luego Felan paró el avión siguiente y Alabala se subió.

—Está la pequeña cuestión de que nuestros billetes no son reembolsables —dijo Patrick.

—Podríamos haber comprado otros nuevos con todo el dinero que nos hemos gastado en estos moteles asquerosos —dijo Robert.

—Le has enseñado a discutir demasiado bien —dijo Mary.

—Pero no hay nadie con quien discutir, ¿verdad? —dijo Patrick—. Me parece que a estas alturas todos estamos ya hartos de América.

Después de la caída, y ante las incesantes solicitudes de muerte que le hacía Eleanor, Patrick se había visto obligado a investigar las cuestiones legales sobre la eutanasia y la muerte asistida. De nuevo tuvo que ser el servidor legal de las repelentes demandas de su madre, igual que cuando lo desheredó. A primera vista resultaba algo más atractivo lo de librarse de Eleanor que lo de quedarse sin Saint-Nazaire, pero, por el otro lado, la obscenidad de lo que se le pedía se abriría paso a través de un cúmulo de cuestiones prácticas con vigor jacobino. Aun cuando una residencia de la tercera edad no fuera el escenario normal de una *Tragedia del Vengador*, intuyó los peligros de usurpar el monopolio divino de la venganza con tanta intensidad como si estuviera en las catacumbas de un castillo italiano. Intentó dominar el ánimo y examinar escrupulosamente los motivos. Los muertos no tenían tenacidad suficiente para crear fantasmas sin la culpa de los vivos. Su madre era como un desprendimiento de rocas que bloquean un paso de montaña. Quizás él pudiera apartarla del camino, pero si era con intención asesina, el fantasma materno danzaría sobre ese paso eternamente.

Decidió no tener ni la más mínima participación en esa muerte. Pedirle que la ayudase a morir era la última trampa, y la más desagradable, de una mujer que siempre había insistido, desde el momento de nacer él, que era ella la que necesitaba ánimos. Pero entonces iba a visitarla de nuevo y veía que lo más cruel que podía hacer era dejarla exactamente como estaba. Trató de mantenerse enfadado, para poder impedirse a sí mismo ayudarla, pero la compasión también le torturaba. La compasión era mucho más difícil de sobrellevar, y pasó a considerar sus deseos de venganza como un estado mental relativamente frívolo.

—Vamos, hazte un favor, opta por el homicidio —murmuraba para sus adentros mientras marcaba el número de la Sociedad para la Eutanasia Voluntaria.

Mantuvo sus investigaciones en secreto antes del viaje a América. No se lo dijo a Mary porque nunca discutían una cosa importante sin acabar peleándose. No se lo dijo a Julia porque su aventura con ella estaba en las últimas fases de descomposición. En todo caso, el secreto era importante en un país donde ayudar a morir a alguien puede llegar a castigarse con catorce años de prisión. Leyó artículos de periódico sobre enfermeras encarceladas por ser generosas a la hora de poner inyecciones. La Sociedad para la Eutanasia Voluntaria, a pesar de un nombre tan prometedor, no tenía capacidad de ayuda. Era una organización para hacer campañas tratando de cambiar la legislación. Recordó haber leído que Arthur Koestler y su mujer habían utilizado unas bolsas que les proporcionó Exit para asfixiarse en su casa de Montpellier Square. La señora que contestaba el teléfono en la Sociedad para la Eutanasia Voluntaria no conocía ninguna organización que se llamase Exit. Ni siquiera podía contestarle nada a la mayoría de sus preguntas, porque sus comentarios podrían ser interpretados como «asesoramiento» para el suicidio, supuesto delictivo

bajo la misma norma que castigaba la asistencia y la ayuda. Tampoco había oído hablar de una organización llamada Dignitas ni podía decirle cómo ponerse en contacto con ellos. El Eterno no era el único en haber «asestado su cañón contra el homicida de sí mismo», no pudo dejar de recordar Patrick según iba arrastrándose hacia su final aquella conversación infructuosa. Unos minutos después, Información Telefónica le daba el número de Dignitas sin preocuparse para nada de las consecuencias legales.

Llamó a Suiza, con el pulso acelerado. La voz tranquila que contestó al teléfono en alemán resultó que también hablaba inglés y le prometió enviarle información. Cuando Patrick le insistió en los detalles legales, le dijo que no era una cuestión de eutanasia, efectuada por el médico, sino de suicidio asistido efectuado por el paciente. Se le recetaban barbitúricos si un médico suizo estaba convencido de que había garantías y el suicidio era totalmente voluntario. Si quería ir adelantando mientras esperaba que le llegaran los impresos de inscripción, debía obtener una carta de Eleanor y un informe médico sobre su estado. Patrick le indicó que su madre ya no era capaz de escribir y dudaba de que pudiese ponerse ella misma una inyección o lo que fuese.

—¿Puede firmar?

—Justito.

—¿Puede tragar?

—Justito.

—Entonces tal vez podamos ayudarla.

Patrick sintió una oleada de excitación después de la llamada a Suiza. Firmar y tragar, ésas eran las llaves del reino, el código para lanzar los misiles. No quedaba mucho tiempo para que Eleanor perdiera ambas cosas. Temía ver el preciado barbitúrico resbalando inservible por la mejilla brillante. Y lo de la firma, ahora formaba una silueta alpina que recordaba los borrones de Thomas en sus primeros intentos de escribir. Patrick recorría arriba y abajo la sala del piso. Ahora «trabajaba en casa» y había estado esperando a que Robert se marchase al colegio y Mary se llevase a Thomas al parque, a Holland Park, antes de seguir adelante con su investigación secreta. Ahora tenía el piso entero para dar vueltas; no había nadie para el que ser eficiente, nadie con el que ser cariñoso. Tanto mejor, puesto que no podía parar de andar, no podía parar de repetir «firmar y tragar», como un loro encadenado en un rincón de un cuarto atiborrado de cosas. Se sentía más y más tenso, necesitaba hacer pausas para respirar lentamente y expeler la sensación de que estaba a punto de desmayarse. Su excitación tenía una cualidad siniestra, de afilar los cuchillos. Iba a darle a Eleanor exactamente lo que ella le pedía. Pero ¿debía desearlo él también tanto como ella?

Reconoció la firma de sus anhelos asesinos y se sintió debidamente turbado. Lo que le pareció nuevo, aunque luego admitió que era algo que había estado allí todo el tiempo, fueron sus propios deseos de un vaso lleno de barbitúricos. «Terminar en

mitad de la noche y sin dolor». Arreglándolo un poco, casi podría ser el nombre farmacéutico de esa bebida: Termitnodol.

—¡Oh, Dios mío! ¡Tienes un frasco de Termitnodol! ¿Puedo tomar un poco? —gritó de repente al llegar al final del pasillo y dar media vuelta para volver a recorrerlo. Sus pensamientos estaban esparcidos por todo el lugar, o más bien estaban en un lugar y lo atraían todo hacia ellos. Se imaginó una pequeña manifestación de protesta, que saldría de Hampstead con unos cuantos tipos éticos que pretendían desterrar los sufrimientos innecesarios y que iba incrementándose rápidamente según bajaba hacia Swiss Cottage hasta que muy pronto las tiendas fueron cerrando todas y los restaurantes se vaciaban y todos los trenes inmóviles y las estaciones de servicio sin servidores y la población entera de Londres iba fluyendo hacia Whitehall y Trafalgar Square y Parliament Square maldiciendo el sufrimiento innecesario y pidiendo Termitnodol a gritos.

—¿Por qué se puede facilitar la muerte a un perro, o a un gato —gemía desde el proscenio—, y ella...? —Se obligó a callar—. Oh, cállate —dijo derrumbándose en un sofá—. Solamente trato de ayudar a mi mamá —quiso engatusarse a sí mismo—. Se ha pasado un poquito de la fecha de caducidad, para ser sinceros. No disfruta de la vida tanto como solía. Ni siquiera puede ver la caja tonta esa. Le fallan los ojos. Y leerle no le sirve de nada, sólo para ponerla nerviosa. Le asusta cualquier cosita, incluso sus propios recuerdos felices. Una situación terrible, la verdad.

¿Quién hablaba? ¿A quién le estaba hablando? Se sintió poseído.

Soltó aire lentamente. Se sentía exageradamente tenso. Iba a acabar por producirse un ataque de corazón a sí mismo, y liquidar por error a la persona equivocada. Se daba cuenta de que se estaba partiendo en varios fragmentos porque la simplicidad de la situación —hijo al que piden que mate a su madre— era insoportable. Intentó resistirlo, pensar en lo que no soportaba pensar: la experiencia de Eleanor. La sintió retorcerse en la cama, mendigar la muerte. De golpe, Patrick se echó a llorar: todas sus escapatorias se habían agotado.

La rivalidad entre compasión y revancha se acabó aquella mañana en su piso, y eso le dejó con unos deseos todavía más directos de liberación para toda la familia, incluida su madre. Decidió seguir adelante y en lo de obtener un informe médico antes de su viaje a América. No tenía mucho sentido solicitárselo al médico de la residencia de Eleanor, puesto que su única misión era mantener vivos a sus pacientes a pesar de que todos ansiaban una inyección letal. El doctor Fenelon era el médico de cabecera de Patrick y su familia, pero a Eleanor nunca la había atendido antes. Era un hombre inteligente y simpático, cuyo catolicismo todavía no se había interpuesto en el camino de las recetas operativas y la rápida obtención de citas con los especialistas. Patrick estaba acostumbrado a pensar en él como una persona adulta, y quedó desconcertado al oírlo hablar de sus clases de ética en Ampleforth, como si hubiera autorizado a un sacerdote a rociar su esquema adolescente del mundo con un fijador Infalible.

—Sigo creyendo que el suicidio es pecado —le dijo el doctor Fenelon—, pero ya no creo que las personas que quieren suicidarse lo hagan porque el demonio las está tentando, puesto que ahora sabemos que sufren una enfermedad que se llama depresión.

—Escuche —dijo Patrick intentando recuperarse lo más limpiamente posible del susto de descubrir al demonio en la lista de invitados—, para alguien que no se puede mover, que no puede hablar, ni leer y que sabe que está perdiendo el control de su mente, la depresión no es una enfermedad, es la única respuesta razonable. Si en esa situación estuviera contentísima, entonces sí que se requeriría una disfunción glandular o unas fuerzas sobrenaturales para explicarlo.

—Cuando tenemos a una persona deprimida, le damos antidepresivos —perseveró el doctor Fenelon.

—Ya los está tomando. Y la verdad es que le dan cierto entusiasmo a su aversión a la vida. No me pidió que la matase hasta que empezó a tomarlos.

—Trabajar por los moribundos puede ser un gran privilegio —empezó el doctor Fenelon.

—No creo que vaya a ponerse a trabajar con los moribundos —interrumpió Patrick—. Ni siquiera se sostiene de pie. Si lo que quiere decir es que es un gran privilegio para usted, debo decir que estoy más preocupado por la calidad de vida de mi madre que por la de usted, doctor.

—Quiero decir —le explicó el médico, con más ecuanimidad de lo que se merecía el sarcasmo de Patrick— que el sufrimiento puede tener un efecto transfigurador. Vemos a personas que después de una lucha descomunal se instalan en una especie de paz interior como nunca habían conocido.

—Pero para poder experimentar esa paz hay que tener cierto sentido del propio ser..., y eso es precisamente lo que mi madre está perdiendo.

El doctor Fenelon se echó hacia atrás en su sillón de cuero capitoné, movió la cabeza comprensivamente y señaló el crucifijo que tenía en un estante a su espalda. Patrick ya se había fijado en él varias veces, pero ahora le parecía que se burlaba de él con su brillante inversión de la gloria y el sufrimiento convirtiendo una cosa que lo natural era que te desagradase en el significado central de la vida, no simplemente el significado corriente de obligar a una persona a reflexionar más profundamente, sino el significado enteramente misterioso del mundo redimido del pecado porque Jesús cayó del lado malo de la ley hace dos mil años. ¿Qué significaba que el mundo había sido redimido del pecado? Era obvio que no significaba que hubiera menos pecado. ¿Y por qué la ejecución odiosa y perversa de Cristo tenía que ser responsable de esa redención que, hasta donde Patrick podía entender, no había tenido lugar? Hasta entonces a él sólo le había deslumbrado la irrelevancia del cristianismo en su vida, pero ahora se descubría aborreciéndolo por amenazar con hurtarle a Eleanor una muerte puntual. Tras unas cuantas reminiscencias más de colegial, el doctor Fenelon aceptó elaborar un informe sobre el estado de Eleanor. El uso que fueran a hacer de él

no era asunto suyo, se dijo para tranquilizarse, y concertó una cita con Patrick en la residencia de ancianos para dos días después.

Patrick fue a contarle a su madre las buenas noticias y prepararla para la visita del doctor.

—Quie...ro... —aulló, y después, al cabo de media hora—: Sui...za.

Patrick se preparó para la impaciencia que le producía la impaciencia de su madre.

—Todo se hace lo más rápido que se puede —le contestó suavemente.

—Tú... pare...ces... mi... hi...jo —logró finalmente decirle.

—Eso tiene una explicación muy sencilla —dijo Patrick—. Es que soy tu hijo.

—¡No! —exclamó Eleanor segura por fin de su terreno.

Patrick se marchó con la sensación todavía más apremiante de que muy pronto Eleanor estaría demasiado senil para dar su consentimiento.

Al día siguiente llevó al doctor Fenelon a la habitación de Eleanor. Hedía, y ella estaba en un estado de jovialidad histérica que Patrick nunca le había visto pero que comprendió inmediatamente. Eleanor pensaba que tenía que exhibir el mejor comportamiento posible para ganarse al doctor, para mostrarle que era una buena chica y se merecía un favor. Se quedó mirándolo con arrobos. Era su libertador, su ángel de la muerte. El doctor Fenelon pidió a Patrick que se quedase, para ayudarle a entender el habla incoherente de Eleanor. Estaba impresionado por la buena calidad de sus reflejos, la ausencia de llagas de inmovilidad y la salud general de la piel. Patrick apartó la mirada de la extensión blanca y arrugada del vientre, con la sensación de que no se le debía permitir ver tantas partes de su madre, y desde luego no quería hacerlo. La ansiedad de Eleanor le sacaba de quicio. ¿Por qué no era capaz de manifestar con palabras el desvalimiento que él se había pasado toda la semana esforzándose para lograr que expresara? Aquella mujer nunca se cansaba de dejarle en mal lugar. Se imaginó el informe insoportablemente optimista que iba a dictar el doctor Fenelon en cuanto estuviese de regreso en su consulta. Por la tarde, Patrick redactó una carta de consentimiento, pero no se sentía con fuerzas para ver de nuevo a su madre directamente. En cualquier caso, el informe de Fenelon no llegaría antes de que la familia se fuese de vacaciones a los Estados Unidos, así que Patrick decidió olvidarse de todo el asunto hasta la vuelta.

En América procuró no pensar en una situación en la que no podía hacer ningún progreso, pero notaba que el macabro secreto de sus proyectos le apartaba del resto de la familia. Después de dejar la bebida se aferró a aquella visión un tanto ebria de la Zona Tres en el jardín de Walter y Beth. Pero cada vez que intentaba definir esa Zona Tres no lograba imaginarla más que como una generosidad que no se basaba en el deber o las compensaciones. Y a pesar de no poder explicarla del todo, se aferraba a la frágil intuición que tenía respecto de cómo podía ser encontrarse bien.

Solamente cuando ya estaban en el avión de regreso a Inglaterra Patrick le contó por fin a Mary lo que estaba en marcha. Thomas dormía y Robert veía una película.

Al principio Mary no le dijo nada más allá de compadecerse de las molestias que había sufrido. No sabía si formular en voz alta sus sospechas de que Patrick hubiera estado tan ocupado examinando sus propios motivos que pudiera muy bien no haber estudiado con cuidado suficiente los de Eleanor. Querer morir era una de las cosas más comunes en torno a la vida, pero morir era algo muy distinto. Las peticiones de ayuda de Eleanor no significaban que ofreciera quitarse de en medio, sino la única forma que le quedaba para seguir siendo el centro de atención de la familia. ¿Y entendía realmente que era ella misma quien tendría que darse la muerte? Mary estaba segura de que Eleanor se imaginaba a un doctor de sabiduría infinita y mirada tan profunda como un lago de las montañas que se inclinaría sobre ella para darle un beso de buenas noches letal, y no un vaso lleno de amargos barbitúricos que tendría que alzar por sí misma hasta sus labios. Eleanor era la persona más infantil que Mary había conocido, incluyendo a Thomas.

—No lo haré —le dijo finalmente a Patrick—. No lo tragaré. Tendrás que conseguir un avión ambulancia especial y llevarla a que la vean los médicos suizos, y que te den la receta, y entonces no querrá hacerlo.

—Si me hace llevarla a Suiza para nada, la mato —dijo Patrick.

—Seguro que eso sí que le vendría perfecto —dijo Mary—. Lo que quiere es que le quiten la muerte de sus manos, no que se la pongan.

—Lo que sea —dijo Patrick con un suspiro de impaciencia—. Pero yo tengo que tratarla como si dijera de verdad la única cosa que consigue decir.

—Estoy segura de que es sincera en lo de querer morir —dijo Mary—. Pero no estoy tan segura de que esté dispuesta a hacerlo ella.

Desde el interior de la burbuja de sus auriculares, Robert intuyó que sus padres mantenían una conversación acalorada. Se quitó el casco y les preguntó de qué estaban hablando.

—De la abuelita..., a ver cómo podemos ayudarla —dijo Mary.

Robert volvió a ponerse los auriculares. Por lo que a él respectaba, Eleanor no era más que alguien que todavía no estaba muerto del todo. Sus padres ya no los llevaban a verla, ni a él ni a Thomas, porque decían que les alteraba demasiado. Le representaba un buen esfuerzo recordar que, hacía siglos, había estado muy cerca de ella, y no le parecía que ese esfuerzo mereciera la pena. A veces, delante de su otra abuela, su indiferencia hacia Eleanor era vencida al asalto, pues, en contraste con el apretadísimo nudo del egocentrismo de Kettle, recordaba la dulzura de Eleanor y el gran golpetón doloroso de sus buenas intenciones. Entonces se olvidaba de lo injusta que había sido con ellos birlándoles Saint-Nazaire y sentía que para Eleanor ser Eleanor debía resultar muy injusto, no sólo sus terribles circunstancias, sino también ser quien era. Al final para todo el mundo era una injusticia ser quienes eran, porque no podían ser otras personas. No era en realidad que él quisiera ser alguien distinto, era simplemente que resultaba horrible pensar que no podía serlo, en caso de emergencia. Se quitó los auriculares otra vez, como si fueran ellos los que le estaban

limitando. De todas formas, aquella comedia sobre un perro parlante que llegaba a presidente de los Estados Unidos tampoco era tan buena. Cambió de canal y puso el mapa. Se veía el avión volando cerca de la costa de Irlanda, al sur de Cork. Luego lo amplió para que saliesen Londres y París y el golfo de Vizcaya. La escala siguiente incluía Casablanca y Yibuti y Varsovia. ¿Hasta dónde llegaba aquel festival informativo? ¿Estaban relacionados con la luna? Por fin apareció la única cosa que todo el mundo quería saber: faltaban 52 minutos para llegar. El vuelo duraba siete horas enteras, avanzando a base de franjas horarias que se oscurecían. Velocidad, altitud, temperatura, hora local en Nueva York, hora local en Londres. Te lo decían todo menos la hora local en el avión. Los relojes no conseguían llevar el paso de aquellos minutos retorcidos, engordados. Tendrían que ir dando vueltas a la esfera y poner AHORA hasta que estuvieran otra vez en tierra y pudieran empezar a contar claramente otra vez.

También anhelaba volver a estar en tierra, volver a su casa de Londres. La pérdida de Saint-Nazaire había convertido Londres en su hogar absoluto. Había oído hablar de niños que fingían que los habían adoptado y que sus padres verdaderos eran gente mucho más elegante que las personas deprimentes con las que vivían. Él había hecho algo parecido con Saint-Nazaire, fingía que era su verdadero hogar. Después de la conmoción de quedarse sin la finca, se había ido relajando gradualmente con la idea de que realmente su sitio estaba entre las vallas publicitarias empapadas y las calles de plátanos gigantescos de su ciudad natal. Comparada con la densidad de Nueva York, la mirada nostálgica de Londres hacia el campo y la intimidad laberíntica de sus calles le parecía lo contrario de lo que constituía una gran ciudad, pero aun así soñaba con regresar al barro negro pringoso de los parques, los campos de juego encharcados por la lluvia y los prados de hojas muertas, la imagen del uniforme rasposo del colegio en el espejo del vestíbulo, el chasquido de la puerta del coche camino de clase. Nada le parecía más exótico que la profundidad de esas sensaciones.

Una azafata le dijo a Mary que tenía que despertar a Thomas para el aterrizaje. Thomas se despertó y Mary le dio un biberón. A mitad de la toma, se desenchufó la botella y dijo:

—¡Alabala está en la cabina! —miró a su hermano con los ojos muy redondos—. ¡Va a aterrizar él el avión!

—Oh, oh —dijo Robert—. Tenemos problemas.

—El capitán dice: «No, Alabala, no tienes permiso para aterrizar tú el avión» —dijo Thomas dando un golpe en el muslo—, pero Felan sí que puede aterrizar el avión.

—¿También está aquí Felan?

—Sí, es el copiloto.

—¿De verdad? ¿Y quién es el piloto?

—Scott Tracy, Guardián del Espacio.

—¿Entonces estamos en un avión de rescate internacional?

—Sí. Tenemos que rescatar un pentatenton.

—¿Qué es un pentatenton?

—Bueno, en realidad es un erizo, ¡y se ha caído en el río!

—¿En el Támesis?

—¡Sí! Y como no sabe nadar, pues Gordon Tracy tiene que rescatarlo con el Pájaro del Trueno 4.

Thomas sacó la mano y movió el submarino por las aguas cenagosas del Támesis.

Robert tarareó la música de los *Thunderbirds* tamborileando en el brazo del asiento que tenían en medio.

—Tal vez tú puedas hacer que nos firme la declaración de consentimiento —dijo Patrick.

—Vale —dijo Mary.

—Por lo menos podremos reunir todos los elementos...

—¿Qué elementos? —preguntó Robert.

—Olvídalo —le dijo Mary—. Mira, estamos a punto de aterrizar —añadió intentando infundir en los campos relucientes, las carreteras congestionadas y las pequeñas agrupaciones de casitas rojas una emoción que era muy poco probable que generaran por sí mismas.

El día de su llegada, el impreso de afiliación a Dignitas y el informe del doctor Fenelon emergieron de la pila de cartas del vestíbulo. Agotado, despatarrado en el sofá negro, Patrick se leyó enteros los folletos de Dignitas.

—Todas las personas de los casos que citan están agonizando a causa de enfermedades terminales o no pueden mover más que un párpado —comentó—. Me preocupa que quizás no esté suficientemente enferma.

—Vamos a prepararlo todo y ya veremos qué piensan de este caso —dijo Mary.

Patrick le dio la carta de consentimiento que había escrito antes de marcharse a América y Mary se fue con ella a la residencia. En el pasillo de arriba las mujeres de la limpieza tenían abiertas con cuñas las puertas para airear las habitaciones. Desde la puerta abierta a Eleanor se la veía de lo más tranquila hasta que detectó la presencia de otra persona que entraba en el cuarto y entonces miró con una especie de furor en blanco hacia la recién llegada. Cuando Mary le indicó quién era, Eleanor se agarró a la barandilla lateral de los barrotes de la cama e intentó incorporarse mascullando sonidos de desesperación. Mary tuvo la impresión de que había interrumpido la comunión de Eleanor con algún reino paralelo en que las cosas no eran tan terriblemente malas como en el planeta Tierra. Tuvo la repentina sensación de que los dos extremos de la vida eran igual de absolutamente aterradores y, entre ambos, sólo un período también del todo espantoso. No era raro que la gente hiciese todo lo que podía para escapar.

No tenía ningún sentido preguntarle a Eleanor qué tal estaba, ni intentar entablar una conversación, así que Mary se lanzó a hacerle un resumen de lo que les había pasado a todos ellos. Eleanor parecía horrorizada de verse incluida en las coordenadas

de la familia. Mary pasó rápidamente al objeto de su visita y sugirió que podía leer la carta en voz alta.

—Si crees que dice lo que tú quieres decir, puedes firmarla —le dijo.

Eleanor dijo que sí con la cabeza.

Mary se levantó y cerró la puerta tras echar una ojeada al pasillo y comprobar que las enfermeras no andaban por allí. Acercó la silla a la cama de Eleanor y apoyó la barbilla en la barandilla y cogió la carta en las manos del lado de Eleanor de los barrotes. Empezó a leer con un nerviosismo que le sorprendió.

He sufrido varios ataques cerebrales en los últimos años y cada uno me ha ido dejando más destrozada que el anterior. Apenas puedo moverme y casi no puedo hablar. Estoy obligada a guardar cama y padezco de incontinencia. Sufro una angustia constante al igual que gran frustración y terrores a causa de mi inmovilidad e inutilidad. No hay perspectivas de mejoría sino tan sólo de ir sumiéndome en la demencia, la cosa que más temo. Noto ya que mis facultades me traicionan. No contemplo la muerte con miedo, sino como un anhelo. No hay ninguna otra liberación posible de la tortura de mi existencia cotidiana. Por favor, ayúdenme ustedes si pueden.

Atentamente

—¿Te parece que es aceptable? —le preguntó Mary tratando de no llorar.

—No... í —dijo Eleanor con grandes dificultades—. Quiero decir, una descripción aceptable.

—I.

Se quedaron un rato estrechándose las manos mutuamente. Eleanor la miraba con una especie de hambre sin llanto.

—¿Quieres firmarlo?

—...irma... —dijo Eleanor, tragando fuerte.

Cuando Mary salió por fin a la calle, junto a la sensación física de liberación al alejarse del olor a orines y repollo hervido, y del ambiente de una sala de espera donde la muerte era el tren que venía con retraso, se sintió también agradecida por que hubiese habido un momento de comunicación con Eleanor. En aquella mano apretada había sentido algo más que una mera apelación, había sentido también una determinación que le hizo preguntarse si tenía derecho a dudar de que Eleanor estuviese dispuesta al suicidio. Y, no obstante, había en Eleanor algo fundamentalmente perdido, una sensación como de que nunca se había metido de verdad en los insulsos dominios de la familia y la amistad y la política y la riqueza, pero tampoco en los de la contemplación y la realización espiritual; había, simplemente, sacrificado una cosa a la otra. Si formaba parte de la tribu de quienes siempre oyen el canto de sirena de la opción que están a punto de perder, estaba destinada a experimentar la necesidad absoluta de continuar con vida una vez que los

demás le hubiesen organizado perfectamente el suicidio. La salvación siempre estaba en otra parte. De golpe podía ser que seguir viva fuera lo más espiritual: adquirir paciencia, permanecer sumida en los fuegos purificadores del sufrimiento, lo que fuese. Caería sobre ella más tiempo de vida espantosa y resultaría inevitable que pareciese más espiritual seguir viva, estar reunida con los orígenes, dejar de ser una carga, encontrar a Jesús al final del túnel, lo que fuese. Puesto que nunca se había comprometido con lo espiritual más auténticamente que con el resto de la vida, lo espiritual estaba sujeto, para ella, a incontables metamorfosis sin perder por ello su teórica centralidad.

Cuando Mary llegó a casa, Thomas salió corriendo a recibirla al entrar. Se le abrazó a los muslos con cierta dificultad a causa de la esfera Hoberman, un icosaedro de estructura plegable multicolor que llevaba colgada del cuello como si fuera un casco picudo. Tenía las manos metidas en un par de calcetines y sujetaba una hélice de ventilador a pilas con lucecitas adquirido en una visita al Circo Nacional Chino en Blackheath.

—Estamos en el planeta Tierra, ¿verdad, mamá?

—La mayoría de nosotros, sí —le respondió la madre pensando en la expresión que había vislumbrado en el rostro de Eleanor a través de la puerta abierta de su habitación.

—Sí, eso ya lo sabía —dijo Thomas con tono de sabio—. Todos menos los astronautas que están en el espacio exterior. Y ellos flotan por allí porque no hay gravedad.

—¿Ha firmado? —preguntó Patrick apareciendo junto a la puerta.

—Sí —dijo Mary, y le entregó la carta.

Patrick envió el consentimiento y el formulario de inscripción y el informe del médico a Suiza y esperó un par de días antes de llamar por teléfono para averiguar si la solicitud tenía visos de ser aceptada.

«En este caso creo que estaremos en condiciones de ayudarles», fue la respuesta que recibió. Se negó con obstinación a dejarse ganar por las emociones, dejando que tanto el pánico como la euforia o la solemnidad llamasen sin cesar a la puerta mientras él las observaba detrás de las cortinas echadas fingiendo no estar en casa. A eso le ayudó el diluvio de exigencias prácticas en que se vio inmersa la familia toda la semana siguiente. Mary le dio la noticia a Eleanor, que la recibió con una sonrisa radiante. Patrick arregló el viaje en avión para el jueves siguiente. En la residencia dijeron que iban a trasladar a Eleanor, sin decirles adónde. Se concertó una consulta con un médico de Zurich.

—Podríamos ir todos el miércoles a decirle adiós —dijo Patrick.

—Thomas, no —dijo Mary—. Hace demasiado tiempo que no la ha visto, y la última vez quedó muy claro que aquello le afectaba. Robert sí, todavía puede acordarse de ella cuando estaba bien.

Ninguna de las amigas de Mary podía ocuparse de cuidar a Thomas el miércoles

por la tarde y al final tuvo que pedírselo a su madre.

—Por supuesto, haré todo lo que pueda para ayudar —le dijo Kettle intuyendo que si había una ocasión propicia para hacer todos los ruidos adecuados, era ésta—. ¿Por qué no me lo traes a la hora de almorzar? Amparo le puede hacer unas barritas de pescado estupendas y vosotros podéis venir todos a tomar el té después de despediros de la pobre Eleanor.

Cuando llegó el miércoles Mary llegó con Thomas a la puerta del piso de su madre.

—Su madre no está —le dijo Amparo.

—Oh —dijo Mary, sorprendida y al mismo tiempo preguntándose por qué se sorprendía.

—Ha salido a comprar pasteles para el té.

—Pero volverá pronto...

—Va a comer con una amiga y después volverá; pero no se preocupe, yo me cuidaré del pequeño.

Amparo tendió sus manos deseosas de criatura, agradecidas. Thomas solamente la había visto una vez y Mary se lo entregó con ciertas reticencias, pero sobre todo con una sensación de hastío definitivo. Nunca más, nunca más le pediría ayuda a su madre. La decisión le pareció tan irrevocable y tajante como una laja de acantilado que se cae al mar. Sonrió a Amparo y le entregó a Thomas sin hacerle demasiadas recomendaciones, para que el crío no fuera a pensar que había algún conflicto en la situación.

Lo que hay que hacer es lo que hay que hacer, pensó Thomas poniendo rumbo hacia el timbre desconectado que había junto a la chimenea del salón. Le gustaba ponerse de pie en una sillita baja y apretar el botón y después ir dando entrada a cuantos llegasen a la puerta de la chimenea. Cuando Amparo terminó de despedirse de Mary y fue a buscarlo, ya estaba dando la bienvenida a un visitante.

—¡Es Tejón! —exclamó.

—¿Quién es ese Tejón? —preguntó Amparo con cierta alarma precautoria.

—Tejón no acostumbra a fumar cigarrillos —dijo Thomas—, porque le hacen crecer y menguar. ¡Así que fuma puros!

—¡Oh, no, no, cariño, no tienes que fumar! —dijo Amparo—. Es muy malo para la salud.

Thomas se subió de un salto a la sillita y apretó otra vez el timbre.

—Escucha —dijo—. Hay alguien en la puerta.

Se bajó de otro salto y dio una vuelta a la mesa corriendo.

—Estoy corriendo para ir a abrir la puerta —explicó al llegar otra vez a la chimenea.

—Ten cuidado —dijo Amparo.

—Es Lady Penélope —dijo Thomas—. ¡Tú serás Lady Penélope!

—¿Quieres ayudarme a pasar la aspiradora? —le preguntó Amparo.

—Sí, mi señora —dijo Thomas poniendo la voz de Parker—. Encontrará usted un termo de chocolate caliente en la sombrerera. —Soltó un aullido de placer y se lanzó sobre los almohadones del sofá.

—Ay, Dios mío, arreglaré esto —gimió Amparo.

—¡Hazme una casa! —exclamó Thomas tirando todos los cojines al suelo—. ¡Hazme una casita! —gritó cuando Amparo empezó a volver a colocarlos. Bajó la cabeza y puso un ceño muy fruncido—. Mira, Amparo, qué cara de gruñón pongo.

Amparo cedió a los deseos del niño y Thomas gateó para meterse en el hueco entre dos almohadones con otro que hacía de techo.

—Lamentablemente —comentó una vez instalado en su puesto—, Beatrix Potter murió hace ya mucho tiempo.

—Oh, cuánto lo siento, cariño —dijo Amparo.

Thomas tenía la esperanza de que sus padres viviesen muchísimos años. Quería que obtuviesen la inmortalidad. Esa era una palabra que había aprendido en *Mitología griega para los niños*. Ariadna había logrado la inmortalidad cuando Dioniso la convirtió en estrella. Inmortalidad significaba vivir para siempre..., aunque ahora era una estrella y él no quería que sus padres se convirtiesen en estrellas. ¿Para qué servía eso? Sólo para centellear por ahí.

—Sólo para centellear por ahí.

—¡Ay, Dios mío! Ven con Amparo al cuarto de baño.

No entendía por qué Amparo lo ponía de pie al lado de la taza del váter y pretendía bajarle los pantalones.

—No quiero hacer pipí —dijo rotundamente, e hizo ademán de marcharse. La verdad era que resultaba bastante difícil tener una conversación con Amparo. Daba la impresión de que no entendía nada. Decidió ir a explorar, pero ella iba detrás de él, parloteando.

—No, Amparo —dijo volviéndose hacia ella—, ¡déjame solo!

—No puedo dejarte solo, cariño. Tienes que estar siempre con un adulto.

—¡No! ¡Yo! —dijo Thomas—. ¡Me estás frustrando!

Amparo se moría de risa.

—¡Ay, Dios mío! —dijo—. ¡Cuántas palabras sabes!

—Tengo que hablar, porque si no la boca se me atasca con pedazos y trozos de palabras —dijo Thomas.

—¿Cuántos años tienes ya, cariño?

—Tengo tres años —dijo Thomas—. ¿Cuántos te creías tú que tenía?

—Creí que tendrías cinco, por lo menos, estás muy crecido.

—Hum —dijo Thomas.

Vio que no había perspectivas de quitársela de encima, así que decidió tratarla tal y como sus padres le trataban a él cuando querían tenerlo bajo control.

—¿Te cuento un cuento de Alabala? —preguntó.

Habían vuelto al salón. Hizo sentar a Amparo en un sillón y él se metió en su

caverna de almohadones.

—Érase una vez —empezó—, cuando Alabala estaba en California, que iba en coche con su mamá, y hubo un terremoto.

—Espero que el cuento tenga final feliz —dijo Amparo.

—¡No! —dijo Thomas—. ¡No me interrumpas! —lanzó un suspiro y empezó de nuevo—: Y se abrió el suelo y California se cayó al mar, lo que no fue muy cómodo, como te puedes imaginar. Y hubo una ola gigante enormísima y Alabala le dijo a su mamá: «¡Podemos ir haciendo surf hasta Australia!». Y eso fue lo que hicieron y a Alabala le dejaron conducir el coche.

Buscó más inspiración por el techo y entonces, con toda la naturalidad de un súbito recuerdo, añadió:

—Cuando llegaron a la playa de Australia, ¡Alan Razor estaba allí tocando un concierto!

—¿Quién es Alan Razor? —le preguntó Amparo completamente perdida.

—Es un compositor —dijo Thomas—. Tiene helicópteros y violines y trompetas y perforadoras y Alabala tocó en el concierto.

—¿Qué tocó?

—Bueno, la verdad es que tocó con un aspirador.

Cuando Kettle volvió de su almuerzo se encontró a Amparo cogiéndose de los riñones e incapaz de controlar la risa sólo de pensar que alguien tocase con un aspirador en un concierto, pero en realidad histérica al ver que la idea que ella tenía de cómo son los niños quedaba destrozada después de estar con Thomas.

—¡Ay, señor! —dijo jadeante—. La verdad es que es un niño asombroso.

Mientras las dos mujeres se peleaban por no cuidarlo ellas, Thomas consiguió por fin tener un rato para él solo. Decidió que no quería ser adulto nunca. No le gustaba el aspecto de los adultos. Y además, si él se hacía adulto, ¿qué les pasaría a sus padres? Se convertirían en unos viejos, como Eleanor y como Kettle.

Zumbó el portero automático y Thomas se levantó de un salto.

—¡Yo contesto! —dijo.

—Está demasiado alto —le dijo Kettle.

—¡Pero yo quiero!

Kettle no le hizo caso y apretó el botón del aparato para dejar a los otros entrar en el edificio. Thomas gritó desde detrás.

—¿A qué venían esos gritos? —le preguntó Mary cuando llegó al piso.

—¡La abuela no me ha dejado apretar el botón! —dijo Thomas.

—No es un juguete para niños —dijo Kettle.

—No, pero él sí que es un niño que juega —dijo Mary—. ¿Por qué no dejar que juegue con él?

Kettle pensó dejar pasar por alto el tono discutiendo de su hija, pero decidió que no.

—Como se ve que no sé hacer nada bien —dijo—, podemos dar por hecho que

estoy equivocada..., así ya no hará falta decírmelo. Acabo de llegar, así que me temo que el té todavía no está preparado. He venido corriendo de un almuerzo del que no pude librarme.

—Sí —dijo Mary, riendo—. Te hemos visto mirar escaparates cuando buscábamos dónde aparcar. No te preocupes, no volveré a pedirte que me eches una mano con los niños.

—Yo haré el té, si usted quiere —dijo Amparo para ofrecer a Kettle la oportunidad de estar con su familia.

—No se preocupe —le espetó Kettle—. Todavía soy capaz de preparar una tetera yo sola.

—¿Estoy siendo infantil? —preguntó Thomas a su padre, acercándosele.

—No —le dijo Patrick—. Eres un niño. Sólo los mayores pueden ser infantiles, y por Dios que nos aprovechamos de eso.

—Ya entiendo —dijo Thomas moviendo la cabeza con sabiduría.

Robert se había dejado caer en un sillón, abatido. Había tenido suficiente de sus dos abuelas como para que le durase toda la vida.

Kettle volvió andando insegura con la bandeja que depositó con un gruñido de alivio.

—Bueno, ¿cómo estaba tu madre? —le preguntó a Patrick.

—Sólo me dijo tres palabras —contestó él.

—¿Y tenían algún sentido?

—Un sentido perfecto: no hagáis nada.

—¿Quieres decir que ahora no quiere que..., no quiere ir a Suiza? —le preguntó Kettle haciendo hincapié en unas claves de las que sabía que los niños estaban excluidos.

—Exactamente —dijo Patrick.

—Eso será un poco de lío —dijo Kettle.

Mary se fijó en los esfuerzos de su madre por evitar su palabra favorita: «decepcionante».

—Es algo sobre lo que todos tenemos derecho a sentir cierta ambivalencia —dijo Patrick—. Mary lo vio así todo el tiempo. Supongo que estaba menos afectada por los resultados, o simplemente veía más claro. En cualquier caso, pienso tomarme muy en serio esas últimas instrucciones tuyas y hacer exactamente eso: nada.

—¿Hacer nada? —dijo Thomas—. Quiero decir, ¿cómo se hace nada? Porque si *haces* nada, ¡haces algo!

Patrick se echó a reír. Cogió a Thomas y lo sentó en sus rodillas y le dio un beso en lo alto de la cabeza.

—No volveré a ir a visitarla —dijo Patrick—. No por despecho, sino por gratitud. Nos ha hecho un regalo y sería de desagradecidos no aceptarlo.

—¿Un regalo? —dijo Kettle—. ¿No estás dando demasiada importancia a esas tres palabras?

—¿Qué otra cosa se puede hacer si no es dar demasiada importancia a las cosas? —dijo Patrick en tono despreocupado—. ¡En qué mundo tan pobre, flaco y aburrido viviríamos si no hiciésemos eso! Aparte de que, ¿sería posible? Siempre habrá más significado de lo que nosotros podamos atrapar con las manos.

Kettle se sintió invadida por varias clases de indignación a la vez, pero Thomas llenó el silencio saltando de la rodilla de su padre al suelo y poniéndose a gritar «¡Hacer nada, hacer nada!» mientras daba vueltas a la mesa repleta de pasteles y té.



EDWARD ST. AUBYN (Londres, 14 de enero de 1960). Estudió letras inglesas en la Universidad de Oxford, donde, según sus propias palabras, obtuvo las peores calificaciones de su promoción. Es autor de las novelas *Clue to the Exit*, *On the Edge*, y la trilogía formada por *Never Mind* (Premio Betty Trask 1992), *Bad News* y *Some Hope*, así como de *Leche materna*, galardonada en Francia con el Premio Fémina y que ha supuesto su consagración internacional.

Notas

[1] Canción de Mark Knopfler. (*N. del T.*). <<

[2] Juego entre *French fries*, «patatas fritas», y *freedom fries*, «patatas a la libertad», que fue como las bautizaron algunos a raíz del sentimiento antifrancés despertado en Estados Unidos durante la invasión de Irak en 2003. (N. del T.). <<